

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA: UN TEXTO INTRODUCTORIO

GERARDO
REICHEL-DOLMATOFF

BC
Biblioteca
Básica de
Cultura
Colombiana

■ antropología ■



**ARQUEOLOGÍA
DE COLOMBIA:
UN TEXTO
INTRODUCTORIO**

**GERARDO
REICHEL-DOLMATOFF**

BC
-antropología-

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Reichel-Dolmatoff, Gerardo, 1912-1994, autor

Arqueología de Colombia : un texto introductorio [recurso electrónico] / Gerardo Reichel-Dolmatoff ; presentación, Clara Isabel Botero. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2016.

1 recurso en línea : archivo de texto PDF (460 páginas). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Antropología / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8959-90-0

1. Arqueología - Colombia 2. Libro digital I. Botero, Clara Isabel, 1955-2018, autor de introducción II. Título III. Serie

CDD: 986.1 ed. 23

CO-BoBN- a996048



Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA



Zulia Mena García
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Javier Beltrán
COORDINADOR GENERAL

Isabel Pradilla
GESTORA EDITORIAL

Jesús Goyeneche
ASISTENTE EDITORIAL Y DE INVESTIGACIÓN

José Antonio Carbonell

Mario Jursich

Julio Paredes

COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®
REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros
CONVERSIÓN DIGITAL

PixelClub S. A. S.
ADAPTACIÓN DIGITAL HTML

Adán Farías
CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:
BiblioAmigos

ISBN: 978-958-8959-90-0
Bogotá D. C., diciembre de 2016

© Inés Reichel Dussán
© 1986, Fundación Segunda Expedición Botánica
FUNBOTÁNICA
© 2016, De esta edición: Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia
© Presentación: Clara Isabel Botero

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

■ PRESENTACIÓN	9
■ PREFACIO	21
■ CAPÍTULO I INTRODUCCIÓN	27
■ CAPÍTULO II EL PAÍS	61
■ CAPÍTULO III LA ETAPA PALEOINDIA	73
■ CAPÍTULO IV LA ETAPA FORMATIVA	101
■ CAPÍTULO V LOS DESARROLLOS REGIONALES: LAS COSTAS	173
■ CAPÍTULO VI LOS DESARROLLOS REGIONALES EL INTERIOR	231
■ CAPÍTULO VII LA ETAPA DE LOS CACICAZGOS	259
■ CAPÍTULO VIII LA ETAPA DE LOS ESTADOS INCIPIENTES	327

■ DESCRIPCIÓN DE LAS ILUSTRACIONES	407
FIGURAS EN BLANCO Y NEGRO	407
■ DESCRIPCIÓN DE LAS ILUSTRACIONES LÁMINAS EN COLOR	419
CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS EN BLANCO Y NEGRO	454
CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS EN COLOR	454
■ BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA	457

▪ PRESENTACIÓN

Mi deuda con Colombia es grande pues, fuera de haberme dado un hogar, me ha abierto el inmenso mundo de su pasado y presente indígena, un cosmos tan rico y tan apasionante como difícilmente lo hubiera encontrado en otra parte. Al haber hecho conocer, dentro y fuera del país, este mundo aborigen, he tratado de retribuir aunque fuese una mínima parte de lo mucho que debo a Colombia.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF, 1987

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF fue el más destacado arqueólogo y antropólogo de Colombia. Dedicó su vida a la investigación científica y a la publicación de obras magistrales sobre el pasado prehispánico y el presente de las sociedades indígenas de Colombia. El conjunto de su obra publicada es monumental, más de doscientos títulos entre libros y artículos. En compañía de su esposa y compañera infatigable, Alicia Dussán, recorrió Colombia desde las llanuras del Caribe y la Sierra Nevada de Santa Marta hasta las selvas húmedas del Vaupés, el Amazonas y el Chocó, con un tesón y una perseverancia inigualables para registrar, documentar, analizar y publicar los resultados de sus

PRESENTACIÓN

profundos estudios para la reconstrucción de la vida y las sociedades del pasado y el presente indígenas.

Pero ¿quién fue este gran antropólogo y arqueólogo, autor de *Arqueología de Colombia: un texto introductorio*?

Nació en 1912 en Salzburgo, Austria. Estudió en el Gimnasio del Monasterio Benedictino de Kremsmünster, y luego en la Akademie der Bildenden Künste en Múnich, Alemania, donde obtuvo su diploma en 1936. Viajó a Francia a tomar cursos en la Escuela del Louvre y en la Facultad de Letras de la Sorbona en París. En octubre de 1939 llegó a Colombia y trabajó inicialmente como ilustrador de libros y revistas, y en empresas petroleras. En 1941, con la llegada a Colombia del gran etnólogo francés, Paul Rivet, y la creación del primer instituto oficial para la investigación arqueológica y etnológica, el *Instituto Etnológico Nacional*, inició su vida científica y se convirtió desde muy temprano en el más brillante investigador en estos campos en Colombia. En 1942 recibió la nacionalidad colombiana y en 1943 contrajo matrimonio con quien fue su colega y esposa, Alicia Dussán, antropóloga egresada de la Escuela Normal Superior. Junto a Paul Rivet y José de Recasens formó parte del Comité de la Francia Libre como secretario de la delegación de dicho comité para Colombia, Venezuela y Panamá. La pareja Reichel Dussán inició su largo y fructífero periplo investigativo en los dos campos: la arqueología y la etnología. Esta doble perspectiva, que pocos investigadores han tenido, les permitió una comprensión excepcional de las sociedades indígenas del pasado y del presente.

PRESENTACIÓN

Su primera etapa de trabajo fue como investigador del *Instituto Etnológico Nacional*. El propósito central de Paul Rivet, su director, era que los investigadores, a partir del trabajo de campo, hicieran etnografías de las sociedades indígenas antes de que se aculturaran o se extinguieran, y debían llevar a Bogotá, para el Museo Nacional, el mayor número de objetos para exhibirlos y hacer que el público general conociera dichas sociedades indígenas. Aquellas «expediciones» y etnografías realizadas por los esposos Reichel Dussán son de una riqueza excepcional, pues la etnografía va ilustrada con bellísimos dibujos y extraordinarias fotografías. Reichel viajó al Meta a investigar a los guahibo, luego trabajaron en arqueología en los abrigos rocosos en Zipaquirá, en la Laguna de la Herrera, en Soacha y en el valle del río Magdalena. En 1943 realizaron un minucioso estudio de las urnas funerarias del valle del río Magdalena y el año siguiente desarrollaron investigaciones en la Sierra de Perijá con los indígenas yukö, de donde provienen fotografías tomadas por Reichel de rituales funerarios nunca antes conocidos. Entre 1946 y 1950 se trasladaron junto con su familia a Santa Marta, fundaron el *Instituto Etnológico del Magdalena* y realizaron un proyecto de grandes dimensiones en arqueología, etnología y lingüística en la Sierra Nevada de Santa Marta, el Cesar y La Guajira. Allí llevaron a cabo las primeras investigaciones arqueológicas en Pueblito, el valle del río Ranchería y el Cesar. Entre 1946 y 1948, Reichel se adentró en el estudio de la sociedad kogi de la Sierra Nevada, cuyo resultado son dos libros en los que muestra la extraordinaria

PRESENTACIÓN

complejidad de su filosofía, *Los kogi*. Entre 1951 y 1952, la pareja de investigadores se estableció en el pueblo mestizo de Atánquez en el Cesar, y a partir de la información obtenida publicaron una de las obras clásicas de la antropología mundial, *The people of Aritama*. A partir de 1954, y hasta 1960, la familia se instaló en Cartagena con el propósito de trabajar sobre la arqueología y etnología de la región entre el río Magdalena y el Golfo de Urabá. Allí la pareja Reichel Dussán se dedicó a la excavación en los sitios de Barlovento, Momil y Tierralta en Córdoba, así como a excavaciones y recolecciones superficiales en varios sitios y municipios de Bolívar, a la par de ser Reichel-Dolmatoff profesor de antropología de la salud en la Universidad de Cartagena.

En 1963, crearon el primer departamento de Antropología en Colombia, en la Universidad de los Andes de Bogotá, con gran reconocimiento nacional e internacional. Continúan investigando: el sitio arqueológico de Puerto Hormiga en Bolívar y el sitio monumental de San Agustín. Los resultados de este último fueron publicados en Nueva York, en 1972, en el libro *San Agustín: a culture of Colombia*. A partir de 1966, Reichel realizó numerosos viajes al Vaupés y, adentrándose en la filosofía de los grupos indígenas, publicó una obra magistral, *Desana: simbolismo de los indios tukano del Vaupés*, de gran reconocimiento internacional por cuanto esta obra lo llevó a ser considerado como el fundador de la etnociencia, que considera el conocimiento indígena como válido al mismo nivel de la ciencia occidental.

PRESENTACIÓN

A partir de su conocimiento de las cosmologías indígenas publicó obras como *Amazonian Cosmos* en 1971, editado por la Universidad de Chicago; *The Shaman and the Jaguar* en 1975, publicado por la Universidad de Temple, y *Beyond the Milky Way, Hallucinatory Imagery of the Tukano Indians* en 1978, publicado por la Universidad de California. En 1988 publicó *Orfebrería y chamanismo, un estudio iconográfico del Museo del Oro*, obra insigne resultado de una larga investigación de la totalidad de la colección de metalurgia del museo. Su amplio y profundo conocimiento de las sociedades indígenas le permitió identificar en los objetos metálicos las transformaciones chamánicas y el vuelo extático del chamán. Nadie había desentrañado de manera tan magistral el simbolismo de gran número de objetos de las colecciones metalúrgicas prehispánicas de Colombia. En 1968 se retiró de la Universidad de los Andes y se dedicó a seguir investigando y publicando con gran ahínco importantes libros y artículos, hasta su muerte en 1994.

En 1965, el profesor Reichel había publicado en inglés el libro *Colombia*, en la serie *Ancient Peoples and Places*, editada por Thames y Hudson, y en 1978, «Colombia indígena», en el *Manual de Historia de Colombia*, volumen 1, editado por el Instituto Colombiano de Cultura. La presente obra, *Arqueología de Colombia: un texto introductorio*, publicada en primera edición en 1986 por la Presidencia de la República y editada por Editorial Arco, está estrechamente relacionada con aquellas dos publicaciones.

¿Cuál es el tema y la importancia de esta obra?

PRESENTACIÓN

Arqueología de Colombia: un texto introductorio es una referencia ineludible, un libro ya clásico sobre la arqueología colombiana. Escrito entre 1984 y 1985, es una obra que refleja el saber arqueológico, las cronologías y los enfoques conceptuales y teóricos en la época. Es una obra que apela a la curiosidad del lector, a quien quiera conocer y asombrarse sobre la vida en Colombia en épocas anteriores a la llegada de los europeos. Se basó en las propias investigaciones de Reichel y de su esposa con el complemento de obras de otros arqueólogos. El libro está dividido en ocho capítulos: «Introducción», «El país», «La Etapa Paleoindia», «La Etapa Formativa», «Los desarrollos regionales: las costas», «Los desarrollos regionales: el interior», «La Etapa de los Cacicazgos» y «La Etapa de los Estados Incipientes».

El enfoque de análisis es evolucionista, planteado con gran claridad en la introducción cuando el autor describe las sucesivas etapas de las sociedades «desde las simples bandas de cazadores hasta las grandes civilizaciones que se derrumbaron ante la expansión europea del siglo XVI». Define civilización como la etapa en la cual el aumento de población lleva a una vida urbana, en la cual las actividades y los controles sociales se desarrollan dentro del marco de una sociedad estratificada, etapa a la que habían llegado las sociedades de México y Perú, que corresponden a lo que se llama *América Nuclear* y *Andes Centrales*, respectivamente. En el centro de estas dos grandes regiones caracterizadas por grandes civilizaciones, que llegaron a ser estados, está la llamada *Área Intermedia* donde está Colombia. Para

PRESENTACIÓN

Reichel, en esta área «nunca surgieron grandes imperios, ni hubo extensas ciudades, ni palacios, ni fortalezas, ni templos monumentales, como en Mesoamérica y en Andes Centrales». Se preguntaba por qué las sociedades prehispánicas en Colombia no lograron un desarrollo similar al de México y Perú. Una parte de su respuesta fue que Colombia era un “filtro”, una “encrucijada”, una “articulación”, un “punto de convergencia” o de “dispersión” en la dinámica continental. Reichel señala que las tres áreas tuvieron elementos comunes en los asentamientos tempranos de cazadores recolectores y horticultores, y luego se produjo una tendencia lenta, una dispersión, que hizo que las sociedades antiguas de Colombia se rezagaran en su avance y no llegaran a ser estados, solo cacicazgos.

Presenta también un esbozo de la historia de la arqueología colombiana, desde los naturalistas de los siglos XVIII y XIX hasta los arqueólogos académicos del siglo XX. En el capítulo II, «El país», aborda un análisis descriptivo de la geografía de Colombia y de sus características ecológicas. Luego, en el capítulo III, entra propiamente a la primera etapa de pobladores en la Colombia prehispánica, denominada como «el Paleoindio», cazadores recolectores cuyas puntas de proyectil se encontraron en varios lugares del país. Hace una reseña sobre los principales hallazgos como El Abra y Tequendama.

La Etapa Formativa, tema del capítulo IV, que conoce en profundidad por sus trabajos en la costa Caribe, son los sitios que ha excavado con tanto cuidado en Barlovento, Momil, Puerto Hormiga, Monsú, Ciénaga de Oro

PRESENTACIÓN

y Malambo. Se trata de asentamientos humanos con acceso a una variedad de recursos alimenticios; de cazadores, pescadores, recolectores y agricultores incipientes que aprovecharon el mar y sus peces y moluscos, ríos, esteros y lagunas con aves acuáticas, tortugas y jabalíes y gran cantidad de frutas silvestres en regiones con gran abundancia y diversidad de productos que dejaron las primeras evidencias del uso de la cerámica.

La obra continúa con dos capítulos dedicados a los Desarrollos Regionales, el primero a las Costas y el segundo al Interior. En lo que se refiere a las costas, el autor destaca la importancia del maíz —por su alto valor nutritivo y su fácil adaptación a diferentes suelos, alturas y condiciones climáticas— como causa del surgimiento de culturas en las llanuras y el litoral del Caribe y una creciente población que se expandió hacia las vertientes de las cordilleras. En cuanto al capítulo dedicado a los desarrollos regionales del interior, inicia su recorrido por el río Magdalena y va remontando los sitios arqueológicos de Tamalameque y luego Puerto Serviez, caracterizados por excepcionales urnas funerarias con figuras antropomorfas, y llega a uno de los sitios más emblemáticos: San Agustín.

El capítulo VII está dedicado a la Etapa de los Cacicazgos o Señoríos, definidos como unidades políticas autónomas que abarcaban varias aldeas bajo el control permanente de un jefe supremo, y que tenían la posibilidad de acumular excedentes que podían almacenar o para la recompensa o para el comercio. También realizaban obras públicas arquitectónicas y de ingeniería. Destaca a

PRESENTACIÓN

San Agustín y los cacicazgos en las regiones del Quindío, Calima y en el río San Jorge.

Termina su obra en el capítulo VIII con «La Etapa de los Estados incipientes», que para el autor es el nivel de desarrollo alcanzado por los muiscas del altiplano cundiboyacense y los taironas de la Sierra Nevada de Santa Marta. Estos «estados incipientes» son descritos por el autor como «un crecido número de aldeas de una misma etnia que se reunían bajo el poder de un jefe que tiene las funciones de jefe militar, administrador político y sacerdote». Reichel hace un análisis bastante detallado de la arqueología y la etnohistoria de las sociedades tairona y muisca e ilustra su texto con excelentes fotografías y dibujos de fragmentos cerámicos. Asimismo, presenta una tabla con las cronologías aproximadas de algunas regiones geográficas de Colombia.

Esta publicación es una síntesis arqueológica de lo que fueron las sociedades que habitaron nuestro país en época prehispánica. Esperamos que la lean y se maravillen de los largos y complejos procesos de los antiguos habitantes de Colombia.

CLARA ISABEL BOTERO



ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

UN TEXTO INTRODUCTORIO

▪ PREFACIO

EL PRESENTE VOLUMEN RESUME los resultados de muchos años de investigaciones en el campo de la arqueología colombiana, desde los más remotos comienzos de actividad humana, hasta los albores de la etapa histórica. Al condensar el gran acopio de datos disponibles, y redactarlos de un modo continuo y coherente, fue desde luego necesario presentar dichos resultados en una forma simplificada, que permitiese su aprovechamiento también a un círculo amplio de personas no especialistas, pero sí interesadas seriamente en el tema prehistórico. El propósito de esta publicación esencialmente es servir de introducción a la arqueología de Colombia, sin sobrecargarla con los prolíficos detalles técnicos que se pueden encontrar en la literatura especializada. Un libro en español, sistemático y anotado en gran detalle, sobre el tema de la evolución prehistórica de Colombia aún no se ha publicado, y al presentar este volumen al público, espero llenar dicha laguna en la documentación científica e histórica referente a este país.

Hace veinte años, en 1965, publiqué en la serie *Ancient Peoples and Places*, de los editores londinenses Thames & Hudson, el volumen correspondiente a «Colombia», que

se difundió ampliamente en el extranjero; pero aquella edición se agotó muy pronto y aquí no fue muy conocida. Obviamente ahora me he basado en aquella obra, pero la amplió muy considerablemente. Por un lado, muchos descubrimientos efectuados durante el curso de las últimas décadas, en territorio colombiano, han venido a completar el cuadro de ese entonces. Por otro lado, las formulaciones mismas de la arqueología como ciencia han evolucionado y plantean novedosos problemas aún por investigar.

El capítulo que escribí para el *Manual de Historia de Colombia*, publicado en 1978 por el Instituto Colombiano de Cultura, me ha servido de guía en algunos aspectos; también he utilizado apartes de mi largo capítulo de una obra próxima a aparecer (*Chronologies in New World Archaeology*, C. W. Meighan, editor, Academic Press, New York), así como mis voluminosas notas para conferencias, de cátedras dictadas dentro y fuera del país. Debo agregar que, como es apenas natural, yo mismo he modificado y corregido algunas de mis interpretaciones anteriores y así el presente libro constituye una obra basada en nuevos materiales y nuevos enfoques. El lector cuidadoso que quiera comparar mi libro publicado en 1965, con el presente escrito en 1984-1985, encontrará pues en esta nueva obra muchos cambios y aun rectificaciones de fondo; un lapso de veinte años no sólo justifica sino impone revisiones. He modificado mi terminología y adoptado un esquema de etapas evolutivas, que me parece más de acuerdo con el estado actual de los conocimientos. He estudiado en detalle los nuevos hallazgos y, con base en ellos, modificado

también algunas de mis interpretaciones previas. En fin, no sólo he reestructurado mi marco de referencia sino, en muchos casos, le he dado un nuevo contenido.

Colombia es un país sumamente complejo y el propósito de presentar una imagen coherente de cualquiera de sus aspectos —sea su historia, su geografía o sus características como nación moderna— es una tarea que pocos han logrado con éxito o a plena satisfacción de sus lectores.

Mis primeros capítulos demuestran qué influencia tan fuerte han tenido los diversos ambientes físicos sobre la tenencia que el Hombre tuvo, y aún tiene, sobre esta tierra; qué tan profundamente han sido moldeados el pasado y el presente de esta parte de Suramérica, por sus contactos con áreas vecinas, así como las fuertes influencias que tuvo Colombia sobre dichas áreas. Pero aún más difícil es intentar reconstruir el pasado prehistórico, no sólo por la evidente escasez de informaciones arqueológicas, sino también por las interrelaciones tan complejas que conllevan las particularidades topográficas y climáticas de Colombia. A todo ello se añade luego la particular posición geográfica que el país ocupa en el continente americano.

En los capítulos que siguen he tratado de recoger las muchas hebras sueltas de la arqueología, y de entretejerlas en una obra que muestre una secuencia, en tiempo y espacio. Para lograr esto, he podido basarme muchas veces en mis propias investigaciones de campo, pero también me he referido en múltiples ocasiones a los trabajos de otros, y eso no sólo en el campo de la arqueología, sino también en los de la geografía, paleontología, zoología, botánica

y ecología. Reconozco, con gratitud, mi deuda intelectual con esos autores.

El lector interesado en proseguir alguno de los temas discutidos en este libro debería consultar las notas al pie de página. Ellas forman una guía para el estudio más detallado de los diversos tópicos, en tanto que contienen referencias bibliográficas, observaciones críticas y materiales comparativos.

Debo mis rendidos agradecimientos al doctor Jorge Eliécer Ruiz, Asesor Cultural de la Presidencia de la República, quien con vivo interés acogió esta obra y acompañó cada fase de su preparación y edición. Así mismo doy las gracias a las directivas tanto del Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas y Proyectos Especiales «Francisco José de Caldas» (Colciencias), como a la Fundación Segunda Expedición Botánica.

Quiero expresar mi gratitud al Instituto Etnológico Nacional, hoy Instituto Colombiano de Antropología, y a su antiguo director, mi colega Luis Duque Gómez, quien durante años apoyó nuestras investigaciones en la costa Caribe; el Instituto patrocinó siempre estas labores, mientras que tuvimos como sede de operaciones Santa Marta y Cartagena, durante una década, y publicó la mayoría de los resultados de nuestras investigaciones arqueológicas. Así mismo doy las gracias por la colaboración que recibimos por parte de la Gobernación y de los amigos de Santa Marta, sin cuyo apoyo no hubiéramos podido realizar nuestro plan de investigaciones al oriente del río Magdalena.

Doy agradecimientos a la Universidad de los Andes, en Bogotá, y a su antiguo Rector Ramón de Zubiría, por

haber patrocinado nuestras investigaciones en los sitios de Puerto Hormiga (Bolívar) y de San Agustín (Huila), siendo yo entonces el Jefe del Departamento de Antropología. El Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular y su directora María del Carmen Benavides merecen mi reconocimiento por haber publicado dos de mis libros sobre arqueología. Agradezco a la Universidad de California, Los Ángeles, y a su Centro de Estudios Latinoamericanos, y muy en especial a su director, mi colega Johannes Wilbert, por su continuo interés en mis investigaciones en todos los campos de la antropología colombiana.

Mucho debo a la lectura de las obras de mis colegas, viejos y jóvenes, y sería imposible mencionar aquí individualmente las tantas personas que me han estimulado intelectualmente, pero no puedo dejar de evocar dos nombres: Paul Rivet y José de Recasens. Para el éxito de mis labores científicas fue esencial la contribución intelectual y el apoyo de Alicia, mi esposa, colega que, durante más de cuatro décadas, efectuó conmigo la mayoría de las excavaciones y participó en las demás fases de la investigación y publicaciones arqueológicas.

A Carlos Arturo Torres, amigo y gran artista de las ediciones más prestigiosas del país, y a cuyo cuidado estuvo el presente libro, expreso mi gratitud y estimación.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF

Departamento de Antropología

Centro de Estudios Latinoamericanos

Universidad de California, Los Ángeles

Bogotá, mayo de 1985

■ CAPÍTULO I

■ INTRODUCCIÓN

LA EVOLUCIÓN CULTURAL DE las sociedades indígenas del continente americano, desde las simples bandas de cazadores hasta las grandes civilizaciones que se derrumbaron ante la expansión europea del siglo XVI, se había efectuado de modo desigual, en tiempo y espacio. Durante muchos miles de años, aquellos grupos asiáticos que, en la época de la última glaciación, habían penetrado América por la región del estrecho de Bering, continuaron su vida errante de cazadores y recolectores, persiguiendo las manadas cuyas migraciones les habían mostrado el camino de Asia al hemisferio occidental, y recorriendo la inmensidad del Continente desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. Sólo en una época relativamente reciente, tal vez hace unos 8.000 años o algo más, algunos de estos grupos adoptaron un modo de vida más sedentario, posibilitado por una creciente dependencia de alimentos vegetales cuya lenta domesticación y cultivo inducían a la gente a establecerse

en campamentos o pequeñas aldeas. Fue el desarrollo de la horticultura, luego de la agricultura, y en especial de cultivos tales como la yuca, el maíz y la papa, que formaron la base de aquel avance cultural que, en su forma culminante, se ha designado como civilización.

No es fácil encontrar una definición clara de lo que se ha querido decir con este término. Es obvio —la misma palabra lo indica así— que se trata de una etapa en la cual el aumento de población lleva a una vida urbana, en la cual las actividades y controles sociales se desarrollan dentro del marco de una sociedad estratificada. Otras características serían entonces la cohesión política territorial, un código de leyes, un sistema formalizado de simbolismo religioso, una arquitectura urbanística así como obras públicas tales como caminos, canales o terrazas de cultivo. También se debe mencionar aquí la invención de la escritura o de algún otro sistema de notación abstracta. La base fundamental de esta evolución social, intelectual y artística, es indudablemente la agricultura, y el advenimiento de la etapa designada como civilización dependía entonces en alto grado de la eficaz utilización de las tierras, y de la calidad y cantidad de las cosechas obtenidas.

Los rasgos culturales enumerados arriba, y que definen el concepto de civilización, se desarrollaron en el hemisferio occidental, sólo en una región muy limitada que los arqueólogos denominan *América Nuclear*. Este concepto, como veremos, abarca tres áreas contiguas. En el norte se trata del área de *Mesoamérica*, constituida por el sureste de México, Guatemala y Honduras Occidental, mientras que

hacia el sur es el área de los *Andes Centrales*, formada por Perú, Bolivia noroccidental y partes de Ecuador, Argentina y Chile. Fue en estas dos áreas donde, durante un periodo de 3.000 años, evolucionaron las grandes civilizaciones indígenas, aproximadamente a partir de 1500 a. C. hasta que, en los años de 1500 de nuestra era, la conquista española puso fin a este desarrollo.

El avance que habían logrado dichas sociedades forma parte de un legado valioso de la humanidad. En condiciones climáticas y ambientales a veces muy adversas, los pueblos aborígenes de México y Perú habían creado grandes estados y sistemas económicos muy eficaces. Su arquitectura, organización social, relaciones comerciales, religión y cosmología, artesanías y artículos de lujo, atestiguaban un nivel tecnológico, intelectual y artístico muy apreciable. En efecto, si se evoca mentalmente una imagen de prehistoria americana, de algún aspecto arqueológico que se destaque en nuestra conciencia, sea por su arte, su monumentalidad o por su poder expresivo, se piensa inmediatamente en algún templo de México, Guatemala o Perú, o en alguna estatua colosal de una divinidad allí venerada. La idea de prehistoria americana se ha venido asociando pues ante todo con Mesoamérica y los Andes Centrales. Obviamente, las culturas prehistóricas de la mayoría de los otros países latinoamericanos nunca han ejercido la misma fascinación, ni tampoco han despertado la misma admiración que siente el visitante en los grandiosos museos de México, o al contemplar los templos de Tikal, en Guatemala, o las ruinas de Machu Pichu, en Perú.

En medio de estas dos grandes áreas de civilización aborigen, se extiende la llamada *Área Intermedia*, formada por América Central, Colombia y partes de Venezuela y Ecuador. Allí nunca surgieron grandes imperios, ni hubo extensas ciudades, ni palacios, ni fortalezas, ni templos monumentales, como en Mesoamérica y Andes Centrales. En el Área Intermedia había sólo cacicazgos, a lo mejor estados incipientes, esparcidos sobre las vertientes de las cordilleras o en las ardientes llanuras de las costas. De estos asentamientos y de la actividad humana desarrollada allí, raras veces perduraron ruinas o grandes monumentos; generalmente sólo quedaron los dispersos vestigios de un modo de vida simple —la vida de selvícolas o serranos, la vida de pescadores y aldeanos—. Fue así que, en las décadas pasadas, las grandes expediciones de los museos o universidades de Europa o Norteamérica no tomaron mayor interés en aquellos países cuyo pasado prehistórico parecía ser tan poco espectacular; con pocas excepciones, se dirigían hacia los grandes centros de civilización indígena. También es cierto que los gobiernos mismos de los países del Área Intermedia no se preocupaban mucho por su pasado aborigen, por artefactos y piedras que dejaron aquellos pobladores.

La arqueología y las actividades del arqueólogo explorador siempre han estado rodeadas de cierto nimbo romántico que comúnmente se asocia con ciudades misteriosas, templos y tesoros escondidos u obras de arte de esplendor exótico. Esta imagen popular de la arqueología ha sido reforzada, si no directamente creada, por

la tendencia de los museos y coleccionistas de mostrar sólo lo espectacular o precioso y de complacer al público que gusta ver lo insólito o lo que, en un momento dado, se considera como una obra de valor estético y por ende de valor monetario. Sólo en las últimas décadas la arqueología ha logrado deshacerse, en parte, de esta falsa imagen y ha podido dedicarse, con la ayuda de otras disciplinas científicas, a su auténtica tarea de reconstruir las culturas del pasado, sin otras consideraciones que las que se refieren a las causas, modos y metas de la conducta humana, sean cuales fuesen sus logros.

Al operarse este cambio y al introducirse a la arqueología una visión esencialmente antropológica —y no estética selectiva, y mucho menos aún chauvinista—, los vestigios prehistóricos de culturas sencillas y muy poco desarrolladas, en un sentido estético y tecnológico, comenzaron a adquirir más y más importancia. En lugar de buscar templos y tumbas, los arqueólogos comenzaron a interesarse en procesos tales como los orígenes de la agricultura, la evolución de las pautas de asentamiento, la adaptación ecológica, la transición del cacicazgo al estado y muchos más que, anteriormente, se habían ignorado casi por completo.

Si se considera ahora el Área Intermedia desde este punto de vista, la importancia de sus vestigios arqueológicos queda fuera de toda duda. En primer lugar, la misma posición geográfica del territorio colombiano hace de él un puente, una zona de contacto. No obstante que al norte y al sur se hayan desarrollado dos centros de civilización avanzada, entre México y Perú existía una antigua base

común. Además, una vez que las dos civilizaciones habían adquirido cada una su identidad distintiva, continuaban entre ellas múltiples contactos, sea por migraciones y relaciones comerciales, o sea por la difusión de ideas y de procedimientos. En realidad, si el estudio de la arqueología americana pretendía ser una ciencia comparativa, tenía que tener en cuenta a los antiguos pobladores de estas regiones intermedias.

Aunque no alcanzaron el mismo nivel de desarrollo de las civilizaciones de Mesoamérica y de los Andes Centrales, los avances logrados en el Área Intermedia no podían subestimarse, ni tampoco ignorarse su papel como creadores y transmisores de estímulos culturales, que procedían de diversas direcciones y operaban en diferentes épocas. En muchos aspectos Colombia ocupaba una posición clave, a mitad de camino entre dos grandes focos culturales del norte y del sur, adquiriendo así importancia crucial para las investigaciones que trataron de trazar las interrelaciones más amplias entre las culturas indígenas americanas. Hoy en día, estos y otros aspectos teóricos del papel desempeñado por el territorio colombiano en la prehistoria americana se reconocen claramente por parte de los arqueólogos americanistas, pero falta aún en estos países una participación académica y oficial más activa en el desarrollo de tales investigaciones.

Una pregunta, engañosa tal vez pero justificada a primera vista, se plantea tan pronto como se echa un vistazo al mapa geográfico y al esquema cronológico de América Nuclear: ¿A qué se debe este vacío entre los dos centros

culturales principales? ¿Por qué los pueblos prehistóricos de Colombia no lograron un desarrollo similar al de sus vecinos, de México y de Perú? La gama de condiciones climáticas no es tan diferente; las costas y cordilleras tienen muchos rasgos en común, y flora y fauna comparten muchas especies similares y aun idénticas. La calidad de las tierras, la precipitación, las variaciones altitudinales o las rutas naturales de migración: todos estos rasgos físicos generales que el arqueólogo observa y evalúa son bastante similares y ofrecen una amplia y variada base para servir de escenario de desarrollos culturales. ¿Por qué entonces esta interrupción? ¿Qué ventaja tenían los valles y montañas de Oaxaca, sobre el valle del Cauca o la Cordillera Central de Colombia? ¿No son acaso muy similares los antiguos lagos pleistocénicos del Valle de México y los de la sabana de Bogotá? ¿Por qué permanecieron las culturas prehistóricas de Colombia sobre un nivel esencialmente rural, sin lograr la cohesión y complejidad de los estados que florecían en Mesoamérica y los Andes Centrales, en la llamada etapa «clásica»?

Y si, como es aparente, todo aquello no ocurrió en territorio colombiano, puede entonces formularse una segunda pregunta: ¿Cuál era la función cultural del Área Intermedia? ¿Qué papel desempeñaba el territorio colombiano en aquel tiempo cuando, en Mesoamérica y en los Andes Centrales, florecían las grandes civilizaciones indígenas? ¿Era un simple puente terrestre, un eslabón físico, pero sin mayor importancia cultural? ¿O era un filtro, una encrucijada, una articulación, un punto de convergencia

o de dispersión? ¿Era una unidad distintiva, dentro de la historia cultural del Continente? ¿En el Área Intermedia, qué factor, o combinación de factores, obstruyeron los desarrollos más avanzados, en cierta época, a cierto nivel de evolución o en cierta zona crucial que podría haber sido el foco de lo que llamamos «progreso»?

Hasta hace relativamente poco, estas preguntas aún no se habían formulado con toda claridad. Mesoamérica y los Andes Centrales parecían ser dos fenómenos aislados. Pero con el avance de las investigaciones esta interpretación ha cambiado. Partiendo de comparaciones estilísticas tentativas, la arqueología americana avanzó hacia las bases más firmes de secuencias y complejos comparables, fijados en el tiempo por escalas cronológicas, y en el espacio, por la observación de la difusión. Así se demostró que las culturas prehistóricas del Área Intermedia habían sido parte esencial de estas fases de desarrollo de Mesoamérica y los Andes Centrales, y que Colombia también había sido poblada desde el Pleistoceno por bandas de cazadores nómadas, algunos de los cuales evolucionaron a horticultores. Había pues una antigua base en común y no sólo en la secuencia de grandes etapas generales, de complejidad similar, sino también en muchos detalles de rasgos tecnológicos y estilísticos.

Pero luego en Colombia se produjo una solución de continuidad, tal vez no de súbito ni en un momento crítico, sino más bien como una lenta tendencia, una dispersión, un debilitarse de una consistencia interna. En alguna época, tal vez hace unos 2.000 años, las culturas prehistóricas de

Colombia dejaron de tomar parte en la dinámica de los principales centros de desarrollo de América Nuclear y comenzaron a rezagarse en su avance, después de haber sido un gran foco cultural temprano que irradiaba a otras áreas y que luego se estancó. Es esta pues la trama que quiero dilucidar en este libro.

Pero antes de ocuparme de la tarea difícil de ofrecer al lector, en las páginas que siguen, un cuadro coherente de los desarrollos culturales prehistóricos en Colombia, es necesario presentar primero un breve esbozo de la historia de los descubrimientos e investigaciones en este país.

Colombia es el país del Dorado, de esmeraldas y tesoros enterrados, de oro escondido en montañas y lagunas, y de alhajas enterradas en tumbas y cavernas. Oro y perlas fueron el primer botín que los conquistadores españoles tomaron entre los indios de la costa del mar Caribe, y de ahí en adelante el oro se volvió su obsesión. Lo raparon de los vivos y de los muertos; extorsionaron las poblaciones, torturaron a los caciques, saquearon las tumbas y los santuarios. La búsqueda del oro pronto se convirtió en el factor decisivo en determinar las rutas de penetración de las huestes conquistadoras, así como en su escogencia de los lugares para establecer las primeras fundaciones permanentes. No es de sorprenderse pues si los frailes y capitanes, que se volvieron los primeros cronistas de estas hazañas, al escribir de las riquezas, se maravillen de los tesoros indígenas encontrados por los soldados. Las crónicas hablan de «águilas» de oro, de coronas, patenas y diademas, de narigueras y de brazaletes. Todo eso hallado, robado, recibido de regalo

o en cambio por cuentas de vidrio, arrebatado como tributo o desenterrado en las tumbas de los jefes. Y luego, todo aquello debía ser fundido en lingotes, para enviarse a España. Ya en 1530, el gobernador de Santa Marta, García de Lerma, decretó que los entierros de los indios taironas podían abrirse sólo con su permiso personal, para poder así establecer los derechos de la Corona sobre el oro encontrado en ellos. En 1572, una Cédula Real ordenó que la mitad del oro que se hallase en los ricos túmulos del río Sinú debía ser entregado a la Corona; disposiciones similares fueron dictadas por la mayoría de las autoridades locales, para controlar el saqueo de las tumbas y garantizar que las arcas del Rey recibieran su parte del botín.

Pero poco más se dice en las crónicas de la Conquista sobre los monumentos o construcciones que atestiguan el pasado indígena. Hay descripciones de las ciudades y construcciones líticas de los taironas, de los túmulos y templos del Sinú, de los cercados y santuarios de los muiscas, así como de algunas obras de irrigación en diferentes regiones del país, pero por lo demás, estos vestigios del pasado tuvieron escaso interés para los españoles. La destrucción de los ídolos y templos fue cosa fácil, pues la mayoría estaba hecha de material perecedero, y, como los conquistadores no encontraron grandes construcciones o monumentos comparables a los que sus contemporáneos estaban descubriendo en México y Perú, los cronistas simplemente no describieron lo que, a ellos, entonces parecía ser de poco interés.

En algunas crónicas se encuentran descripciones más o menos detalladas de algunas «tribus» indígenas que

poseían objetos de oro y que por eso merecían la atención de los cronistas; acerca de ellos dan informaciones valiosas sobre algunos aspectos culturales que, desde luego, pueden ayudar al arqueólogo a interpretar algunos de los antiguos artefactos que hoy en día se están descubriendo. En estas crónicas se encuentran datos sobre las pautas de asentamiento, técnicas agrícolas, religión y magia, ritos funerarios, actividades de guerra, armas, utensilios, y muchos elementos más. Hay relaciones bastante extensas, sobre todo acerca de los antiguos muiscas, taironas y quimbayas, así como sobre algunos otros cacicazgos tales como los del Cauca o sobre pequeños grupos tribales. De esta manera, las crónicas de los siglos dieciséis y diecisiete son fuentes importantes de información y el arqueólogo puede obtener de ellas datos de gran valor¹.

¹ Los principales cronistas españoles que tratan de la conquista y colonización del territorio colombiano, son: Castellanos, Juan de, 1847, *Elegías de varones ilustres*, Madrid, y 1886, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, Madrid; Aguado, Fray Pedro de, 1956-1957, *Recopilación Historial*, 4 vol., Bogotá; Fernández Oviedo y Valdés, Gonzalo, 1851-1855, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, Madrid; León, Pedro Cieza de, 1862, *La crónica del Perú*, Madrid; Simón, Fray Pedro, 1882-1892, *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, 5 vol., Bogotá; Piedrahita, Lucas Fernández de, 1881, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá; Herrera y Tordesillas, Antonio, 1726-1727, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar océano*, 9 vol., Madrid. Importantes colecciones de documentos son, entre otros: Cuervo, Antonio B. (editor), 1891-1894,

Sin embargo, los recuentos de los historiadores y viajeros del siglo dieciocho contienen pocos datos. En 1757, Fray Juan de Santa Gertrudis² visitó las cabeceras del río Magdalena y escribió un relato ingenuo pero interesante, sobre las estatuas monolíticas de la región de San Agustín. Cuarenta años después, en 1797, el naturalista Francisco José de Caldas visitó la misma zona y mencionó este sitio arqueológico en una publicación aparecida en 1808³. Alexander von Humboldt⁴ fue el primer viajero que escribió sobre las antiguas pictografías y petroglifos del Orinoco y, en su relato sobre sus exploraciones en el interior de Colombia, en 1801, describe la laguna de Guatavita,

Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia, 4 vol., Bogotá; Friede, Juan (editor), 1955-1960, *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, 10 vol., Bogotá. La mayoría de los cronistas españoles existe también en ediciones recientes publicadas en Bogotá. Una excelente obra de resumen es de Ortwin Sauer, Cari, 1966, *The Early Spanish Main*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles. Otras obras de interés son: Friede, Juan, 1965, *Descubrimiento y Conquista del Nuevo Reino de Granada: Régimen de Gobernadores 1499-1550*, Historia Extensa de Colombia, vol. II, Bogotá.

² Santa Gertrudis, Fray Juan de, 1964, *Maravillas de la Naturaleza*, 2 vol., Bogotá.

³ Caldas, Francisco José de, *Estado de la Geografía del Virreinato de Santa Fe de Bogotá, con relación a la economía y el comercio*, Seminario del Nuevo Reino de Granada, varias ediciones.

⁴ Humboldt, Alexander von, 1816, *Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, 2 vol., París.

cerca de Bogotá, donde un cacique muisca anualmente hacía su tradicional ofrenda de oro. Humboldt también escribió en algún detalle sobre las teorías del padre José Domingo Duquesne, párroco de un poblado del altiplano de Bogotá, quien equivocadamente interpretó una pequeña piedra tallada, y destinada a trabajos de orfebrería, como un calendario aborigen. De ahí en adelante y ciertamente bajo el estímulo de los libros tan influyentes de Humboldt, las culturas prehistóricas, sobre todo la muisca, se mencionan con más frecuencia en las obras de los viajeros. Como curioso ejemplo de las tendencias fantásticas que, en aquel entonces, tomaban algunas especulaciones sobre el origen de los indios americanos, mencionamos aquí la obra de M. de Paravey, aparecida en París en 1835, bajo el título de *Mémoire sur l'origine japonaise, arabe et basque de la civilisation des peuples du plateau de Bogota*.

Hasta aquí no se puede hablar aún de investigaciones propiamente dichas. Se trata de relatos de viaje, de observaciones esporádicas de tal cual aspecto de las culturas indígenas, pero aún falta un interés más metódico en las «antigüedades» precolombinas. Sólo a partir de la mitad del siglo diecinueve se observa una creciente curiosidad en las culturas indígenas, ahora por parte de un distinguido grupo de estudiosos colombianos. Para trazar la historia de la arqueología, el punto de partida es entonces la época alrededor de 1850⁵.

⁵ Sobre la historia de la arqueología, véanse Luis Duque Gómez, 1955, *Colombia: Monumentos Históricos y Arqueológicos*, 2 vol.,

Los hombres que dedicaron su atención a estos vestigios eran esencialmente historiadores, académicos formados en la tradición humanística y cuyos intereses como coleccionistas eruditos estaban estrechamente relacionados con los de sus contemporáneos europeos. En 1848, Joaquín Acosta publicó en París su *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada* e incluyó en él algunas ilustraciones de objetos arqueológicos muiscas y taironas. Ezequiel Uricoechea escribió su *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas* (Berlín, 1854) y luego se dedicó a varios estudios lingüísticos. Los viajeros europeos que visitaron Colombia en aquella época tenían la misma afición a las antigüedades. La expedición de Eduardo Mariano de Rivero y Johann Jakob von Tschudi (1851) y, más tarde, la del geógrafo italiano Agustín Codazzi⁶ produjeron las primeras descripciones e ilustraciones de las estatuas de San Agustín, y el viajero inglés William Bollaert escribió *Antiquarian, Ethnological, and Other Researches in New Granada, Ecuador, Peru and Chile* (Londres, 1860), dedicando un capítulo a la

Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México; *ibidem*, 1965, *Prehistoria: Etnohistoria y Arqueología*, Historia Extensa de Colombia, vol. I, Bogotá.

⁶ Codazzi, Agustín, «Ruinas de San Agustín», en: Felipe Pérez, 1863, *Geografía física y política de los Estados de Colombia*, 2 vol., Bogotá, (Cf. II, págs. 76-107); Rivero, Eduardo Mariano y Johann Jakob von Tschudi, 1851, *Antigüedades Peruanas* (texto y atlas), Viena.

arqueología colombiana. Adolf Bastian⁷, uno de los fundadores de la antropología moderna, fue el primer viajero en publicar una extensa lista de sitios arqueológicos colombianos. Muchos objetos arqueológicos del país encontraron en aquellos años su camino a los museos europeos; fueron adquiridos por viajeros, misioneros y diplomáticos, o por técnicos europeos, quienes estaban al servicio del gobierno de Colombia. Otras colecciones fueron vendidas o donadas por coleccionistas colombianos. Aunque había un creciente interés en Colombia por estas antigüedades, fue una atracción de objetos exóticos, sin conectarla con las sociedades sobrevivientes de quienes habían creado estos artefactos, y menos aún con el pasado histórico de dichas sociedades.

Muchos de aquellos hombres de letras colombianos tenían una marcada inclinación hacia la etnología y la lingüística. Su interés en las culturas tribales estaba basado en el conocimiento del historiador, de las fuentes españolas antiguas, las cuales contenían datos dispersos sobre ritos funerarios, prácticas chamanísticas, o sobre canibalismo y guerra. Estas fuentes antiguas hablaban de los «caribes» y de otros grupos belicosos, describiendo sus

⁷ Bastian, Adolf, 1878-1889, *Die Culturländer des Alten America*, 3 vol., Berlín. (Cf. i, págs. 225, 237-238, 242-243, 269, 299). Otra obra que contiene muchos datos e ilustraciones de cerámicas colombianas, en museos alemanes, es: Seler, Eduard, 1893, *Peruanische Alterthümer*, Berlín. En ella figuran varios nombres de coleccionistas colombianos, de fines del siglo pasado.

migraciones y conquistas. Algunos eruditos prominentes comenzaron desde entonces a hacer especulaciones sobre estos caribes y otras migraciones, iniciando una orientación que ha tenido una influencia notable sobre el pensamiento antropológico en Colombia. En estas teorías se combinaban la lingüística comparativa, la toponimia y la difusión de ciertos elementos culturales, tales como la metalurgia, las costumbres funerarias, las deformaciones corporales, etcétera, para trazar movimientos migratorios, y de esta manera se introdujo la noción de una sucesión cultural en el tiempo. Sin embargo, no se hacía ningún esfuerzo para encontrar las pruebas arqueológicas de esas migraciones. Un factor que contribuyó muy notablemente al conocimiento de los problemas antropológicos fue la publicación, entre 1850 y 1900, de una serie de cronistas españoles que, hasta entonces, habían sido en Colombia casi inaccesibles en sus ediciones originales. Estas crónicas, publicadas en Madrid y en Bogotá, en nuevas ediciones, atrajeron la atención de los eruditos sobre las diversas características culturales y lingüísticas de los indígenas y estimularon el trazado de mapas que mostraban la distribución de los grupos tribales más importantes que habían poblado el territorio colombiano en la época de la Conquista.

La compilación de dichos mapas de distribución llevó inevitablemente a la tendencia de identificar ciertas tribus históricas con los vestigios arqueológicos hallados en sus territorios respectivos. De esta manera, cualquier objeto descubierto en el altiplano de Bogotá se atribuyó a los muiscas; objetos procedentes de la Cordillera Central o

de la zona adyacente del valle del río Cauca se tomaron como obra de los antiguos quimbayas, y los artefactos de la costa Atlántica se atribuyeron a los caribes. Muchos de estos objetos arqueológicos eran subproductos de la búsqueda de tesoros, ocupación bastante lucrativa, ya que con alguna frecuencia se encontraban en los entierros indígenas valiosos objetos de oro. Otros hallazgos se hacían en las propiedades de hacendados prominentes y muchos objetos fueron llevados a Europa, a museos o a colecciones particulares. En resumen, aunque se descubrieron muchísimos objetos arqueológicos, los ensayos de clasificación y de estudio se limitaban a especulaciones sobre sus relaciones con grupos indígenas de la época de la Conquista.

En el curso de estos descubrimientos prevaleció una circunstancia que contribuyó a producir cierta falta de interés en la dimensión temporal. En muchos países de América, el descubrimiento de restos óseos humanos, aparentemente muy antiguos, excitó la imaginación tanto de los eruditos como del gran público, y estimuló la formulación de teorías sobre la edad de estos vestigios del hombre americano. Pero ningún descubrimiento de este orden se hizo en Colombia, ni tampoco se encontraron aquí complejos líticos que hubieran podido compararse con el Paleolítico del Viejo Mundo. Parece que faltaba todo estímulo para estudiar la prehistoria en términos de períodos cronológicos.

Al terminar el siglo, el historiador colombiano Liborio Zerda había escrito su libro *El Dorado: Estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los Chibchas* (Bogotá, 1883);

Manuel Uribe Ángel había publicado su *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia*, con 34 láminas que ilustraban objetos arqueológicos del occidente de Colombia (París, 1885), y Carlos Cuervo Márquez, en su libro *Prehistoria y Viajes*, describió los sitios arqueológicos de San Agustín, Tierradentro y Santa Marta (Bogotá, 1893). En 1895, Vicente Restrepo publicó su *Atlas Arqueológico*, con 46 grandes láminas, obra que suplementó su libro aún clásico *Los Chibchas antes de la conquista española* (Bogotá, 1895). Sería imposible enumerar aquí todos los autores, tanto colombianos como extranjeros, quienes mostraron interés en los vestigios prehistóricos del país, antes de 1900. Ellos eran historiadores, coleccionistas o viajeros ocasionales, que simplemente describían lo que veían u oían y que, muchas veces, incorporaron en sus escritos las ideas y especulaciones que sus predecesores habían hecho, sobre el origen y el significado de estos vestigios antiguos.

Fue solamente en 1913 cuando, por fin, se efectuaron las primeras excavaciones sistemáticas en suelo colombiano. De 1913 a 1914, Konrad Theodor Preuss, del Museum für Völkerkunde, de Berlín, trabajó en San Agustín, y en 1929 se publicó en Göttingen su obra *Monumentale vorgeschichtliche Kunst*, libro que contiene la primera descripción científica de una cultura prehistórica colombiana. La próxima expedición, también organizada por un gran museo, estuvo a cargo de L. Alden Mason, del Field Museum, Chicago, quien trabajó entre 1922 y 1923 en la zona tairona de la Sierra Nevada de Santa Marta, y publicó luego tres volúmenes sobre sus resultados. La calidad de

las descripciones de artefactos, contenidas en las obras de Preuss y Mason, sentaba un estándar muy alto; las ilustraciones eran de excelente calidad y formaban un inventario muy completo. Sin embargo, aún no se había producido la «revolución estratigráfica» y los dos arqueólogos no se ocupaban de problemas cronológicos en el terreno. Aunque Preuss y Mason estaban perfectamente conscientes de que los vestigios que habían descubierto eran el resultado de un largo desarrollo previo, no efectuaron excavaciones controladas, y cuando publicaron sus obras, el gremio de arqueólogos se encontró de nuevo ante culturas indígenas que aparentemente carecían de toda profundidad temporal. En los años siguientes hubo varios arqueólogos extranjeros de renombre trabajando en Colombia. Las investigaciones de Sigvald Linné (1929) en la zona del Darién contribuyeron al conocimiento de la región ístmica, y Henry S. Wassen (1937) excavó en la Cordillera Occidental. Otros se dedicaron a excavaciones en pequeña escala en diversas partes del país, sobre todo en las zonas muisca, tairona y de San Agustín (Bolinder, 1937; Lunardi, 1934, 1935; Mason, 1940; WaldeWaldegg, 1937; Wavrin, 1936). Sin embargo, aunque todas estas investigaciones produjeron resultados importantes, es aparente que, durante estos años, los estudiosos colombianos no fueron influenciados por las publicaciones de misiones extranjeras⁸.

⁸ Bolinder, Gustaf, «*Archaeological Research on the Tableland about Bogota*», 1937, *Ethnos*, vol. 2, n.º 4, págs. 130-132, Stockholm; Linné, Sigvald, 1929, *Darien in the Past: The Archaeology of Eastern*

Ya desde la segunda década de este siglo, algunos investigadores colombianos y extranjeros habían tratado de establecer una serie de «áreas arqueológicas», como consecuencia de los mapas tribales antes mencionados, y este enfoque se elaboró en los años siguientes, por parte de otros arqueólogos. Los nombres dados a estas áreas arqueológicas, a saber «chibcha», «sinú», «quimbaya», etcétera, indican claramente la vieja y tan errónea tendencia de querer identificar los vestigios prehistóricos con tribus históricas; pero ahora, junto con esta zonificación, se hicieron además los primeros ensayos de una ordenación cronológica (Hernández de Alba, 1938). Sin embargo aún en una fecha relativamente reciente (Bennett, 1944) este esbozo todavía no había avanzado más allá de un simple esquema tripartita en términos de «temprano/medio/tardío», división basada en el estudio comparativo estilístico de algunas colecciones cerámicas. Según

Panamá and North-Western Colombia, Goteborg; Lunardi, Federico, 1934, *El Macizo Colombiano en la Prehistoria de Sur América*, Impresa Nacional, Río de Janeiro; *ibidem*, 1934, *La vida en las Tumbas: Arqueología del Macizo Colombiano*, Río de Janeiro; Mason, Gregory, 1940, *South of Yesterday*, New York; Walde-Waldegg, Hermann von, 1937, «Preliminary Report on the Expedition to San Agustín (Colombia)», *Anthropological Series of the Boston College*, vol. II, n.º 7, págs. 5-54 Boston; Wassen, Henry S., 1936, «Archaeological Study in the Western Colombian Cordillera», *Etnologiska Studier*, n.º 2, págs. 30-67, Goteborg; Wavrin, Robert de, 1936, «Apport aux connaissances de la civilisation dite de San Agustín et à la archéologie du Sud de la Colombie», *Bulletin de la Société des Américanistes de Belgique*, n.º XXI, págs. 107-134, Bruselas.

esta periodificación, se atribuyó a San Agustín una posición cronológica «temprana»; muisca y tairona y algunos materiales del alto Cauca se clasificaron como «tardíos», mientras que quimbaya, tierradentro y sinú se agruparon en un periodo «medio»⁹.

⁹ Los principales autores que han postulado una división en «áreas arqueológicas» son, en orden cronológico: Joyce, Thomas A., 1912, *South American Archaeology*, London; Thompson, J. Eric, 1936, *Archaeology of South America*, Field Museum of Natural History, Anthropological Leaflet n.º 33, Chicago; Hernández de Alba, Gregorio, 1938, *Colombia: Compendio arqueológico*, Bogotá; Bennett, Wendel C., 1944, «*Archaeological Regions of Colombia: A Ceramic Survey*», *Yale University Publications in Anthropology*, n.º 30, New Haven; *ibidem*, 1946, «*The Archaeology of Colombia*», *Handbook of South American Indians* (Julián Steward, editor), vol, 2, págs. 823-850, Washington; Nachtigall, Horst, 1961, *Indianerkunst der Nord-Anden*, Berlín; *ibidem*, 1961, *Alt-Kolumbien: Vorgeschichtliche Indianerkulturen*, Berlín; Angulo Valdés, Carlos, 1963, «*Cultural Development in Colombia*», *Aboriginal Cultural Development in Latin America* (Betty J. Meggers & Clifford Evans, editores), págs. 55-66, Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 146, n.º 1, Washington; Perdomo, Lucia Rojas de, 1979, *Manual de Arqueología Colombiana*, Carlos Valencia Editores, Bogotá. En cambio, una perspectiva cronológica-evolutiva se presenta en: Reichel-Dolmatoff, G., 1978, «*Colombia Indígena Periodo Pre-hispánico*», *Manual de Historia de Colombia* (Juan Gustavo Cobo y Santiago Mutis, editores), I, págs. 31-114, Instituto Colombiano de Cultura, Editorial Andes, Bogotá; *ibidem*, *Chronologies in New World Archaeology* (R. E. Taylor & Clement W. Meighan, editores), Académie Press, New York (en imprenta).

La publicación de mi capítulo sobre cronología absoluta de Colombia fue pospuesta por los editores durante varios años, por

En 1931 se publicó la traducción al español del libro de Konrad Theodor Preuss sobre San Agustín, y este advenimiento contribuyó muy notablemente a despertar el interés en algunos círculos gubernamentales. Entre 1936 y 1937, el Ministerio de Educación Nacional patrocinó la primera expedición arqueológica a San Agustín, de José Pérez de Barradas, prehistoriador español, acompañado por el joven arqueólogo colombiano Gregorio Hernández de Alba (Pérez de Barradas, 1937, 1943)¹⁰. Luego en 1938, gracias a los esfuerzos de Hernández de Alba, el Ministerio de Educación Nacional estableció el Servicio Arqueológico, el cual comenzó a organizar investigaciones así como a encargarse de la protección de los monumentos prehistóricos del país.

Con ocasión del cuarto centenario de la fundación de Santa Fe de Bogotá, en 1538, Hernández de Alba inauguró una exposición arqueológica importante en el edificio de la Biblioteca Nacional.

El año siguiente el Banco de la República tomó una decisión que tuvo grandes consecuencias. A través de los siglos, en realidad ya desde la época de la Conquista, los buscadores de tesoros habían comerciado con objetos de

razones fuera de mi control. No obstante las periódicas revisiones, mi texto es actualmente anticuado.

¹⁰ Pérez de Barradas, 1937, José, *Arqueología y antropología precolombinas de Colombia*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá; *ibidem*, 1942, *Arqueología Agustiniana*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá.

oro que encontraban en sus excavaciones. En 1939 la junta directiva del Banco, por iniciativa de su gerente don Julio Caro, decidió comprar aquellos objetos, tanto de coleccionistas particulares como de sus descubridores ocasionales, los últimos generalmente campesinos o *guaqueros*. Así muchas piezas de orfebrería se salvaron de ser fundidas o dispersadas, y llegaron a formar con los años un tesoro sin par de orfebrería precolombina. El Banco de la República, que considera su Museo del Oro no como forma de capitalización sino como un aporte cultural, cuenta con unos treinta mil objetos, los cuales constituyen una colección verdaderamente única en el mundo.

En la década de los treinta comenzaron a llegar a Colombia grupos de intelectuales europeos quienes tuvieron alguna influencia sobre diversas disciplinas académicas y, al estallar la Segunda Guerra Mundial, el gobierno del Presidente Eduardo Santos brindó su hospitalidad a Paul Rivet, fundador y director del afamado Musée de l'Homme, en París. La presencia de Rivet, seguida poco después por la de su cercano colaborador y colega, Henri Lehmann, marcó el comienzo de una etapa nueva, ya que por primera vez se organizó la enseñanza sistemática de las diversas disciplinas de la Antropología incluyendo cursos sobre arqueología. Rivet fue un maestro muy estimulante y fomentaba enfáticamente las investigaciones de campo. En el fondo él estaba poco preocupado por la metodología arqueológica, y los sitios que realmente le interesaban eran los abrigos bajo rocas, donde presentía estaban los vestigios de los primeros pobladores. Combinando una multitud de datos

obtenidos en muy diversas ramas de las ciencias e incidentalmente reviviendo el interés siempre latente en las teorías de migraciones, Rivet esbozaba magistralmente el gran esquema del poblamiento prehistórico de América, pero la prehistoria misma parecía ante todo relevante en cuanto pudiera ofrecerle datos que sustentaran sus vastas teorías. De ningún modo Rivet menospreciaba la importancia de las investigaciones arqueológicas pero tenía la convicción de que, en un país cuyas culturas aborígenes estaban desapareciendo tan rápidamente, la investigación etnológica tenía una prioridad inmediata, mientras que podía esperar la minuciosa búsqueda de secuencias estratigráficas. La fundación del Instituto Etnológico Nacional —el mismo nombre expresa claramente los intereses de Rivet— fue instrumental en la organización y ejecución de las actividades investigativas, y sus resultados comenzaron a publicarse en varias revistas especializadas. El grupo formado por Paul Rivet y dirigido por Luis Duque Gómez, como director del Instituto Etnológico Nacional —hoy Instituto Colombiano de Antropología—, tuvo una influencia orientadora para la antropología colombiana durante casi un cuarto de siglo. En las décadas de los cuarenta y cincuenta se logró un extraordinario avance en las investigaciones de campo, concentrándose estas en las zonas arqueológicas de San Agustín, Tierradentro y el valle del Cauca adyacente, el altiplano muisca y la costa Caribe.

Aquí cabe una pregunta: ¿Cuál fue la influencia teórica y metodológica norteamericana sobre el rumbo de las investigaciones en Colombia, en aquella década de los cuarenta,

cuando se estaba formulando en los Estados Unidos el concepto de la Etapa Formativa de la América Nuclear, colocando así el territorio colombiano en una posición importantísima, como eslabón entre las etapas fundamentales de Mesoamérica y los Andes Centrales? Parece que en Colombia había poca conciencia de las investigaciones adelantadas en el Perú por parte del Institute of Andean Research, o de los trabajos de Irving Rouse en el Caribe, o de otros en México y Guatemala. La Yale Archaeological Expedition, a cargo de James Ford y Wendell Bennett, visitó a Colombia en 1941-1942, pero estos dos arqueólogos trabajaron en relativo aislamiento de la capital; su base de acción fue Popayán, donde Gregorio Hernández de Alba dirigía un grupo de alumnos de Rivet. Por entonces el Instituto Etnológico Nacional no tenía un plan coordinado de investigaciones para correlacionar los desarrollos prehistóricos colombianos con los de países vecinos, y las iniciativas al respecto se dejaban más bien al criterio individual del investigador. La influencia de orientaciones teóricas o de procedimientos metodológicos modernos, elaborados en el extranjero, fue pues algo dispareja. Mientras que algunos investigadores tenían en cuenta la escena amplia, internacional, y trataban de aplicar criterios estratigráficos a sus excavaciones, otros, no menos activos, se concentraron en los problemas locales de cementerios y sitios ceremoniales; hubo gran actividad en Bogotá y en varias capitales departamentales para organizar museos, labor que, aunque importante para la divulgación, no contribuyó a la estructuración de una escala temporal evolutiva.

La formulación de un esquema cronológico regional fue lograda por el grupo de arqueólogos que se había dedicado a la llanura del Caribe. En su mayor parte, estas investigaciones fueron planeadas y ejecutadas por el autor y su esposa. La orientación de las investigaciones en otras zonas del país estaba determinada por las diversas metas que se habían puesto los respectivos arqueólogos. En la mayoría de los casos el foco de intereses fue la exploración de aspectos rituales como entierros individuales, cementerios o vestigios arquitectónicos (Cubillos, 1959¹¹; Duque, 1948, 1963¹²; Silva, 1943, 1944¹³). Sólo raras veces se hicieron excavaciones de sondeo en acumulaciones de basura y se establecieron sólo algunas secuencias cerámicas. Nuevamente las investigaciones se concentraron en la zona de San Agustín/Tierradentro, donde se ocuparon ante todo de los vestigios escultóricos y los entierros, y la misma orientación prevaleció en el valle del Cauca y en el altiplano muisca. Los arqueólogos extranjeros que trabajaron en Colombia en los

¹¹ Cubillos, Julio César, 1959, «El Morro de Tulcán (pirámide prehistórica)», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. VIII, págs. 217-357, Bogotá.

¹² Duque Gómez, Luis, 1948, «Los últimos hallazgos arqueológicos de San Agustín», *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol. II, n.º 2, pág. 542, Bogotá; *ibidem*, 1963, *San Agustín: Reseña Arqueológica*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá.

¹³ Silva Celis, Eliécer, 1943-1944, «La arqueología de Tierradentro», *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol. I, págs. 117-130; págs. 521-589, Bogotá.

años cuarenta y cincuenta también estaban ocupados con proyectos similares (Lehmann, 1944, 1952¹⁴; Nachtigall, 1955, 1956, 1958, 1960¹⁵), y aquellos que se interesaban en secuencias y escalas cronológicas eran pocos y producían resultados limitados (Bennett, 1944¹⁶; Ford, 1944¹⁷; Haury y Cubillos, 1953¹⁸). En resumen, durante aquellos años, cuando en Mesoamérica, los Andes Centrales, las Antillas y Venezuela los arqueólogos construían las primeras escalas

- ¹⁴ Lehmann, Henri, 1944, «Arqueología de Moscopán», *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol. I, n.º 2, págs. 657-670, Bogotá; *ibidem*, 1953, «Archäologie du sudouest colombien», *Journal de la Société des Americanistas*, N. S., tome XLIII, págs. 199-270, París.
- ¹⁵ Nachtigall, Horst, 1955, «Tierradentro: Archäologie und Ethnographie einer kolumbianischen Landschaft», *Mainzer Studien zur Kultur und Völkerkunde*, vol. II, Zürich; *ibidem*, 1956, «Tierradentro», *Studia*, vol. I, n.º 10, págs. 21-55, Universidad del Atlántico, Barranquilla; *ibidem*, 1958, *Die amerikanischen Megalithkulturen*, Berlín; *ibidem*, 1960, «Die Reliefkunst der San Agustín-Kultur (Kolumbien)», *Baessler-Archiv*, Neue Folge, vol. VIII, n.º 2, págs. 319-333, Berlín.
- ¹⁶ Bennett, Wendell C., 1944, «Archaeological Regions of Colombia: A ceramic Survey», *Yale University Publications in Anthropology*, n.º 30, New Haven.
- ¹⁷ Ford, James A., 1944, «Excavations in the Vicinity of Cali, Colombia», *Yale University Publications in Anthropology*, n.º 31, New Haven.
- ¹⁸ Haury, Emil W. & Julio César Cubillos, 1953, «Investigaciones arqueológicas en la Sabana de Bogotá, Colombia (Cultura Chibcha)», *University of Arizona Bulletin*, vol. 24, n.º 2, *Social Science Bulletin*, n.º 22, Tucson.

temporales detalladas, basadas ante todo en la excavación estratigráfica de basureros, las investigaciones arqueológicas en los valles interandinos o en los altiplanos de Colombia producían resultados que, no obstante su importancia para la escena local, no arrojaban mucha luz sobre los problemas de sucesión cronológica, de procesos culturales, o de interrelaciones regionales.

Durante la década de los sesenta se hizo notar una nueva tendencia paralela a la orientación que prevalecía entre los arqueólogos del país. Algunos colegas extranjeros habían llegado a Colombia y comenzaron a dedicarse a labores estratigráficas en diferentes regiones. Sylvia Broadbent (1962, 1964, 1965, 1966, 1968, 1969, 1970, 1971)¹⁹ y Karen

¹⁹ Broadbent, Sylvia M., 1962, «Excavaciones en Tunjuelito: Informe preliminar», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. x, págs. 343-346, Bogotá; *ibidem*, 1964, «*Agricultural Terraces in Chibcha Territory*», *American Antiquity*, vol. 29, n.º 4, págs. 501-504; *ibidem*, 1965, «*Stoneroofed chambers in Chibcha Territory*», *Ñawpa Pacha*, n.º 3, págs. 93-106, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley; *ibidem*, 1966, «*The Site of Chibcha Bogotá*», *Ñawpa Pacha*, n.º 4, págs. 1-13, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley; *ibidem*, 1968, «*A Prehistoric Field System in Chibcha Territory, Colombia*», *Ñawpa Pacha*, n.º 6, págs. 135-147, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley; *ibidem*, 1969, «*Prehistoric Chronology in the Sabana de Bogotá*», *Kroeber Anthropological Society Papers*, n.º 40, págs. 38-51, University of California, Berkeley; *ibidem*, 1970 «La arqueología del territorio chibcha II: Hallazgos aislados y monumentos de piedra», *Antropología* n.º 4, Ediciones de La Universidad de los Andes, Bogotá; *ibidem*, 1971, «Reconocimientos arqueológicos

Olsen Bruhns (1969)²⁰ iniciaron reconocimientos sistemáticos en el altiplano muisca y la Cordillera Central respectivamente; Warwick Bray y Michael Moseley (Bray, 1963; Bray y Moseley, 1971; Bray y otros, 1968²¹) trabajaron en el valle del Cauca, y Bray y Donald Sutherland (1971) iniciaron un programa de investigaciones en la Cordillera Oriental. Wesley Hurt (Hurt, van der Hammen y Correal, 1972²²) excavó en abrigos bajo roca cerca de Bogotá; Henning Bischof (1966, 1969)²³ trabajó en la

de la Laguna de “La Herrera”», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xv, págs. 171-213, Bogotá.

²⁰ Bruhns, Karen Olsen, 1967, *Ancient Pottery of the Middle Cauca Valley*, Disertación doctoral, University of California, Berkeley, (University Microfilms, Ann Arbor).

²¹ Bray, Warwick Michael, 1967, «Investigaciones arqueológicas en el valle del Calima: Informe preliminar», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xi, págs. 319-328, Bogotá; Bray, Warwick y M. Edward Moseley, 1971, «An Archaeological Sequence from the Vicinity of Buga, Colombia», *Ñawpa Pacha*, n.º 7-8, págs. 85-103, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley; Bray, Warwick, y otros, 1968, «The Cauca Valley Expedition, 1964», *Explorer's Journal*, vol. XLVI, n.º 1, págs. 43-50, New York.

²² Hurt, Wesley R., Thomas van der Hammen & Gonzalo Correal Urrego, 1972, «Preceramic Sequences in the El Abra Rock-Sheeters, Colombia», *Science*, vol. 175, págs. 1106-1108, Washington.

²³ Bischof, Henning, 1966, «Canapote: An Early Ceramic Site in Northern Colombia: Preliminary Report», *Actas del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, España, 1964*, vol. I; págs. 483-491, Sevilla; *ibidem*, 1969, «Contribuciones a la cronología de la

costa Caribe; Stanley Long y Juan Yángüez (Long y Yángüez, 1971)²⁴ excavaron en Tierradentro; Charles Bolian (1972)²⁵ comenzó algunas excavaciones en la región amazónica, cerca de Leticia. Todos estos arqueólogos, en su mayoría extranjeros, estaban aplicando métodos estratigráficos a acumulaciones de basura y lograron establecer cortas secuencias de cerámica u objetos líticos.

En la década de los setenta los eventos más importantes fueron la creación de la *Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales*, bajo el patrocinio del Banco de la República, la cual comenzó a financiar una serie de investigaciones y publicaciones en distintas partes del país, así como el establecimiento del *Proyecto Pro-Calima*, organización colombo-inglesa-suiza, para la exploración de la hoya del río Calima y zonas aledañas del río Cauca. A partir de 1976 se inició un proyecto nacional para la exploración y reconstrucción de un sitio arqueológico (Buritaca-200) en la Sierra Nevada de Santa Marta.

Cultura Tairona (Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia)», *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses, Stuttgart-München*, 1968, vol. I, págs. 259-269, Munich.

- ²⁴ Long, Stanley Vernon y Juan A. Yangüez, 1971, «Excavaciones en Tierradentro», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xv, págs. 9-127, Bogotá.
- ²⁵ Bolian, Charles, 1972, «An Archaeological Survey of the Trapecio of Amazonas, Colombia», ponencia presentada en el North-Eastern Anthropological Meeting, Buffalo, New York.

No obstante estos comienzos de investigaciones regionales, en su mayoría las publicaciones de excavaciones recientes no parecen seguir un plan de prioridades, ni tienden a formar parte de una visión continental; lo monumental y espectacular —la arquitectura tairona, el arte agustiniano, la orfebrería, etcétera— siguen prevaleciendo sobre problemas tales como la Etapa Paleoindia, la identificación de la Etapa Arcaica, los orígenes de la vida sedentaria, la transición del cacicazgo al Estado Incipiente.

Recientemente se ha planteado lo deseable de orientar las investigaciones hacia el estudio de sistemas y de excavar sitios que permitan apreciar todo el contexto coherente de la sociedad prehistórica en cuestión. Estoy muy de acuerdo con este planteamiento y tan impaciente como mis colegas para dar este paso metodológico, pero también sé que cualquier teoría sobre sistemas y contextos tendrá poca validez si no cuenta con una base firme de datos muy detallados procedentes de la estratigrafía y la tipología. Antes de poder trabajar sobre el nivel microrregional, faltan aún muchas secuencias cronológicas, series tipológicas y amplias comparaciones estilísticas para formar un marco de referencia más sólido.

Aunque, como lo he expuesto, se efectuaron muchas excavaciones en los últimos cincuenta años, también se observa que, en su mayoría, los estudios se concentraron sobre ciertas regiones más bien limitadas: San Agustín, Tierradentro, la Sierra Nevada de Santa Marta, el territorio muisca alrededor de Bogotá y las dos costas marítimas. Esto significa que aún existen inmensas regiones donde apenas se

han iniciado las exploraciones arqueológicas: la Cordillera Central y la Occidental, los valles de los ríos Magdalena y Cauca, el sur Andino, las tierras altas al norte de Bogotá y, lo que es más, las amplias llanuras al este de las Cordilleras, hacia las hoyas de los ríos Orinoco y Amazonas.

Otro factor que, hasta hace poco, limitó seriamente una apreciación más amplia de los desarrollos prehistóricos del país, fue la falta de un esquema de cronología absoluta. Hasta hace relativamente poco, la carencia de fechas exactas y de secuencias estratigráficas claramente definidas hizo imposible o, por lo menos, altamente especulativo, tratar de postular correlaciones espaciales o períodos temporales. Sin embargo, durante los últimos años se han obtenido muchas fechas de carbono radiactivo que, en combinación con algunas secuencias locales, comienzan a sugerir un esquema evolutivo y de interrelaciones para las sociedades prehistóricas colombianas. Estoy muy consciente de las grandes dificultades que se presentan aún al tratar de delinejar estos desarrollos, contando con una base tan fragmentaria.

Para los fines de la presente obra me he esforzado en combinar —siempre y cuando fue posible— un enfoque regional con una apreciación cronológica. Dentro de este marco de referencia he tratado de trazar las grandes etapas de desarrollo, desde los primeros pobladores del país, hasta sus contactos con los descubridores españoles. Mi objetivo es entonces el de discutir los sitios más importantes de cada una de las grandes etapas y ponerlos no sólo en un orden cronológico, sino también dentro de un contexto interpretativo. Cualquier tentativa de construir con

estos datos tan dispersos una teoría general tendrá necesariamente un carácter provisional e incompleto y, desde luego, las investigaciones posteriores llegarán a corregir muchos aspectos del esquema aquí propuesto.

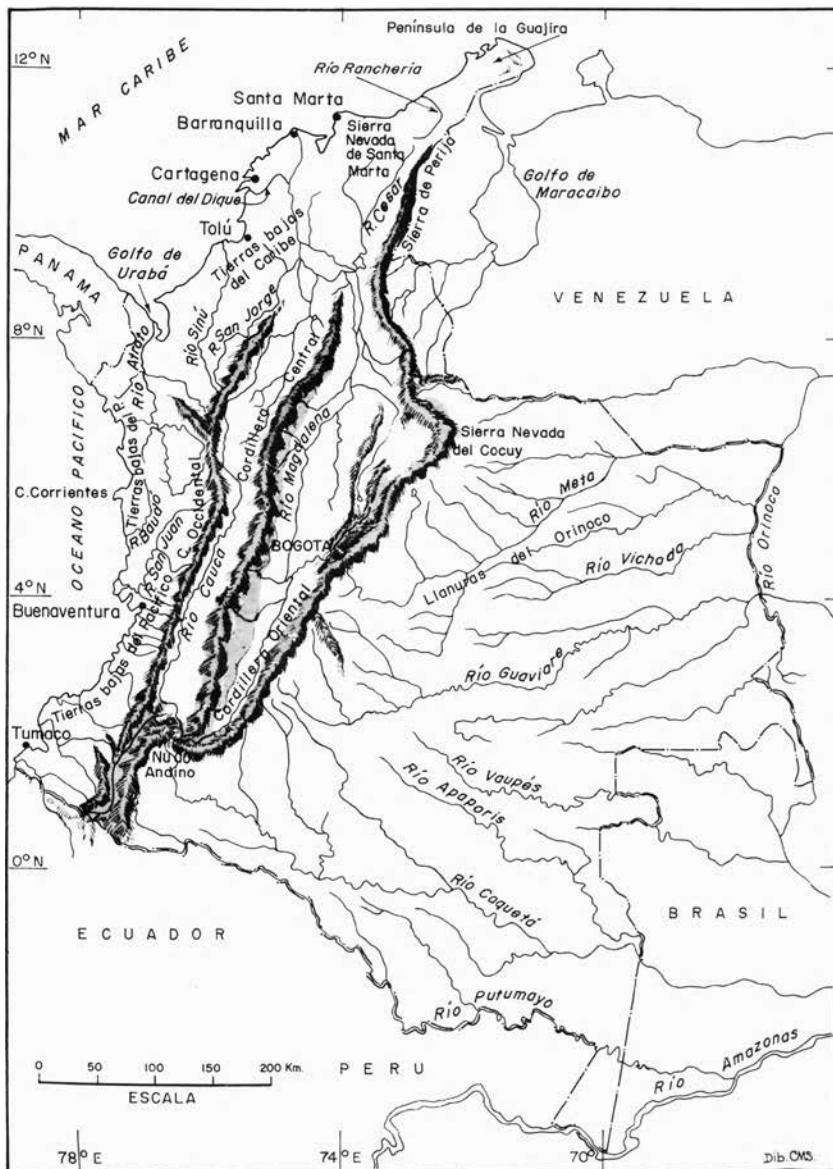


FIGURA 1. Mapa de Colombia.

■ CAPÍTULO II

■ EL PAÍS

COLOMBIA ESTÁ SITUADA EN el extremo noroccidental de América del Sur, donde ocupa un área de más de 1.100.000 kilómetros cuadrados, o sea una extensión equivalente a la de Francia, España y Portugal. Este inmenso país, cuyas selvas exuberantes y montañas escarpadas se extienden desde el mar Caribe hasta el Amazonas, es la «casa de esquina» de Suramérica.

La extrema diversidad de la configuración del terreno, de las características climatológicas y de los desarrollos culturales de Colombia, ha desafiado siempre cualquier tentativa de descripción generalizada. Pocos países del mundo la igualan en lo que se refiere a variación ambiental. Debido a su ubicación geográfica, como a sus particularidades tan complejas de fisiografía y climatología, Colombia forma el epicentro del Área Intermedia, es decir, de aquellas tierras que yacen entre los dos grandes centros de civilización indígena americana. En el curso de su historia

aborigen, esta tierra colombiana ha desempeñado un papel muy variado pero siempre importante. Debido a su posición geográfica general, Colombia ha sido la entrada y salida de América del Sur, mientras que por su complejidad interna ha constituido una encrucijada y un mosaico de nichos ecológicos donde la lucha entre los recursos adaptativos del Hombre y el medio ambiente físico han continuado hasta la época presente. En efecto, todos estos factores han tendido a producir un ambiente de grandes contrastes, y en cualquier reflexión sobre temas colombianos, el problema de los contrastes, sean cuales fuesen, será siempre el punto focal.

El rasgo estructural más sobresaliente en el país son las cordilleras que dividen su territorio en tres grandes áreas: la andina, las costas y el área de Orinoquía y Amazonía. Al penetrar a Colombia por el sur, los Andes pierden su unidad anterior y se dividen en tres enormes cadenas montañosas: las Cordilleras Occidental, Central y Oriental, que se despliegan desde el sur y se extienden luego a través del país, desde las tierras altas ecuatorianas hasta las llanuras del Caribe. Aproximadamente paralelos a las cordilleras yacen los inmensos valles de los ríos Magdalena y Cauca, acompañados de cada lado por montañas coronadas aquí y allá por altos picos nevados o elevados volcanes. Estos dos ríos, las arterias vitales del país, desembocan en el mar Caribe, poco después de que el Magdalena recibe las aguas del Cauca, ya sobre las tierras bajas de la costa Caribe.

Al este de los Andes y más allá de las cordilleras yacen los llanos del Orinoco y las selvas del Amazonas, ambas

regiones abarcan las dos terceras partes del territorio nacional.

Colombia está situada entre los 12°30' N y 4°13' S de la línea ecuatorial, y la mayor parte del territorio tiene un clima tropical, pero ya que la temperatura depende de la altura, la variación climática en las zonas montañosas del país abarca toda la escala, desde el trópico húmedo o seco, hasta las tierras altas y los nevados de las cordilleras. Una división cuádruple en grandes pisos térmicos muestra una escala donde primero está la *tierra caliente*, desde el nivel del mar hasta aproximadamente 1.000 metros, abarcando el 83 % del territorio nacional, con una temperatura media anual que no excede los 24° centígrados. La *tierra templada* sigue entre los 1.000 y 2.000 metros, abarcando aproximadamente el 9 % del territorio y con una temperatura media de no menos de 17,5°. Entre los 2.000 y 3.000 metros está la *tierra fría*, que abarca el 6 % del territorio nacional y tiene una temperatura de no menos de 12° centígrados, y arriba de los 3.000 metros comienzan los *páramos*, aquella zona alta semejante a la tundra siberiana, que cubre más o menos el 2 % del territorio y con una temperatura por debajo de los 12°. El límite inferior de las nieves perpetuas se halla aproximadamente entre los 4.500 y 4.800 metros sobre el nivel del mar.

En Colombia las estaciones están marcadas por la lluviosidad y no por notables fluctuaciones de temperatura. En las tierras bajas de la costa Caribe, al norte de latitud 8° N, hay una estación lluviosa de unos ocho meses —abril a noviembre—, seguida por una estación seca de unos

cuatro meses —diciembre a marzo—, mientras que al sur de esta latitud la estación de lluvias está generalmente interrumpida por un corto periodo intermedio de poca lluviosidad —«veranillo»— durante los meses de junio y julio. En las tierras bajas de la costa del Pacífico prácticamente no existe una estación seca y las lluvias caen durante todo el año. Tanto la distribución anual como la frecuencia y la cantidad de la precipitación dependen naturalmente de muchos factores locales. Por ejemplo, mientras que la península de La Guajira recibe sólo unos 200 milímetros de precipitación anual, la costa Pacífica, con una precipitación de hasta 10.000 milímetros, es probablemente la zona más lluviosa y húmeda de los trópicos americanos.

De acuerdo con los factores meteorológicos y morfológicos, se pueden distinguir cinco grandes regiones naturales que, aunque contienen muchas subregiones cada una, se caracterizan por sus aspectos más o menos coherentes. Dichas regiones son:

- la costa Caribe
- la costa Pacífica
- la región Andina
- los llanos del Orinoco
- las selvas del Amazonas

Las tierras bajas de la costa Caribe se extienden aproximadamente 1.600 kilómetros desde la frontera venezolana hasta Panamá, o sea desde los desiertos de la península de

La Guajira, hasta las selvas del Darién. La Guajira forma el extremo más septentrional del continente suramericano. Durante la estación seca los vientos alisios corren constantemente sobre aquella extensión plana y arenosa y, ya que no hay barreras que permitan condensar su humedad, La Guajira es un vasto desierto ardiente cubierto sólo por rastrojos xerofíticos, cactus y bromeliáceas. Sólo durante los meses de octubre a noviembre caen leves lluvias y entonces el monótono desierto se ve súbitamente cubierto de matices verdosos. Pero durante la mayor parte del año, La Guajira es el territorio más desértico de Colombia —un vasto trato de tierras estériles rodeadas por un mar violento—.

Las tierras bajas del Caribe continúan hacia el suroeste y cambian paulatinamente de desiertos a sabanas semiáridas, con colinas onduladas a veces con extensos bosques de árboles deciduos, hasta que al llegar al río Magdalena se abre la amplia llanura aluvial, cubierta aquí y allá por lagunas y brazos muertos, constituyendo un laberinto verde de caños y pantanos. Hacia el occidente del Magdalena siguen lomas cubiertas de pastos y pequeños bosques, pero al paso que los vientos alisios pierden su fuerza, la precipitación anual aumenta. Esta gran llanura que, hoy en día, es el centro ganadero del país está atravesada por dos grandes ríos cuyas cabeceras yacen cerca la una de la otra, en las montañas del sur. El río Sinú corre en dirección norte, hacia el mar Caribe, mientras que el río San Jorge se dirige hacia el noreste y se une con el río Magdalena un poco más abajo de la confluencia de este con el río Cauca.

Al este del bajo río Magdalena surge la Sierra Nevada de Santa Marta, un gran macizo aislado que se levanta abruptamente sobre las tierras bajas que se extienden entre el delta del gran río y las estribaciones septentrionales de la Cordillera Oriental. Este macizo, de forma aproximadamente piramidal, constituye un rasgo fisiográfico sobresaliente de la costa Caribe. En la Sierra Nevada el clima y la vegetación varían no sólo de acuerdo con la altura, sino también según la orientación de las vertientes; las faldas surorientales que yacen bajo los vientos alisios están cubiertas por pastos, por escasos arbustos y pequeños bosques, los cuales sólo se hallan a lo largo de algunas corrientes de agua o en hondonadas protegidas del viento. Las vertientes septentrionales y occidentales están mucho menos expuestas a los vientos y cubiertas de extensiones más grandes de selva.

Hacia el Occidente, las tierras bajas del Caribe se confunden gradualmente con las selvas pluviales del Golfo de Urabá y de la Serranía del Darién. Allí el paisaje es de planicies aluviales pantanosas y de manglares interrumpidos a trechos por oscuros riscos y bahías pedregosas.

Las tierras bajas de la costa Pacífica presentan un cuadro totalmente diferente de la costa Caribe. Tupidas y enmarañadas selvas pluviales se extienden por más de 1.300 kilómetros sobre la costa baja, entre Panamá y Ecuador, a todo lo largo del país. Grandes ríos tales como el San Juan, el Atrato y el Baudó atraviesan este territorio, junto con centenares de arroyos y riachuelos. El sector norte está formado por una costa escarpada, con muchas

caletas, ensenadas y puertos naturales, pero a partir de Cabo Corrientes hacia el sur, siguen vastos manglares y esteros cuya extensión aumenta hacia la frontera con el Ecuador. Ya que la precipitación anual excede los 7.000 milímetros en la parte central del Chocó —nombre que se da al sector norte de la costa— se trata aquí de una de las grandes selvas pluviales ecuatoriales de América. La vegetación higrófila, con su abundancia de trepadoras y epífitas, es un mundo aparte, totalmente distinto de las áridas sabanas de norte o de las escarpadas montañas del interior andino.

La región Andina ya se ha mencionado al esbozar las grandes líneas estructurales del país. La Cordillera Central es la más elevada, con una altura promedio de 3.000 metros; es algo más baja hacia su extremo septentrional donde se divide en varias serranías que paulatinamente terminan en la costa Caribe. La Cordillera Oriental tiene una altura promedia aproximadamente 2.000 metros. Siendo considerablemente más ancha que las demás, forma varios altiplanos; pero también se bifurcan dos serranías, una de las cuales, la Sierra de Perijá, continúa hacia el Caribe y termina apenas al llegar a la península de La Guajira, mientras que la otra se extiende hacia el este y continúa en territorio venezolano. La Cordillera Occidental es la menos elevada y la más corta. Pero hay también otras montañas y serranías que no forman parte del sistema andino. La Sierra Nevada de Santa Marta, la montaña más alta de Colombia —5.775 metros—, no parece estar relacionada estructuralmente con las cordilleras. Lo mismo ocurre con

la Serranía del Darién en la frontera con Panamá, la cual forma el divorcio de aguas continental, o también es el caso de la Serranía de la Macarena, en el borde occidental de los llanos del Orinoco, y la cual geológicamente pertenece al antiguo Escudo de Guyana. Además esto ocurre en algunas montañas de menor extensión.

Las tres cadenas de las cordilleras forman un relieve extremadamente irregular y complejo, de hoyas intermontanas, sabanas, vertientes selváticas, altiplanos y páramos. La gran variedad de factores locales tales como altura, orientación de vertientes, corrientes de aire, humedad, y la naturaleza de los suelos, constituye aquí un mosaico de complejidad extrema. La variedad de microambientes que componen cada zona ecológica, las cuales además varían cada una tanto horizontalmente como verticalmente, es la característica más distintiva de las cordilleras colombianas y de sus valles montañosos. Una región de especial importancia es el altiplano cundiboyacense, que ocupa aproximadamente el centro de la Cordillera Oriental. Más de una docena de cuencas planas se encuentran allí a una altura de unos 2.700 metros y forman con sus excelentes tierras una de las zonas más fértiles del país. La cuenca más meridional forma la llamada sabana de Bogotá, a una altura de 2.600 metros sobre el nivel del mar.

Es obvio que la particular naturaleza y alcance de los desarrollos indígenas de Colombia deben examinarse y evaluarse como fenómenos estrechamente relacionados con la posición física y cultural tan única que el país ocupa en el Área Intermedia.

Las anteriores observaciones plantean el problema de las rutas migratorias y de zonas de contacto. Las extensas tierras bajas de la costa Caribe han sido indudablemente desde miles de años una región a través de la cual se movieron grupos humanos en una dirección o la otra: de los ríos hacia las selvas interfluviales o del litoral hacia las estribaciones de las serranías. La abundancia, la naturaleza y la profundidad temporal de los vestigios arqueológicos locales lo indican claramente. El extremo septentrional de la Cordillera Oriental seguramente no constituyó un obstáculo para estos movimientos migratorios; ellos podían cruzar por varios desfiladeros que se abren hacia lo que hoy es territorio venezolano, y la hoyada del Lago de Maracaibo también podía alcanzarse atravesando la parte baja de La Guajira.

La región del Darién, en la esquina más noroccidental de Colombia, donde América central se une al continente de América del Sur, es por cierto, una zona crucial de contacto ya que todas las migraciones antiguas deben haber pasado por allí, por lo menos hasta aquel periodo cuando la navegación costanera estuvo suficientemente desarrollada.

Las tierras bajas de la costa Pacífica probablemente no han experimentado notables cambios climáticos en el pasado y quizás eran poco propicias a migraciones por vía terrestre. Las condiciones locales del terreno presentan grandes obstáculos para viajar por tierra a lo largo del litoral; densos manglares, riscos, farallones e innumerables ríos dificultan cualquier movimiento humano paralelo a la costa, excepto algo más hacia el este, donde los ríos San Juan

y Atrato ofrecen sus cursos de aguas como vías naturales. Por otro lado, aún más hacia el este, existen varios puntos donde es relativamente fácil cruzar la Cordillera Occidental hacia el valle del Cauca. Dicha cordillera, en casi toda su extensión, es comparativamente baja, y al seguir el curso de ciertos ríos, ante todo en las regiones de los bajos ríos San Juan y Calima o del río Patía, se puede penetrar fácilmente hacia los valles del interior.

Los amplios valles de los ríos Magdalena y Cauca son, desde luego, rutas migratorias naturales que siempre han desempeñado un papel importante. Desde las cabeceras del río Magdalena, la Cordillera Oriental se puede atravesar en varios lugares. Más allá, se extienden los llanos del Orinoco y las selvas del Amazonas, con sus innumerables ríos que corren hacia el Oriente y constituyen vías hacia las tierras bajas del Perú, del Brasil y de las Guyanas.

Antes de finalizar esta somera introducción geográfica, caben algunas observaciones sobre las posibilidades de navegación costanera de los indígenas. Al mirar el mapa de Colombia no siempre se cae en la cuenta de que es posible viajar en canoa desde la Bahía de Buenaventura hasta el Ecuador sin salir al mar —con excepción de un trayecto muy corto a través del Golfo de Tortugas—, simplemente usando la intercomunicación de esteros y canales que atraviesan los manglares. Lo mismo es factible al viajar hacia el norte, desde el delta del río San Juan hasta la desembocadura del río Baudó. Sólo al norte del Baudó es obligatorio dejar el abrigo de los manglares y salir al mar abierto, pero durante varios meses del año, sobre

todo entre los meses de enero y abril, el océano Pacífico es suficientemente calmado como para hacer posible la navegación en canoas descubiertas. Hay algunos puntos que ofrecen cierto peligro: Cabo Corrientes, Cabo Marzo y algunos otros, pero aún en la actualidad los indios del Chocó viajan ocasionalmente en sus canoas a remo de ensenada en ensenada. Troncos de madera de balsó, amarrados a lo largo de las bordas, les sirven de flotadores y estabilizadores. Para una población indígena, con un mínimo de conocimientos de navegación marítima, estas costas no presentan mayores riesgos, y la navegación costanera bien puede haber sido un factor importante en las antiguas migraciones, las relaciones comerciales y extensos contactos culturales. Lo mismo puede afirmarse de las condiciones en la costa Caribe donde, aunque actualmente faltan casi por completo los manglares, es posible navegar de bahía en bahía, cuando hace buen tiempo. Hasta hace poco observamos canoas descubiertas de los indios kuna —Golfo de Urabá— y de los indios de La Guajira, recorriendo a remo largos trechos, hasta la boca del río Magdalena. A veces una gran hoja de palma puede servirles de vela.

Existen pues amplias rutas para movimientos migratorios, así como zonas de contacto con otras áreas geográficas y culturales: América Central, la costa del Ecuador, el noroeste de Venezuela, las Antillas y la costa Caribe de los Estados Unidos, así como los llanos del Orinoco y las selvas amazónicas. Debemos tener presente estas posibilidades

al comenzar a trazar los desarrollos de las culturas indígenas de Colombia²⁶.

²⁶ Como introducción a la geografía del país, véase Guhl, Ernesto, 1975/1976, *Colombia: bosquejo de su geografía tropical*, Biblioteca Básica Colombiana, vols. 5 y 11, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá. Obras geográficas regionales de importancia son: Crist, Raymond F., 1952, *The Cauca Valle y*, Baltimore; West, Robert C., 1957, *The Pacific Lowlands of Colombia: A Negroid Area of the American Tropics*, Baton Rouge; Wilhelmy, Herbert, 1954, «*Die klimamorphologische und pflanzengeographische Entwicklung des Trockengebietes am Nordrand Südamerikas seit dem Pleistozän*», *Die Erde*, 34, Berlín. Para climatología véase Trojer, Hans, 1954, «El tiempo reinante en Colombia», *Boletín Técnico*, II, 13, págs. 1-43, Federación Nacional de Cafeteros, Chinchiná. Fuentes indispensables son: *Atlas de Colombia*. Instituto Geográfico «Agustín Codazzi», Bogotá (varias ediciones). *Atlas de mapas antiguos de Colombia. Siglos XVI a XIX*. (Eduardo Acevedo Latorre, editor), Editorial Arco, Bogotá (varias ediciones), así como la serie de atlas regionales y nacionales publicada por el Banco de la República y por el Instituto Geográfico «Agustín Codazzi». Una excelente introducción popular sigue siendo el libro de Kathleen Romoli, 1941, *Colombia: Gateway to South America*, New York.

■ CAPÍTULO III

■ LA ETAPA PALEOINDIA

LA POBLACIÓN INDÍGENA DE América no es autóctona. Hace muchos miles de años llegaron las primeras oleadas de pueblos asiáticos; ellos entraron al continente americano por el estrecho de Bering y luego penetraron hacia el sur, hasta que cubrieron toda la extensión entre Alaska y Patagonia²⁷.

²⁷ Sobre los primeros pobladores de América, véanse: Bryan, Alan L., 1973, «Paleoenvironments and Cultural Diversity in Late Pleistocene South America», *Quaternary Research*, 3, 2, págs. 237-256; Hopkins, David H., 1973, *Beringia*, Stanford University Press, Palo Alto; Jennings, Jesse D. & Edward Norbeck (editores), 1964, *Prehistoric Man in the New World*, University of Chicago Press, Chicago; Jennings, Jesse D. (editor), 1983, *Ancient South Americans*, San Francisco; Fanning, Edward P. & Thomas Patterson, 1973, «Early Man in South America», *Early Man in America: Readings from Scientific American*, págs. 62-68; Lynch, Thomas F., 1974, «The Antiquity of Man in South America», *Quaternary Research*, 4,

Fue aproximadamente hace 70.000 años cuando comenzó la glaciaciación de Wisconsin, último gran enfriamiento del Cuaternario. Hace unos 20.000 años que la glaciaciación llegó a su máximo desarrollo.

Durante aquellos milenios se operaban muchos cambios en el mundo entero. Las grandes masas de hielo se movían; a veces avanzaban, otras veces retrocedían hacia los polos, y de acuerdo con estos movimientos se modificaban las condiciones climáticas y el nivel de los mares. La enorme cantidad de agua que se acumulaba durante el avance de los glaciares hacía que el nivel de los mares bajara, pero cuando los casquetes de hielo se derretían y retrocedían, durante las épocas templadas o interglaciares, el nivel subía nuevamente. De esta manera se modificaban 35 líneas costaneras; islas o puentes terrestres se sumergían o salían de las aguas, y estos cambios en la superficie terrestre influían naturalmente sobre los desplazamientos de fauna, flora y grupos humanos. En varias épocas se formó un ancho puente terrestre en la región de Berin-gia, uniendo Asia con América, y fue así, principalmente durante estas épocas, hace aproximadamente 40.000 años,

págs. 356-377; Lynch, Thomas F. (editor), 1980, *Early Man in the Andes*, Academic Press, New York; MacNeish, Richard S., 1964, «*The Origins of New World Civilisation*», *Scientific American*, 211, 5, págs. 29-37; *ibidem*, 1973, «*Early Man in the Andes*», *ibidem*, Readings, págs. 69-79; Schobinger, Juan, 1969, *Prehistoria de Suramérica*, Nueva Colección Labor, Barcelona; Wormington, H. M., 1957, *Ancient Man in North America*, Popular Series n.º 4, Denver Museum of Natural History, Denver.

como grupos migratorios más o menos numerosos encontraron el camino hacia el continente americano, que hasta entonces no había sido poblado por el Hombre.

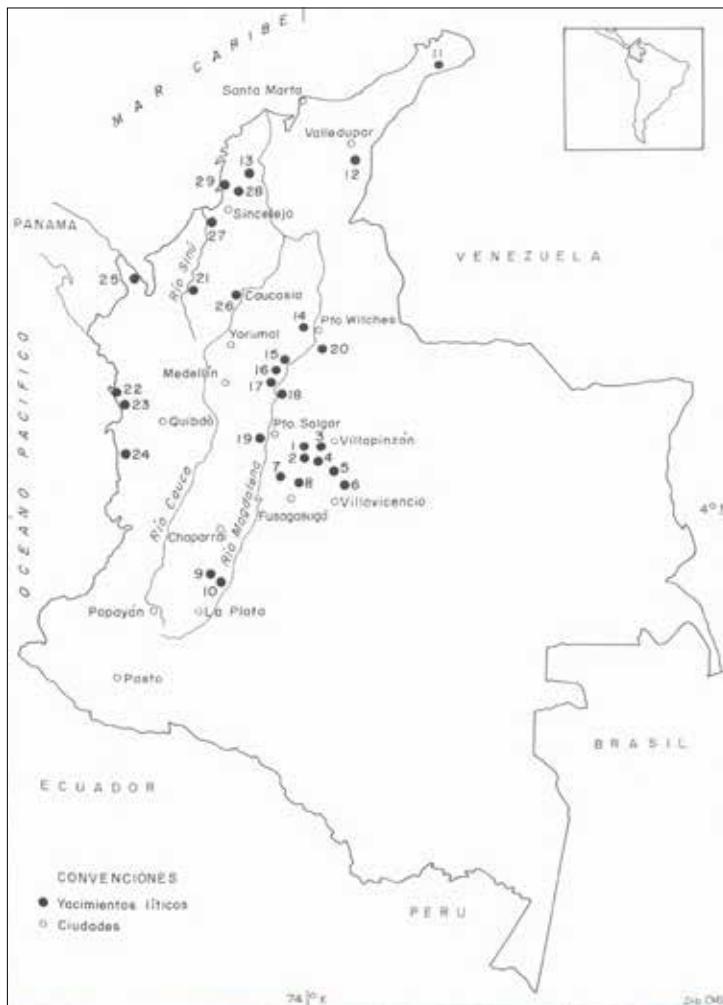


FIGURA 2. Localización de los principales sitios líticos.

En aquellas épocas, la humanidad aún no conocía la navegación marítima, de manera que todos los primeros pobladores de Suramérica tuvieron que pasar por el istmo de Panamá que, entonces, probablemente era más ancho que en la actualidad. Fueron pues tierras hoy colombianas las primeras de Suramérica que estos asiáticos, los llamados *Paleoindios*, atravesaron en su largo camino hacia el sur. Hace unos 20.000 años ellos tenían asentamientos en Pikimachay, región de Ayacucho, en el Perú. En Taima-Taima, en Venezuela, se halló una punta de lanza de piedra incrustada en el hueso pélvico de un mastodonte, hallazgo al que se atribuye una edad de unos 13.000 años. En el sur de la Argentina, en el sitio de Los Toldos, también ya había asentamientos indígenas hace unos 13.000 años.

En Colombia, el problema de los primeros pobladores comenzó a investigarse sólo a partir de la década de los sesenta de este siglo²⁸. Con anterioridad, apenas se conocían

²⁸ Sobre los primeros pobladores de Colombia, véanse; Bruhns, Karen Olsen, Oscar Osorio Gómez & Ole Christiansen, 1976, «A Projectile Point from the Department of Quindío, Colombia», *Ñawpa Pacha*, n.º 14, págs. 69-72, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley; Bürgl, H., 1957, «Artefactos paleolíticos de una tumba en Garzón (Huila)», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. vi, págs. 7-24, Bogotá; Correal Urrego, Gonzalo, 1974, «Artefactos líticos en la Hacienda Boulder, Municipio de Palermo, Departamento del Huila», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xvi págs. 195-222, Bogotá; *ibidem*, 1977, «Exploraciones arqueológicas en la costa Atlántica y el Valle del Magdalena: Sitios Precerámicos y Tipologías líticas», *Caldasia*, vol. xi, n.º 55, págs. 33-128, Universidad Nacional de

algunas puntas de proyectil, raspadores, golpeadores y otros utensilios, hallados en la superficie del terreno o en excavaciones casuales hechas sin control estratigráfico. Estos hallazgos superficiales, sin embargo, no carecen de interés. En El Espinal (departamento del Tolima) se halló una

Colombia, Facultad de Ciencias, Bogotá; *ibidem*, 1978, «Apuntes sobre el Paleolítico en Colombia», *Boletín Historia y Antigüedades*, vol. XLV, n.º 722, págs. 331-356, Academia Colombiana de Historia, Bogotá; *ibidem*, 1980 «El sitio arqueológico Tibitó 1», *Micronoticias Antropológicas*, n.º 64, págs. 7-8, Sociedad Antropológica de Colombia, Bogotá; *ibidem*, 1981, *Evidencias culturales y megafauna pleistocénica en Colombia*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; *ibidem*, «Evidencia de cazadores especializados en el sitio de La Gloria, Golfo de Urabá», *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, vol. xv, n.º 58, págs. 77-82; Correal Urrego, Gonzalo & Thomas van der Hammen, 1977, *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama*, Banco Popular, Bogotá; *ibidem*, 1979, *Investigaciones arqueológicas en abrigos rocosos de Nemocón y Suesca*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Correal, Gonzalo, T. van der Hammen y J. Lerman, 1969, «Artefactos líticos de abrigos rocosos en El Abra, Colombia», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XIV, págs. 9-52, Bogotá; Correal Urrego, Gonzalo & María Pinto Molla, 1983, *Investigación arqueológica en el Municipio de Zipacón, Cundinamarca*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Reichel-Dolmatoff, G., *Colombia: Ancient Peoples and Places*, Thames & Hudson, London 1965 (Cf. págs. 6-8); Van der Hammen, Thomas & Gonzalo Correal Urrego, 1978, «*Prehistoric Man on the Sabana de Bogotá: Data for an Ecological Prehistory*», *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, 25, págs. 179-190, Amsterdam.

punta lítica de forma lanceolada, bifacialmente tallada por percusión y retocada por presión. Otras puntas se encontraron en Ibagué (departamento del Tolima), La Tebaida (departamento del Quindío) y Manizales (departamento de Caldas), esta última provista de un pedúnculo alargado, con base bifurcada; la talla es bifacial y muy tosca. Varias puntas de proyectil se han descubierto en la costa Caribe: Santa Marta, Mahates, Laguna de Betancí, Golfo de Urabá (Correal, 1983; Reichel-Dolmatoff, 1965, y otros). El problema que plantean estos artefactos es que todos carecen de un contexto estratigráfico y cultural. Aun su tipología formal y tecnológica varía fuertemente y es imposible atribuirlos a cierta etapa cronológica o a cierta fase de desarrollo cultural.

Esta última observación —la referente al contexto cultural— es de especial importancia. La primera gran etapa de la prehistoria americana se denomina Etapa Paleoindia, y se sabe, debido al resultado de muchas excavaciones hechas en el Nuevo Mundo, que estos hombres eran predominantemente cazadores. Ya que en aquella etapa existía aún la megafauna de mastodontes, caballos y otros mamíferos de gran tamaño, nuestra imagen del Paleoindio es la de un cazador intrépido, quien armado sólo con una lanza con punta de piedra se enfrentaba a fieras temibles. Fácilmente olvidamos entonces que muchos grupos humanos, de acuerdo con las condiciones ambientales, estacionales y tecnológicas, eligieron otro modo de vida y se dedicaron con preferencia a la recolección, la cacería de presas menores y la pesca. Moluscos, reptiles, insectos y frutas

silvestres constituyen obviamente una base alimenticia muy importante. En la adaptación ecológica humana siempre ha habido un elemento de selección, de preferencias situacionales que, desde nuestra perspectiva moderna, a veces son difíciles de comprender. Así puede haber habido casos en que un grupo indígena menospreciara una fuente abundante de alimentos en cambio de otra, tal vez menos provechosa. Este fenómeno de especialización y adaptación diferencial, explica tal vez el hecho de que, en Colombia, las puntas de proyectil, de la Etapa Paleoindia, sean más bien escasas. En otros países, notablemente los Estados Unidos, Mesoamérica y el Cono Sur, las puntas líticas abundan y forman un índice valioso para conocer los modos de cacería y los cambios tecnológicos en la talla lítica, pero en Colombia se carece aún de hallazgos numerosos de este tipo de artefactos. Por cierto, también hay el hecho de que muchas y extensas regiones han quedado aún inexploradas y que todavía nos esperan grandes sorpresas en este campo tan prioritario de las investigaciones arqueológicas del país.



FIGURA 3. Punta de proyectil; alto río Calima.



FIGURA 4. Punta de proyectil; Ciénaga de Trapo.



FIGURA 5. *Ibidem*, Vista del otro lado.

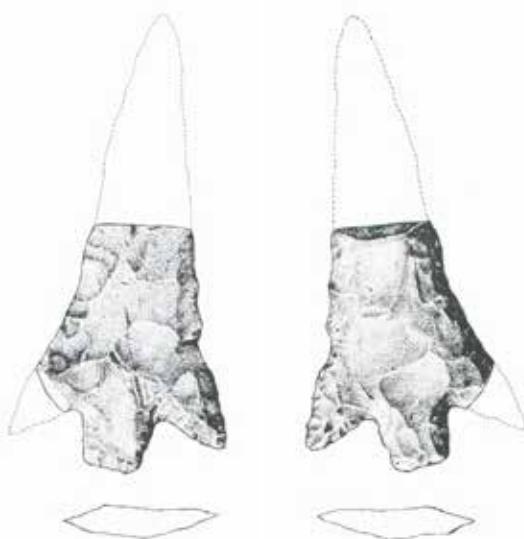


FIGURA 6. Punta de proyectil; quebrada Niquía.

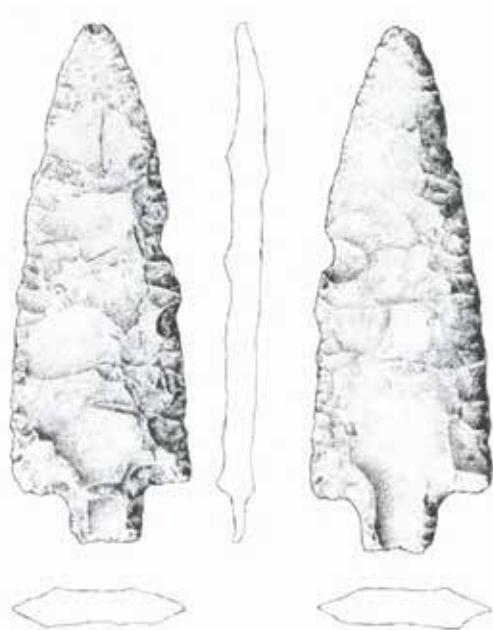


FIGURA 7. Punta de proyectil; quebrada Niquía.



FIGURA 8. Punta de proyectil; río Manzanares.

FIGURA 9. *Ibidem*,
Vista del otro lado.

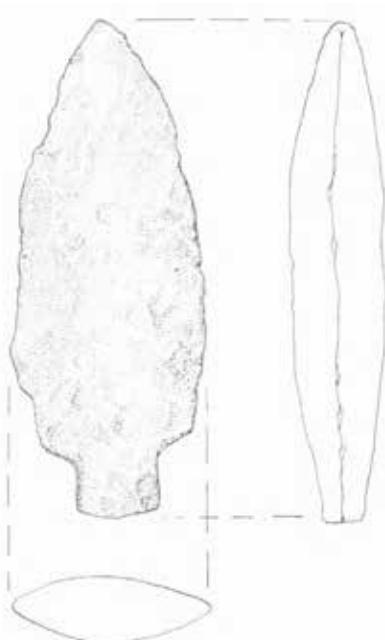


FIGURA 10. Punta de proyectil; sabana de Bogotá.

En Colombia, un plan coherente de investigaciones paleoindias se inició con un proyecto originalmente diseñado y puesto en marcha por el presente autor y Thomas van der Hammen, geólogo holandés quien, desde los años cincuenta, se había dedicado a la investigación de las condiciones paleo-climáticas y paleo-botánicas durante el Pleistoceno y el Holoceno de la Cordillera Oriental y otras regiones del país. En 1967, el arqueólogo Gonzalo Correal Urrego, entonces del Instituto Colombiano de Antropología, excavó en compañía de Van der Hammen y del norteamericano Wesley Hurt los abrigos rocosos de la región de El Abra, cerca de Zipaquirá, en el extremo

norte de la sabana de Bogotá. Estas excavaciones constituyeron un paso fundamental en el conocimiento de la Etapa Paleoindia de Colombia.



FIGURA 11. Entierros paleoindios; sitio Tequendama.

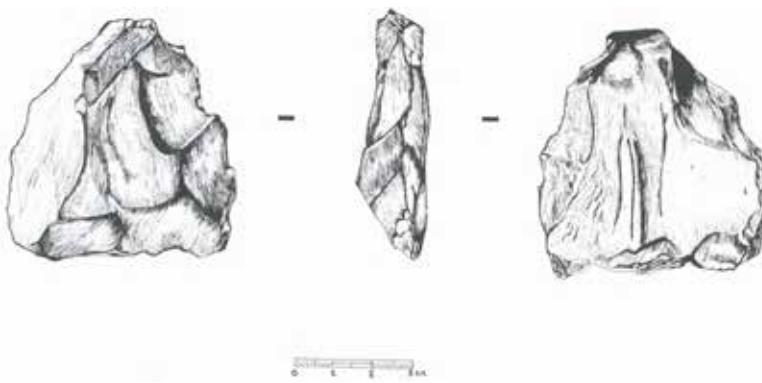


FIGURA 12. Raspador bifacial; Ráquira.

El sitio de El Abra está localizado a 2.570 metros sobre el nivel del mar. En el curso de la excavación encontraron abundantes vestigios de campamentos de antiguos cazadores, junto con gran número de artefactos líticos que permitieron establecer una secuencia estratigráfica. La estrecha colaboración entre arqueólogos, geólogos, palinólogos y zoólogos, hizo posible el análisis de estos hallazgos, dentro del contexto paleo-climatológico y paleo-ecológico, circunstancia que aumentó la importancia de esta y de subsecuentes excavaciones en el altiplano. En efecto, resultó posible correlacionar las fechas de radiocarbono, los análisis de polen y las capas de ceniza volcánica, con las largas secuencias paleo-climáticas que Van der Hammen había elaborado para otras partes de la sabana de Bogotá.

Prosigiendo sus investigaciones en 1970, Correal y Van der Hammen descubrieron, cerca del salto de Tequendama, un grupo de abrigos rocosos, cuya excavación resultó en el hallazgo de vestigios de antiquísimos campamentos

y entierros. Este sitio estaba localizado en el borde suroccidental del antiguo lago pleistocénico, que antaño cubría lo que es hoy la sabana de Bogotá, muy cerca de la vertiente que desciende hacia el valle del río Magdalena. Estos dos sitios —El Abra y El Tequendama— produjeron abundantes testimonios de la presencia humana en el Pleistoceno Tardío.

De acuerdo con Van der Hammen, el clima del altiplano era frío durante todo el Pleniglacial —ca. 55000 a ca. 14000 antes de presente— y la región estaba cubierta por una vegetación típica de los páramos. Después de 14000 antes de presente, el clima se volvió más templado, culminando en el llamado Interstadial de Guantivá —ca. 12500 a ca. 11000 antes de presente—, cuando extensos bosques invadieron el altiplano. Este intervalo más caliente corresponde a los artefactos humanos de mayor antigüedad encontrados en El Abra. La fecha más antigua, obtenida por el análisis de radiocarbono, es de 12460 años antes de presente. Los restos faunísticos indican la presencia de venados, roedores y armadillos, pero no se hallaron vestigios de la megafauna del Pleistoceno. Los abrigos del Tequendama y otros sitios del altiplano excavados por Correal y sus colaboradores también arrojan fechas que colocan los vestigios culturales dentro de la Etapa Paleoindia²⁹.

²⁹ Acerca de cambios climáticos, véanse: Maarleveld, G. E. & Thomas van der Hammen, 1959, «*The Correlation between Upper Pleistocene Pluvial and Glacial Stages*», *Geologie en Mijnbouw*, 21,

Es importante observar que la mayoría de los artefactos líricos de los sitios excavados consisten de piedras que muestran un filo cortante, mientras que las puntas de proyectil están prácticamente ausentes. Los armadillos y venados, tan abundantes en el sitio del Tequendama, por cierto son indicios de una dieta rica en proteínas.

págs. 40-45, Leyden; Van der Hammen, Thomas & L. González, 1960, «*Upper Pleistocene and Holocene Climate and Vegetation of the Sabana de Bogotá, Colombia, South America*», *L.eidse Geologische Mededelingen*, 25, págs. 261-315, Leyden; Van der Hammen, Thomas, 1961, «*The Quaternary Climatic Changes in Northern South America*», *Annals of the New York Academy of Sciences*, 95, págs. 676-683, New York; *ibidem*, 1968, «*Climatic and Vegetational Succession in the Equatorial Andes of Colombia*», *Colloquium Geographicum*, 9, págs. 187-194; *ibidem*, 1973, «*The Quaternary in Colombia: Introduction to a Research Project and a Series of Publications*», *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, 14, págs. 1-7, Amsterdam; *ibidem*, 1978, «*Stratigraphy and Environments of the Upper Quaternary of the El Abra Corridor and Rock Shelters (Colombia)*», *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, 25, págs. 111-162, Amsterdam; Van der Hammen, Hernando Dueñas & Jean Claude Thouret, 1980, *Guía de Excursión - Sabana de Bogotá*, Primer Seminario sobre el Cuaternario de Colombia, Bogotá; Vuilleumier, B. Simpson, 1971, «*Pleistocene Changes in the Fauna and Flora of South America*», *Science*, 173, págs. 771-780, Washington.

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

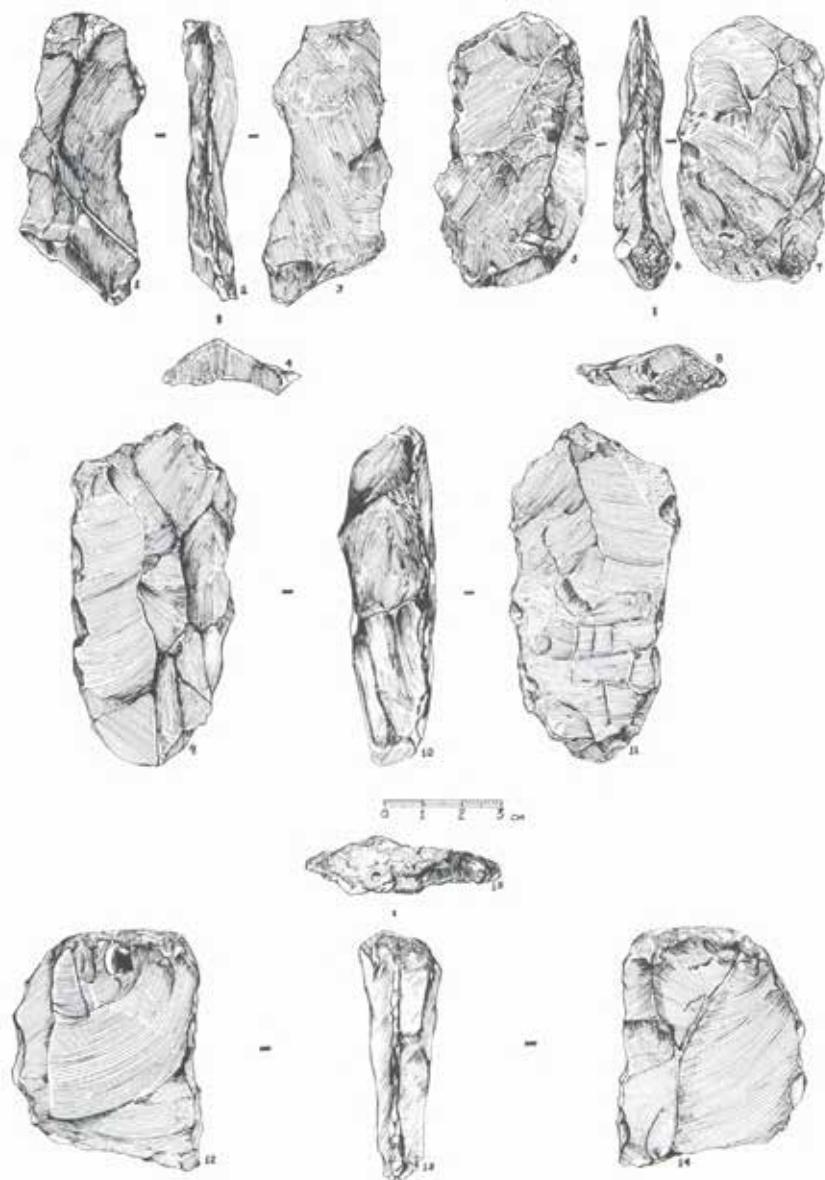


FIGURA 13. Artefactos líticos; río Catrú.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF

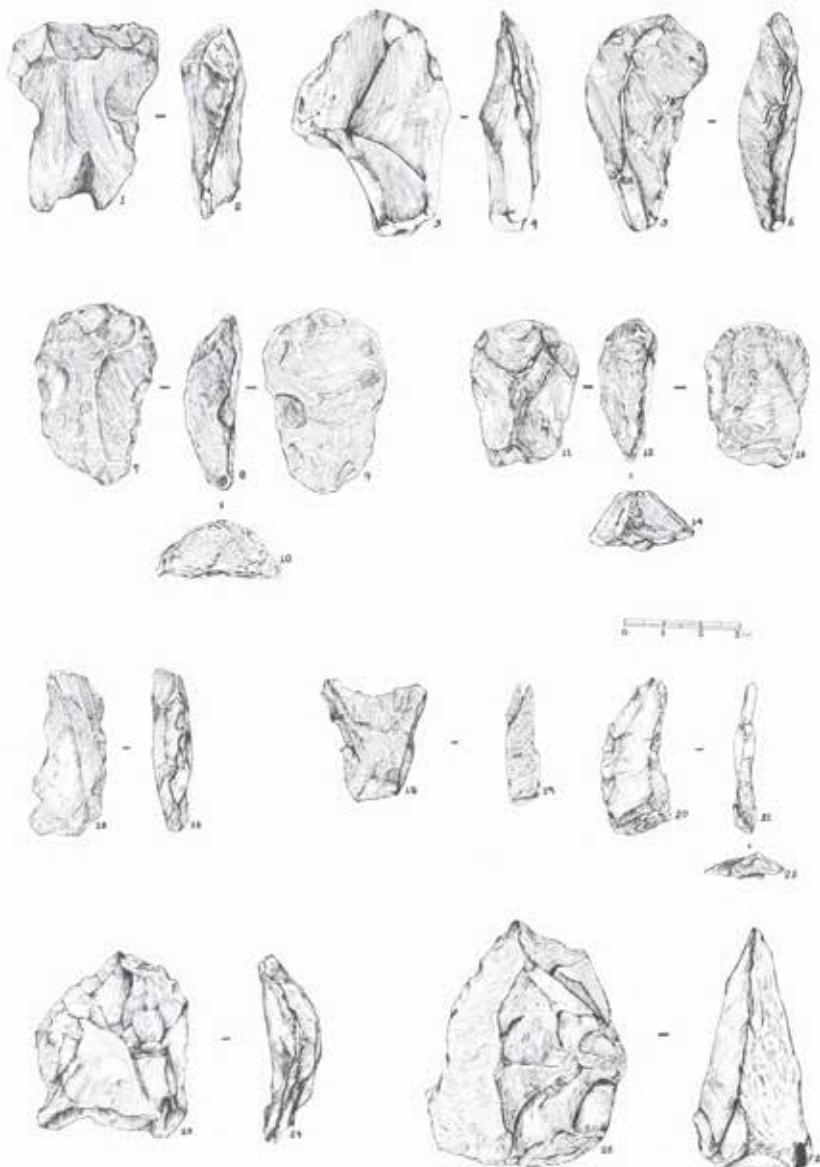


FIGURA 14. Artefactos líticos; río Catrú.

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

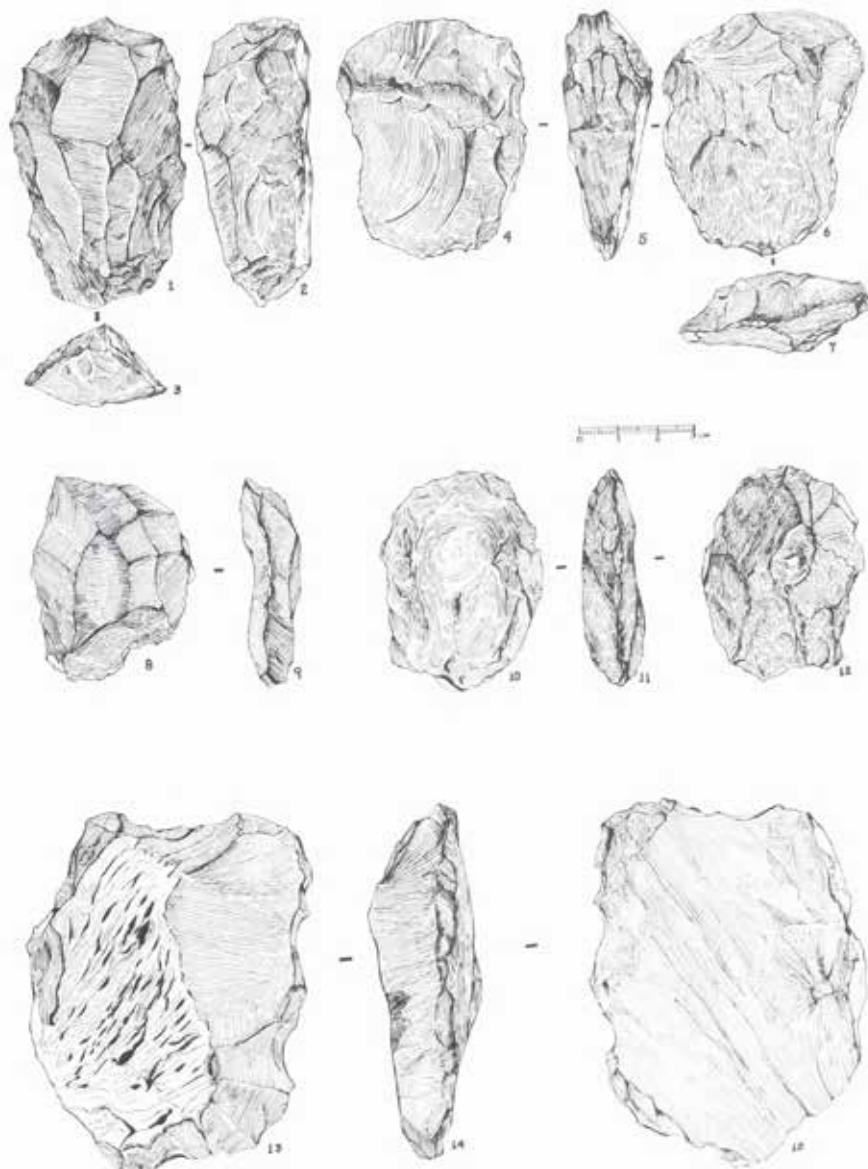


FIGURA 15. Artefactos líticos; río Juruvídadá.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF

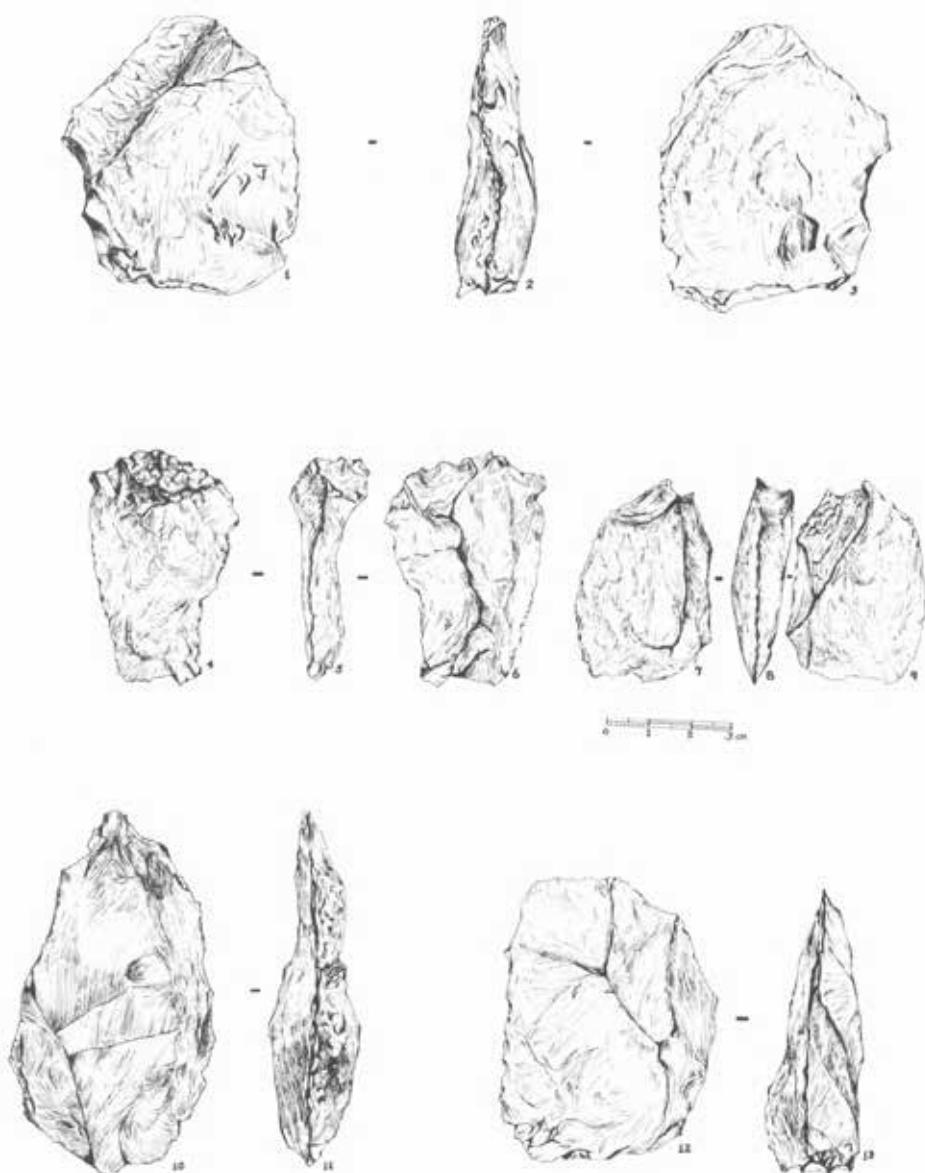


FIGURA 16. Artefactos líticos; Cabo Corrientes.

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

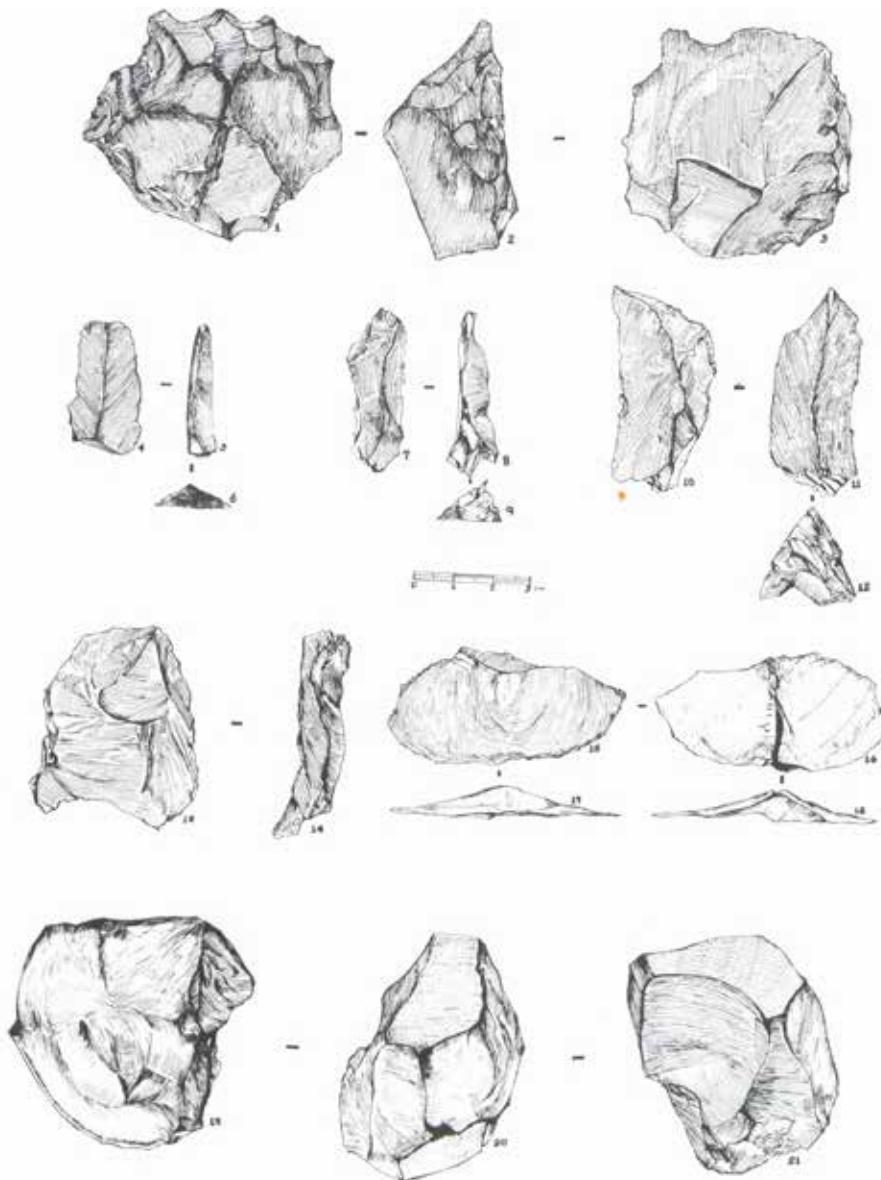


FIGURA 17. Artefactos líticos; Pomares.

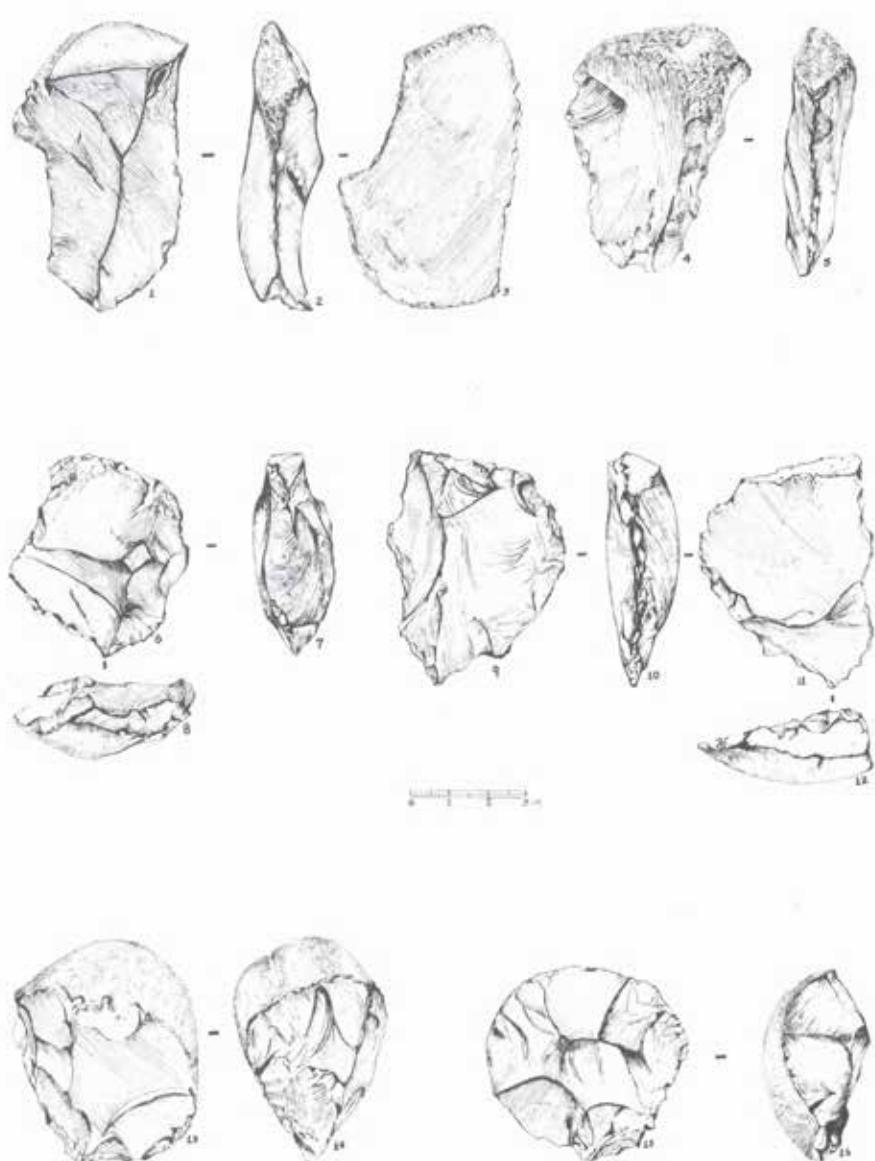


FIGURA 18. Artefactos líticos; río Carare.

Después del Holoceno Temprano y Medio —*ca.* 10000 a 2500 antes de presente—, la temperatura media anual subió y, junto con este cambio, se observan ciertas modificaciones en la cultura de los paleoindios. En El Abra, en aquella época, se utilizaban muchos artefactos en forma de raspadores y cuchillos. Ya con anterioridad a los 7000 años antes de presente, los restos faunísticos contienen un 50 % de huesos de venado y otros 50 % de curí; en cambio, en el Tequendama los vestidos culturales del Holoceno Temprano contienen un 75 % de roedores y sólo un 15 % de venados. Parece pues tratarse de una tendencia gradual de abandonar la caza especializada y de dedicarse los paleoindios a una economía mixta, de cacería de presas variadas y de recolección.

Entre 1979 y 1980, Correal excavó otro sitio paleoindio donde, por fin, se comprobó la contemporaneidad entre artefactos humanos y la megafauna del Pleistoceno Tardío. El lugar, denominado Tibító, se encuentra cerca de El Abra, pero en la parte plana de la Sabana. Apenas a un metro debajo de la superficie descubrieron huesos de mastodontes, caballos y venados, junto con artefactos de piedra. Una muestra de radiocarbono arrojó una fecha de 11740 años antes de presente.

Hoy en día es difícil para nosotros imaginarnos el ambiente de la sabana de Bogotá, en aquella época de los cazadores paleoindios. Entonces subsistían grandes lagunas y zonas pantanosas; la vegetación consistía de bosques de robles y alisos, interrumpidos por zonas de monte bajo y rastrojos. No había entonces los árboles de eucalipto que,

hoy día, son tan característicos para este paisaje, en cambio, había grupos de mastodontes, rebaños de pequeños caballos salvajes y, tal vez, camélidos parecidos a llamas. Fue una tierra de un clima sano y de recursos abundantes, y con base en ellos los paleoindios pudieron lentamente extender su modo de vida sobre extensas zonas del altiplano.

Ya en 1974, y aún antes, las investigaciones se habían ampliado sobre algunas zonas más allá del altiplano y explorado ciertos valles de la vertiente oriental de la Cordillera Oriental. Un sitio cerca de Nemocón, aun al borde de la Sabana, y varios sitios en la parte alta del río Guavio, contenían artefactos líticos cuyas fechas se alinean entre los 9.300 y 6.300 años antes de presente.

También se han explorado algunos sitios superficiales en las tierras bajas tropicales, especialmente en la costa Caribe, en el sur interandino y en la costa Pacífica. En San Nicolás sobre una colina erosionada en el bajo río Sinú; el autor encontró un complejo de artefactos líticos que consiste de un gran número de raspadores de *chert*, algunas hojas cortantes y muchas piedras que muestran modificaciones diversas por golpes. Algunos núcleos, con plataforma de choque preparada, también pertenecen a este complejo. El material de San Nicolás contiene sólo artefactos unifaciales, tallados por percusión y en raras ocasiones se ve un desconchamiento secundario por presión. Un complejo similar encontramos en la región de la Hacienda Pomares, sobre el Canal del Dique, en el departamento de Bolívar. Allí, sobre unas antiguas terrazas aluviales, hallamos un centenar de artefactos de sílex, todos erosionados

en la superficie. También este complejo consiste principalmente de raspadores tallados con una técnica de percusión.

En la costa Pacífica encontramos gran número de artefactos líticos en el alto río Baudó, en los ríos Juruvidá y Chorí, y en la Bahía de Utría. En el interior, el sitio de Bocas de Clarare, también descubierto por nosotros en la desembocadura del río Carare en el Magdalena, merece ser mencionado. A estos hallazgos se añaden otros, efectuados por Gonzalo Correal, quien recorrió gran parte de la costa Caribe entre la península de La Guajira y el Golfo de Urabá, en búsqueda de vestigios de los primeros pobladores.

Por cierto, estas industrias líticas tienen algunos rasgos en común: todas se hallaron sobre lomas o colinas erosionadas, sobre antiguas terrazas aluviales o en estratos de cascajo acarreado por una corriente de agua. En ningún caso se observaron asociaciones con cerámica y estaban notoriamente ausentes los artefactos de piedra pulida o amolada. El total de los complejos de artefactos líticos consiste principalmente de raspadores unifaciales, hojas, algunos *choppers* y algunos perforadores. Se encontraron sólo muy pocas puntas de proyectil. Es predominante una burda técnica de percusión y son raros los casos de retoques secundarios por percusión controlada o por desconchamiento por presión. La naturaleza de los utensilios, así como el medio ambiente lacustre o ribereño, sugieren la existencia de bandas que en buena parte derivaban su subsistencia de la recolección, pesca y caza. El énfasis en raspadores y piedras con un filo cortante bien podría estar

conectado con la tarea de escamar y limpiar pescado y de despresar animales de caza; también podrían servir los artefactos para la manufactura del equipo de pesca y de otros artefactos de madera.

Estos hallazgos plantean un problema que todavía no ha sido aclarado satisfactoriamente. La etapa en América, que generalmente sigue cronológica y evolutivamente a la Paleoindia, ha sido denominada Etapa Arcaica, la cual se caracteriza por una vida menos nómada que la de los cazadores, y más dependiente de ciertos ambientes propicios para la recolección y la pesca. El equipo tecnológico de la Etapa Arcaica se limita por lo general a arco y flecha, propulsores, lanzas, canastos, pero faltan aún la cerámica y, desde luego, la agricultura. No obstante estas limitaciones, es posible que, en algunos casos, los indígenas de la Etapa Arcaica ya se hayan establecido en campamentos semisedentarios y a veces con ciertos indicios de una horticultura incipiente. Por ejemplo, al encontrarse una fuente perenne o por lo menos estacional de recursos alimenticios, tales como una gran biomasa de roedores o armadillos, de moluscos marinos, de peces y reptiles, o de frutos silvestres, sería apenas natural que las gentes construyeran abrigos y chozas más permanentes, lo que llevaría a nuevos desarrollos tecnológicos y de adaptación.

Sería muy difícil querer atribuir con certeza los complejos líticos que se acaban de mencionar a la Etapa Paleoindia, pero su común nivel tecnológico tan rudimentario, comparado con los desarrollos semejantes, dentro y fuera de Colombia, sugieren una fase temprana.

El Arcaico, pues, es una etapa importante de transición entre la vida nómada del cazador y la del recolector semisedentario, que lentamente comienza a desarrollar una horticultura elemental, paso que lleva a una dependencia, cada vez más marcada, de recursos vegetales.

La Etapa Arcaica duró miles de años pero sigue siendo poco estudiada en Colombia. Una excepción constituye el valioso trabajo de Gerardo Ardila (1984), quien pudo reconstruir, en sus excavaciones al pie de grandes rocas, cerca de Bogotá, una secuencia que abarca aproximadamente desde 5000 a. C. hasta la época histórica. La secuencia se inicia con una industria lítica —pre-cerámica— relacionada con El Abra y El Tequendama, seguida por un complejo cultural nuevo, de evidentes características, ya con algunos indicios de horticultura. La parte que luego sigue en la secuencia, fechada alrededor de los primeros años de la era cristiana, contiene cerámica del Periodo Herrera, es decir un complejo de la Etapa Formativa de la sabana de Bogotá. Este trabajo es un buen comienzo que augura hallazgos muy importantes para la comprensión de esta fase de transición cultural tan importante.

En resumen, hasta la presente, las investigaciones sobre los Paleoindios y sus sucesores inmediatos han abierto un cambio muy prometedor, y esto ante todo en la última década, gracias a los esfuerzos de un pequeño pero muy dedicado grupo de investigadores encabezados por Gonzalo Correal Urrego. Ellos han sido muy cautelosos en sugerir relaciones externas y aún no han propuesto una secuencia detallada de complejos sucesivos, pero esta

posición prudente es encomiable en el estado actual de los conocimientos. Se trata de desarrollos que abarcan milenios, y los pocos sitios excavados aún no permiten formulaciones teóricas más amplias.

Hay muchas regiones en Colombia que son altamente prometedoras para investigaciones futuras. Las terrazas aluviales del alto río Magdalena, los alrededores de los antiguos lagos pleistocénicos de Cundinamarca y Boyacá, los depósitos de obsidiana en la Cordillera Central, las cuevas y cavernas en el altiplano al norte de Bogotá, estos y muchos otros son lugares donde probablemente se descubrirán más vestigios paleoindios. Los reconocimientos sistemáticos en estas zonas son prioritarios, si deseamos saber algo más concreto sobre los primeros pobladores del país, y su lento ascenso hacia la vida sedentaria.

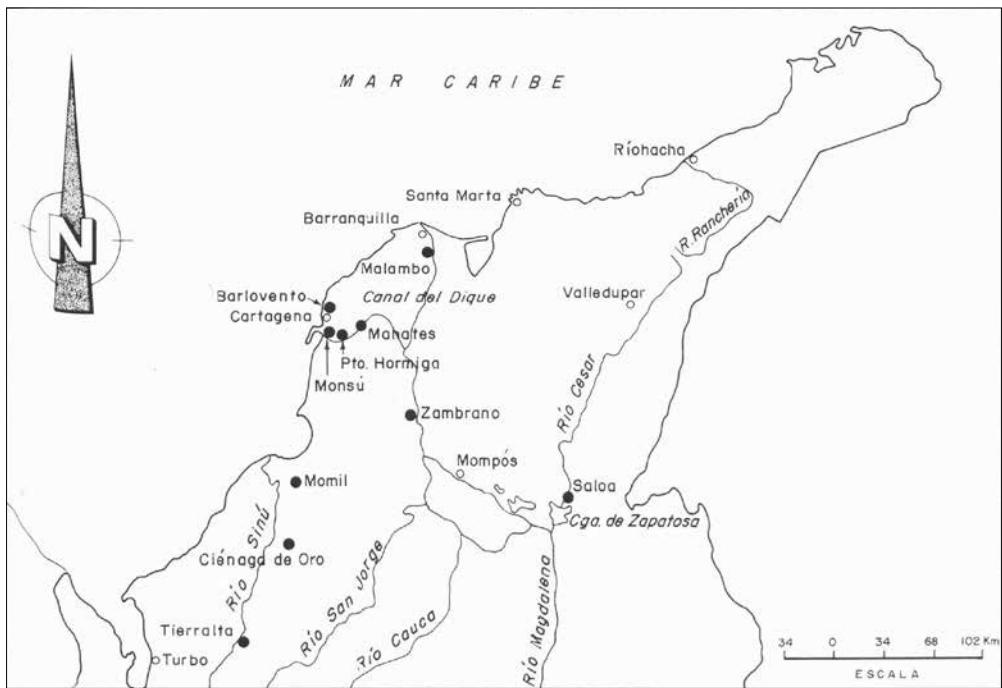


FIGURA 19. Mapa costa Caribe de Colombia.

■ CAPÍTULO IV

■ LA ETAPA FORMATIVA

APROXIMADAMENTE 7.000 AÑOS a. C. se inició en Colombia un periodo caracterizado por un clima más templado; este cambio afectó todos los aspectos ecológicos y, junto con ellos, las formas particulares de adaptación humana a un mundo en lenta transformación. Las grandes especies de la megafauna fueron desapareciendo, en parte porque su forraje comenzó a escasear debido a las sequías prolongadas, en parte porque mejores técnicas de cacería especializada contribuían a la extinción de muchas especies que hasta entonces habían constituido parte de la base del sustento de los indígenas. Aunque es muy posible que algunos ejemplares de la fauna del Pleistoceno Tardío hubieran sobrevivido en Colombia en nichos ecológicos aislados, prolongando su supervivencia por más tiempo que la de sus semejantes en Norteamérica, donde la desecación progresó más rápidamente, la extinción general de la fauna de los grandes mamíferos fue más bien abrupta y

probablemente aceleró los procesos que llevaron a nuevas formas de adaptación de las bandas nómadas de cazadores. No se sabe prácticamente nada acerca de la naturaleza y cronología de estos eventos en Colombia, excepto en las tierras altas cundiboyacenses, pero es probable que los tres o cuatro mil años del comienzo del Holoceno fueron un periodo crucial durante el cual la gente tuvo que desarrollar nuevos recursos para su supervivencia, los cuales eventualmente llegaron a formar los fundamentos para una vida sedentaria y para el proceso de la producción de alimentos, en lugar de su mera recolección.

Hacia 4000 a. C., ya aparecen en la costa Caribe de Colombia varias pautas bien definidas de asentamientos humanos. Dichos asentamientos se distinguen por estar ubicados en situaciones que permitían el acceso a una variedad de recursos alimenticios, es decir, se encuentran cerca del litoral, en la vecindad de lagunas, de pequeños ríos y de bosques interrumpidos por sabanas. Designamos el conjunto de estas culturas como *Etapa Formativa*.

Esta etapa de desarrollo cultural, como cualquier otra, no está restringida estrictamente en tiempo y espacio, sino forma un largo proceso desde fines de la Etapa Arcaica, que pertenece a un ambiente pleistocénico tardío, hasta el periodo de cazadores de presas menores, de pescadores, de recolectores, que en muchas ocasiones combinaban estas actividades con la agricultura y la vida sedentaria, ya en condiciones climáticas parecidas a las actuales. La duración total de esta etapa puede haber sido tal vez de unos 6.000 años, desde 7000 hasta el primer milenio a. C.

Para comienzos de la Etapa Formativa nosotros descubrimos en la costa Caribe de Colombia formas culturales muy diversificadas. Probablemente ya antes de 4000 a. C. existían en la región del canal del Dique asentamientos comunales del tipo *maloca*, es decir de grandes casas habitadas por varias familias nucleares. Este tipo de habitación indica una vida sedentaria y la utilización de un foco concentrado de recursos naturales; muy probablemente se practicaba ya una forma eficaz de agricultura. Quizás al mismo tiempo con estas malocas existía también una pauta de campamentos semipermanentes o de temporada, donde vivían grupos humanos más o menos numerosos en cobertizos, y se dedicaban allí a la recolección de moluscos o de variedad de los recursos locales. Algunos de estos grupos vivían encima de los montículos de basura y de detritus que se iban acumulando con el tiempo y que en ocasiones parecen haber formado verdaderas aldeas de chozas y enramadas. En zonas donde se concentraban importantes fuentes alimenticias, tales acumulaciones de basuras se formaron a través de siglos y aun de milenios. La gran diversidad de estrategias adaptativas es muy marcada ya en los comienzos de la Etapa Formativa, y constituye un aspecto dinámico que merece toda nuestra atención.

Las amplias y calurosas tierras bajas de la costa Caribe, con sus lentos y tortuosos ríos, sus intrincados mosaicos de canales y madreviejas, sirvieron durante milenios de escenario a la evolución de formas culturales que, paso a paso, crecieron hasta formar unidades coherentes. Para aquellos cazadores, pescadores, recolectores y agricultores,

las tierras costeñas del Caribe ofrecieron grandes ventajas; allí estaba el mar con sus abundantes recursos de peces, moluscos y algas comestibles; estaban los ríos, esteros y lagunas, con sus riberas cubiertas de selva o de juncales, habitados por toda clase de animales, desde aves acuáticas y tortugas, hasta venados y jabalíes. Había caimanes y cocodrilos, iguanas y otros lagartos grandes; roedores, monos, cangrejos y almejas, muchísimas frutas silvestres; en fin, una tierra de abundancia.

Alrededor de 3000 a. C., el clima de la costa Caribe era probablemente algo más seco de lo que es hoy en día, pero de ahí en adelante se fue volviendo más húmedo y así continuó hasta bien avanzada nuestra era, de manera que lo que hoy son sabanas interfluviales, entonces muy probablemente eran selvas húmedas. De todos modos, aquí el registro arqueológico demuestra secuencias bien definidas y se aprecia una profundidad cronológica muy considerable. Debe haber sido una zona privilegiada y muy atractiva para sociedades de tecnología aún rudimentaria, acostumbradas a una vida errante, mucho antes de que una existencia más sedentaria hubiera sido posible.

Los montículos, basureros, conchales, establecidos en el cuarto y tercer milenio a. C., en diferentes partes de la costa Caribe de Colombia, constituyen los primeros vestigios de culturas cerámicas, y nuestras excavaciones efectuadas en estos sitios han descubierto muchos detalles sobre la vida diaria, en aquellos milenios antes de la era cristiana.

El principal yacimiento arqueológico, que hasta ahora ha producido las dataciones radiocarbónicas más antiguas,

es el montículo de Monsú, situado cerca de la desembocadura del Canal del Dique, en las cercanías de Cartagena³⁰. Este canal, probablemente un antiguo brazo del río Magdalena, corre por 115 kilómetros aproximadamente hacia el oeste, desde el curso inferior del gran río y desemboca luego en la bahía de Cartagena³¹. En sus riberas encontramos muchos sitios arqueológicos y el de Monsú es el más occidental de ellos³². Consiste de una lometa baja formada por una acumulación de tierra, arena y basura; esta última constituida por fragmentos cerámicos, huesos, piedras y conchas marinas. La excavación de este montículo, que

³⁰ Reichel-Dolmatoff, G., 1985, *Monsú: Un sitio arqueológico de la Etapa Normativa Temprana*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá. En 1977, cuando escribí el capítulo para el *Manual de Historia de Colombia* (1978, págs. 31-115) aún no había recibido las fechas radiocarbónicas para el montículo de Monsú y coloqué toda la secuencia después de Puerto Hormiga. Sólo al contar con las fechas, resultó que la primera parte, es decir los períodos Turbana y Monsú, era más antigua que Puerto Hormiga. Además, posteriormente opté por cambiar la nomenclatura de la secuencia de Monsú, dividiéndola en cinco períodos, en lugar de tres.

³¹ Ybot, León Antonio, 1952, *La arteria histórica del Nuevo Reino de Granada. Los trabajadores del río Magdalena y el Canal del Dique, según documentos del Archivo General de Indias*, Editorial ABC, Bogotá.

³² El nombre de Monsú aparece ocasionalmente en documentos del siglo XVIII. En 1776, el español Don Agustín Martínez de León era dueño de la Hacienda de San Cayetano de Monsú (véase Bossa Herazo, Donald, 1952, *Nomenclator cartagenero*, Banco de la República, Bogotá).

mide hasta 100 metros de diámetro, descubrió una serie de pisos de vivienda, es decir, de superficies consolidadas cubiertas de fragmentos cerámicos pisoteados, junto con restos de fogones y acumulaciones dispersas de barreduras.

La gente que vivió en Monsú, y lentamente acumuló el montículo, practicaba una economía mixta, tal como lo comprueban los diversos vestigios que examinamos. Muy posiblemente los habitantes del estrato más antiguo ya practicaban una forma rudimentaria de agricultura, probablemente de yuca y otras raíces. Ellos también eran pescadores de mar y río; por otro lado se dedicaban a la caza de presas que encontraban en los más variados medioambientes vecinos. Asimismo ellos eran recolectores de pepas y frutos de palmas; recogían tortugas, cangrejos y moluscos, en fin, aprovechaban al máximo los recursos del mar, de los ríos, las lagunas y esteros, de los bosques ribereños y las sabanas.

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

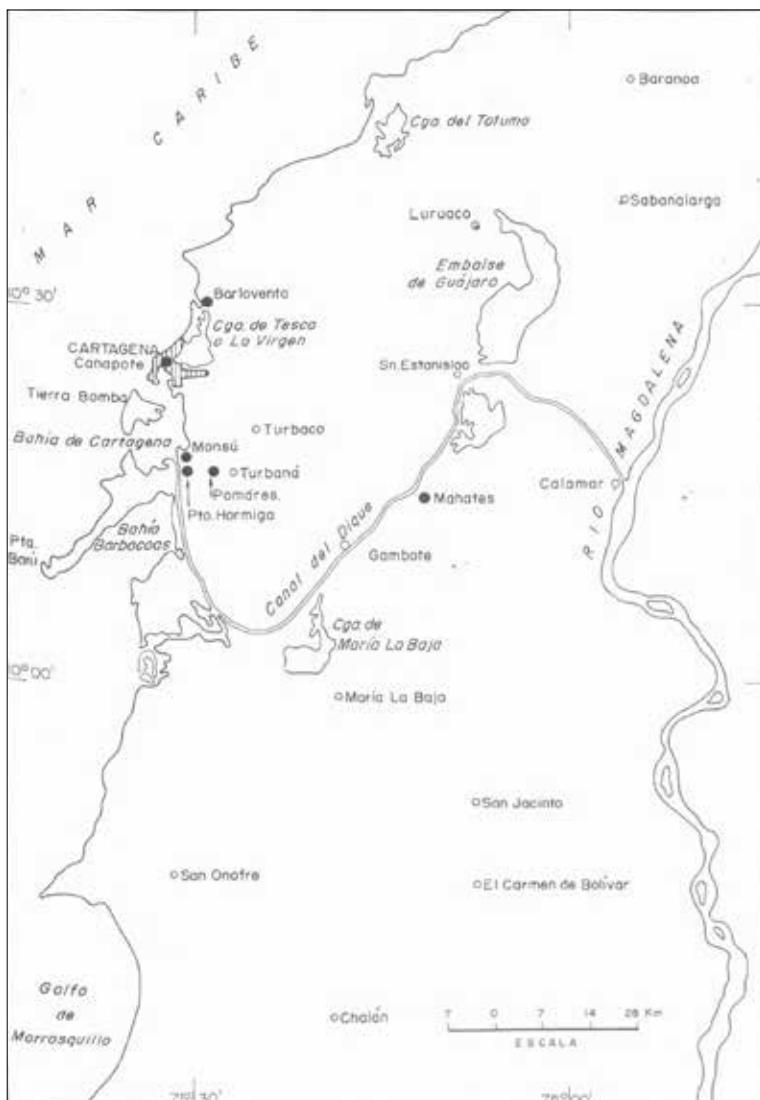


FIGURA 20. Localización de los principales sitios de la Etapa Formativa en la Costa.



FIGURA 21. Fragmentos cerámicos; Monsú.

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA



FIGURA 22. Fragmentos cerámicos; Monsú.

En el fondo del montículo, en su estrato más bajo y más antiguo, hallamos los vestigios de grandes postes de madera, hasta de 28 centímetros de diámetro, que indican parte de una construcción con planta ovalada. La cerámica asociada con esta vivienda es gris o rojiza y está cubierta con una decoración profundamente excisa o incisa, formando volutas, círculos, semicírculos, líneas onduladas e hileras de puntos impresos. Superpuestos siguen luego varios pisos de vivienda bien definidos, que dividen el montículo en una secuencia cultural de cinco grandes periodos, que denominamos de abajo hacia arriba: Turbana, Monsú, Pangola, Macaví y Barlovento³³. Obtuvimos una fecha de radiocarbono para el Periodo Monsú, subsiguiente al de Turbana y es de 3350 a. C.³⁴, lo que actualmente constituye la fecha más antigua conocida para la cerámica en el Nuevo Mundo. Ya que el Periodo Turbana es *anterior* a esta fecha, los comienzos de la acumulación de vestigios culturales deben remontarse hasta el quinto milenio a. C. El montículo de Monsú es pues de extraordinaria importancia para la arqueología colombiana —por no decir americana—, pues su edad y su secuencia constituyen un patrón y una escala, con las cuales hay la posibilidad de comparar otros sitios arqueológicos, cercanos y alejados.

³³ Los nombres de los períodos fueron arbitrariamente tomados de la toponimia local.

³⁴ La referencia exacta es UCLA-2149C, 5300 ± 80 años antes de presente —antes de 1950—, es decir, 3350 años a. C. Para otras fechas, véase Reichel-Dolmatoff, *supra*, nota 30.

En Monsú, el desarrollo tecnológico y estético de la cerámica es notable. La forma predominante es la de la tradición llamada *tecomate*: recipientes aproximadamente globulares, sin pie y sin cuello, con un borde volteado hacia adentro y formando una amplia abertura. Son esencialmente ollas de cocina, y en muchos casos la parte superior, entre la abertura y la periferia máxima del recipiente, está decorada con incisiones. Estos dibujos muestran una exuberancia de motivos trazados con maestría y gran desenvoltura. Dicha expresión de arte, que se remonta en parte al quinto milenio a. C., es la primera manifestación estética expresada aquí en objetos de uso diario, como lo son las ollas *tecomate*. En la excavación no hallamos ni una vasija entera sino miles de pequeños fragmentos, los cuales permiten apreciar las líneas firmes y características de diversos estilos artísticos.

Los complejos líticos consisten de piedras planas para moler o triturar, manos, martillos y una variedad de astillas cuarzosas en forma de raspadores. El énfasis está en puntas agudas y en filos cortantes; no hay puntas de proyectil.

Ahora bien: el periodo más reciente del montículo de Monsú lo hemos denominado Barlovento, nombre de un sitio arqueológico ubicado al noreste de Cartagena, pues resulta que se trata de un mismo complejo cerámico. La edad del sitio tipo —el del noreste— está entre 1500 y 1000 años a. C., como lo veremos más adelante, mientras que las fechas para el Periodo Barlovento en el montículo de Monsú son de 1300 a. C.; se trata pues de desarrollos coetáneos. Eso lleva a una observación interesante: mientras

que en el sitio tipo de Barlovento la base alimenticia eran moluscos marinos, en el Periodo Barlovento del montículo de Monsú se hallaron grandes azadas hechas de una concha grande —*Strombus gigas*—. Algunos de estos utensilios probablemente fueron encabados en un mango acodado, mientras que otros parecen haber sido usados en la prolongación de una gruesa vara verticalmente manejada, como para aflojar la tierra. De todos modos, estos instrumentos son testimonios de agricultura y demuestran además que grupos vecinos, contemporáneos y pertenecientes a una misma cultura, bien pueden haber tenido bases económicas muy diferentes. A propósito, según el decir de los pescadores actuales del litoral de Monsú, las conchas de *Strombus* se encuentran sólo a bastante profundidad, en las cercanías de las Islas de San Bernardo, de manera que su recolección implicó no sólo un conocimiento adecuado de navegación marítima, sino también pericia de expertos buzos. Un indicio adicional de que la gente de Barlovento, y quizás también las de los períodos anteriores, hubiera sido buena navegante consiste en los restos óseos de peces de especies pelágicas y en la existencia de azuelas de filo muy cortante, hechas de grandes conchas, que parecen haber sido usadas en la manufactura de canoas.



FIGURA 23. Cara antropomorfa; Puerto Hormiga.



FIGURA 24. Fragmentos cerámicos; Puerto Hormiga.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 25. Placa arenisca; Puerto Hormiga.



FIGURA 26. Yunques de piedra; Puerto Hormiga.

Otro sitio arqueológico de la Etapa Formativa, que ha producido cerámicas muy antiguas, es el de Puerto Hormiga, también sobre el Canal del Dique y a muy poca distancia de Monsú³⁵. Puerto Hormiga es un conchal situado en terrenos bajos, a pocos metros sobre el nivel del mar y consiste de una acumulación circular de conchas de moluscos marinos. El sitio mide aproximadamente 80 metros de diámetro. El montículo está formado por una serie de depósitos que consisten de conchas mezcladas con fragmentos cerámicos, artefactos de piedra, y huesos de animales de presa. Tal como ocurrió en el caso de Monsú, durante varias épocas los indígenas vivieron sobre el montículo, lo que observamos claramente debido a los fogones y a las superficies pisoteadas. La estructura del montículo indica que sus habitantes, desde los primeros comienzos, vivieron en un gran círculo donde cada unidad familiar llegó a acumular un pequeño montículo de desperdicios que, en su base, comenzó a traslapar con los montículos vecinos, formándose de ese modo un amplio anillo elevado.

Nuevamente, un rasgo muy característico es la cerámica. En los diferentes estratos de conchas encontramos grandes cantidades de fragmentos cerámicos y comprobamos claramente que estos estaban presentes, ya desde los primeros comienzos de la ocupación del sitio. Hallamos

³⁵ Reichel-Dolmatoff, G., «Excavaciones arqueológicas en Puerto Hormiga (Departamento de Bolívar)», *Antropología 2*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1965. En años recientes las autoridades locales cambiaron el nombre de Puerto Hormiga por Puerto Badel.

varios tipos de cerámica; uno contiene un desgrasante de fibras vegetales en forma de largos y delgados tallos parecido a musgo. Durante el proceso de la cocción este material vegetal se carbonizó y desapareció dejando innumerables canales tubulares en la greda cocida y dándole una consistencia esponjosa³⁶. Los fragmentos son livianos, porosos y se desmoronan fácilmente si se les aplica alguna presión. Otro tipo de cerámica con desgrasante de fibras contiene abundantes fragmentos de hojas secas, aparentemente una especie de gramínea que fue triturada y mezclada con la greda y dejó espacios vacíos durante el proceso de la cocción. Los recipientes en general son globulares y de paredes gruesas; están manufacturados de un modo bastante rudimentario, habiendo sido quemados a una temperatura baja. Las superficies de estas cerámicas son toscas, rojizas o carmelitas, carecen de toda decoración y dan la impresión de una fase inicial y experimental del arte alfarero. Esta impresión sin embargo es engañosa pues, asociados con esta cerámica tan primitiva, existen otros tipos que contienen un desgrasante de arena y están manufacturados en una técnica más avanzada. Aunque prevalecen los recipientes en forma de tecomate o semiglobulares, algunos de ellos están decorados con acanaladuras pandas, que a veces contienen un relleno de ocre con el cual han sido impregnadas o pintadas las zonas hundidas.

³⁶ Crusoe, Daniel L. *Fiber-Tempered Ceramic Fabrics and Late Archaic Culture Historical Problems*. Ponencia presentada en la Southeastern Archaeological Conference, Macon, Georgia, 1971.

El borde dentado de un bivalvo marino fue usado como sello, que produjo marcas espaciadas repetidas, y algunos recipientes están decorados con adornos zoomorfos toscamente modelados. El borde ancho de una gran bandeja tiene la representación de una cara humana, en parte modelada, en parte incisa; los enormes ojos están formados por varios círculos concéntricos. Esta cara, por cierto muy expresiva, es la representación artística más antigua de una cara humana, conocida en la prehistoria del país. Aparte de esta pieza extraordinaria, Puerto Hormiga demuestra un desarrollo artístico muy notable y un estilo bien definido.

Un considerable número de artefactos no cerámicos refleja, en parte, la economía básica de la gente de Puerto Hormiga. La recolección de moluscos estuvo combinada con la pesca y la caza de presas menores, pero parece que esas actividades se limitaron a aves, reptiles, algunos roedores pequeños y a peces de los riachuelos y esteros vecinos; no encontramos huesos de mamíferos grandes, tales como venados o saínos.

Hallamos muchos pequeños yunque, piedras con una depresión ovalada, acompañados de pesadas piedras golpeadoras, usados para romper las semillas duras de palmas; yunque parecidos observamos también en Monsú. En cambio, la presencia de piedras planas acompañadas de manos para triturar indica el uso de otros alimentos vegetales. En efecto, hay numerosas lajas planas y delgadas, así como manos, que quizás fueron usadas para moler o machacar pepas o semillas. Las gentes de Puerto Hormiga parecen haber sido auténticos recolectores, pero sus

costumbres alimenticias claramente incluyeron cierta cantidad de recursos vegetales y es posible que practicasen alguna forma de agricultura. Piedras toscamente astilladas, así como lascas con talla rudimentaria, fueron usadas como instrumentos para cercenar o raspar. Existió el arte de la cestería, pues Encontramos impresiones de tejido de esteras en trozos de barro quemado.



FIGURA 27. Adorno zoomorfo; Puerto Hormiga.

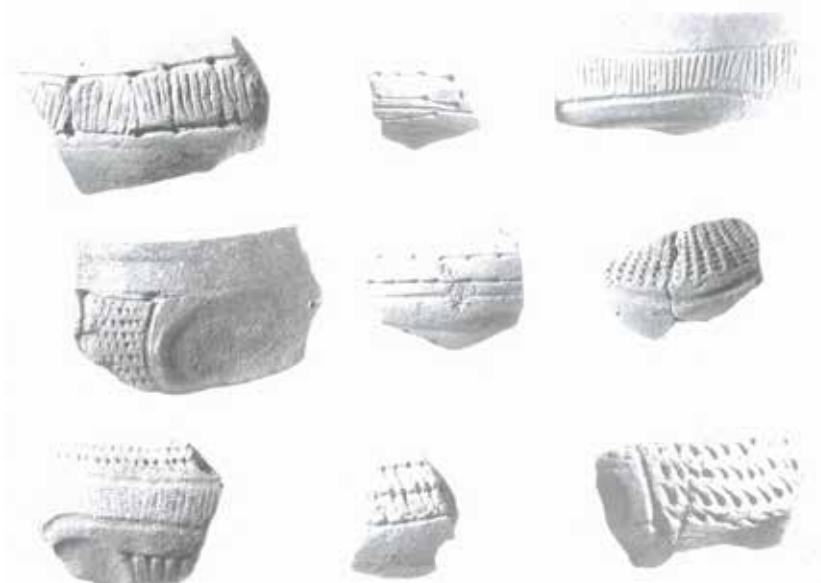


FIGURA 28. Fragmentos cerámicos; Puerto Hormiga.

Las fechas de radiocarbono, para Puerto Hormiga, van desde aproximadamente 3100 a. C. hasta 2500 a. C.³⁷. Marcan un espacio de tiempo durante el cual el vecino montículo de Monsú no estaba habitado, razón por la cual

³⁷ Reichel-Dolmatoff, G., *supra*, nota 35. La fecha más antigua para el conchal de Puerto Hormiga es 5040 ± 70 antes de presente, es decir 3090 a. C., y no 4875 ± 170 , 2925 a. C., como aparece erróneamente en Angulo (véase Angulo Valdés, Carlos, 1978, *Arqueología de la Ciénaga Grande de Santa Marta*, Fondo de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, pág. 164). Rojas de Perdomo comete otro error aún más grande al decir que la fecha más antigua de Puerto Hormiga es 3500 a. C. (véase Rojas de Perdomo, Lucía, 1979, *Manual de Arqueología Colombiana*, Bogotá, pág. 21).

la cerámica de Puerto Hormiga no aparece representada en la secuencia de ese sitio vecino. Se trata aquí del periodo extremadamente seco, del Hipsitermal, el cual está representado en la secuencia de Monsú por el estrato de caliche.

Los modos de vida descritos para los agricultores de Monsú, y cazadores, pescadores, recolectores y quizás incipientes horticultores de Puerto Hormiga, sobre sus grandes basureros, continúan luego en buena parte de las tierras bajas de la costa Caribe y se desarrollan durante más de veinte siglos, sin cambios verdaderamente fundamentales. Los sitios que atestiguan esta etapa cultural los localizamos dispersos sobre una amplia zona del litoral, de las lagunas y de los cursos bajos de los ríos que desembocan en el Caribe. En Canapote³⁸, un suburbio de Cartagena, una serie de conchales, fechados en aproximadamente 2000 a. C., contenían un complejo cerámico relacionado tanto con Puerto Hormiga como con Monsú, aunque entonces la cerámica con desgrasante de fibras ya estaba remplazada por cerámica con un desgrasante de arena, y decorada con líneas incisas, anchas y pandas.

Otro grupo de grandes conchales, algunos de ellos hasta con 6 metros de altura, los encontramos en Barlovento, una zona cienagosa al noreste de Cartagena, como ya lo

³⁸ El sitio de Canapote fue descubierto por G. Reichel-Dolmatoff, pero fue luego excavado por Henning Bischof; véase: 1966, «*Canapote: An Early Ceramic Site in Northern Colombia-Preliminary Report*», Actas y Memorias del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, España, 1964, vol. I, págs. 483-491, Sevilla.

mencionamos³⁹. La excavación de estos montículos, fechados entre aproximadamente 1500 y 1000 a. C., produjo gran cantidad de cerámica que, en sus formas y técnicas decorativas, continuaba las tradiciones incisas anteriores. No hallamos vasijas enteras pero, estudiando los fragmentos, se deduce que las formas predominantes eran vasijas del tipo tecolate, semiglobulares o levemente ovaladas y en ocasiones provistas de pequeñas agarraderas que salen del borde del recipiente. La parte superior de estas vasijas está decorada con motivos geométricos sencillos, tales como líneas paralelas rectas o curvas, elementos espirales, elementos sigmoideos, hileras de puntos, anillos impresos con el extremo de un instrumento tubular, y otros más. Ocasionalmente las incisiones están llenas con un pigmento ocre rojizo. Entre los artefactos líticos hay piedras burdas, con escotaduras en la superficie, como para agarrarlos con dos palitos manejados a manera de pinzas; ya que muestran marcas de fuego directo, parece que se trate de piedras para cocinar, es decir, de piedras que se calentaban y luego se echaban al recipiente de cerámica, práctica que parece haber sido común. En efecto, la ausencia de fragmentos basales, cubiertos con una costra requemada, sugiere que las vasijas no fueron usadas directamente sobre el fuego abierto, aunque se encontraron varios fogones en medio de acumulaciones de fragmentos.

³⁹ Reichel-Dolmatoff, G. 1955, «Excavaciones en los conchales de la Costa de Barlovento», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. IV, págs. 247-272, Bogotá.

No menos interesantes son varios otros yacimientos del mismo complejo de Barlovento, que se encuentran en la costa al noreste de Cartagena, hacia Barranquilla, y en algunas islas cerca del litoral. Por cierto, como ya mencionamos, el montículo de Monsú fue ocupado durante su último periodo por gentes de Barlovento, en una fecha aproximadamente 1300 a. C. Otros vestigios de Barlovento los encontramos en las islas de Barú y Tierra Bomba, al sur de Cartagena, así como en el Golfo de Morrosquillo, entre Cartagena y el Golfo de Urabá.

Parece que entre 3000 y 2000 a. C. se operó una considerable expansión humana hacia el Sur, subiendo el curso bajo del río Magdalena, casi hasta las primeras estribaciones de las cordilleras. En Bucarelia, cerca de Zambrano, encontramos fragmentos de cerámica con desgrasante de fibras, con elementos decorativos reminiscentes de Puerto Hormiga. Un complejo cerámico parecido a Barlovento, en cambio, lo hallamos en la llamada Isla de los Indios, en la Laguna de Zapatosa, en la confluencia de los ríos Magdalena y Cesar, a 150 kilómetros del litoral⁴⁰. Parece pues que algunos grupos se estaban extendiendo sobre la gran cuenca cienagosa del bajo Magdalena y seguramente más allá de ella.

⁴⁰ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1953, «Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena: 1946-1950. Parte III, Arqueología del Bajo Magdalena», *Divulgaciones Etnológicas*, vol. III, n.º 4, págs. 1-98, Universidad del Atlántico, Barranquilla.



FIGURA 29. Estratificación del conchero; Barlovento.

No se conocen aún suficientes vestigios de la Etapa Formativa de otras zonas del país. Con toda seguridad existen pero aún no se han descubierto —o publicado— y sólo podemos juzgar su extensión y naturaleza, de acuerdo con los resultados de las investigaciones efectuadas en la costa

Caribe. Allí, en cambio, el Formativo Temprano constituye un hecho histórico de extraordinario interés. Antes de seguir adelante es importante recalcar la posición cronológica de los hallazgos de Monsú, Puerto Hormiga, Canapote y Barlovento. No cabe duda de que estas primeras cerámicas colombianas, que son principalmente de la tradición tecolate, preceden por más de un milenio a las primeras cerámicas de Mesoamérica y de los Andes Centrales. Según los resultados de nuestras investigaciones, a partir del descubrimiento de Puerto Hormiga, la costa Caribe de Colombia es el lugar de origen, o de dispersión masiva, del arte alfarero, en todo el continente americano.

Las únicas culturas cerámicas fuera del país que, por su posición cronológica muy temprana, se han comparado con el Formativo Temprano de la costa Caribe de Colombia, son algunos complejos de la hoyada del río Guayas, en la costa Pacífica del Ecuador. En Valdivia los arqueólogos norteamericanos Clifford Evans y Betty Meggers, en compañía del ecuatoriano Emilio Estrada Icaza, obtuvieron fechas de 2600 a 2500 a. C., para las fases iniciales de ese complejo y, lo que es más, postularon para Valdivia un origen japonés⁴¹. En efecto, trataron de correlacionar una

⁴¹ Estrada, Emilio, 1956, «Valdivia, un sitio arqueológico formativo de la costa de la Provincia del Guayas», *Publicación del Museo Víctor Emilio Estrada*, n.º 1, Guayaquil; Meggers, Betty J., Clifford Evans & Emilio Estrada, 1965, *Early Formative Period of Coastal Ecuador: The Valdivia and Machalilla Phases*, Smithsonian Contributions to Anthropology, vol. 1, Smithsonian Institution, Washington; Ford, James A., 1969, *A Comparison of Formative Cultures in the*

serie de formas y modos decorativos de Valdivia con manifestaciones del Periodo Jomon, del Neolítico japonés. Esta última hipótesis no ha tenido aceptación general por parte de los arqueólogos americanistas pero, en nuestra opinión, no se puede descartar del todo, pues una antigua influencia transpacífica, por débil y esporádica que haya sido, cae dentro de las posibilidades de navegación asiática de aquel entonces o puede haberse producido a través de tripulaciones de barcos que se encontrasen a la deriva.

En nuestro caso, el problema se plantea sobre un nivel cronológico y comparativo. No se puede negar que haya ciertas semejanzas entre algunos tipos cerámicos de Valdivia y ciertos otros de la secuencia de Monsú, pero la cerámica más antigua de Monsú, indudablemente precede a la de los niveles más bajos de Valdivia. Aún los recientes hallazgos de complejos cerámicos ecuatorianos subyacentes a Valdivia, como lo son San Pedro, Loma Alta y Real Alto, no alcanzan la antigüedad de los comienzos del

Americas; Diffusion or the Psychic Unity of Man, Smithsonian Contributions to Anthropology, vol. 11, Smithsonian Institution, Washington; Hill, Betsy D., 1972-1974, «*A New Chronology of the Valdivia Ceramic Complex from the Coastal Zone of Guayas Province, Ecuador*», *Ñawpa Pacha*, n.º 10-12, págs. 1-32, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley; Lyon, Patricia J., 1972-1974, «*Early Formative Period of Coastal Ecuador: Where is the Evidence?*» *Ñawpa Pacha*, n.º 10-12, págs. 33-48, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley.

montículo de Monsú, pues tienen fechas de apenas 2750, 3000 y 3200 a. C., respectivamente⁴².

Un problema comparativo que merece toda nuestra atención se refiere a la posibilidad de relaciones culturales prehistóricas entre la costa Caribe de Colombia, las Antillas y el sureste de los Estados Unidos. Varios complejos cerámicos, tanto de Florida como del bajo río Mississippi, parecen relacionarse con la cerámica de Puerto Hormiga y la de sectores de Monsú. Sobre todo en la hoyada del río Yazoo, los complejos de Marksville, Issaquena y otros, muestran notables semejanzas con estos materiales colombianos. Ya que las fechas radiocarbónicas norteamericanas son consistentemente más tardías que las colombianas se debe pensar en una difusión de Suramérica a Norteamérica, probablemente por vía marítima y pasando por

⁴² Bischof, Henning, 1973, «*The origins of pottery in South America: Recent radiocarbon dates from southwest Ecuador*» *Atti, Congresso Internazionale degli Americanisti, Roma-Genova*, 1972, vol. I, págs. 269-281, Genova; *ibidem*, «*San Pedro und Valdivia: Frühe Keramik-Komplexe an der Küste Südwest-Ekuadors*» *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, Band I, Deutsches Archäologisches Institut. s.f.; Lathrap, Donald W., Donald Collier & Helen Chandra, 1975, *Ancient Ecuador: Culture, Clay and Creativity 3000-300 B. C.* Field Museum of Natural History, Chicago; Lathrap, Donald W., Jorge Marcos y J. Zeidler, 1977, «*Real Alto — An Ancient Ceremonial Center*», *Archaeology*, vol. 30, n.º 1, págs. 2-13, New York.

las Antillas⁴³. Esta hipótesis abre una nueva perspectiva a las investigaciones arqueológicas colombianas y ciertamente debería ser tema de discusión con nuestros colegas de países circuncaribes.



FIGURA 30. Fragmentos cerámicos; Barlovento.

⁴³ Bullen, Ripley P. & James Stoltman (editores), 1972, «Fiber-Tempered Pottery in Southeastern United States and Northern Colombia: Its Origins, Contexts and Significance», *The Florida Anthropologist*, vol. 25, n.º 2, Part 2; Ford, James A. & George I. Quimby, 1945, «The Tschefuncte Culture, and Early Occupation of the Lower Mississippi Valley», *Memoirs of the Society for American Archaeology*, n.º 2, Menasha; Phillips, Philip, 1970, «Archaeological Survey of the Lower Yazoo Basin, Mississippi, 1949-1955», *Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*, vol. 60, 2 vol., Harvard University, Mass.; Reichel-Dolmatoff, G., *supra*, Nota 35.

Mientras que en la costa Caribe de Colombia las manifestaciones del Formativo Temprano llegaron a su fase final, aproximadamente alrededor del año 1000 a. C., en otras zonas de la misma costa surgieron nuevos desarrollos. Parece que en aquella época el cultivo de raíces se volvió de una importancia primordial en el plan alimenticio, llevando a una vida mucho más sedentaria que antes, lo que desde luego tuvo repercusiones sociales.



FIGURAS 31-32. Vista parcial del Corte II; Momil.

Las tierras bajas de Suramérica son el habitat de muchas raíces comestibles. Mientras que en Mesoamérica y en los Andes Centrales se cultivaron con preferencia plantas con semillas comestibles, ya desde mucho antes de

Cristo, los grupos selváticos tropicales habían domesticado ciertas raíces, ante todo algunas variedades de yuca, una de las muchas especies del género *Manihot*, que es originario del hemisferio occidental. Las grandes raíces de esta planta constituyen una fuente importante de carbohidratos, y la planta tiene muchas características que hacen de ella un cultivo atractivo para horticultores selváticos: la yuca se cultiva fácilmente por reproducción vegetal de tallos que luego necesitan muy poco cuidado; el rendimiento es abundante; la planta es relativamente resistente contra plagas y enfermedades, y además se presta a varias formas de hibridización. Hay dos especies cultivadas de *Manihot*: la yuca «dulce» y la yuca «amarga» o «brava», que tienen características morfológicas muy similares pero se diferencian por su contenido de ácido cianhídrico. Mientras que en la variedad dulce el contenido de este ácido es muy bajo y las raíces pueden comerse crudas o cocidas, las otras variedades que tienen un alto porcentaje de ácido prúsico tienen un sabor amargo y el componente venenoso debe eliminarse a través de un proceso técnico muy ingenioso, antes de que las raíces puedan ser comestibles. Para lograr esto, los indios suramericanos inventaron un artefacto especial, el *sebucán* o *tipití*, que es un tejido tubular alargado, hecho de espartos largos entrelazados al sesgo y que tiene así gran elasticidad. Este objeto de cestería, de forma tubular, es semejante a una manga y se expande al ser llenado con la masa rallada de la yuca; el jugo venenoso puede entonces exprimirse al comprimir el tubo. Se trata pues de una técnica bastante compleja que es aún

practicada por muchas tribus del Amazonas y norte de Suramérica. Los horticultores y los agricultores incipientes de la época prehistórica probablemente tuvieron técnicas más sencillas para extraer el zumo venenoso, o tal vez prefirieron la variedad dulce, que en Colombia es típica para las tierras bajas y subtropicales, que se extienden hacia el occidente de la Cordillera Oriental. El uso del sebucán fue probablemente una adaptación posterior a un ambiente de selva pluvial amazónica.

La yuca puede comerse cocinada o asada, pero entre los indígenas hay dos modos principales para prepararla: como *manioco* o *farinha*, es decir una harina de grano burdo, o como *cazabe*, que es una torta delgada, parecida a pan seco. Para ambas preparaciones la masa finamente rallada se extiende sobre un gran disco cerámico, de unos 60 centímetros de diámetro. En los Llanos colombianos este artefacto se llama comúnmente *budare* y se designa como *comal* en Mesoamérica. Este budare se coloca sobre el fuego abierto, estando sostenido por varios soportes de piedra o de barro. Al revolver la masa de yuca con un meneador de madera, se obtiene una harina granulosa que se puede usar en la sopa, o simplemente diluyéndola en agua; en cambio, al aplatarla y dejarla consolidar, forma una especie de torta grande, delgada y más bien seca. Ambos de estos productos procesados tienen un alto valor económico, porque tanto la harina como las tortas pueden almacenarse por meses y constituyen así un importante medio de comercio. Sin embargo, en tiempos actuales y ya desde el siglo XVI, las tribus colombianas que vivían al occidente de la

Cordillera Oriental *no* usaban estas técnicas de preparación y conservación, las cuales estaban restringidas a los llanos del Orinoco, el área amazónica y a algunas de las islas del Caribe.

Lo arriba expuesto plantea un problema interesante, no sólo para el etnólogo y el etnobotánico, sino también para el arqueólogo. Es un hecho que fragmentos de budares, tales como los que se emplearían en la preparación de la yuca amarga, los hallamos en contextos arqueológicos costeños más bien antiguos, mientras que durante las fases posteriores, caracterizadas por una agricultura algo más avanzada, hay sólo poca evidencia para objetos de esta forma cerámica y el uso que ella conlleva. Al juzgar por los datos disponibles, aún muy fragmentarios, parece entonces que la yuca amarga *sí* fue usada en la costa y en el interior del país, pero eventualmente fue remplazada por la yuca dulce, mientras que el importante complejo de conservación y comercio de harina —mañoco— y tortas —cazabe—, se desarrolló al este de los Andes, en las cuencas del Orinoco y Amazonas.

En la actualidad, los campesinos de la zona de Monsú dicen distinguir localmente unas veinte variedades de yuca, una de las cuales ellos denominan «yuca montañera». Ahora bien, los principales especialistas en yuca David J. Rogers y S. G. Appan (1973, págs. 122-127) escriben en algún detalle acerca de *Manihot carthagrenensis*, una especie muy antigua y hoy en día silvestre, conocida, según estos dos autores, bajo los nombres vernaculares de «yuca de monte» o «yuca cimarrona». La distribución geográfica

de esta especie de yuca cubre el área costeña de Colombia y Venezuela y se extiende hasta algo más allá del bajo río Orinoco. Esta distribución de una especie conocida como muy antigua, corresponde en detalle al área de dispersión de las culturas cerámicas más antiguas de la costa Caribe de Colombia y Venezuela. Rogers y Appan no mencionan su uso como alimento, en cambio el gran geógrafo y botánico Cari O. Sauer (1969, págs. 127-128) afirma que *Manihot carthagenensis* sí es comestible y traza su distribución hasta cubriendo el área de la costa occidental de Norteamérica. Parece pues muy probable que la yuca «montañera» de la gente actual de Monsú sea la misma descrita por los dos científicos arriba citados.

Por otro lado, los botánicos colombianos Luis López Jaramillo y Héctor Herrera Enciso (1970), quienes escribieron *antes* de Rogers y Appan —pero no citan a Sauer—, discuten *Manihot cartaghenensis*, examinándola en varias localidades de la costa Caribe de Colombia. Los dos autores dicen: «En nuestro país no hemos podido comprobar que la especie (*M. cartaghenensis*) reciba actualmente utilización alguna. Cabe sin embargo la posibilidad de que haya podido ser objeto de consumo humano durante el periodo precolombino; además existen datos de que en la región de Tamalameque se cultivaba una “Yuca Brava”, la cual no ha sido identificada taxonómicamente» (López y Herrera, 1970, pág. 10). Es obvio que los dos autores se refieren al informe de Rodríguez de Medina *et al.* (1983), escrito en el siglo XVI, en el cual, al hablar de los indios de Tamalameque, se anota acerca de la yuca —sin especificar

si se trata de yuca silvestre o domesticada—: «Hay dos géneros, una que llamamos comúnmente brava porque mata al que la come cruda, y otra que se puede comer sin ningún daño...» (Rodríguez de Medina *et al.*, 1983).

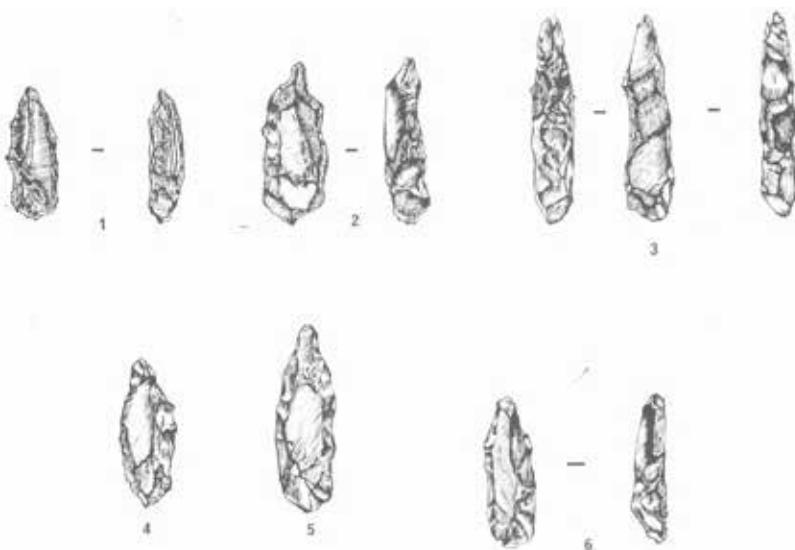


FIGURA 33. Microlitos; Momil.

De todos modos, el problema es de gran interés y concuerdo personalmente con López y Herrera acerca de la posibilidad, o, mejor dicho, probabilidad, de que *Manihot carthagenensis* fuese consumida en tiempos prehistóricos. Los autores mencionados, después de analizar la composición química de las raíces, llegan a la conclusión siguiente: «*M. carthagenensis* ofrece algunas posibilidades llamativas para fitomejoramiento, como son la tolerancia a un régimen biestacional de sequía, en condiciones de suelos

arenosos-arcillosos o aun semisalinos y con precipitaciones anuales que pueden ser apenas de 200-250 mm, y por el elevado contenido proteico de sus raíces» (López y Herrera, 1970, págs. 12-13). En efecto, mientras que el contenido proteico de *Manihot esculenta*, la especie dulce comúnmente consumida en el país, es de 5.06, el de *M. carthagrenensis* es de 13.81. Podemos aceptar que la distribución geográfica de *M. carthagrenensis* es el resultado de un proceso cultural y que esta especie fue cultivada en épocas muy antiguas, que bien pueden remontarse al menos al cuarto milenio a. C.

Esta larga digresión se justifica ya que un conocimiento de la base económica y del aprovechamiento de los recursos naturalmente es fundamental para comprender el desarrollo y avance de las sociedades indígenas. El cultivo de la yuca, primero experimental y luego a mayor escala, debe haber jugado un papel decisivo en el proceso que llevó hacia una vida sedentaria y formación de aldeas⁴⁴.

⁴⁴ Véanse, entre otras publicaciones, las siguientes: López Jaramillo, Luis N. Héctor Herrera Enciso, 1970, *Manihot carthagrenensis: Una yuca silvestre con alto contenido proteico*; ponencia presentada a la VIII Conferencia de Fitotécnica, Bogotá; Field, B.S.; 1970, *Manioc (Manihot esculenta) Crantz and its role in the native agriculture of tropical lowland South America*; disertación doctoral, University of London; Mangelsdorf; Paul C., 1983, «*The Mystery of Corn: New Perspectives*», *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 127, n.º 4, págs. 215-247, Philadelphia; Roberts, L. M., U. J. Grant, R. Ramirez K., W. H. Hatheway & D. L. Smith, with P. C. Mangelsdorf, 1957, «*Races of Maize in Colombia*», *National*



FIGURA 34. Cabeza de figurina antropomorfa; Ciénaga de Oro.

Academy of Science-National Research Council Publication 510, Washington; Rodríguez de Medina et al., *Relaciones Geográficas de la Nueva Granada*, véase Patiño, Víctor Manuel (editor), 1983, Cespedesia, Suplemento n.º 4, Cali; Rogers, David J. & S. G. Appan, 1973, *Manihot (Manihotoides euphorbiaceae)*, Flora Neotropica, Monograph 13, Hafner Press, New York; Roosevelt, Anna Curtenius, 1980, *Parmaná: Prehistoric Maize and Manioc Subsistence Along the Amazon and Orinoco*, Academic Press, New York; Sauer, Cari O., 1969, *Seeds, Spades, Hearths and Herds: The Domestication of Animals and Foodstuffs*, 2.^a edición, MIT Press, Cambridge, Mass.; Spath, Cari D., 1971, *The Toxicity of Manioc as a Factor in the Settlement Patterns of Lowland South America*; ponencia presentada al simposio sobre «*Manioc in Lowland South America*», 70th Annual Meeting of the American Anthropological Society, New York.

Algunos arqueólogos están introduciendo el término «agroalfareros», designación que no me parece aceptable ya que no veo relación obligatoria entre la agricultura y la alfarería.

Sin embargo, hay que tener en cuenta también ciertos otros factores ecológicos que incidieron, en el caso de la costa Caribe colombiana, como alternativas locales de adaptación y sedentarismos. La vida ribereña y lacustre en aquellas épocas ya del Formativo Tardío fue muy diferente de la que llevaban los recolectores estacionales de moluscos, que se establecían al borde de bahías y esteros. Aunque este recurso marino siguió en uso ocasional a través de los siglos posteriores, los nuevos modos de vida se basaron en una agricultura más y más eficiente, y tuvieron lugar en un ambiente ribereño y de las orillas de las innumerables lagunas y ciénagas, cuyos recursos abundantes resultaron ser otra fuente de alimentos. Fue sobre estas riberas donde se desarrolló una pauta de vida aldeana sedentaria, y, para poder apreciar la verdadera importancia de este paso, es útil insistir en el tema y hacer referencia de nuevo en las bases económicas de aquellas culturas indígenas.

Los numerosos y grandes ríos de la región interandina colombiana son muy ricos en peces y ciertas especies tales como el bagre —*Pseudoplatystoma fasciatum*— y el bocachico —*Prochilodus reticulatus magdalena*—; en épocas de ovulación —«subida»—, se reúnen en cantidades inmensas, sobre todo en el bajo río Magdalena. Aún en la actualidad, no obstante la población densa de pescadores y campesinos que conocen técnicas de pesca bastante eficaces, los ríos continúan siendo para ellos una fuente muy considerable de peces de la mejor calidad. Pero no menos importantes son los reptiles de los ríos y lagunas de la llanura norteña aluvial, a saber los cocodrilos, caimanes, tortugas,

iguanas y lagartos. Aquellas regiones abundan en muchas especies diferentes de tortugas, algunas de ellas de gran tamaño. Si pensamos en estos ríos, en términos de una fuente perenne de proteínas, podemos concluir que la vida sedentaria en estas regiones, desde sus primeros comienzos, tuvo una marcada orientación ribereña y que la agricultura tal vez no era un factor tan determinante para la población, como lo fue, por ejemplo, en el Valle de México, en Guatemala o en los valles costaneros del Perú, donde faltaba esta abundancia de reptiles. En realidad, en la costa Caribe de Colombia la vida sedentaria aldeana, con una población activa y creciente, podría haber sido factible con un mínimo de cultivos sistemáticos. Parece que la pesca y caza ribereña, combinadas con los cultivos de raíces, fueron, desde una fecha muy temprana, los factores que dieron estabilidad a las sociedades indígenas del trópico colombiano.



FIGURA 35. Ocarina zoomorfa; Ciénaga de Oro.

Los vestigios que estas sociedades prehistóricas han dejado se caracterizan por una configuración de ciertos rasgos económicos, tecnológicos y sociales. En primer lugar, esta adaptación ecológica, ya algo alejada del litoral propiamente dicho, llevó a una forma bien definida de asentamientos. Se encuentran aldeas permanentes ubicadas en las orillas planas de lagunas y madreviejas. La concentración, variedad y gran profundidad de los despojos de ocupación, que frecuentemente forman depósitos de varios metros de profundidad, indican que se trata de sitios de habitación de sociedades estables, que habían logrado un alto nivel de eficiencia en la explotación de los recursos de sus respectivos microambientes. En el bajo río Sinú, para dar un ejemplo, encontramos, en un solo corte, más de 18.000 fragmentos de concha de tortuga y en este y otros sitios hallamos cantidades de huesos de caimanes, mamíferos grandes y restos de muchas especies de peces y aves acuáticas.



FIGURA 36. Vasija con decoración modelada - aplicada; Tierra Alta.



FIGURA 37. Fragmentos cerámicos superficiales; Tierra Alta.



FIGURA 38. Mascarilla de cerámica; Malambo.

Hay muchos sitios de este tipo en la llanura aluvial de la costa Caribe. Los hallamos a lo largo de los ríos Magdalena, Sinú y San Jorge; sobre las lagunas de las zonas interfluviales, y en las orillas del Golfo de Urabá, hacia la frontera con Panamá.

Estos desarrollos que abarcan las etapas Formativa Media y Tardía están bien ejemplificados, en su primera parte, por la Tradición Malambo, descubierta y excavada por Carlos Angulo Valdés. Malambo es un sitio ubicado sobre una ciénaga del bajo río Magdalena, a poca distancia de la ciudad de Barranquilla⁴⁵. El sitio se compone de depósitos formados por basuras, desechos y algunos entierros, que cubren una amplia zona; los desechos consisten de fragmentos cerámicos y restos faunísticos. Los numerosos fragmentos de budares sugieren el cultivo de la Yuca; no hay indicios directos del cultivo del maíz. Parece que no consumían moluscos, aunque estos abundan tanto en el litoral como en las ciénagas vecinas.

⁴⁵ Angulo Valdés, Carlos, 1962, «Evidencias de la Serie Barrancoide en el Norte de Colombia», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XI, págs. 73-88, Bogotá; *ibidem*, 1981, *La Tradición Malambo: Un Complejo Temprano en el Suroeste de Suramérica*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

Rojas de Perdomo (Cf. *supra*, nota 37; 1979, pág. 26) me atribuye erróneamente las excavaciones en Malambo. El sitio de Malambo fue descubierto y excavado por Carlos Angulo Valdés.



FIGURA 39. Vasija zoomorfa tipo Malambo; río Córdoba.

La cerámica de Malambo, que es elaborada con un desgrasante de arena y se distingue por sus superficies bien pulidas, es mucho más rica en formas y técnicas decorativas que la de la Etapa Formativa Temprana. A los recipientes globulares comunes en los complejos anteriores, se añaden muchas formas nuevas, a saber, vasijas con hombros salientes, platos y budares planos, vasijas con bases anulares, otras provistas de soportes en forma de patas cilíndricas cortas, y cazuelas con un bien marcado ángulo periférico. Muchos de estos recipientes están decorados con una combinación de incisiones y modelaje; hay agarraderas y adornos zoomorfos que están ornamentados con líneas y acanaladuras, y los bordes llevan a veces pequeñas protuberancias semiglobulares o peloticas aplicadas de arcilla. Pequeñas máscaras que representan caras humanas fueron hechas de cerámica y atestiguan un notable avance

estético escultórico. La Tradición consta de dos fases: Malambo y Los Mangos.

Todos estos elementos de decoración modelada de Malambo, junto con la costumbre de realzar las partes prominentes, enmarcándolas con múltiples líneas incisas, recuerdan ciertos motivos decorativos de Puerto Hormiga y Bucarelia, pero tecnológicamente Malambo está mucho más avanzado y muestra formas más variadas. La principal diferencia, por cierto, entre Malambo y los complejos culturales anteriores yace en su base económica. La abundancia de fragmentos de budares en la Fase Malambo indica el uso común de la yuca en forma de mañoco y cazabe, mientras que la ausencia de conchas de moluscos podría sugerir la poca importancia de este recursos. Las fechas de radiocarbono, de 1120 a. C. a 70 d. C., demuestran que Malambo fue posterior a Barlovento.



FIGURA 40. Figurina antropomorfa tipo formativo; Santa Marta.



FIGURA 41. Fragmento figura antropomorfa tipo formativo; Bonda.

La cerámica de Malambo se ha comparado con la Serie Barrancoide, de Venezuela, un complejo cerámico que se desarrolló aproximadamente en la misma época en el Bajo Orinoco, de donde con el tiempo se extendió sobre el litoral venezolano; este complejo comparte muchos rasgos estilísticos con Malambo y se puede suponer que haya habido un nexo histórico entre los dos grupos. Las fechas para Malambo parecen concordar con las de Venezuela, las cuales colocan la Serie Barrancoide en la parte superior del periodo II de la cronología venezolana, con una extensión temporal de aproximadamente 1000 a. C. a 350 d. C. Por otro lado, nuestra fecha terminal para Barlovento es de 1032 a. C., es decir que Barlovento fue

contemporáneo a los comienzos de Malambo. No obstante, la cerámica de ambos sitios tiene pocos rasgos en común; la de Malambo estilística y tecnológicamente es muy superior a la de Barlovento. Esto en sí parece indicar que Malambo sea esencialmente un desarrollo secundario venezolano, aunque es muy probable que los orígenes de la cerámica venezolana se deriven inicialmente del norte de Colombia, pero unos 2.000 años antes de los comienzos de la Serie Barrancoide, o sea que provienen de los comienzos de la secuencia de Monsú. Según los conocimientos actuales, en Colombia la Tradición Malambo está representada por pocos sitios. Uno de ellos está ubicado en la boca del río Córdoba, cerca a la ciudad de Ciénaga, donde se han hallado vasijas zoomorfas con la característica decoración incisa; pequeños adornos modelados y mascarillas se conocen también de la región de Papare entre Ciénaga y Santa Marta, y de Zambrano, en el bajo río Magdalena.

Un sitio Formativo Tardío, donde efectuamos excavaciones intensivas, es Momil, localizado a orillas de una gran laguna del bajo río Sinú. A continuación haremos una breve descripción de las características principales de este hallazgo, con el fin de lograr ampliar la comprensión del desarrollo cultural en la Etapa Formativa Media y Tardía⁴⁶.

⁴⁶ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1956, «Momil Excavaciones en el río Sinú», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. v, págs. 111-333, Bogotá; *ibidem*, 1974, «Momil: Dos fechas de

La gente de Momil, tal como la de Malambo, vivió permanentemente en una aldea, en la planada ubicada entre el borde de la laguna y una pequeña hilera de colinas bajas. La acumulación de basuras en Momil alcanzó 3 metros de profundidad y se extendió sobre un área aproximada de diez mil metros cuadrados. Los objetos excavados en el centro de la zona poblada incluyen miles de fragmentos cerámicos —en efecto, más de 300.000 fragmentos—, artefactos líticos, objetos de hueso y concha, y gran cantidad de restos faunísticos. Tanto la superposición física como la variación en la distribución vertical de los despojos culturales indican una secuencia evolutiva continua, con una interrupción aproximadamente a la mitad del depósito. Con base en ciertas características del material, así como de la distribución cuantitativa y cualitativa de tipos cerámicos, técnicas decorativas y otros criterios, el total del contenido cultural se divide en dos grandes períodos que hemos designado como Momil I y Momil II.

Realmente, observamos en Momil una cultura muchísimo más compleja que en los sitios del Formativo Temprano. Las formas cerámicas características de Momil I, es decir del periodo más antiguo, incluyen vasijas globulares —no de tipo tecolate— con cuello restringido y ancho borde volteado hacia afuera, vasijas semiglobulares con borde vertical recto, varios tipos de copas semiglobulares y de silueta compuesta, con hombros pronunciados; vasijas

radiocarbono», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xvii, pág. 187, Bogotá.

globulares con un ancho borde volteado hacia abajo en un fuerte ángulo. Algunas formas de Momil II continúan esta tradición, tal como las vasijas semiglobulares y de silueta compuesta, pero aparecen ahora muchas formas nuevas. Son muy características para Momil II las grandes tinajas globulares para almacenar líquidos; vasijas en forma de pera con borde volteado hacia afuera, así como pequeñas vasijas semiesféricas y vasijas con reborde basal. También hay vasijas trípodes, pero las bases cónicas bajas de Momil I están remplazadas en Momil II por soportes mamiformes, sólidos o huecos.

En lo que se refiere a la decoración, podemos decir que predominan los motivos incisos en todos los estratos. Es común en ambos periodos de Momil la decoración estampada, con una ruedita dentada que, al correrse sobre la superficie maleable, dejó una hilera de puncos impresos. La decoración incisa propiamente dicha incluye acanaladuras pandas, incisiones lineares finas y acanaladuras con cortas líneas cruzadas. Elementos incisos, curvilíneos aparecen tardíamente en Momil II, siendo escasos en los estratos más tempranos. En Momil II hay cerámicas con decoración zonificada de áreas rojas que se delimitan por líneas incisas, mientras que en Momil I hay líneas o zonas punteadas y zonas decoradas con tiras o peloticas aplicadas. Un rasgo muy frecuente en la cerámica incisa o dentada de Momil, es un relleno de pigmento blanco; en Momil II se observa a veces un relleno rojo en incisiones anchas pandas.



FIGURA 42. Bajo río Magdalena.

Momil cuenta con una de las primeras cerámicas pintadas encontradas en Colombia. La pintura bicromada —negro sobre blanco, negro sobre rojo— y policromada —negro y rojo sobre blanco— comienza en Momil I y continua a través de Momil II. Ambos tipos de decoración pintada se encuentran principalmente en el lado interior de platos pandos o en la parte superior externa de pequeñas vasijas semiesféricas. También según los conocimientos actuales es aquí, por primera vez en la Prehistoria colombiana, donde aparece la decoración pintada negativa y se distinguen dos tipos: el primero ocurre sólo en Momil I y consiste en líneas y manchas grisáceas, algo desteñidas, mientras que el segundo tipo se encuentra sólo en Momil II y muestra una técnica negativa de negro sobre rojo.

Fuera de los recipientes cerámicos, son muy características de Momil las figurinas humanas, modeladas de

barro. En efecto, dichas figurinas son bastante típicas para todo este horizonte arqueológico, del Formativo Medio y Tardío. En Momil I las figurinas son sólidas y tienen una base en forma de herradura, de modo que parecen estar sentadas con las piernas abiertas; los brazos están en jarra y la cabeza plana casi carece de rasgos faciales realmente detallados. En Momil II hay un cambio abrupto; casi todas las figurinas son huecas; algunas están sentadas, tienen piernas gruesas y abombadas; otras aparecen en posición de pie y con piernas delgadas, en forma de S.

Aparte de estas figurinas existe gran número de objetos misceláneos de barro cocido. En Momil II hallamos sellos o pintaderas planas, con motivos geométricos profundamente excisos y en Momil II rodillos cilíndricos. Ocarinas zoomorfas, inicialmente bastante rudimentarias pero luego bien modeladas, son típicas para Momil II, pero están ausentes en Momil I. Hay pendientes en forma de barra horizontal y diminutas maracas con manija cilíndrica, así como discos muy pulidos y decorados con motivos curvilineares en Momil I. Un adorno de doble cara, que sugiere un concepto de dualismo, proviene del comienzo de Momil II. Volantes de huso encontramos sólo en los niveles superiores de este mismo periodo. Adornos biomorfos modelados, que representan cabezas de aves, son frecuentes en Momil II pero no aparecen en Momil I.

Artefactos líticos abundan en ambos periodos, Momil I se caracteriza por una industria de sílex, que evidencia tanto una técnica de percusión como de presión controlada. No encontramos artefactos nucleares pero se hallaron varios

núcleos con plataforma de choque preparada. Raspadores laterales sencillos y puntas —¿perforadores?— microlíticas son comunes; las últimas tienen generalmente una sección hexagonal o rectangular, con retoques secundarios en los filos. Estos microlitos miden máximo un centímetro de largo. Las tantas astillas de sílex que encontramos en la basura probablemente estaban incrustadas en rallos hechos de tablas de madera, similares a los que los actuales indios de Guayana y Amazonas usan para rallar la Yuca.

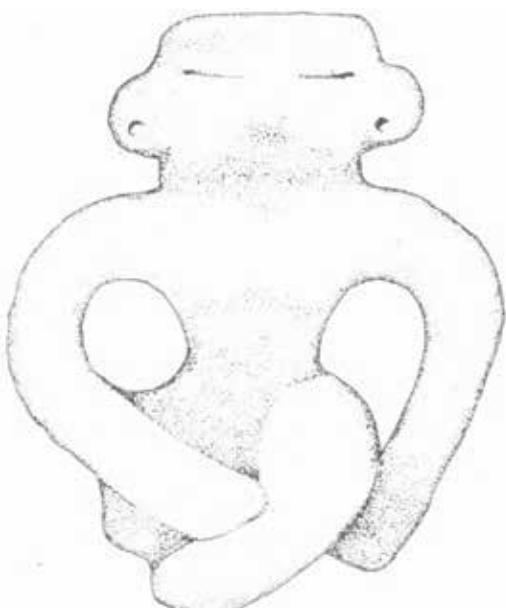


FIGURA 43. Figurina antropomorfa tipo Momil I; Zambrano.

Instrumentos de piedras areniscas y calcáreas, destinados a raspar o pulir, aparecen bajo múltiples formas. También hay golpeadores, martillos y lascas de diferentes

formas. De especial interés, sin embargo, es el hecho de que metates planos y ahuecados, con manos para triturar, aparecen sólo a partir del inicio de Momil II. Objetos de concha están representados, entre otros, por picos, discos perforados, cuencos, cucharas, botones, todos hechos de la concha o del eje de *Strombus*.

En ambos periodos encontramos leznas y punzones de hueso, agujas —sin ojo—, punzones hechos de astas de venado, discos y botones y muchos otros fragmentos óseos, todos con marcas de uso, con cortes, perforaciones o superficies pulidas. La presencia de volantes de huso, de cerámica y de hueso, indica el empleo del algodón y un conocimiento de textiles.

A través de toda la secuencia hallamos miles de fragmentos de caparazones de tortugas terrestres, así como huesos de mamíferos y espinas de pescados.

Puede que la anterior lista de objetos materiales haya sido tediosa para algunos lectores, pero se justifica en vista de la gran importancia que tiene el yacimiento de Momil para la arqueología colombiana. Tomando a Momil como punto de partida, debemos examinar ahora algunos aspectos económicos y sociales de esta etapa cultural. En primer lugar, no cabe duda acerca de la naturaleza sedentaria de la sociedad, en esta fase de desarrollo, hecho basado en una combinación de agricultura con los recursos ribereños y lacustres; Momil fue una aldea cuya ocupación debió durar muchos siglos.

Además, y aquí nos acercamos a un problema especialmente interesante, Momil muestra indicios de lo que

parece ser una secuencia en el desarrollo de los recursos económicos básicos. En Momil I no observamos una evidencia clara del cultivo por medio de semillas; los pesados metates y manos de moler aparecen súbitamente en Momil II. En Momil I, en cambio, se observa un elemento cultural muy característico, que parece asociarse con el cultivo de raíces, a saber, budares grandes, con un pequeño borde vertical.

Esto parece sugerir que el sitio de Momil sea representativo de una transición del cultivo por medio de tallos, al cultivo por semillas. Un tal paso, naturalmente, no significa que haya habido un abrupto remplazo de un alimento por otro, sino, ante todo, en un cambio fundamental en las prácticas agrícolas, a saber, el paso de la reproducción vegetativa a la siembra propiamente dicha y todo lo que aquello conlleva en términos de un conocimiento edáfico, así como la preparación y selección de semillas, de ciclos vegetativos y otros aspectos más.

El maíz, según parece, fue domesticado originalmente en México o en Perú, donde las primeras razas cultivadas datan de varios miles de años antes de Cristo. En Colombia, en la llanura del Caribe, aún no hay evidencia para el cultivo del maíz en los sitios de la Etapa Formativa Temprana, ni tampoco durante el primer periodo de Momil, época en la cual la agricultura parece estar ya bastante desarrollada. Sólo al comienzo de Momil II fue cuando encontramos los utensilios característicos de la molienda, así como las formas cerámicas y líticas usualmente asociadas con el cultivo del maíz, a saber: metates en forma de

artesa, manos de moler de diferentes formas y tamaños, pequeños platos planos de barro para tostar arepas, grandes tinajas para la chicha, y otros. En el periodo Momil I, como hemos dicho, no aparecen estos elementos pero, en cambio, abundan los grandes budares y los raspadores de sílex, que parecen indicar el cultivo de raíces. Por cierto, las inferencias basadas en formas cerámicas u otros objetos, acerca de su uso, pueden ser erróneas, y la ausencia de metates y manos en ciertos contextos arqueológicos no comprueba necesariamente el desconocimiento o la ausencia del maíz. Lo mismo puede decirse sobre la Yuca que, en ciertos casos, puede prepararse sin la ayuda de budares.

La hipótesis de una secuencia Yuca/maíz también nos parece corroborada por ciertas evidencias adicionales. En primer lugar, la aparición de metates y manos de moler, en Momil II, está claramente acompañada por la introducción de una serie de rasgos nuevos que sugieren un contacto mesoamericano, a saber: vasijas con reborde basal, recipientes trípodes altos, soportes mamiformes, ocarinas ornitomorfas y otros elementos. En segundo lugar, la evidencia de una secuencia similar, de Yuca/maíz, se ha observado en algunos sitios de Venezuela que, por lo demás, estilísticamente están relacionados con Colombia. La secuencia temporal de dos grandes sistemas agrícolas americanos, el de los cultivadores de maíz de Mesoamérica —¿Perú?— y el de los cultivadores de raíces, de Suramérica Tropical, ha sido postulada por los fitogeógrafos desde tiempos atrás, pero falta aún una mayor comprobación arqueológica en todos sus detalles.

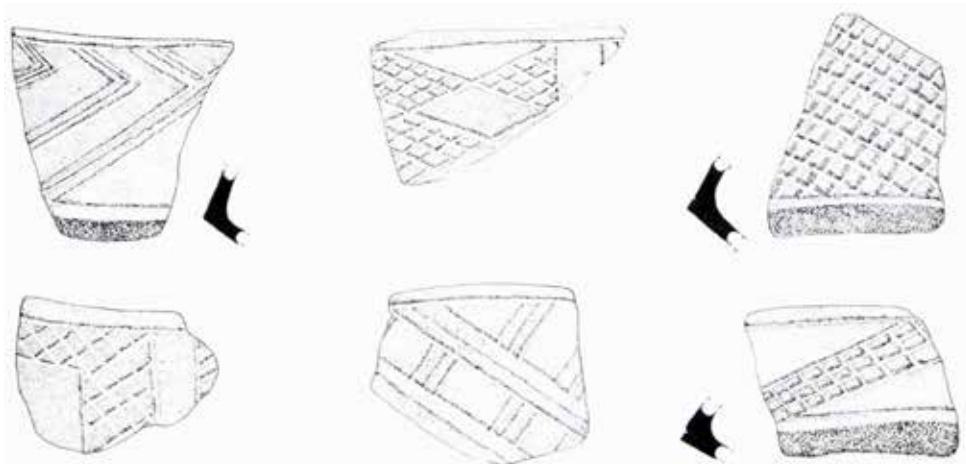


FIGURA 44. Fragmentos cerámicos Segundo Horizonte Inciso; Zambrano.

Un punto importante que queda por discutir, al tratar de las bases económicas de la Etapa Formativa, se refiere al fenómeno de que el maíz hubiera sido introducido a la costa Caribe colombiana, en una fecha tan tardía —lo que naturalmente no excluye la posibilidad de que haya sido cultivado ya antes en otras zonas del territorio colombiano—. Parece que la contestación, en parte por lo menos, sea que las necesidades dietéticas de los aldeanos tempranos estaban satisfechas por la combinación del consumo de raíces feculosas, con las proteínas y grasas obtenidas de los recursos ribereños y que esta base alimenticia hizo que el maíz inicialmente fuese un producto poco apetecido; sin embargo, al aumentar la población y, tal vez, también, al disminuir gradualmente las fuentes proteicas, el maíz fue quizás aceptado para restablecer el balance de la dieta. Una razón adicional para esta supuesta aparición tardía

del cultivo del maíz se puede atribuir al marcado cambio climático que, de acuerdo con recientes análisis de polen, se operó entonces en la llanura aluvial del norte del país. Alrededor de 700 a. C., el clima prevalente seco y continental de la costa parece haberse vuelto notablemente más húmedo, debido a un fuerte aumento de la precipitación pluvial. Esto, naturalmente, produjo un ambiente propicio para el cultivo eficiente del maíz, y bien puede haber sido un factor decisivo en la consecutiva rápida dispersión geográfica de esta planta.

Antes de proceder en nuestra búsqueda de los vestigios de la adaptación ambiental del indio colombiano y de su evolución cultural, regresemos una vez más a tratar de Momil, para evaluar algunas de las consecuencias sociales del aumento de producción de alimentos y del subsiguiente crecimiento demográfico. En muchos aspectos, el paso de una agricultura de raíces a una de semillas puede constituir un momento crucial para la organización de la sociedad. Las raíces cultivadas, tales como la Yuca, la arracacha o la batata, no se pueden almacenar por largo tiempo, para lograr un uso posterior; deben consumirse casi tan pronto como se extraen de la tierra y, además, se dañan si se dejan por largo tiempo enterradas; aun el cazabe y el mañoco tienden a dañarse pronto, especialmente en condiciones de humedad atmosférica. Así, el agricultor de raíces no puede fácilmente acumular un excedente voluminoso, ni almacenar comida para consumirla durante períodos en que dedicará sus energías a actividades distintas a las de la mera subsistencia. El cultivador de maíz,

en cambio, se encuentra en una situación muy superior en este sentido. Con dos, y aun tres cosechas anuales y gastando muy poco tiempo en el cuidado del cultivo, puede disponer de granos que es posible almacenar, usar como artículo de comercio, o convertir en preparaciones de alto valor nutricional. Hay pues una marcada diferencia entre la gente que debe atender todo el año su cultivo de raíces, y aquellos que tienen el zarzo lleno de maíz y quienes ahora pueden dedicarse a otras actividades. El cultivo del maíz, pues, probablemente jugó un papel decisivo en la organización social de las comunidades indígenas.



FIGURA 45. Vasija de doble vertedera tipo formativo tardío, Puerto Antioquia.

En las excavaciones de Momil no encontramos entierros cuyo ajuar pueda indicar un tratamiento diferencial de los muertos, pero sí hallamos indicios de una especialización, por lo menos artesanal. La similitud de muchas vasijas decoradas, de figurinas u otros artefactos decorados,

indica la presencia de alfareros expertos quienes produjeron objetos que formaban categorías bien definidas. Además, las diferencias que pueden observarse en la calidad de adornos personales tales como cuentas de collar, pendientes, o aquellos que llevan las figurinas de barro, también indican diferencias de rango. Momil probablemente representa una sociedad de rango así como de especialistas en las diversas artesanías.

Las figurinas y un número de otros artefactos diminutos tales como banquitos, maracas de barro cocido, discos decorados y recipientes minúsculos, probablemente se relacionan con prácticas chamanísticas y constituyen así las primeras manifestaciones de una religión formalizada. En Momil encontramos 1.700 fragmentos de figurinas antropomorfas, y es esa la primera vez que se halla un tal complejo en un contexto arqueológico total, pero es bien posible que el uso de figurinas date de épocas muy anteriores. En todo caso, las figurinas antropomorfas son bastante características para muchos complejos culturales de tipo Formativo, desde México hasta el Ecuador, como también en otras áreas. Generalmente estas se encuentran mezcladas con la basura casera y se han lanzado muchas teorías acerca de la posible función que estos objetos pudieran haber tenido. Algunos autores los toman por meros juguetes, pero la mayoría se inclina a ver en ellos objetos ceremoniales conectados con ritos de fertilidad. Ese puede ser el caso en ciertos contextos culturales, pero en algunas sociedades colombianas, a partir de Momil, se podría pensar en una explicación alternativa, a saber el uso de figurinas

en ritos de curación. Con alguna frecuencia estas pequeñas efigies humanas representan mujeres embarazadas, o personas con impedimentos o anomalías físicas; hay jorobados, caras con ojos llorantes o personas que se agarran la cabeza con ambas manos. Las enfermedades y malestares físicos, en el sentido más amplio, incluyendo menstruación, gravidez, parto, dolores de muela y de cabeza, dolor de estómago, mordeduras de culebras, etcétera, bien podrían haber ofrecido las ocasiones recurrentes para ritos institucionalizados de crisis, en los cuales cierto equipo de objetos materiales fuese puesto en uso prominente. Una vez que estos objetos hubiesen llenado su función del momento, ellos fueron descartados en la basura, manufacturándose nuevamente con ocasión de cada ritual. Entre los actuales kuna y los indios emberá y noanamá del Chocó, un conjunto de figuras talladas de madera forma parte esencial de casi todas las prácticas chamanísticas, que se relacionan con curaciones o con la prevención de enfermedades. Una vez pasado el ritual, estas figuras pierden su carácter mágico y se botan entre la basura de la casa. Si esta correlación arqueo-etnográfica tiene validez y si la hipótesis del uso de las figurinas del Formativo en ritos curativos se acepta, entonces la gran cantidad de pequeños objetos «problemáticos» se volvería más inteligible. Este conjunto identificado en Momil parece pues constituir una de las primeras evidencias de prácticas chamanísticas entre los agricultores del Formativo. Cabe añadir la siguiente observación: la serie de artefactos diminutos —banquitos, ollitas y ciertos tubos muy finos hechos de cerámica— bien

podrían relacionarse con el uso de drogas alucinógenas. También es de notar que se hallaron varias pequeñas figuras de personas totalmente demacradas, sentadas en cuclillas, representación característica de un chamán esquelético con sus visiones alucinatorias⁴⁷.



FIGURA 46. Vasija de doble vertedera tipo formativo; El Guamo.

El canibalismo, otro rasgo de posible significado ritual, lo observamos por primera vez en Monsú y luego también en Momil. La evidencia consiste en huesos humanos

⁴⁷ Véase, por ejemplo, Reichel-Dolmatoff, G., 1961, «*Anthropomorphic Figurines from Colombia: Their Magic and Art*», *Essays in Pre-Columbian Art and Archaeology*, (Samuel K. Lothrop, editor), págs. 229-241, Harvard University Press, Cambridge, Mass.

desarticulados, que se encontraron dispersos entre la basura y que de ningún modo pertenecieron a entierros.

Aunque no encontramos objetos metálicos en Momil, es muy probable que la orfebrería ya se practicase en aquella época; en Ciénaga de Oro, un extenso sitio cercano geográficamente y relacionado con Momil, hallamos pequeñas cuentas tubulares de oro martillado y lo mismo observamos en otras zonas del río Sinú.



FIGURA 47. Vasija trípode tipo formativo tardío; Arrancaplumas.

Debemos ocuparnos ahora del problema de las relaciones internas y externas de Momil. Fragmentos cerámicos superficiales —es decir, encontrados en la superficie de terrenos y no en una excavación— con rasgos emparentados

con Momil, los hemos localizado en una zona muy amplia, entre el bajo río Magdalena, el Golfo de Urabá y la región de Ayapel, sobre el río San Jorge. No se han efectuado aún excavaciones sistemáticas en estos yacimientos, pero no es de dudar que el complejo de Momil cubra una gran extensión de la llanura del Caribe. Sin embargo, el origen de Momil plantea una serie de problemas que, en el estado actual de nuestros conocimientos, aún no se pueden solucionar a plena satisfacción. Visto en retrospectiva, como eventual producto de una larga secuencia que se inicia en Monsú, Momil atestigua un carácter diferente. El complejo excavado en el sitio tipo es tan rico y variado, tan abundante en pequeños y diversos artefactos, finamente hechos, que surgen muchas preguntas acerca de los orígenes locales de estos elementos. Hay algunas semejanzas con Malambo, tanto en formas cerámicas como en la decoración con anchas líneas incisas y por modelaje biomorfo, pero Momil logró un nivel tecnológico más alto y, si podemos juzgar por la gran cantidad de figuras antropomorfas, existía allí un sistema chamanístico más desarrollado. Hay pues una solución de continuidad entre Malambo y Momil, no tanto en un sentido cronológico sino en lo que se refiere a contenido y énfasis. Debe tenerse en cuenta que no tienen precedentes locales los diminutos objetos de cerámica, ni la manufactura de microlitos.

Tenemos tres fechas de radiocarbono, para Momil I, todas aproximadamente de 200 a. C.⁴⁸. Esta posición

⁴⁸ Para las referencias exactas, véase la tabla de fechas.

cronológica se reafirma si trazamos algunas relaciones estilísticas con Mesoamérica y Centroamérica. Hay una marcada semejanza entre Momil y la parte temprana del sitio de Morett, en la costa Colima, de México occidental⁴⁹. Otros sitios mesoamericanos que comparten muchos rasgos con Momil, son Tlatilco, Playa de los Muertos y Yarumela. Los rasgos comunes son: rebordes basales, soportes mamiformes, trípodes sólidos altos, vertederas tubulares, decoración incisa-zonificada roja, acanaladuras pandas, bordes con perfil en Z, relleno de pigmento rojo en líneas incisas, figurinas antropomorfas, sellos planos y cilíndricos, ocarinas zoomorfas, vasijas con acanaladuras verticales, y aun otros más. Desde luego, la dirección de esta difusión es discutible; hay que tener presente que la cerámica se difundió originalmente de Colombia a Mesoamérica. Lo que ocurrió entonces fue que en Mesoamérica se desarrollaron a través del tiempo los diversos rasgos mencionados, y que estos fueron luego reintroducidos a territorio colombiano, por la difusión en sentido inverso.

En la zona central de Costa Rica, la cerámica del sitio de El Molino muestra marcadas semejanzas con Momil, sobre todo en la Fase Pavas, que data entre 300 a. C. y 300 d. C.⁵⁰. En la vertiente atlántica del mismo país, el

⁴⁹ Meighan, Clement W., 1972, *Arqueology of the Morett Site, Colima*, University of California Publications in Anthropology, Berkeley & Los Ángeles.

⁵⁰ Aguilar, Carlos, 1975, «El molino: Un sitio de la Fase Pavas en Cartago», *Vínculos*, vol. I, n.º 1, págs. 18-56, Museo Nacional, San José;

complejo de El Bosque también muestra relaciones con Momil, y ya que El Bosque tiene parentesco con el complejo de Aguas Buenas de Panamá, las relaciones entre Momil y Centroamérica quedan ampliamente comprobadas. Los nexos con Venezuela son algo dudosos, pero rasgos estilísticos similares existen ocasionalmente. En el caso del Perú, semejanzas entre Momil y las cerámicas de Waira-Jirca y Kotosh han sido mencionadas por los especialistas en aquella área de los Andes⁵¹.

En la Etapa Formativa de la costa Caribe de Colombia, en varios sitios existe una cerámica muy bien acabada y bien decorada que plantea nuevamente el problema de las relaciones con los antiguos horizontes cerámicos de la costa ecuatoriana, en tanto que nuestra cerámica parece ser ancestral del complejo ecuatoriano. La cerámica en cuestión es de color gris claro o negruzco y la hemos localizado en sitios ribereños, sobre todo en las zonas de Zambrano, Plato y Pinto, en el bajo río Magdalena, pero también en el río Sinú, en la zona de Montería. Una forma característica, que tiene muchas variantes, es la de una cazuela

Snarkis, Michael J., 1975, «Excavaciones estratigráficas en la Vertiente Atlántica de Costa Rica», *Vínculos*, vol. 1, n.º 1, págs. 2-17, Museo Nacional, San José; ibidem, 1976, «La Vertiente Atlántica de Costa Rica», *Vínculos*, vol. 2, n.º 1, págs. 101-114, San José.

⁵¹ Kano, Chiaki, 1972, «Pre-Chavín Cultures in the Central Highlands of Perú: New Evidence from Shillacoto, Huánuco», *The Cult of the Feline: A Conference in Pre-Columbian Iconographie*, (Elizabeth P. Benson, editor), págs. 139-152, Dumbarton Oaks, Washington.

baja, de gran abertura, base redondeada, casi plana, y un fuerte ángulo en la periferia máxima. Otras formas muy características consisten en vasijas con vertedera doble o vertedera en forma de estribo. La decoración es ante todo incisa fina y cubre la parte superior del recipiente, entre la boca y la periferia máxima. Los motivos decorativos de todas estas vasijas son geométricos, con frecuencia triangulares y fueron incisos con gran precisión cuando la greda de la superficie ya estaba bastante seca. Otros motivos consisten en pequeñas zonas hachuradas, líneas rectas paralelas o hileras de pequeñas muescas impresas sobre el ángulo periférico o sobre el borde. Ocasionalmente se observan zonas de pintura roja, a veces en el borde.



FIGURA 48. Vasijas tipo formativo tardío; Arrancaplumas.

No cabe duda de que esta cerámica de la costa Caribe de Colombia se relaciona muy estrechamente con la cerámica ecuatoriana costeña de la llamada Fase Machalilla⁵². Es sobre todo con el tipo Ayangue Incisa, con el cual se relaciona el material de Zambrano y alrededores. En el Ecuador, la Fase Machalilla se ha fechado entre 1500 y 1000 a. C.; desafortunadamente no tenemos fechas para Colombia, ya que no hemos podido hacer excavaciones estratigráficas en esos sitios. Sin embargo, las comparaciones estilísticas son suficientemente dicientes como para afirmar con toda certeza el parentesco colombiano con la Fase Machalilla.

En el Ecuador parece que Machalilla no tenga precedentes; en efecto, allá se le considera como un complejo intruso, probablemente de origen norteño. De nuestra parte estamos inclinados a pensar que Machalilla es de origen colombiano y que tiene sus raíces en la llanura del Caribe. En realidad, la presencia de la Fase Machalilla se extiende luego tanto en Colombia, y muestra tanta profundidad temporal, que proponemos denominar sus manifestaciones colombianas como Tradición Zambrano, incluyendo en ella las diversas formas y modos decorativos que, en el Ecuador, se designan como Fase Machalilla.

En el norte de Colombia, la Tradición Zambrano la observamos en muchos yacimientos arqueológicos de la llanura aluvial del Magdalena, así como a lo largo del río

⁵² Meggers, Betty J., Clifford Evans & Emilio Estrada, 1965; *supra*, nota 41.

Sinú y hacia el Golfo de Urabá. No cabe duda acerca de su relación con Momil y también existen semejanzas formales con la hoyada del río Ranchería.

Para dar unos ejemplos de la presencia de esta tradición colombo-ecuatoriana en otras regiones de Colombia, se pueden citar los siguientes. A lo largo del río Magdalena hemos hallado varios sitios que se relacionan con esta tradición. Cerca de Honda, en el sitio de Arrancaplumas⁵³, encontramos abundantes fragmentos de cazuelas y vasijas con vertederas, que muestran fuertes semejanzas con la Tradición Zambrano, y a poca distancia río arriba, en El Guamo⁵⁴, hallamos vasijas que también pertenecen a esta tradición. La cerámica del Periodo Horqueta, definido por nosotros en la zona arqueológica de San Agustín⁵⁵, también comparte rasgos con la Tradición Zambrano. Hacia la Cordillera Oriental, esta tradición se observa en la región de

⁵³ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1943, «Las urnas funerarias en la cuenca del río Magdalena», *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol. 1, n.º 1, págs. 209-281, Bogotá (Cf. págs. 234-239).

⁵⁴ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1943; inédito.

⁵⁵ Reichel-Dolmatoff, G., 1975, *Contribuciones al conocimiento de la estratigrafía cerámica de San Agustín, Colombia*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá (Cf. págs. 19-22, 87-91).

Guaduas⁵⁶ y también en la de Tocaima⁵⁷. En la sabana de Bogotá, esa tradición está representada por el tipo cerámico denominado Mosquera Incisa⁵⁸, así como por varios tipos cerámicos de las salinas de Zipaquirá, Chía y Zipacón⁵⁹.

-
- ⁵⁶ Rojas de Perdomo, Lucía, 1975, «Excavaciones en la zona Panche, Guaduas-Cundinamarca», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xix, págs. 247-302, Bogotá. No estoy de acuerdo con la autora de este artículo, quien identifica sus hallazgos con los indios panche, una tribu histórica del siglo XVI, de la región de Guaduas, ya que estilísticamente se trata de un complejo cerámico mucho más antiguo y relacionado con el Segundo Horizonte Inciso.
- ⁵⁷ Cardale de Schrimpff, Marianne, 1976, «Investigaciones arqueológicas en la zona de Pubenza. Tocaima, Cundinamarca», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xx, págs. 335-496, Bogotá (véanse las comparaciones de esta autora, págs. 416-422).
- ⁵⁸ Cardale de Schrimpff, Marianne, 1981, *Las Salinas de Zipaquirá: Su Explotación Indígena*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá. Véase, por ejemplo, Cardale de Schrimpff, *supra*, 1981, Lámina VI-1; este tipo es bastante frecuente en la región de Fusagasuga y Pasca, sobre la vertiente hacia el valle del Magdalena. Algunos investigadores están usando el término «premuisca» o «Periodo Herrera», para designar estos complejos cerámicos, denominación que me parece demasiado imprecisa. Propongo, en lugar de ella, el término *Formativo*, para designar los desarrollos anteriores a la cerámica tipológicamente muisca. Posteriormente este término se podrá subdividir en Formativo Temprano, Medio y Tardío.
- ⁵⁹ Cardale de Schrimpff, *supra*, 1981, *passim*. Véase Ardile, 1984; Cardale de Schrimpff, Marianne, 1981, «Ocupaciones humanas en el Altiplano Cundi-Boyacense: La Etapa Cerámica vista desde Zipaquirá», *Boletín Museo del Oro*, Año 4, págs. 1-20. Banco de la

Además, en colecciones cerámicas de materiales procedentes de la Cordillera Central, son frecuentes las piezas de indudable filiación con la Tradición Zambrano. Con toda seguridad en el futuro se descubrirán muchísimos sitios más que atestigüen la gran extensión de esta tradición cerámica que, al parecer, no es de origen ecuatoriano sino netamente colombiano. Este hecho, por cierto, no es de sorprender si se tiene en cuenta que la cerámica del Complejo Valdivia, más antiguo que Machalilla, se difundió hasta el norte de México, donde aparece en la región de Querétaro⁶⁰.

Quisiera añadir aquí una breve consideración metodológica. Me parece que en la Etapa Formativa en Colombia se pueden distinguir dos amplios horizontes cerámicos, que se caracterizan por ciertos elementos de forma y decoración. Propongo designar estos dos conjuntos como *Primer Horizonte Inciso* y *Segundo Horizonte Inciso*. En el primero se trata esencialmente de recipientes de forma de tecomate, es decir, aproximadamente globulares y sin cuello, con decoración excisa, incisa de líneas anchas, pandas o

República, Bogotá; Correal Urrego, Gonzalo y María Pinto, 1983, *Investigaciones Arqueológicas en el Municipio de Zipacón, Cundinamarca*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá. Sobre las primeras definiciones de la cerámica «premuísca», véase Broadbent, Sylvia M. 1970-1971, «Reconocimientos arqueológicos de la Laguna de La Herrera», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xv, págs. 171-213, Bogotá.

⁶⁰ Langenscheidt, Adolphus, 1970, *Minería Prehispánica en la Sierra de Querétaro*, Secretaría del Patrimonio Nacional, México.

profundas, y trazadas con una soltura que conlleva cierta irregularidad en la ejecución. Ejemplos serían muchos tipos cerámicos de Monsú, Puerto Hormiga, Canapote y Barlovento. El Segundo Horizonte Inciso, que es cronológicamente posterior, se caracteriza por formas más variadas, principalmente por cazuelas con un marcado ángulo periférico, decoradas con motivos incisos zonificados de líneas finas y trazado geométrico muy cuidadoso. Son frecuentes las zonas hachuradas —triángulos, semicírculos, rectángulos—. Como ejemplo se pueden citar Momil y la Tradición Zambrano. Hay desde luego cerámicas con decoración incisa que no caen directamente dentro de estas dos categorías, sobre todo aquellas que se desarrollan a partir de los primeros siglos después de nuestra era, pero en términos generales es bastante clara la distinción entre los dos horizontes incisos de la Etapa Formativa. Como es evidente, estos dos horizontes corresponden a las Fases Valdivia y Machalilla, en el Ecuador.

Al resumir este capítulo cabe una observación final. El Formativo, obviamente, es una etapa dinámica de gran experimentación en las estrategias de adaptación ambiental, de recursos alimenticios y de avances tecnológicos. Parece que haya sido la etapa que marcó los comienzos de una sociedad organizada por rangos, por la especialización artesanal y por la consolidación de un modo de vida aldeana. Definitivamente, fue una etapa en que se establecieron las bases para más complejos desarrollos, para formas sociales y económicas más elaboradas.

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

TABLA I: algunas fechas de radiocarbono de la Etapa Formativa en la costa Caribe.

Sitio	Número	Fecha antes de presente	Fecha a. C. / d. C.	Comentarios:	Referencias:
Momil	grN-7298	2120 ± 35	170 a.C.	I, Nivel-9	Van der Hammen, in lit. 12.V.1975
Momil	grN-6908	2125 ± 35	175 a.C.	I, Nivel-12	Van der Hammen, in lit. 16.xi. 1973
Momil	TK-131	2150 ± 60	200 a.C.	I, Nivel 10	Terada, in lit. 4.I.1974
Malambo	M-1175	1890 ± 200	60 d.C.	Fase tardía	Angulo, 1962, 1981
Malambo	M-1176	3070 ± 200	1120 a.C.	Fase temprana	Angulo, 1962, 1981
Barlovento	USGS-W 741	2980 ± 120	1030 a.C.	Fase media	Reichel-Dolmatoff, 1955
Monsú	TK -625a	3240 ± 60	1290 a.C.	Periodo Barlovento en Monsú A-4	Terada, in lit. 10.xii.1984
Barlovento	Y-1318	3510 ± 100	1560 a.C.	Sitio tipo, excavación Bischof	Rouse, in lit. 22.VII.1963
Canapote	Y-1317	3890 ± 100	1940 a.C.	Fase tardía	Rouse, in lit. 22.VII.1963
Monsú	UCLA 2568A	4175 ± 70	2225 a.C.	Periodo Barlovento en Monsú	Berger, in lit. 15.II.1985

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF

Sitio	Número	Fecha antes de presente	Fecha a. C. / d. C.	Comentarios:	Referencias:
Monsú	UCLA	4200 ± 80	2250 a.C.	Periodo Pangola, encima del caliche	Berger, in lit. 13.vi. 1978
Monsú	UCLA 2565G	4270 ± 80	2320 a.C.	Periodo Pangola, encima del caliche	Berger, in lit. 15.II.1985
Puerto Hormiga	I-1123	4515 ± 250	2552 a.C.	Fase media	Reichel- Dolmatoff, 1965
Puerto Hormiga	SI-153	5040 ± 70	3090 a.C.	Fase temprana	Reichel- Dolmatoff, 1965
Monsú	UCLA 2149C	5300 ± 80	3350 a.C.	Final del Periodo Monsú, debajo del caliche	Berger, in lit. 13.vi.1978

Abreviaturas: grN = Groningen, TK = Tokio, M = Michigan, USGS = United States Geological Service, Y = Yale, UCLA = University of California Los Ángeles, I = Isotopes, SI = Smithsonian Institution.



FIGURA 49. Cabeza; río Mira.

▪ CAPÍTULO V

▪ LOS DESARROLLOS REGIONALES: LAS COSTAS

LA INTRODUCCIÓN Y ACEPTACIÓN del cultivo de maíz en gran escala tuvo un fuerte impacto en las sociedades agrícolas de las tierras bajas tropicales. El alto valor nutritivo del maíz, junto con su fácil adaptación a diferentes suelos, alturas y condiciones climáticas, hicieron posible tal vez la penetración al interior del territorio y el poblamiento de las faldas y serranías, distantes de los recursos de los ríos y lagunas. Parece haber sido el cultivo de maíz el que permitió a una creciente población expandirse rápidamente sobre las vertientes de las cordilleras colombianas, zonas que hasta entonces probablemente habían sido poco pobladas.

Esta probable adaptación ecológica llevó al desarrollo de una pauta de asentamiento que se caracterizó por una tendencia a la descentralización. La población, siempre

en aumento, comenzó a extenderse sobre las vertientes tropicales y subtropicales, donde construyó sus viviendas esparcidas, a veces solitarias, en ocasiones en grupos de parentelas, que ocupaban tres o cuatro viviendas, dondequiera el terreno accidentado parecía propicio para un plantío.

Este nuevo rumbo hacia los valles montañosos desde luego no llevó a la deserción de las tierras bajas; numerosos grupos continuaron allí su anterior modo de vida, pero la tendencia general fue hacia el interior, hacia los valles de las cordilleras.

Entre las consecuencias más notables de este desarrollo se destacan algunas que deben tratarse en más detalle, debido a su particular importancia.

En primer lugar, un movimiento demográfico hacia el interior montañoso debe haber dado un gran ímpetu a las técnicas y a la experimentación agrícola. Colombia ocupa un lugar muy importante en el campo de la domesticación y diversificación de cultígenos nativos y los innumerables microambientes, en diferentes alturas, con características edáficas y factores meteorológicos variados, constituyen un laboratorio ideal para estos fines. Un considerable conocimiento, basado en experimentos con nuevos cultivos o nuevas variedades de especies ya domesticadas, debe haberse acumulado en las tierras bajas ya tiempos atrás, y la domesticación de ciertas raíces, que prosperan en zonas de escasa o irregular precipitación, quizás llevó al poblamiento esporádico de regiones interfluviales, pero una vez que ya se había logrado, gracias al maíz, la independencia

definitiva del ambiente litoral y ribereño, la ocupación de las nuevas tierras dio grandes estímulos a la intensificación y, ante todo, diversificación, de las prácticas agrícolas.

Ahora bien, el cultivo del maíz⁶¹, si quiere ser exitoso, necesita grandes cantidades de lluvia y de sol, pero la productividad depende no tanto de la cantidad de precipitación sino de su distribución estacional. Se puede decir entonces que, en cierta manera, las exigencias de este cultivo que, desde luego, es en sí un producto cultural, mostraron el camino hacia aquellas regiones donde la productividad fue máxima debido a una combinación particularmente favorable de factores ambientales y meteorológicos. Al mismo tiempo, un tal medioambiente era propicio a una amplia gama de otras plantas altamente productivas, gran variedad de las cuales podían cultivarse en las fértiles vertientes templadas de las cordilleras. Dentro de este potencial ambiental encontramos ahora el germe del cambio de un modo de vida. Las comunidades maiceras comenzaron a establecerse sobre una amplia área de las montañas, ascendiendo los valles del Magdalena y Cauca, y colonizando las laderas de los Andes.

⁶¹ Sobre el cultivo del maíz véanse, entre otros: Roberts, L. M. *et al.*, 1957, «Razas de maíz en Colombia», *Boletín Técnico*, n.º 2, Ministerio de Agricultura, Bogotá; Mangelsdorf, Paul C., 1983, «*The Mystery of Corn: New Perspectives*», *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 127, n.º 4, págs. 215-247, Philadelphia; Zevallos M. Carlos *et al.*, 1977, «*The San Pablo Corn Kernel and Its Friends*», *Science*, vol. 196, págs. 385-389.

Una segunda consecuencia de la dispersión de los cultivadores de maíz fue de no menos importancia que la expansión de su desarrollo agrícola. Por entonces, la vida en las hoyas, en los estrechos valles o en los altiplanos fríos, estaba marcada por el regionalismo y por el aislamiento cultural. En las tierras bajas de la costa había habido siempre un común denominador en términos de condiciones climáticas similares, y de un sistema económico generalizado, que se basaba en recursos ribereños, lacustres y marítimos; pero ahora aquella unidad anterior estaba desapareciendo. La adaptación a micro-ambientes específicos llevó a la diversificación y al advenimiento de culturas locales que, aunque a veces ocupaban valles vecinos, se diferenciaban mucho en su ámbito y contenido. Aparentemente aquí no había cotradiciones ni estilos-horizontes comparables a los de los Andes Centrales, sino más bien una marcada diversidad debida al aislamiento geográfico y cultural, así como a las diferentes maneras como las gentes confrontaban sus medioambientes locales.

Debemos examinar en más detalle los testimonios arqueológicos que nos dejaron las comunidades maiceras que, al comienzo de nuestra era, poblaban el interior y las costas. Por lo que se puede deducir, en el estado actual de las investigaciones, la tendencia a la descentralización prevaleció sobre amplias regiones. En las estribaciones más norteñas de las tres cordilleras, en las laderas de los valles del Magdalena y Cauca, y en el Macizo Andino, se encuentran diseminados y aislados muchos pequeños sitios de vivienda, a diferentes alturas. Para unas gentes

acostumbradas a la vida ribereña o llanera, el ambiente de las vertientes planteó, entre otros, ciertos problemas tecnológicos, en lo que se refiere a la arquitectura doméstica. A veces fue difícil encontrar un pedazo de tierra plana para construir una vivienda y se hizo necesario preparar un trecho plano, por medio de una combinación de cortes y rellenos. Dichos pequeños sitios de habitación, circulares o semicirculares, son muy característicos para estos grupos de las laderas, y asociados con ellos encontramos alineamientos de piedras, círculos de bloques irregulares, o pequeñas murallas de contención rodeando parte de la plataforma de vivienda. Tenemos pues, aquí, una fase temprana de ingeniería y arquitectura que, aunque no tuvo mayores desarrollos, constituye un rasgo frecuente entre los cultivadores de maíz. En estos sitios se hallan grandes y pesados metates y manos de moler, los primeros profundamente ahuecados, lo cual atestigua su uso durante generaciones. Estos metates los encontramos generalmente dentro de la vivienda o en el patio adyacente, pero a veces hay profundas depresiones en grandes rocas vecinas, que fueron usadas como morteros, artesas o pilones.

La cerámica de aquellos sitios, por lo general, es burda pero bien hecha; el desgrasante es de arena o a veces consiste de fragmentos cerámicos molidos, lo último especialmente en las zonas del interior. En la costa existe a veces un desgrasante de conchas trituradas, combinado con arena muy fina. La mayoría de las vasijas está quemada en una atmósfera oxidante y tiene un color carmelito-rojizo, pero cerámicas negras ocurren en ocasiones. Hay

gran cantidad de formas: son frecuentes las bases anulares o altos soportes de pedestal; hay vertederas tubulares, gran variedad de manijas y agarraderas, así como vasijas de silueta compuesta, con una división formal muy clara en base, cuerpo y cuello. El modo decorativo principal sigue siendo la incisión, y los motivos así trazados cubren la mitad superior del cuerpo o, inclusive, el cuello de las vasijas; pero también se hacen presentes el modelaje la aplicación de peloticas o bandas y la decoración pintada de rojo. Son comunes las grandes tinajas para el almacenamiento de agua, excepto en lugares inmediatos a un curso de agua, y recipientes similares probablemente se usaron para la preparación de la chicha.



FIGURA 50. Cabecilla; río Mira.



FIGURA 51. Figura antropomorfa; río Mira

Figurinas humanas de arcilla son más bien escasas y en su lugar se encuentran ahora vasijas antropomorfas de diversos tipos. Pesadas hachas de piedra, de forma trapezoidal, son muy comunes y atestiguan la labor de desmonte; también son frecuentes los volantes de huso, cuentas de collar de piedras perforadas y muchos pequeños adornos personales tallados de piedras finas. Es posible que el entierro en urnas de cerámica se extendió en aquellos tiempos. Primero usaban para este fin grandes tinajas de uso diario,

pero luego manufacturaron urnas ovoidales o cilíndricas, estrictamente para usos funerarios⁶².

Sería peligroso tratar de generalizar para todo el país o aun para áreas restringidas, como por ejemplo el valle del Magdalena o la Cordillera Central; las diferencias regionales, son tan marcadas que cualquier correlación global será altamente dudosa. Además, para muchas regiones del interior se carece aún de informaciones detalladas acerca de sitios arqueológicos y, ante todo, de excavaciones estratigráficamente controladas. Es necesario, entonces, limitar nuestras apreciaciones a algunas regiones, donde se han efectuado excavaciones metódicas o, por lo menos, se han hecho investigaciones sobre los desarrollos culturales, que son el tema del presente capítulo. Sin embargo, antes de ocuparnos de la descripción de regiones y sitios específicos debemos considerar primero algunos nuevos aspectos, esta vez en el occidente del país, en la costa Pacífica.

Según las fechas de radiocarbono, alrededor de 500 a. C., pero probablemente ya en una época más antigua, apareció cierto nuevo complejo cultural, en la parte sureña de la costa Pacífica, sobre todo entre la desembocadura del río San Juan y la isla de Tumaco, esta última ya cerca de la frontera con el Ecuador. Según parece, esta nueva cultura —o culturas— no se deriva de una tradición costanera

⁶² La introducción del entierro en urnas podría sugerir un cambio en las costumbres religiosas. En el siglo noveno a. C., en la Etapa Formativa, ya se practicaba el entierro secundario (Reichel-Dolmatoff, 1985), pero unas propiamente dichas sólo aparecen más tarde.

anterior; he propuesto una posible influencia mesoamericana en esta región⁶³.



FIGURA 52. Mascarilla de un anciano; región Tumaco.

Mientras que al norte del río San Juan las manifestaciones de este complejo cultural casi no existen, ellas aumentan considerablemente hacia el sur y, tanto en el delta

⁶³ Además reconozco que esta influencia no es la única, ya que, fuera de indudables elementos mesoamericanos, existen otros que pueden ser de origen sureño.

del río Patía como en la zona de Tumaco, hay numerosos sitios que atestiguan la expansión de estos colonizadores.

Las fechas de radiocarbono disponibles colocan esta intrusión a la costa Pacífica en un periodo de aproximadamente 500 a. C. al primer siglo después de Cristo, pero bien puede ser que los primeros vestigios en la costa Pacífica colombiana se remonten a fechas mucho más antiguas.

Los elementos introducidos por esta población tienen como rasgos cerámicos característicos los siguientes: cazuelas muy finamente hechas, de paredes delgadas y provistas de soportes mamiformes huecos; vasijas con doble vertedera; vasijas con rebordes sublabiales, periféricos ondulados o rebordes basales; vasijas con soportes altos, puntiagudos; vasijas con baño rojo o carmelita, con motivos geométricos finalmente incisos; pintura carmelita; pintura blanca sobre fondo rojo; figuras antropomorfas y zoomorfas de gran variedad de formas y expresiones. Los grandes metates y manos de moler indican la agricultura del maíz y la acumulación de basuras y pisos de vivienda, hasta varios metros de grosor, sugiere una vida sedentaria en aldeas o en casas dispersas⁶⁴.

El hecho de que los asentamientos en la costa Pacífica aumenten hacia el sur, tanto en frecuencia como en profundidad de acumulación de basuras, se debe probablemente al limitado potencial agrícola del Chocó, la zona septentrional de la costa Pacífica donde la muy alta lluviosidad

⁶⁴ Para ilustraciones, véase ante todo Lathrap, Collier y Chandra, 1975.

y las tierras lixiviadas oponen serios obstáculos a la vida sedentaria de horticultores. Para ellos la costa Pacífica septentrional y los inmensos manglares al sur de Buenaventura deben haber parecido inhóspitos, y así aquellos colonizadores se concentraron más bien en la región mucho menos lluviosa de Tumaco⁶⁵.

En la parte sur de la costa Pacífica se distinguen esencialmente dos grandes ecosistemas bien definidos: el litoral marítimo, con sus manglares, y las tierras bajas aluviales cubiertas con selvas. Los pobladores de los sitios arqueológicos hasta ahora investigados parece que participaron en ambos sistemas, ubicándose con preferencia muy cerca del mar, dentro de los manglares, por cuya red de canales tuvieron acceso a las zonas selváticas y a las leves colinas no inundadizas.

Carecemos de datos acerca de los primeros pobladores de esta región. Si existen vestigios de ellos, estos probablemente están cubiertos por espesos estratos de sedimentos, salvo en algunas zonas elevadas, pero estas últimas aún no han sido exploradas. No conocemos los desarrollos paleoindígenas, arcaicos o formativos de esta parte del país, y sólo a partir del Formativo Tardío contamos con algunas informaciones. La mayoría de los sitios investigados hasta la presente y que, en realidad, son muy pocos,

⁶⁵ Para un resumen geográfico de la costa Pacífica, véase West, Robert, 1957, «*The Pacific Lowlands of Colombia: A Negroid Area of the American Tropics*», *Louisiana State University Studies, Social Science Series*, n.º 8, Ratón Rouge.

contienen vestigios culturales que pertenecen a la Etapa de Desarrollos Regionales, pero aún no constituyen una imagen coherente⁶⁶.



FIGURA 53. Figura decapitada; región Tumaco.

⁶⁶ Entre 1960 y 1962 se llevó a cabo un proyecto de investigación del *Instituto of Andean Research*, Washington, con el objetivo de explorar las costas entre Mesoamérica y los Andes Centrales. La exploración del trecho colombiano, desde Panamá hasta Ecuador, estuvo a cargo del autor y su esposa.



FIGURA 54. Figurina femenina; región Tumaco.

Culturalmente el litoral septentrional del Ecuador, desde el río Esmeraldas y la mitad Meridional del Litoral Pacífico de Colombia, hasta el bajo río San Juan, forman una sola zona arqueológica que podemos designar como Área Tolita-Tumaco. Cronológicamente se pueden reconocer en dicha área varios períodos, pero la dinámica de su sucesión y de sus desarrollos locales está aún lejos de formar un cuadro sucinto, sobre todo en lo que se refiere a la parte del territorio colonizado. Es allí donde, en algunas partes, parece que haya continuidad de desarrollo interno, en otras es evidente que hubo períodos de desocupación más o menos prolongados; en unas zonas hay contacto

entre grupos vecinos mientras que en otras parece que predomina cierto aislamiento. Existen marcadas diferencias tipológicas y tecnológicas, tanto en un sentido de expansión horizontal como en un sentido vertical cronológico. Según la cronología ecuatoriana, la Etapa Formativa está constituida esencialmente por la secuencia Valdivia-Machalilla-Chorrera, a la cual sigue la Etapa de Desarrollos Regionales. Esta última consiste, en la costa de Esmeraldas, en la Fase Tolita; en la costa de Manabí, en la Fase Bahía/Jama-Coaque; en la costa del río Guayas, por la Fase Guangala, y en la cuenca del Guayas, por las Fases Tejar-Daule. La Etapa de los Desarrollos Regionales del Ecuador abarca aproximadamente mil años, desde 500 a. C. hasta 500 d. C.

En Colombia, desafortunadamente, no podemos distinguir aún esta secuencia de fases y es pues muy arriesgado tratar de generalizar. La mejor manera de presentación consiste entonces en describir los resultados de algunas investigaciones.

La región de Monte Alto está ubicada sobre la margen izquierda del bajo río Mataje, el cual forma la frontera con el Ecuador. En efecto, Monte Alto queda, en línea recta, en la mitad del trayecto entre Tumaco y la Tolita. En medio de los manglares se levantan algunas colinas cubiertas de selva, que no están expuestas a las mareas, y sobre ellas se encuentran extensos sitios de habitaciones prehistóricas. Efectuamos una amplia excavación en un montículo ubicado en la confluencia del río Mataje y la quebrada La Rucia y pudimos constatar que se trataba de una acumulación de despojos culturales, de casi 3 metros

de profundidad, los cuales se habían depositado en este lugar, en el curso de cuatro siglos, entre aproximadamente 500 a. C. y la primera década después de Cristo. Este lapso de tiempo corresponde pues a la primera parte de la Fase Tolita, del vecino litoral ecuatoriano.

He dividido la secuencia en tres períodos, de acuerdo con las características de la estratificación física y cultural, a saber, Mataje I, desde una fecha aproximadamente de 500 a. C. hasta 400 a. C.; Mataje II, de 300 a. C. hasta 10 d. C., y Mataje III, sin fechas absolutas, pero perteneciente con toda probabilidad a los primeros siglos de la era cristiana⁶⁷.

En el período Mataje I encontramos fragmentos que indican las formas cerámicas siguientes: grandes platos pandos de tipo budare; vasijas globulares o subglobulares con borde volteado hacia afuera; vasijas de doble vertedera, de forma más o menos globular y con un puente de sección planoconvexa, que une los dos tubos o picos; trípodes grandes, de forma aproximadamente globular, con soportes cónicos alargados y sólidos; cazuelas con ángulo periférico; vasijas con reborde sublabial; vasijas con base anular.

En cuanto a la decoración de dicha cerámica encontramos los siguientes modos: baño rojo o carmelito combinado con incisiones geométricas finas lineares; pintura carmelita

⁶⁷ Las fechas exactas son: M-1480, Mataje I 2350 ± 130 antes de presente, 400 a. C.; M-1479, Mataje II, 2250 ± 200 antes de presente, 300 a. C.; hasta M-1478, 1940 ± 130 antes de presente, 10 d. C.

clara sobre fondo rojo o naranja, en motivos geométricos sencillos; franjas rojas en el borde de las vasijas; baño rojo o crema; muescas impresas en bordes o ángulos periféricos; protuberancias semiglobulares pequeñas, cerca del borde.

Hallamos varios fragmentos de figurinas humanas macizas, aparentemente femeninas, de pie y con brazos colgantes abiertos. Ya que sólo encontramos fragmentos pequeños y erosionados, sus detalles diagnósticos son difíciles de establecer.

Entre los artefactos líticos observamos manos de moler y de triturar, así como metates. Hay numerosas pesas para redes, que consisten de piedras ovaladas provistas de muescas o escotaduras laterales, para amarrarlas a las redes de pesca.

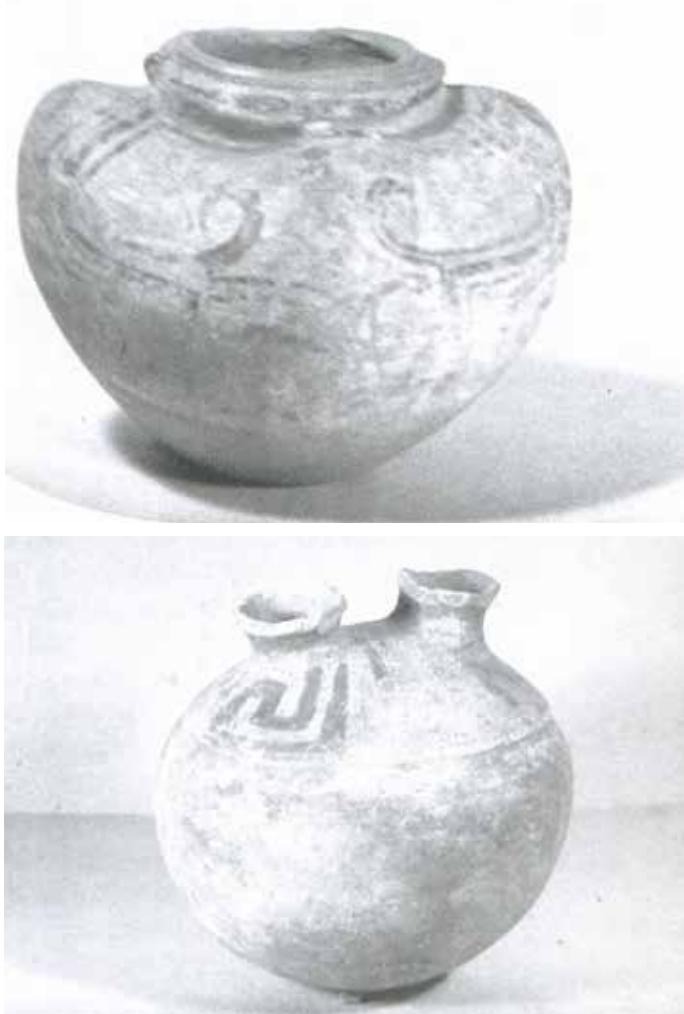
Algunas formas cerámicas —budares— y las manos de triturar sugieren que se trata de grupos agrícolas; las pesas de redes atestiguan la pesca marítima y, desde luego, la navegación. El modo de vida parece haber sido sedentario, al juzgar por la gran cantidad de despojos culturales acumulados.

Acerca de la evolución cultural general caben las siguientes observaciones. Aproximadamente a los 2,20 metros debajo de la superficie, observamos un piso de vivienda marcado por desperdicios pisados y triturados, pero sin fogones. A 1,90 metros debajo de la superficie, a partir de un contacto entre una tierra carmelita rojiza y otra de color carmelita oscura, aparecen algunos elementos nuevos: trípodes con soportes globulares o mamiformes huecos, vasijas con cortos cuellos cilíndricos, decoración del borde con impresiones triangulares.

En el periodo Mataje II continúan muchas de las formas y modos decorativos, pero se introducen algunos cambios característicos. Aparecen entonces grandes tinajas, probablemente destinadas a contener líquidos, tal vez chicha; también se modifican algunos detalles de forma en las vasijas de doble vertedera. La decoración incisa fina tiende a desaparecer, lo mismo que el baño de color rojo o crema. Igualmente hay cambios en la distribución numérica de ciertas formas y modos decorativos. En términos generales se puede decir que hay un desmejoramiento en la cerámica, tanto en un sentido tecnológico como estético. La cocción no está bien controlada; las formas son algo irregulares y menos simétricas y la decoración carece de precisión en su diseño y ejecución. La misma matriz tiene características particulares en cuanto se trata inicialmente de una tierra mixta, luego se presenta un estrato de greda roja, al cual sigue por último una gruesa capa de tierra anaranjada.



FIGURA 55. Vasija excisa-modelada; Cupica.



FIGURAS 56-57. Vasijas del ajuar funerario; Cupica.

El Periodo Mataje III está separado del anterior y ya pertenece a la era cristiana, pero no tenemos fechas absolutas para determinar su posición cronológica con más

precisión. La tradición cerámica continúa con leves modificaciones pero nuevamente se observa cierta decadencia tecnológica y artística, si la comparamos con la del periodo Mataje I. Se podría pensar en un lento decaimiento de una cultura inicialmente bien desarrollada pero que, al establecerse en esta zona, sufre bajo condiciones climáticas no acostumbradas y no ha desarrollado aún los mecanismos de una adaptación adecuada. Un rasgo nuevo que se introduce en este periodo consiste en ralladores de cerámica; se trata de bandejas provistas a veces de un pequeño borde y cuyo fondo plano está cubierto por pequeñas esquirlas de cuarzo que están incrustadas en la greda. La forma de estas bandejas es alargada, a veces algo elíptica. Obviamente se trata de rallos, pero no de yuca u otras raíces grandes, sino más bien de ají o algún otro condimento.

La secuencia tripartita del montículo del Mataje ofrece un esquema cronológico y tipológico general que puede servir como marco de referencia para otros sitios del área Tolita-Tumaco. Algunos años antes de nuestras excavaciones en Monte Alto, se habían efectuado extensas investigaciones en la misma zona, cerca del montículo de la quebrada La Rucia. El arqueólogo Julio César Cubillos había excavado diez cortes, encontrando depósitos culturales hasta de 3.50 metros de profundidad, así como varios entierros que contenían uno o más esqueletos. El material cerámico y lítico corresponde a grandes rasgos al hallado en el montículo de la quebrada La Rucia, salvo que Cubillos halló muchas más figuras modeladas, algunas de ellas zoomorfas —aves, felinos— y otras que presentan formas

monstruosas; algunos ejemplares de estas figurinas parecen haber sido manufacturados en moldes⁶⁸.

Cubillos distingue dos períodos sucesivos, relacionados entre sí, que se distinguen por la distribución diferencial de ciertos elementos culturales⁶⁹. El período más antiguo tiene las características siguientes: predominio de cerámica «semidura», escasez de cerámica pulida, escasez de trípodes y de figuras humanas, entierros individuales y profundos. El período más reciente se conforma así: predominio de cerámica «blanda», aumento de cerámica pulida, mayor frecuencia de trípodes, aparición de ralladores, aparición de artefactos líticos pulidos, construcción de montículos —tolas—, entierros colectivos o individuales a poca profundidad. Acerca de la base económica el arqueólogo Cubillos opina que los pobladores de Monte Alto eran ante todo pescadores, pero dedicados también a la caza y a la recolección. La diversificación de las formas cerámicas y la introducción de nuevos elementos en el período superior, las interpreta Cubillos como indicios

⁶⁸ Acerca de las figurinas caben las siguientes observaciones. Indudablemente se trata de un desarrollo artístico extraordinario que ha llamado mucho la atención de especialistas y aficionados. Estos últimos han hecho grandes colecciones particulares, pero la mayoría de las piezas existentes en colecciones privadas colombinas son de origen ecuatoriano, aunque hayan sido adquiridas como procedentes de Tumaco.

⁶⁹ Cubillos, Julio César, 1955, *Tumaco: Notas Arqueológicas*, Ministerio de Educación Nacional, Departamento de Extensión Cultural, Bogotá: Editorial Minerva.

de un avance cultural. Como se observa, nuestra interpretación no coincide del todo con la que Cubillos hace de sus hallazgos, pero los nexos entre La Rucia y los materiales del arqueólogo mencionado no dejan duda de que se trata esencialmente de un solo desarrollo.

Un tercer sitio donde se han efectuado excavaciones en mayor escala es el montículo de Inguapí, a unos 16 kilómetros al sur de Tumaco. Aquí la palabra montículo significa una acumulación de tierra acarreada al lugar, con el objetivo de formar una base alta y seca para construir vivienda; sobre esta tierra acarreada luego se superpone la basura. La investigación fue dirigida por el arqueólogo francés Jean-François Bouchard⁷⁰, quien logró establecer una secuencia de tres complejos cerámicos, a saber Inguapí inferior, Inguapí superior y, como complejo más reciente, Bucheli. Las formas de los complejos Inguapí abarcan platos, platos trípodes, recipientes semiesféricos, vasijas con ángulo periférico, trípodes con cuerpo globular, vasijas

⁷⁰ Bouchard, Jean-François, 1977-1978, «Investigaciones en la costa Pacífica meridional de Colombia: El Proyecto Tumaco», Revista Colombiana de Antropología, vol. xxi, págs. 283-314, Bogotá; ibidem, 1980, «Hilos de oro martillado hallados en la costa meridional», Boletín Museo del Oro, Año 2, págs. 21-24, Banco de la República, Bogotá; ibidem, 1984, «Recherches archéologiques dans la région de Tumaco, Colombie», Mémoire n.º 34 de l'Institut Français d'Etudes Andines, París; Bouchard, Jean-François & Alberto Cadena, 1981, «Las figurillas zoomorfas del litoral pacífico ecuatorial», Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines, vol. ix, n.º 3-4, págs. 49-68, Lima.

con vertedera doble, ralladores con incrustaciones de cuarzo. Los modos decorativos de Inguapí inferior son inciso fino, rojo pintado, bandas rojas, pintura bicromada y policromada, pintura negativa. En el complejo Inguapí superior se encontró pintura roja, bandas rojas, pintura policromada y decoración incisa.

Como se puede apreciar fácilmente, el complejo de Inguapí se asemeja notablemente a la cerámica del montículo de la quebrada La Rucia, en Monte Alto. Se distingue sin embargo de este último por la proliferación de la cerámica pintada y por los modos policromados y negativos. Son nuevos también los platos y algunas formas de recipientes semiglobulares. Figurinas humanas huecas aparecen en Inguapí superior.

Por cierto, las fechas de radiocarbono comprueban esta correlación. Para Inguapí inferior hay una fecha de 325 a. C. y para Inguapí superior de 270 a. C. a 50 a. C., correspondientes a Mataje I y Mataje II⁷¹. Sea dicho aquí que el material cerámico de Inguapí es de mucha mejor calidad que el del montículo del Mataje; las vasijas son más simétricas, mejor acabadas y más profusamente decoradas.

⁷¹ Las fechas exactas para Inguapí son: Ny 642 2275 ± 85 antes de presente, 325 a. C.; Ny 639 2220 ± 85 antes de presente, 270 a. C.; Ny 640 2000 ± 80 antes de presente, 50 a. C. (Bouchard, 1984, pág. 82).

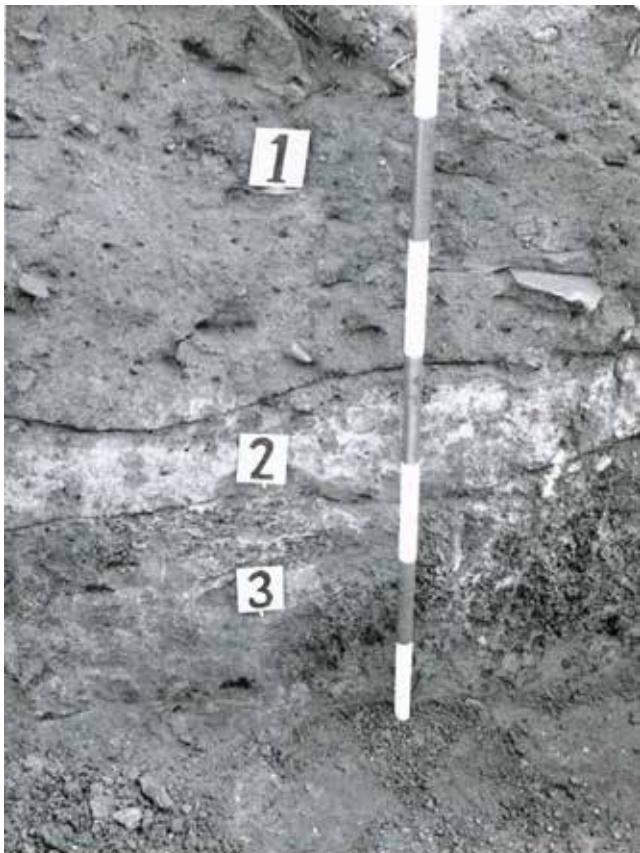


FIGURA 58. Perfil oriental del Corte I; Portacelli.

Los artefactos líticos también son parecidos, pues en Inguapí existen las mismas pesas de redes y manos de moler, como en la secuencia del Mataje. En cambio en Inguapí no hay budares ni metates, lo que es difícil de explicar.

En el fondo del complejo de Inguapí inferior se hallaron tres fragmentos de un hilo finísimo de oro, de sección rectangular. De acuerdo con los conocimientos actuales

sería esta la muestra más antigua de orfebrería colombiana, con una fecha de 325 a. C.

La última ocupación del montículo de Inguapí está representada por el complejo Bucheli. Mientras que en Inguapí aún no se observaba un montículo propiamente dicho, este tipo de construcción artificial aparece ahora junto con las siguientes asociaciones: cerámica, frecuentemente provista de un marcado ángulo periférico y decorada con motivos geométricos incisos que cubren la parte superior del recipiente; figurinas antropomorfas macizas de manufactura burda; ralladores, pesas de red y algunas plaqüitas de oro martillado. Una fecha de radiocarbono de 1075 d. C. indica que pasaron mil años desde el final del complejo Inguapí hasta el complejo Bucheli.

Fuera de Inguapí, Bouchard y su equipo excavaron varios otros sitios, a saber El Balsal, El Morro, Pampa de Neretey Caunapí. Mientras que El Balsal representa el complejo Bucheli, El Morro constituye un nuevo complejo, superpuesto a materiales cerámicos de tipo Inguapí. Son características de El Morro las copas de pedestal con decoración pintada bicromada blanco y rojo. En La Pampa de Nerete encontraron montículos que contenían grandes trípodes decorados con motivos geométricos incisos y pintados.

Bouchard, en el análisis comparativo de las investigaciones, concluye que el complejo Inguapí inferior pertenece aún al final de la Etapa Formativa del Ecuador y sugiere un parentesco con la Fase Chorrera. En efecto, en Inguapí inferior existen numerosos rasgos de tipo Chorrera que

posteriormente, es decir en Inguapí superior, ya no se presentan. Se trata de detalles decorativos tales como líneas incisas paralelas, cierto tipo de pintura roja brillante y el pulimento total o parcial de la superficie. En cambio, comenzando con Inguapí superior, las semejanzas con la Etapa de Desarrollos Regionales del Ecuador son notables. La fase Inguapí representa pues la transición de la Etapa Formativa —aproximadamente 300 a. C.— a la de los Desarrollos Regionales. Bouchard presenta estas comparaciones con Chorrera como alternativa a la teoría de influencias mesoamericanas.

Antes de seguir, caben algunas observaciones acerca de las figurinas que han dado tanta fama a la arqueología del área Tolita-Tumaco. Se trata de representaciones antropomórficas y zoomórficas, algunas veces de talla pequeña pero otras veces llegando a tener una altura de más de 30 centímetros. Estas figuras están, técnica y estéticamente, entre las mejores obras de arte prehistórico americano e incluyen una amplia gama de representaciones: hombres y mujeres, generalmente de pie, parejas abrazándose, madres con sus niños; hay personas enmascaradas o llevando grandes atavíos de plumas en la cabeza. Todas estas figuras muestran muchos detalles de vestido y adorno, tales como faldas, delantales y taparrabos, collares, orejeras y muchos otros elementos. Algunas figuras tienen una deformación craneana occipital-frontal muy marcada. Las representaciones zoomórficas son de jaguares y reptiles, lechuzas y monstruosos reptiles, con agudos colmillos y lenguas protuberantes. A veces la cabeza de un animal o

de un monstruo está combinada con un cuerpo humano; en otros casos una cara humana asoma por la boca abierta de un ave o jaguar monstruoso. Hay una figura decapitada, con la cabeza puesta dentro del tronco hueco y mirando hacia afuera por una especie de ventanilla. Algunas de las cabezas humanas están muy individualizadas y dan la impresión de representar personas específicas. A veces son figuras de ancianos, algunos de ellos con barba y rasgos faciales demacrados y arrugados. Con alguna frecuencia se observa un concepto de dualismo, al representar una cara humana dividida verticalmente en dos mitades, cada una con una expresión facial distinta. Muchas de estas figurinas han sido manufacturadas en moldes de cerámica; con frecuencia las figurinas están pintadas, sobre todo con franjas y zonas rojas.

Siguiendo el litoral hacia el norte, la frecuencia de sitios arqueológicos disminuye, aunque en los cursos bajos de algunos ríos —Mira, Satanga, Patía, Iscuandé, etcétera— observamos pequeños montículos o basureros de poca extensión. La cerámica de estos sitios corresponde a formas y decoraciones semejantes a Inguapí y Mataje, pero la calidad estética de las figurinas es menos bien lograda. La máxima extensión septentrional de las manifestaciones del área Tolita-Tumaco se encuentra en el bajo río San Juan y en el bajo río Calima, al norte de Buenaventura. En el sitio de Cuéllar, en la orilla sur del bajo San Juan, encontramos un extenso sitio superficial. No apareció estratificación observable pero en una colección de 5.000 fragmentos cerámicos recogidos en la superficie observamos claramente

dos complejos; el uno relacionado con el complejo de Mingui malo, del medio río San Juan y del cual se hablará en seguida, y el otro constituido por una extensión de la cerámica de la región de Tumaco. En este último caso, se trata de recipientes con borde volteado hacia afuera y de vasijas aproximadamente globulares provistas de un reborde periférico, ambas formas decoradas con pintura roja, bordes pintados de rojo, y líneas incisas en la zona bajo el borde. Una cabeza antropomorfa, hueca, finamente trabajada, muestra restos de pintura roja. Subiendo el río San Juan encontramos la misma cerámica en los sitios de Boca de Sierpe y Boca de Calima, pero siempre en sitios superficiales que no permitieron una excavación estratigráfica.

Entrando al río Calima, en la orilla derecha, descubrimos en 1960 el sitio de Catanguero, un alto barranco no inundable, sobre el río. Debajo de una capa de más de un metro de tierra aluvial hallamos un solo estrato cultural que contenía algunos centenares de fragmentos cerámicos. La excavación de este material dejó reconocer que esta cerámica tiene marcadas semejanzas con la de Tumaco, notablemente con Mataje I; es de color crema y de grano fino, y según los fragmentos se reconocen vasijas y copas globulares a semiglobulares, con paredes muy delgadas y una decoración de franjas pintadas de rojo y de zonas triangulares llenas de incisiones finas. Hay vasijas con reborde sublabial ondulado y también se encontró un fragmento de una figurina antropomorfa.

Obtuvimos para este complejo de Catanguero una fecha de 250 a. C., lo cual la coloca con los comienzos de Mataje

II o de Inguapí superior⁷². Esta correlación parece aceptable pero la situación geográfica del sitio de Catanguero plantea aquí un problema adicional. Como veremos en un capítulo posterior, la región del alto río Calima, ya en el Departamento del Valle, es una zona arqueológica muy importante que se caracteriza también por cerámicas pintadas, incisas y zoomorfas. En efecto, algunos fragmentos incisos-zonificados de Catanguero muestran marcadas semejanzas con la cerámica llamada Calima —y con la de Chorrera— y se podría pensar en una relación entre los tres complejos.

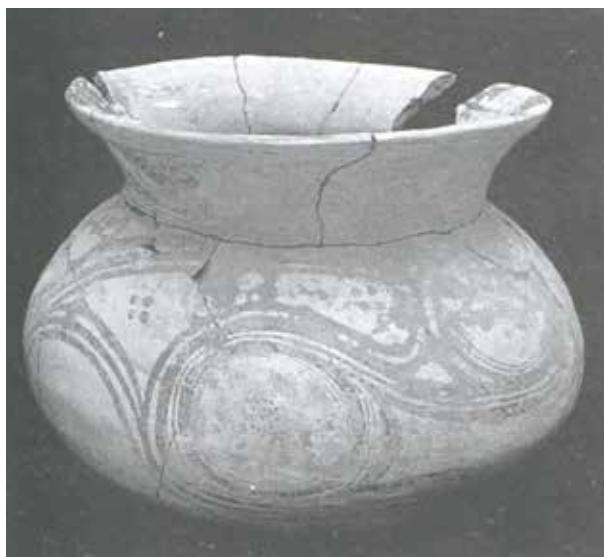


FIGURA 59. Vasija funeraria; río Ranchería.

⁷² La fecha es M-1170 2200 ± 100 antes de presente, 250 a. C. (*Radio-carbón*, vol. 5, págs. 246-247).



FIGURA 60. Vasija funeraria periodo Portacelli; río Ranchería.



FIGURA 61. Vasija estilo atípico; río Ranchería.



FIGURA 62. Vasija periodo El Horno; río Ranchería.



FIGURA 63. Figurina antropomorfa; río Ranchería.

Subiendo el río Calima encontramos los lugares de Ordóñez, La Trojita, Tatabrito, La Caleta, Guadual y La Loma, todos sitios arqueológicos con materiales superficiales de cerámica que, en buena parte, se relaciona con la de la zona de Tumaco.

Pero debemos volver a tratar del río San Juan, uno de los principales cursos de agua del Chocó. Subiéndolo, a partir de su confluencia con el río Calima, localizamos algunos sitios superficiales como Tenendó, Quícharo, Cucurrupí, Puerto Clemencia, Quebrada Piedras, y otros, todos caracterizados por fragmentos superficiales de una cerámica perteneciente a un complejo nuevo y tipológicamente muy distinto de los hasta aquí descritos. Sólo al llegar a la región del caserío de Noanamá hallamos algunos sitios profundos donde pudimos efectuar excavaciones

estratigráficas y fue allí donde identificamos dos nuevos complejos cerámicos: Minguimalo y Murillo⁷³.



FIGURA 64. Excavación del túmulo Pacífico; Zambrano.

El sitio de Minguimalo está cerca del caserío de San Miguel, al norte de Noanamá. Excavamos un corte de más de 3 metros de profundidad que produjo una secuencia de

⁷³ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia 1962, «Investigaciones arqueológicas en la costa Pacífica de Colombia: Una secuencia cultural del bajo río San Juan», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xi, págs. 9-73, Bogotá.

dos complejos culturales, a saber, el complejo de Murillo, con una fecha de 820 d. C. y seguido por el complejo de Minguimalo, fechado en 1252 y 1432 d. C.⁷⁴ Los fragmentos cerámicos de Murillo estaban asociados con restos de grandes postes de madera que estaban bien conservados por el lodo húmedo. La cerámica de Minguimalo consiste de grandes y medianos recipientes globulares, con grueso borde volteado hacia afuera. Hay dos modos decorativos muy comunes: el uno muestra impresiones hechas con la punta del dedo, combinadas con pequeñas impresiones semilunares marcadas con la uña; la otra decoración está constituida por pequeñas burbujas producidas al perforar la pared del recipiente con un palillo, desde adentro, de modo que se forma en el exterior una pequeña cúpula repujada, mientras que en el interior el hueco se cubrió con greda, dejando un espacio vacío. El complejo Murillo está decorado con líneas incisas rectas que forman motivos de meandros angulares o de rectángulos concéntricos. Algunos fragmentos muestran restos de pintura oscura —¿brea?— sobre fondo natural grisáceo, que consisten en motivos curvilíneos toscamente ejecutados. En Minguimalo encontramos muchas manos de machacar y triturar; en cambio en Murillo hallamos un complejo lírico compuesto de grandes metates y manos de moler, lo que sugiere un cambio marcado en la base de subsistencia de estos dos grupos.

⁷⁴ Las fechas son : M-1168 11 30 ± 820 antes de presente, 820 d. C.; M-1169 710 ±75 antes de presente, 1240 d. C.; M-1171 530 ± 75 antes de presente, 1420 d. C. (*Radiocarbón*, vol. 5, págs. 246-247).

En los alrededores de Noanamá, San Miguel y Dipurdú, localizamos varios otros sitios, pero todos superficiales; consistían de materiales cerámicos, los unos del complejo Minguimalo y los otros de Murillo. Hasta la presente estos son los principales complejos arqueológicos que se han identificado en las orillas del río San Juan.

Regresando nuevamente al litoral Pacífico, los sitios arqueológicos son muy difíciles de localizar. Los manglares y tupidas selvas hacen que sólo raras veces se encontrara algún sitio prehistórico en los barrancos de un río o sobre la cima de alguna loma.



FIGURA 65. Cabeza antropomorfa; Zambrano.

Al subir por el río Baudó y por su afluente, el río Catrú, observamos en el lecho de este último grandes bloques de sílex color de miel, excelente materia prima para la manufactura una multitud de utensilios tales como cuchillos, raspadores, perforadores y otros. En efecto, en varios lugares de las orillas del Catrú encontramos artefactos líticos superficiales, todos de una tipología esencialmente paleoindia/arcaica. En ningún caso había asociaciones con cerámica o con objetos de piedra pulida, de manera que prevalece la impresión de ser un complejo lítico muy antiguo. Pero no hay pruebas contundentes; puede ser que tales técnicas hayan perdurado a través de los milenios. Hallamos artefactos parecidos en las orillas de los ríos Juruvida y Chorí, en Cabo Corrientes y en la Bahía de Utría⁷⁵.

Aún más hacia el norte se abre la Bahía de Cupica, donde excavamos un extenso sitio arqueológico. Se trata de un leve túmulo funerario, ubicado en un manglar llamado Estero de la Resaca, en un terreno que se inunda cada vez que sube la marea que, en esta región, alcanza unos 3 metros. Los entierros secundarios de este túmulo forman estratos que contienen a veces vasijas aisladas, depositadas en calidad de ofrendas. Los restos óseos han desaparecido por completo⁷⁶.

⁷⁵ La mayoría de las bolsas que contenían estos artefactos me fueron robadas durante el viaje (Cf. Capítulo III).

⁷⁶ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1961, «Investigaciones arqueológicas en la costa Pacífica de Colombia: El sitio de Cupica», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. x, págs. 237-331, Bogotá.

La excavación nos demostró que se trata de tres estratos superpuestos, que contienen un total de 38 pozos de entierros. La fase más antigua consistió de 24 vasijas; la intermedia de 19 y la más reciente de 30. Se observa una gran variedad de formas, técnicas y modos decorativos, desde vasijas esculpidas y modeladas, copas de pedestal y recipientes de doble vertedera, hasta vasijas antropomorfas policromadas. Obviamente se trata de varias tradiciones cerámicas que tienen nexos tanto con Panamá como con la región del Golfo de Urabá y del Sinú. Se trata pues de influencias venidas del norte y que entraron al Chocó siguiendo por el litoral y por el río Atrato. La fase intermedia se pudo fechar en 1215 años d. C. y corresponde bien a la posición cronológica de los complejos centroamericanos —Coclé—. Por su variedad de formas y modos decorativos la cerámica de Cupica se distingue marcadamente de la de los sitios del río San Juan, la cual es comparativamente burda. No parece que aquella intrusión norteña haya avanzado más allá de Cupica y más bien puede que se trate de una o varias avanzadas aisladas. Parece que la alta lluviosidad impidió un asentamiento más permanente. En Cupica también se excavaron artefactos líticos, raspadores

En 1927, los antropólogos suecos Sigvald Linné y Erland Nordenskiöld efectuaron la primera exploración arqueológica y etnográfica del Chocó. Linné excavó en la Bahía de Cupica, aparentemente en las inmediaciones del sitio posteriormente excavado por nosotros. Véase Linné, Sigvald. *Darien in the Past: The Archaeology of Eastern Panama and Northwestern Colombia*. Göteborgs Kungl. Vetenskaps —och Vitterhets— Samhälles.

de cuarzo, volantes de huso de greda cocida y un hacha pulida, de forma trapezoidal. En un entierro encontramos una pequeña nariguera de oro, en forma de anillo abierto.

Siguiendo por la costa, hasta la frontera con Panamá, no se han hallado más sitios y una exploración de los ríos Jampavadó y Jurado no nos dio resultados positivos. En un somero reconocimiento del bajo río Atrato tampoco logramos localizar vestigios arqueológicos, salvo algunos esporádicos fragmentos cerámicos, sin valor diagnóstico.

Al terminar este resumen sobre la costa Pacífica, caben algunas observaciones finales. Es muy significativa en todos los sitios arqueológicos costaneros la casi total falta de conchas comestibles y de restos óseos de animales. Esta ausencia es difícil de explicar, salvo el caso que se hayan desintegrado por la humedad, pues tanto en el litoral como en los manglares abundan peces, moluscos comestibles y presas menores de cacería.

Trataremos ahora nuevamente de la costa Caribe, para trazar allí los desarrollos que siguieron a la Etapa Formativa Tardía.

En el valle del río Ranchería, una ancha depresión entre la Sierra Nevada de Santa Marta y las estribaciones septentrionales de la Cordillera Oriental, encontramos una secuencia de periodos representados por varios complejos cerámicos denominados según sus sitios tipos: La Loma-El Horno, Portacelli y Los Cocos⁷⁷. Estos complejos

⁷⁷ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1951, «Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena, Colombia 1946-1950

identificados en profundos basureros, que también contenían entierros primarios y secundarios, se encontraron en sitios ubicados en las orillas del río y de sus afluentes; la presencia de pesados metates indica la forma de vida sedentaria de aquellos cultivadores de maíz. El cultivo de la yuca también puede haber sido de importancia pues se observan fragmentos de grandes budares. En la actualidad esta es una región muy árida que forma parte del ambiente climático del desierto de La Guajira, pero en épocas pasadas parece que haya habido una precipitación pluvial más alta y, por consiguiente, una flora y fauna diferentes. Algunos sitios arqueológicos están ubicados en zonas periféricas de depresiones, que parecen haber sido pequeñas lagunas o pantanos; otros se hallan en las riberas de cauces y zanjas secos hoy en día, aún en la estación lluviosa. Restos faunísticos tales como huesos de mamíferos selváticos y las conchas de ciertos caracoles terrestres, que pertenecen a especies generalmente asociadas con un ambiente selvático húmedo, son indicios de un cambio climático, lo mismo como las aves acuáticas que frecuentemente se representan en la decoración pintada de la cerámica, pero que han desaparecido de la región.

Parte I. Arqueología del Río Ranchería; Parte II. Arqueología del Río Cesar», *Boletín de Arqueología*, vol. III, n.º 1-6, págs. 1-334, Bogotá.



FIGURA 66. Rodillos; Saloa.

Los períodos La Loma-El Horno constituyen el llamado Primer Horizonte Pintado de esta área, caracterizado por el uso predominante de pintura policromada y bicomada. Son muy típicos los elementos curvilíneos; hay espirales, líneas onduladas, motivos sigmoideos, motivos en forma de peine, todo ello pintado en rojo y negro, sobre el fondo de un baño color crema. Hay gran abundancia de formas: platos pandos, copas de pedestal cilíndrico, vasijas de silueta compuesta, pequeñas copas con múltiples soperos abombados. Un tipo cerámico, de color negro brillante, lleva una decoración incisa curvilinear, y a veces las incisiones se llenaron con un pigmento mineral blanco, para

hacer resaltar el motivo inciso. En el periodo El Hornero son recuentes las figuras antropomorfas huecas, caracterizadas por piernas muy abultadas, pero por lo demás con facciones realistas; generalmente estas figuras están pintadas con colores muy vivos. Los dos periodos —La Loma y El Hornero— aunque cronológicamente distantes, muestran un énfasis en cerámicas modeladas y de fuertes colores, contrastando mucho con las tradiciones cerámicas del Formativo Temprano, cuyas cerámicas estaban decoradas ante todo con incisiones y eran generalmente monocromas.

En el periodo La Loma se encontraron punzones y leznas de hueso, y en el periodo El Hornero se hallaron fragmentos cerámicos con impresiones de cestería y de textiles. Objetos líticos son más bien escasos, y en los periodos El Hornero y Portacelli habían algunos raspadores de cuarcita. En el periodo La Loma faltan los adornos personales pero estos son frecuentes en el periodo El Hornero; hay cuentas de collar y ciertos pendientes en forma de barra o placa horizontal, tanto de cerámica como de piedra, que recuerdan una forma de adornos que posteriormente observamos en la Sierra Nevada de Santa Marta. En el periodo Los Cocos, que está estrechamente relacionado con el periodo Portacelli, llaman la atención el baño blanco y las grandes orejeras que adornan las caras modeladas en las urnas funerarias que se hallaron en algunos sitios.

En el periodo Portacelli comienza a predominar la pintura bicromada —negro o rojo sobre fondo blanco, negro sobre rojo—, junto con motivos rectilíneos, y este nuevo desarrollo lo denominamos Segundo Horizonte Pintado.

Las formas más características son: vasijas corrugadas en las cuales los rollos de greda, usados en la manufactura, no fueron alisados en la superficie externa; copas muy finamente hechas, cubiertas de un baño rojo sobre el cual se pintaron motivos ornitomorfos en negro; vasijas antropomorfas pintadas, con las facciones de la cara finamente modeladas. Las figurinas del periodo Portacelli son mucho más estilizadas que las de los periodos anteriores. En Portacelli se encontró un entierro primario supino, con el cráneo colocado sobre un gran plato pando.



FIGURA 67. Vasija; Crespo.

El arqueólogo Gerardo Ardila, quien excavó en el valle del río Ranchería, en años recientes, obtuvo algunas dataciones radiocarbónicas que se resumen a continuación:

TABLA II

n.º	Fecha antes de presente:	Fecha a. C/d. C.	Comentario
Beta-7281	2420 ± 50	470 a. C.	Periodo La Loma
Beta-7280	2040 + 200	90 a. C.	Periodo La Loma
Beta-4843	1365 ± 75	585 d. C.	Periodo El Horno
Beta-7884	1020 + 110	930 d. C.	Periodo Portacelli
Beta-8583	660 ± 70	1290 d. C.	Periodos Portacelli y Los Cocos
Beta-7283	940 ± 190	1010 d. C.	Periodo Portacelli; comienzo de urnas

Según estas fechas⁷⁸, el periodo La Loma representa tal vez los finales de la Etapa Formativa Tardía. Debe tenerse en cuenta que la cerámica pintada de Momil muestra ciertas semejanzas con la del Primer Horizonte Pintado del río Ranchería; también los adornos personales en forma de barra horizontal y la cerámica negra incisa se hallan en ambos sitios.

⁷⁸ Cuando mi esposa y yo excavamos en el valle del río Ranchería (1950) el método de datación por radiocarbono era aún desconocido. Sólo treinta años más tarde, cuando el arqueólogo Gerardo Ardila (1983, 1984) llevó a cabo un programa de excavaciones de rescate, dada la inminente industrialización de la zona, le fue posible obtener fechas cronológicas absolutas. Por cierto, tanto las fechas como las tipologías encontradas por Ardila, confirman la validez de nuestras apreciaciones cronológicas en el Ranchería. Sea dicho aquí que es inexcusable que la firma industrial carbonol, que publicó los dos volúmenes (1983, 1984), no menciona en la portada el nombre de su autor, el arqueólogo Gerardo Ardila.

Los períodos de la secuencia del río Ranchería se extienden desde la desembocadura de aquel río y desde la Baja Guajira, hasta el valle del río Cesar y cubren así mismo una parte de las faldas adyacentes de la Sierra Nevada de Santa Marta. En la Cordillera Oriental, la cerámica del periodo El Hornero ha sido encontrada cerca de Bochalema, en las cabeceras del río Zulia, que desemboca en el Golfo de Maracaibo. Esta parte del país, los departamentos de Santander, está, arqueológicamente hablando, casi del todo inexplorada, pero los hallazgos esporádicos de cerámica pintada indican relaciones con el valle del río Ranchería. En el occidente de Venezuela los períodos del Ranchería están representados por una serie de complejos cerámicos muy similares, que van desde el final del primer milenio a. C. —por ejemplo, La Pitía, Tocuyano—, hasta tiempos protohistóricos —por ejemplo, Dabajuro, Tierra de los indios—⁷⁹. A la luz de los conocimientos actuales, los antecedentes de los

⁷⁹ Cruxent, J. M. & Irving Rouse, 1961, *Arqueología cronológica de Venezuela*, Estudios Monográficos vi, Unión Panamericana, Washington; Gallagher, Patrick F., 1964, *La Pitia: An Early Ceramic Site in Northwestern Venezuela*, Disertación doctoral, Yale University, New Haven; Kidder, Alfred ii, 1944, «*Archaeology of Northwestern Venezuela*», *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Harvard University, vol. 26, n.º 1, Cambridge, Massachusetts; Wagner, Erika, 1967, «*The Prehistory and Ethnohistory of the Carache Area in Western Venezuela*», *Yale University Publications in Anthropology*, vol. 71, New Haven; *ibidem*, 1984, (editora) *Relaciones Prehispánicas con Venezuela*, Caracas: Fondo Editorial Acta Científica Venezolana.

dos horizontes pintados aparentemente surgen de la costa Caribe de Colombia.

Parecen existir relaciones entre Momil y el Primer Horizonte Pintado del río Ranchería. Cabe añadir aquí que cerámicas con decoración pintada curvilinear, así como figurinas antropomorfas sólidas las hemos encontrado en varios sitios cerca de Bonda, Mamatoco y Santa Marta, y hallazgos esporádicos en el bajo río Magdalena también sugieren una penetración desde la costa hacia el interior. Tales contactos probablemente no ocurrieron en un periodo específico sino pueden haber tomado la forma de múltiples movimientos migratorios o rutas de comercio, por las cuales estas tradiciones cerámicas se expandieron en Colombia, Venezuela y Centroamérica⁸⁰.



FIGURA 68. Fragmento antropomorfo; Crespo.

⁸⁰ Zucci, Alberta, 1972, «*New Data on the Antiquity of Polychrome Painting from Venezuela*», *American Antiquity*, vol. 37, n.º 3, págs. 439-446.

En el alto río Cesar, un sitio destacado interés es una cueva funeraria ubicada cerca de La Paz, al sureste de Valledupar⁸¹. La cueva se halló en las estribaciones de la Sierra de Perijá, en un valle denominado el Riequito. La entrada a la cueva se encontró cerrada con piedras acuñadas. Se trata de una estrecha grieta de unos 17 metros de largo. Debajo de una capa gruesa de polvo, encontramos grandes cantidades de huesos humanos, en su mayor parte calcinados y mezclados con cenizas y trozos de carbón. Dentro de este estrato se hallaban algunas cerámicas enteras, varias tabletas talladas de piedra, algunas hachas pulidas y de forma trapezoidal y varios volantes de huso. La cremación había sido efectuada en el interior de la cueva y las paredes mostraban grandes manchas de hollín. Las cerámicas estaban puestas a lo largo de ambas paredes que, por su inclinación, formaban una especie de nichos largos; las vasijas aparecían requemadas y muy ennegrecidas, haciendo casi invisible su decoración.

En el fondo de la grieta había una especie de cámara natural, cuya entrada también estaba cerrada con piedras acuñadas. En ella estaba un esqueleto en posición supina, que no había sido incinerado. Lo acompañaban varios artefactos: una pequeña placa larga ovalada, de piedra pulida, un propulsor finamente tallado de madera dura, un palo arrojadizo curvo, una totuma decorada con motivos incisos, y una especie de recipiente tubular hecho de un hueso de

⁸¹ Reichel-Dolmatoff, G., 1947, «La cueva funeraria de La Paz», *Boletín de Arqueología*, vol. II, n.º 5-6, págs. 403-412, Bogotá.

mamífero grande. El esqueleto tenía encima una masa de hilos torcidos, aparentemente los restos de una gran hamaca. Al lado de la cabeza había diez cerámicas en buen estado de conservación.

Entre las formas cerámicas encontramos las siguientes: vasijas de base convexa, pared cóncava, fuerte ángulo periférico y abertura grande; vasijas de cuerpo doble, aproximadamente en forma de una greca; un plato tetrápode con soportes abombados huecos; una copa de pedestal, una vasija globular y de cuello estrecho, cuya superficie dejaba reconocer las espirales de su estructura, un bote llón de base plana y una copa semiglobular baja, de base redondeada. La decoración consiste de pintura negativa o de un baño muy brillante de color rojizo. Los motivos pintados son rectilíneos o curvilíneos y muestran arcos semicirculares, espirales y líneas rectas paralelas.

Los objetos que acompañaban el esqueleto de la cámara del fondo de la grieta son de un interés especial, ya que forman un conjunto que, con bastante certeza, podemos identificar con un ajuar perteneciente a un chamán. Las tabletas de piedra, una de las cuales acompañaba este personaje, corresponden formalmente a las tabletas arqueológicas o etnográficas que los indios utilizaban y aún utilizan para la preparación de un rapé alucinógeno. El hueso tubular es muy parecido a los recipientes de hueso de jaguar en los cuales los indios guahibo, de los Llanos Orientales, guardan estos polvos narcóticos, y la totuma decorada también parece haber formado parte de este equipo. No disponemos de fechas absolutas para la cueva

de La Paz, pero la decoración pintada, el tetrápode y la superficie corrugada de una vasija sugieren relaciones con el área del río Ranchería.

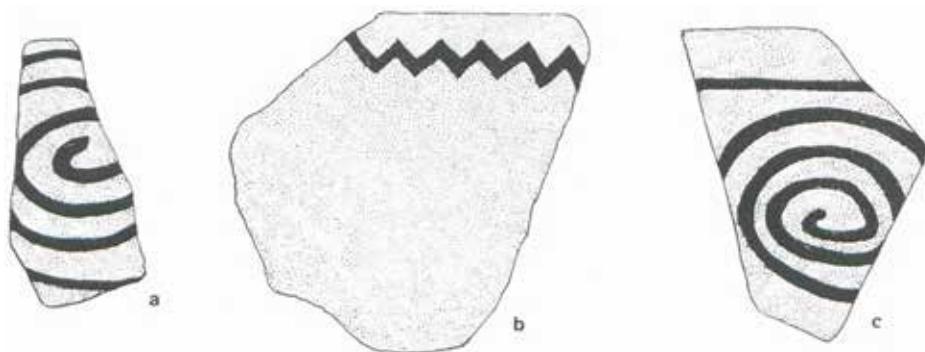


FIGURA 69. Fragmentos cerámicos con pintura negra sobre pintura roja; Ciénaga de Luruaco.

Pasamos nuevamente al bajo río Magdalena. Durante la Etapa Formativa observamos en la zona de Zambrano la presencia del complejo ecuatoriano de Machalilla, es decir, del Segundo Horizonte Inciso, y podemos trazar ahora su desarrollo continuo a través de fases posteriores. En la actualidad Zambrano es una pequeña aldea de campesinos y ganaderos, pero en épocas prehistóricas fue un lugar de excepcional importancia donde convergieron influencias múltiples procedentes del Sinú, de la Sierra Nevada, del interior del país y de otras zonas más, conservándose en su estratigrafía un récord ininterrumpido de cuatro mil años. De los más de cincuenta sitios que investigamos en esta zona, algunos se relacionan con Puerto Hormiga, con Momil y con Malambo; mientras que otros representan

una etapa posterior que pertenece a la de los Desarrollos Regionales⁸².

En lo que se refiere a las pautas de asentamiento, Zambrano es característico para una región extensa. En efecto, en muchas regiones del país, notablemente a lo largo de los ríos Magdalena, Cauca, Sinú, San Jorge, Ranchería, Cesar y otros, encontramos restos de grandes aldeas emplazadas en las riberas, que datan generalmente de los primeros siglos después de Cristo. Son aparentemente poblaciones construidas en hilera, a lo largo del río, con frecuencia en la vecindad de la desembocadura de un afluente más o menos grande. Es característico que cerca de una tal aldea se encuentre un extenso cementerio de urnas funerarias enterradas a escasa profundidad.

Alrededor de 600 d. C., las características culturales conservadas en espesas capas de basuras contienen cuentas de collar de cornalina roja; hay objetos de orfebrería procedentes de la hoyada del río Sinú; artefactos hechos de conchas marinas o hachas de diorita y andesita traídas desde las cordilleras, objetos que atestiguan contactos y relaciones comerciales. La cerámica se destaca por una abundancia de formas: copas, platos más o menos pandos, copas de pedestal alto, vasijas antropomorfas y zoomorfas, figurinas humanas, volantes de huso y otros artefactos pequeños, todo decorado con motivos finamente incisos o

⁸² Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1954, «Contribuciones a la arqueología del bajo Magdalena (Plato, Zambrano, Tenerife)», *Divulgaciones Etnológicas*, vol. III, n.º 5-6, págs. 403-412, Bogotá.

con trías o peloticas aplicadas. Una cerámica negra brillante es común. En las secuencias tempranas de Zambrano, tal vez ya con fechas de antes de la era cristiana, observamos ciertos rasgos que posiblemente indican relaciones más lejanas; en efecto, algunas vasijas antropomorfas muestran un parecido notable con cerámicas del valle del río Calima, en la Cordillera Occidental, sobre todo en lo que se refiere a figuras cuyas caras muestran mejillas gruesas separadas de la boca por una grieta profunda.

En muchos lugares a lo largo del bajo río Magdalena pudimos observar sitios de diferentes fases de la larga secuencia cultural de Zambrano. En la vecindad de la laguna de Zapatosa, en la confluencia del río Cesar con el Magdalena, se encuentran vestigios de pequeñas aldeas cuyos habitantes combinaban la agricultura con la pesca⁸³. Los centenares de hachas pulidas sugieren el trabajo del desmonte o la manufactura de canoas. Por el otro lado del río y al sur de la laguna de Zapatosa está el Cerro Barco cuyas laderas, tal como las de la vecina Serranía de San Lucas, están cubiertas de pequeñas terrazas de cultivo y sitios de habitación, provistos de murallas de contención para controlar la erosión. La misma pauta de asentamiento se observa hacia el suroeste, en las cabeceras del río Nechí y hacia el noroeste, en las colinas de Tubará, Piojo, Luruaco y otros lugares

⁸³ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1953, «Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena, Colombia, 1946-1950, Parte III», *Divulgaciones Etnológicas*, vol. IV, n.º 4, págs. 1-98, Barranquilla: Universidad del Atlántico.

entre Barranquilla y Cartagena. La mayoría de estas comunidades de las tierras bajas permanecieron sobre el nivel de pequeños agricultores aldeanos del Formativo Tardío, aparentemente sin mayor cohesión política y con una religión en común apenas sugerida por el uso de urnas funerarias. Formaban pequeñas agrupaciones que sólo raras veces lograron cierta unidad estilística alrededor de una laguna, un grupo de colinas o un trecho del río grande. A la luz de los conocimientos actuales Zambrano parece haber tenido una influencia más amplia, pues encontramos sus características tecnológicas y estilísticas, desde la costa de Salamanca hasta el Magdalena Medio, el Sinú y aún más allá.

Otra zona de interés forman las orillas de la Ciénaga Grande, ubicada entre la costa de Salamanca, las estribaciones occidentales de la Sierra Nevada de Santa Marta y el bajo río Magdalena. En la década de los cuarenta, antes de que se construyera la carretera que hoy en día une las ciudades de Ciénaga y Barranquilla, existían en la región de Tasajera, sobre la costa de Salamanca, grandes concheros, algunos de los cuales alcanzaban casi 7 metros de altura. Una investigación somera del conchal más grande produjo, en aquella época, ante todo fragmentos cerámicos relacionados con formas y motivos relativamente recientes de la región de Zambrano, pero asociados con fragmentos de tipología tairona. Al construirse la carretera, los concheros fueron derribados y utilizados como relleno, de modo que se perdió esta documentación para siempre. Sin embargo, en años recientes se han hecho varias investigaciones sistemáticas, tanto en la costa de Salamanca

como en la orilla oriental de la Ciénaga Grande⁸⁴. Excavaciones en algunos concheros pequeños de Salamanca descubrieron complejos cerámicos de formas sencillas: recipientes culinarios globulares, platos muy pandos con fuerte ángulo periférico, vasijas con base anular baja y algunas otras. La decoración es ante todo incisa rectilinear y punteada-zonificada, y hay algunos adornos biomorfos modelados. Complejos semejantes se hallaron en las excavaciones efectuadas en las orillas orientales de la ciénaga. Acerca del demás contexto cultural de estas gentes se puede suponer que se trate, en parte, de campamentos temporales de pesca y recolección y en parte de lugares habitados por épocas más largas, a juzgar por la densidad de los despojos. La base de la economía fueron indudablemente los abundantes recursos de la ciénaga, los peces, reptiles y moluscos, pero la presencia de metates y manos de moler indica también actividades agrícolas. Hachas de piedra, cuchillos de lidita, sencillos volantes de huso y tal cual otro elemento, complementan este corpus. En uno de los sitios excavados encontraron varios entierros primarios y otros secundarios, pero sin el uso de urnas. Las

⁸⁴ Angulo Valdés, Carlos, 1978, *Arqueología de la Ciénaga Grande de Santa Marta*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Sutherland, Donald & Carson N. Murdy, s. f., *Adaptaciones prehistóricas al ambiente del litoral en la Isla de Salamanca*, costa norte de Colombia, Informe mimeografiado al Instituto de Desarrollo de los Recursos Naturales Renovables, Bogotá.

fechas de radiocarbono abarcan desde aproximadamente 500 d. C. hasta la época de la Conquista⁸⁵.



FIGURA 70. Figurina antropomorfa maciza; Sabaneta.



FIGURA 71. Urna funeraria con restos humanos; Corozal.

⁸⁵ Las principales fechas son: Mina de Oro, M-1475, 1490 ± 100 antes de presente, 460 d. C.; Loma de Cuchal, M-1477, 1020 ± 100 antes de presente, 930 d. C.; Loma de López, M-1310, 825 ± 100 antes de presente, 1125 d. C. (Angulo, 1978).



FIGURA 72. Objetos de concha procedentes de varios sitios de la costa Caribe.

Las adaptaciones culturales descritas en las páginas precedentes cambian poco al dirigirnos hacia el Occidente, más allá del río Magdalena. En las inmediaciones de Cartagena aparece un complejo cerámico designado como Crespo, que tiene una amplia difusión sobre todo el litoral entre la desembocadura del río Magdalena y el Golfo de Urabá⁸⁶. Los sitios del complejo de Crespo se encuentran en zonas de dunas o, de todos modos, muy cerca de

⁸⁶ Dussan de Reichel, Alicia, «Crespo: Un nuevo complejo arqueológico del Norte de Colombia», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. III, págs. 173-188, Bogotá.

la orilla del mar, a veces también en las islas tales como Tierra Bomba, Barú, Islas del Rosario y de San Bernardo, Isla Fuerte y otros. Turbaco es uno de los pocos sitios alejados del litoral. Fuera de los recipientes culinarios burdos, de forma globular y boca grande, la cerámica de Crespo se caracteriza por vasijas globulares bien pulidas, de orificio restringido, a veces con un cuello algo abombado. También hay copas de base anular baja, así como platos de triturar o majadores, con incisiones fuertes en el interior para presentar una superficie propia para machacar y moler. La decoración es principalmente incisa, rectilínea, punteada-zonificada, o plástica aplicada. Hay pequeñas franjas aplicadas y ocasionalmente se encuentran pequeños adornos zoomorfos adheridos a la pared de una vasija. Un elemento muy diagnóstico de Crespo son las pequeñas figuras femeninas huecas, de piernas exageradamente gordas. A veces se hallan vasijas adornadas con caras humanas dentro de una especie de medallón circular. Son frecuentes las azadas hechas del borde de la concha grande de *Strombus*. No hay datos sobre el contexto más amplio de estos habitantes del litoral, pero es de suponer que se trataba de pescadores y recolectores; el tipo de azadas no parece haber sido utilizado para trabajar la tierra, sino quizás para trabajar madera, como por ejemplo, en la manufactura de canoas ahuecando primero el tronco con fuego controlado. Una fecha radiocarbónica de 1290 ± 80 d. C. coloca al sitio tipo en un periodo protohistórico. Por cierto, Crespo tiene obvias relaciones estilísticas con el material de la costa de Salamanca; la decoración incisa rectilínea y

punteada-zonificada es prácticamente la misma de Crespo y las posiciones cronológicas tardías se corresponden.

Las pequeñas serranías que corren paralelas al litoral representan una variante ecológica. En la zona de Tubará se han hallado sitios de habitación, entierros y extensas terrazas de cultivo, todos ellos vestigios de sociedades indígenas de la primera parte del primer milenio después de Cristo. La cerámica se asemeja a los complejos arriba descritos y también abundan las pequeñas figurinas humanas, aunque estilísticamente diferentes de las de Crespo, pues son sólidas y muy toscamente formadas. Volantes de huso, hachas, ocarinas de cerámica y pequeños adornos personales tallados de concha, se encuentran con alguna frecuencia. Tanto los metates como las terrazas indican el cultivo, probablemente de maíz, combinado con Yuca.

Más hacia el suroeste sigue la Serranía de Piojo, las ciénagas del Totumo y de Luruaco y el pequeño valle de Santiago. En todos estos parajes se han observado sitios arqueológicos de la Etapa de los Desarrollos Regionales, atestiguando la antigua presencia de comunidades de economía mixta, de pescadores, agricultores y recolectores, con un inventario tecnológico parecido a los ya descritos. Sea dicho que en las inmediaciones de la ciénaga de Luruaco se han encontrado fragmentos cerámicos con baño rojo y cubiertos con motivos de espirales pintadas en negro, sugiriendo un nexo con el Segundo Horizonte Pintado. Siempre siguiendo hacia el suroeste, encontramos sitios del complejo Crespo en todo el Golfo de Morrosquillo, mientras que en las Montañas de María y las colinas

de Sincelejo —Tolú Viejo, río Pichilín, Las Piedras, La Piche— se observan vestigios de las mismas gentes que hacían las cerámicas más bien burdas y decoradas con motivos geométricos lineares y punteados. Las urnas funerarias globulares o subglobulares se vuelven más y más frecuentes y a veces hay grandes cementerios. Pero por lo demás, en lo que se refiere a tecnología y estética, el nivel es poco elaborado.

Al llegar al río Sinú se observa un leve cambio. Parece que, sobre la base del Formativo Medio —Tierra Alta— y Tardío, se desarrollaron algunos grupos que produjeron una cultura material más compleja. Hay sitios ribereños cuyos habitantes combinaron el cultivo de maíz con la pesca fluvial y que acumularon basureros de un espesor considerable⁸⁷. La cerámica es bien hecha y consiste, fuera de las ollas de cocina, de copas con base anular y borde ancho volteado hacia afuera, copas pequeñas con soportes múltiples, cazuelas y platos de base plana y algunas vasijas antropomorfas. Son frecuentes los recipientes para majar o triturar alimentos, posiblemente ají u otros condimentos. Las técnicas decorativas incluyen zonas punteadas, franjas y peloticas aplicadas, impresiones triangulares planas, y líneas toscamente incisas formando un motivo de espinas de pescado. No se observa decoración pintada y sólo raras veces hay adornos modelados.

⁸⁷ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1957, «Reconocimiento arqueológico de la hoyo del río Sinú», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. vi, págs. 29-157, Bogotá.

Al oeste del Bajo Sinú investigamos una serie de sitios: Ojo de Agua, Veremos, Boca del Rey y otro⁸⁸ donde hay cerámicas con una decoración aplicada muy compleja; parece que se utilizaron gredas de distintos colores, de las cuales se formaron largos y delgados cordones, que luego se aplicaron sobre la superficie de los recipientes, formando intrincados motivos curvilineares. Despues de la cocción, estas aplicaciones resaltan por su color más claro. Aquí se trata de un complejo que a veces muestra por sus formas y decoración ciertas semejanzas con la cerámica del Bajo Amazonas —Marajó, Santarém—.

El principal yacimiento arqueológico, donde aparecen urnas y figurinas de este estilo, se llama El Estorbo y está ubicado en las cercanías de Turbo, sobre la orilla oriental Golfo de Urabá⁸⁹. Es un gran montículo de basura que contiene camadas de conchas, entierros primarios y secundarios y abundantes fragmentos cerámicos, líticos y óseos que atestiguan una ocupación prolongada del lugar. La cerámica pertenece, en parte, a las tradiciones incisas-punteadas del litoral y de las tierras ribereñas, es decir de vasijas con caras humanas hechas con tiras aplicadas, copas de borde ancho plano, volteado horizontalmente hacia afuera y decorado con triángulos impresos; bases anulares

⁸⁸ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1957; *ibidem*, Cf. nota 90.

⁸⁹ Anónimo, 1980, *Investigación Arqueológica y prehistórica de un yacimiento conchal en la costa Atlántica colombiana: Turbo, Antioquia*, Universidad de Antioquia, Departamento de Antropología, Medellín.

altas provistas de «ventanas»; decoración punteada-zonificada e incisa rectilinear. En El Estorbo, las vasijas con aplicaciones de largos y delgados cordones son muy elaboradas y hay urnas con un aire muy amazónico. Las figurinas antropomorfas constituyen un tipo muy diagnóstico, dentro de los estilos costeños, de figurinas de piernas gruesas, cabeza grande y brazos en jarra, pues son muy simétricas y abstractas, cubiertas de una decoración incisa e impresa. Según mis observaciones, su distribución va desde la orilla occidental del Golfo de Urabá —Acandí— hasta más allá del río Sinú —Sabaneta, Coveñas—⁹⁰. El material lítico de El Estorbo consiste de placas y manos de moler, hachas, pulidores, pesas para redes, y varios tipos de raspadores, de chert.

Hay dos dataciones radiocarbónicas; la más antigua es de 350 ± 95 a. C. La segunda es considerablemente más reciente pues es de 420 ± 130 d. C., lo que significaría una ocupación durante unos 800 años. Las gentes de El Estorbo eran agricultores que combinaban esta base económica con la pesca marina, la caza y la recolección de moluscos. Con la secuencia de El Estorbo, que se destaca por su gran sentido plástico, en el tratamiento de formas y superficies, se entra ya a la región ístmica, donde se deben buscar, en buena parte, las relaciones con las culturas del Golfo de Urabá.

⁹⁰ Véase, por ejemplo, Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1957, Lámina XVI, 10; Cf. nota 90.



FIGURA 73. Vasija en forma de casa; El Guamo.

■ CAPÍTULO VI

■ LOS DESARROLLOS REGIONALES EL INTERIOR

AL DEJAR ATRÁS LAS TIERRAS bajas de las dos costas y al ocuparnos de la región interandina del país, los problemas del regionalismo se van acentuando. Aproximadamente a 150-200 kilómetros tierra adentro, se encuentran las estribaciones septentrionales de las cordilleras; la precipitación pluvial aumenta allí notablemente y con ello todo el paisaje comienza a cambiar. De aquí en adelante, la orientación e inclinación de las vertientes, su altura sobre el nivel del mar, sus condiciones edáficas y climáticas se combinan en innumerables formas y ofrecen una vasta gama de posibilidades de adaptación humana. Las faldas de las tres cordilleras forman centenares de ecosistemas escalonados a lo largo de las vertientes, de modo que en el curso de los milenios se ha formado un mosaico de culturas locales. A eso se añade que, con algunas excepciones, el interior del

país está arqueológicamente aún muy poco conocido. No podemos hablar pues de zonas culturalmente coherentes y sólo se puede tratar de algunas regiones sobre las cuales existen suficientes datos.

Al subir el río Magdalena, en la zona de Tamalameque, se encuentra un complejo arqueológico espectacular, en tanto que en él se trata de grandes cementerios de urnas funerarias antropomorfas, que se extienden hasta la región de Ocaña, en las faldas de las montañas⁹¹. Entre el pie de la Cordillera Oriental y el río Magdalena yacen amplias llanuras atravesadas por arroyos, que en épocas prehistóricas estaban ocupadas por grupos humanos que dejaron una serie de vestigios muy característicos. Se trata de lugares de entierros en las cimas de pequeñas elevaciones y que consisten en pozos cilíndricos verticales, de unos 3 metros de profundidad y un metro de ancho, en cuyos fondos hay cámaras laterales con entierros en urnas.

Las urnas son de entierros secundarios y consisten de dos partes: un recipiente cilíndrico alto y una tapa en forma de plato convexo invertido, del cual sale un busto humano. Hay dos maneras de representar la cabeza; la una consiste en modelarla en tres dimensiones y de manera bastante naturalista, pero los brazos que descansan sobre el pecho son exageradamente cortos y delgados. La otra

⁹¹ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1953, «Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena, Colombia, 1946-1950, Parte III», *Divulgaciones Etnológicas*, vol. III, n.º 4, págs. 1-102, Universidad del Atlántico, Barranquilla.

manera muestra una cabeza aproximadamente triangular y fuertemente aplanada en su eje anterior-posterior; generalmente se indican dos brazos cortos levantados al aire, con dedos cortos bien separados. Algunas de las caras —de ambos tipos— muestran restos de pintura blanca. En asociación con estas urnas hallamos cerámicas del complejo arqueológico de Saloa, de la laguna de Zapatosa, con características más bien recientes y decoración incisa rectilínea. Una urna estaba acompañada por una nariguera de cobre, formada por un alambre grueso doblado en círculo.

Algo al sur de Tamalameque, está ubicada la hacienda Mosquito donde, en los años treinta, se descubrieron varias urnas funerarias antropomorfas con otras características; se trata de pequeñas esculturas de barro que representan personajes de rasgos grotescamente distorsionados, sentados en banquitos y con las manos sobre las rodillas. El cuerpo y las extremidades están muy estilizados, las pantorrillas son exageradamente gruesas y ocasionalmente la figura se combina con adornos zoomorfos modelados⁹².

De aquí en adelante, siguiendo el curso del río Magdalena, las urnas funerarias antropomorfas forman un elemento recurrente en los sitios ribereños⁹³.

⁹² Las urnas de la zona de la Hacienda Mosquito han dado origen a la denominación «Cultura Mosquito», lo que es erróneo, ya que no se trata de una cultura sino sólo de un complejo funerario.

⁹³ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia Dussan de Reichel, 1943, «Las urnas funerarias en la cuenca del río Magdalena», *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol. 1, n.º 1, págs. 209-281, Bogotá.

En Puerto Serviez, al norte de Puerto Nare, se halló un gran complejo de urnas funerarias, cuya distribución tipológica abarca desde Simití (Bolívar) y el río Ermitaño (Santander) hasta las hoyas de los ríos Guarinó y de la Miel, y la zona de Pescaderías, cerca de Honda (Tolima), extendiéndose pues sobre una gran parte del Magdalena Medio.

Las tumbas de Puerto Serviez consisten de profundos pozos cilíndricos que se abren en una o varias cámaras laterales, en forma de bóvedas más o menos amplias. Se han encontrado hasta más de 60 urnas en una sola bóveda, acompañadas por otro tanto de vasijas depositadas allí en calidad de ajuar funerario. Las urnas son grandes recipientes globulares y ovoidales, provistos de un corto cuello cilíndrico. Las tapas consisten de un gran plato convexo sobre cuya cúspide se levanta una figura masculina o femenina, sentada sobre un banquito, en posición hierática. Nuevamente se observa la deformación de las pantorrillas⁹⁴

⁹⁴ Acerca de las excavaciones en Puerto Serviez, véase Herrera de Turbay, Luisa Fernanda & Mauricio Londoño Paredes, 1975, «Reseña de un sitio arqueológico en el Magdalena Medio» *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xix, págs. 139-197, Bogotá. Algunos investigadores, notablemente el Profesor Paul Rivet, fundador del Instituto Etnológico Nacional, han sugerido que la deformación de las pantorrillas, por medio de ligaduras en los tobillos y debajo de la rodilla, es una costumbre de los indios Caribes (véase Rivet, Paul, 1943 «La influencia Karib en Colombia», *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol. i, n.º 1, págs. 5-93, Bogotá). Esto es muy dudoso pues la misma costumbre existió, y aún existe, entre indígenas de otras tribus.

y la desproporción de los cuerpos en relación a las cabezas y extremidades. Las figuras están adornadas con una multitud de incisiones y algunas llevan en la mano una pequeña copa. En el caso del río de la Miel, en la superficie tienen adheridos centenares de pequeños discos perforados, de concha blanca, probablemente cuentas de collar, con que se representan adornos y aun los ojos de las figuras. Algunas de las tapas llevan representaciones modeladas de aves, a veces en pares o en dos parejas enfrentadas. En asociación con las urnas se han encontrado muchas vasijas globulares o semiglobulares, a veces con ángulo periférico, otras veces con un corto cuello cilíndrico. Una forma muy común es la de una copa con base anular baja; a veces se representa una cara humana muy estilizada sobre la pared del cuello.

Es muy típica la decoración llamada «incisa a trichos» que se produjo al trazar líneas rectas con un palillo, haciendo de vez en cuando fuerte presión sobre el instrumento, para que la línea incisa sea de desigual profundidad. El motivo inciso principal consiste en grandes rombos que se repiten en distintos tamaños y combinaciones, tanto en la decoración de las figuras humanas, como en la de los recipientes cerámicos. A grandes rasgos, esta decoración romboidal se parece a las pinturas en las grandes tumbas subterráneas de la región de Tierradentro y se asemejan así mismo a la decoración cerámica de la cueva de La Paz (río Cesar), siendo la base de estas comparaciones la similitud con fosfenos inducidos por el uso de drogas alucinógenas. También hay elementos aplicados y a veces pequeños adornos zoomorfos tales como ranas o felinos, adheridos a la

urna o la tapa. En raras ocasiones se observan restos de pintura negra, que podría ser una forma de pintura negativa rudimentaria. Con alguna frecuencia sobre la parte más alta de la cabeza hay una hilera de pequeños huecos que, aparentemente, sirvieron para colocar en ellos plumas o flores.

Como parte del ajuar funerario se han hallado rodillos o pintaderas cilíndricas macizas, para decorar textiles o pintarse el cuerpo; también se han encontrado volantes de huso, de forma esférica hueca. Parece que todos estos artefactos fueron manufacturados expresamente para el funeral, pues no tienen marcas de desgaste previo, y todos los objetos forman unidades estilísticamente muy parecidas y como hechas por la misma mano.

Las urnas de esta región del Magdalena Medio contienen generalmente huesos humanos, a veces de niños, en parte calcinados y en ocasiones mezclados con huesos de animales tales como venados y armadillos. Se han encontrado huesos hasta de tres personas distintas en la misma urna. En algunos casos ha sido posible reconocer en los huesos indicios de osteoporosis y de piorrea.

Subiendo el río desde Puerto Serviez, se llega a Puerto Niño donde se han encontrado grandes urnas en cuyas tapas hay esculturas muy realistas de personajes, con cabezas bien proporcionadas y facciones muy expresivas. Pasando por los ríos de la Miel y Guarinó, otra zona de importancia donde las urnas llevan figuras humanas muy diversas y muy desproporcionadas⁹⁵, parecidas a las de Puerto Serviez, se llega

⁹⁵ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1943; Cf. nota 96.

a la zona de Puerto Salgar donde, en los sitios de Colorados y Macaya, se ha hallado otra agrupación de urnas con características semejantes a las de Puerto Serviez, río de la Miel y Guarinó. En la zona de Puerto Salgar las urnas se encontraron asociadas a sitios de habitación, basureros, talleres líticos e indicios de cultivos, es decir todo un sistema que constituye un contexto cultural muy complejo para la costumbre funeraria en cuestión⁹⁶.



FIGURA 74. Vista de tumba aún no exavada; Tamalameque.

⁹⁶ Castaño U., Carlos y Carmen Lucía Dávila, 1984, *Investigación arqueológica en el Magdalena Medio: Sitios Colorados y Mayaca*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá. Esta investigación es la más completa que se ha hecho hasta ahora sobre las urnas del Magdalena Medio. Desafortunadamente la discusión se basa sobre una bibliografía incompleta.

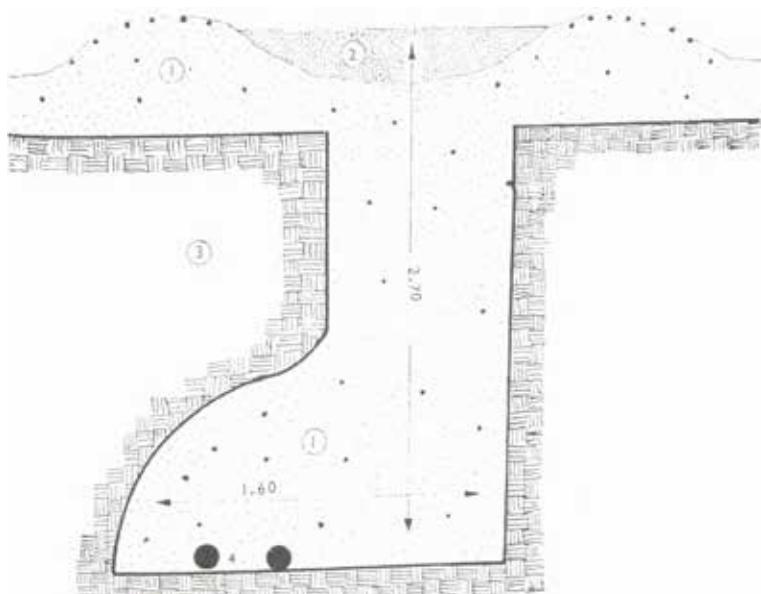


FIGURA 75. Corte transversal de tumba de cámara lateral; Tamalameque.



FIGURA 76. Urna funeraria; Mosquito.

En Ricaurte, frente a Girardot, un gran cementerio de urnas estaba asociado con un antiguo sitio de habitación, cubierto este último por una capa superficial de fragmentos cerámicos, metates, manos de moler y otros objetos desechados. Las urnas son generalmente ovoidales y llevan tapas en forma de casquetes convexos, sin ningún adorno; en cambio, el cuerpo de la urna muestra una cara modelada. Urnas ovoidales, con caras humanas, se encuentran así mismo en El Espinal⁹⁷. En el sitio de Ricaurte hallamos una superposición estratigráfica de dos tipos diferentes de urnas: en el nivel inferior las urnas eran ovoidales, tenían tapas convexas y una cara modelada en la panza de la urna, mientras que las del nivel más reciente eran esféricas y carecían de decoración⁹⁸.

Al observar esta proliferación y diversificación de urnas funerarias en el Magdalena Medio, caben algunos comentarios sobre este modo tan especial de dar sepultura a los muertos. Hay una descripción clásica en la obra del gran cronista español del siglo XVI, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, quien describe esta práctica entre los indios de la costa de Cartagena, en los siguientes términos: «... é desque despiden los huesos de la carne é quedan limpios, embíxanlos é meten los huesos é cabezas assí embixados en ollas é tinaxas, é así los guardan en casa ó junto á

⁹⁷ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1943; Cf. nota 96 (Lámina XV, 1-4).

⁹⁸ Véase nota 101.

la casa»⁹⁹. El entierro secundario en urnas representa una costumbre funeraria muy antigua en el Viejo Mundo y en América tuvo una amplia distribución. Obviamente se trata de dos fases: un entierro primario en que el cadáver quedó enterrado durante cierto periodo ritual, seguido por el entierro secundario. Comparando este proceso ritual con el que se puede observar aún en algunas tribus colombianas, es el desentierro que tiene mayor importancia pues en él se comprueba, para decir así, la desaparición del difunto y con este hecho la sociedad —viuda, deudos, parentela, etcétera— queda absuelta de ciertas obligaciones. De este modo, el entierro secundario puede convertirse en una fiesta colectiva de regocijo en que el muerto por fin se cree haber encontrado el camino hacia el Más Allá y ya no tiene más nexos directos con el mundo de los vivientes. Como hemos visto, hay dos formas de urnas: la urna como cuerpo humano, con cara y a veces con extremidades y la urna como mero recipiente de huesos, pero adornado con una efigie del muerto. En el primer caso se trata pues de un regreso al útero, con la idea consiguiente de un renacimiento. En el segundo, puede que también esté presente esta idea pero parece tratarse además de una efigie conmemorativa o de una representación chamanística. Esta última interpretación se basa en las siguientes

⁹⁹ Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de, 1851-1855, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, 4 vol., Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid (vol. II, pág. 449).

observaciones; el personaje sentado en un banquito, en posición rígida, las manos puestas en las rodillas y el cuerpo y cabeza adornados, es una imagen hierática, es un chamán en actitud ritual, obviamente en el ritual fúnebre. La copa que ocasionalmente el personaje lleva en la mano se podría suponer que contenga una bebida. Las escenas que aparecen en las urnas tienen un innegable carácter chamanístico y los mismos motivos decorativos se asemejan marcadamente a los llamados fosfenos que aparecen en el campo de visión, bajo la influencia de drogas. Otro indicio de un ambiente visionario podría ser el aspecto tan desproporcionado, tan distorsionado y grotesco de las figuras. No cabe duda pues que en el arte funerario del Magdalena Medio se destaca un fuerte elemento chamanístico.



FIGURA 77. Urna funeraria; Tamalameque.

Sobre el plan social se pueden hacer las siguientes observaciones. En lo que se refiere a la calidad de las urnas o del ajuar que las acompaña, no se notan diferencias marcadas; parece tratarse de una sociedad igualitaria. Algunas figuras parecen tal vez algo más adornadas que otras, pero no hay mayor individualización o preponderancia de cierto grupo estilístico. Por cierto, las dos formas principales de urnas, a saber las ovoidales cubiertas con un casquete sencillo y las adornadas con efigies sobre el casquete, posiblemente indican la presencia de dos tradiciones culturales diferentes, o de marcada distancia cronológica.



FIGURA 78. Tapas de urnas funerarias; río de la Miel.



FIGURAS 79 A 81. Tapas de urnas funerarias; río de la Miel.

Siguiendo hacia el alto Magdalena, las urnas elaboradas desaparecen pero dispersamente se hallan aún cementerios de urnas ovoidales¹⁰⁰. Hay pocas informaciones arqueológicas sobre los desarrollos regionales en los departamentos del Tolima y del Huila¹⁰¹ hasta que, en las mismas fuentes del río Magdalena, se abre la región de San Agustín, donde aparece nuevamente una zona de gran profundidad cronológica. Las suaves colinas de la región de San Agustín muestran por todas partes la influencia del hombre prehistórico; al observar las faldas y vertientes, las planadas y mesetas, se ven innumerables marcas de antiguos caminos y cultivos. Aun haciendo abstracción de los muchísimos monumentos de piedra, de montículos, tumbas y otros rasgos arquitectónicos, es un marcado paisaje prehistórico que surge ante los ojos del observador y que indica una tenencia humana milenaria de estas tierras.

¹⁰⁰ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1943; Cf. nota 96 (Lámina xv, 1-4; Lámina xvi, 4); *ibidem*, manuscritos inéditos.

¹⁰¹ Hay datos incompletos hasta la región de Neiva. Véase también Cubillos, Julio César & Víctor E. Bedoya, 1954, «Arqueología de las riberas del río Magdalena», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. II, págs. 117-144, Bogotá; Myers, Thomas P., 1973, «Bringamosal (*sic*): A Site near El Guamo (Tolima)», *Journal of the Steward Anthropological Society*, vol. IV, n.º 2, pág. 200; id., 1974, «La arqueología de Santa Ana, Huila: Informe preliminar», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XVI, págs. 479-490, Bogotá.



FIGURA 82. Urna funeraria; río de la Miel.



FIGURA 83. Figura de un hombre fumando (?); Mesuno.



FIGURA 84. Urna funeraria policromada; Girardot (?).



FIGURA 85. Vasija antropomorfa; Ricaurte.

La región de San Agustín fue habitada indudablemente desde épocas muy tempranas y se trata de un territorio excepcionalmente propicio para el asentamiento humano. Hay vastas selvas con abundancia de cacería, tierras fértiles para agricultura, gran variedad de pisos térmicos que permiten cultivos muy variados; en fin, una serie de ventajas que deben haber llamado la atención de los aborígenes del pasado. Un aspecto que merece especial atención es el siguiente: la región de San Agustín constituye un punto de convergencia de varias importantes rutas de migración. Hacia el sureste, a poca distancia, quedan las cabeceras del río Caquetá y con ellas se conecta la hoyuela amazónica con las cabeceras del río Magdalena. Hacia el oeste yacen las cabeceras del río Patía que desemboca en la costa Pacífica; hacia el norte y noreste se abren los anchos

valles del Cauca y del Magdalena. La región de San Agustín constituye pues una zona de articulación con varias grandes regiones donde se operaron desarrollos culturales importantes, aspecto que siempre debe tenerse en cuenta al considerar la evolución cultural tan sobresaliente que ha tenido esta zona del alto Magdalena.



FIGURA 86. Fragmento de urna funeraria; Ricaurte.



FIGURA 87. Vasija zoomorfa policromada; Ricaurte.



FIGURA 88. Urna funeraria antropomorfa; El Espinal.

Aunque se carece todavía de suficientes investigaciones sistemáticas al respecto, se puede afirmar que la región de San Agustín fue poblada ya en la Etapa Formativa Temprana, es decir, alrededor de 3500 a. C., época en que existían nexos entre la costa Caribe y la costa Pacífica del Ecuador. La secuencia formativa agustiniana aún no ha sido elaborada pero, aparte de muchos fragmentos superficiales aún no analizados, tenemos el complejo de La Horqueta¹⁰², en el cual reconocemos un componente del Segundo Horizonte Inciso, del primer milenio antes de Cristo. Juzgando por la amplia distribución de la cerámica

¹⁰² Reichel-Dolmatoff, G., 1975, *Contribuciones al conocimiento de la estratigrafía cerámica de San Agustín, Colombia*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, (véase págs. 19-22 *et passim*).

de tipo Horqueta, se puede deducir que la región estaba densamente poblada por grupos agrícolas que tuvieron allí su propio desarrollo regional, en esta zona subtropical tan privilegiada.

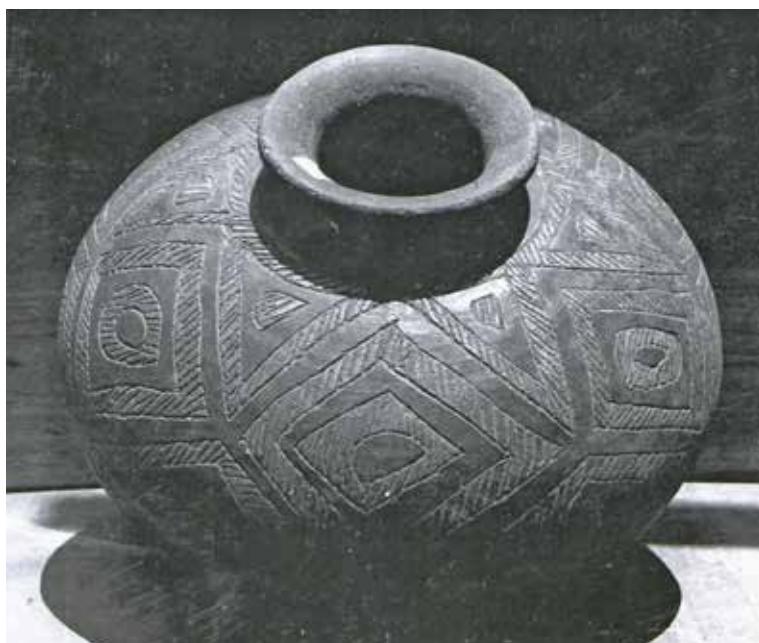


FIGURA 89. Vasija incisa; El Espinal.

Trataré en más detalle de San Agustín y de la vecina zona de Tierradentro en el capítulo siguiente, al referirme a las fases más avanzadas de los complejos cerámicos, escultóricos y arquitectónicos de estas dos regiones. Por ahora sólo quiero enfatizar la gran profundidad temporal de estos vestigios que, a través de largas etapas, evolucionaron hasta formar un centro de extraordinarios desarrollos.

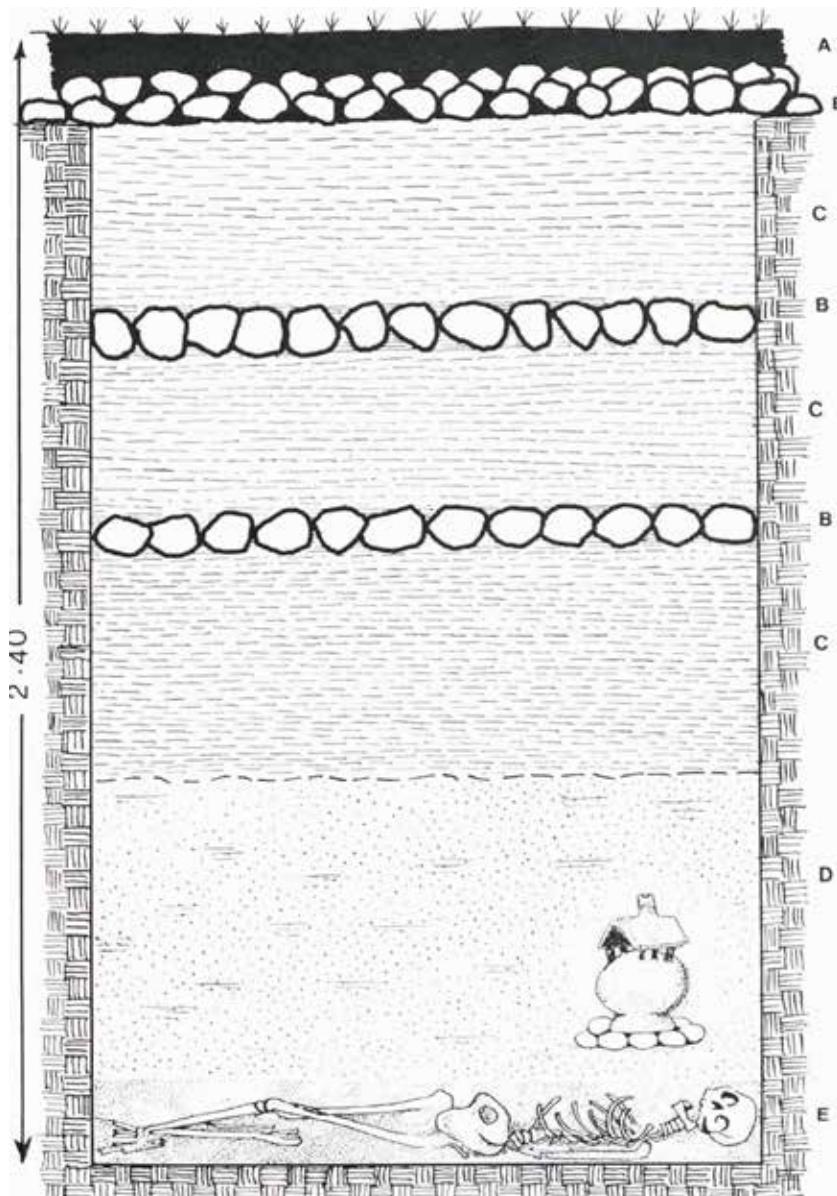


FIGURA 90. Corte transversal de entierro primario; El Guamo.

La Cordillera Central y, especialmente, la región del Quindío, serán discutidos así mismo en el capítulo siguiente y aquí anotaré sólo que esta zona montañosa seguramente estaba habitada ya desde la Etapa Formativa y aun antes. En todas partes de la cordillera abundan sitios arqueológicos, sean de habitación o cementerios, que atestiguan una densa población prehistórica, y los artefactos cerámicos, líticos y metálicos indican una gran profundidad temporal que abarca por lo menos tres mil años de culturas sedentarias. Aunque las escasas excavaciones estratigráficas en esta región del país no han producido aún vestigios de la Etapa Formativa Temprana, hallazgos superficiales y piezas contenidas en colecciones museales y particulares no dejan duda acerca del carácter esencialmente formativo de ciertas cerámicas. En efecto, al juzgar por la gran densidad de sitios y por la extraordinaria variedad de elaboraciones estilísticas y tecnológicas, parece poder deducirse que en la zona del Quindío se trata de un gran foco cultural que, durante milenios, ejerció su influencia sobre un área cuya extensión abarcó hasta tierras muy alejadas de los actuales límites de Colombia.



FIGURA 91. Cerámica zoomorfa; río Caquetá.



FIGURA 92. Adorno modelado y pintado; río Caquetá.



FIGURA 93. Copa antropomorfa; río Meta.

Un rasgo que siempre ha llamado la atención en las regiones de San Agustín y Tierradentro es la gran diversidad de tipos de entierro, debida seguramente tanto a diferentes culturas y fases cronológicas, como a diferentes atribuciones sociales. Entre estos entierros se destacan las tumbas de pozo vertical que, en su fondo, se amplía y forma una cámara o bóveda lateral donde yacen los restos sepultados. El origen de este tipo de entierro no está claro pero su distribución se concentra en la Cordillera Central, aunque ocasionalmente aparecen entierros de este tipo en zonas alejadas. En las cabeceras del río Patía se han excavado varias de estas cámaras funerarias, algunas de las

cuales contenían varios esqueletos¹⁰³. Una particularidad de estos entierros del río Patía consiste en que la estrecha entrada a la bóveda lateral estaba cerrada con una gran tinaja globular cuyo orificio estaba orientado hacia el esqueleto, mientras que su base estaba volteada hacia el fondo del pozo vertical. El ajuar de estos entierros consistía de vasijas esféricas, decoradas con motivos pintados en rojo y negro, junto con algunos objetos de oro o tumbaga, y volantes de huso, de greda cocida.

En la parte plana del valle del Cauca, cerca de Corinto, al este de Puerto Tejada, Julio César Cubillos¹⁰⁴ excavó una secuencia de tres fases cerámicas: Sachamate, Tinajas y Quebrada Seca, esta última identificada con el material estudiado en la misma región por James Ford (1944). Según Cubillos, se trata de sociedades agrícolas, aparentemente cultivadores de maíz, con una cerámica sencilla, decorada con incisiones de líneas paralelas, impresiones triangulares u ovaladas, y algunos fragmentos con pintura roja o negra. Hay una fecha radiocarbónica para la fase más antigua (Sachamate) de 1170 d. C., y es de suponer que la fase Quebrada Seca haya llegado hasta la conquista española.

¹⁰³ Lehmann, Henri, 1953, «Archéologie du sudouest colombien», *Journal de la Société des Americanistas, N. S.*, vol. XLII, págs. 199-270, París.

¹⁰⁴ Cubillos Ch., Julio César, 1984, Arqueología del Valle del Río Cauca: Asentamientos Prehispánicos en la Suela Plana del Río Cauca, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

En lo que se refiere a la Cordillera Oriental, poco se sabe acerca de los desarrollos regionales que precedieron el advenimiento de la cultura de los muiscas. Falta aún por investigar todo el espacio temporal entre los pocos vestigios del Segundo Horizonte Inciso y los comienzos de la cerámica muisca propiamente dicha. En el departamento de Santander las pocas investigaciones se han concentrado en depósitos estratificados en cuevas, con posibles afinidades con complejos cerámicos del Bajo Magdalena¹⁰⁵. Un proyecto de investigación adelantado en los años sesenta¹⁰⁶ logró definir un complejo cerámico ampliamente difundido, con fechas entre 1100 d. C. y 1400 d. C. Este complejo está representado en tumbas, depósitos en cuevas y en basuras depositadas en sitios abiertos —por ejemplo, en Oiba y Guapotá—. Sin duda, muchos de estos materiales cerámicos se relacionan con complejos de los ríos Ranchería y Cesar, así como con el noroeste de Venezuela, sobre el nivel del Segundo Horizonte Pintado. Los orígenes de esta tradición cerámica pintada de Santander, yacen probablemente en el Primer Horizonte Pintado.

La arqueología del inmenso territorio que yace al este del sistema andino permanece prácticamente desconocida.

¹⁰⁵ Warwick Bray, comunicación personal.

¹⁰⁶ Sutherland, Donald E., 1971, *Preliminary Investigations into the Prehistory of Santander, Colombia*, Disertación doctoral, Tulane University, New Orleans.

Hay algunos trabajos sobre arte rupestre¹⁰⁷, y sobre reconocimientos preliminares¹⁰⁸. El único informe detallado sobre una excavación estratigráfica trata de un basurero cerca de La Pedrera (Caquetá) y contiene una fecha de 560 d. C.¹⁰⁹. Un lugar que parece representar un antiguo sistema de

¹⁰⁷ Gansser, A., 1954, «*Altindianische Felszeichnungen aus den kolumbianischen Llanos*», *Geographica Helvetica*, n.º 2; Hildebrand, Elizabeth von, 1975, «Levantamiento de los petroglifos del río Caquetá, entre La Pedrera y Araracuara», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xix, págs. 303-370, Bogotá; Koch-Grünberg, Theodor, 1907, *Südamerikanische Felszeichnungen*, Ernst Wasmuth Verlag, Berlín.

¹⁰⁸ Bolian, Charles, 1972, *An Archaeological Survey of the Trapecio of Amazonas, Colombia*, Ponencia presentada al Northeastern Anthropological Meeting, Buffalo, New York; Bray, Warwick et al., s. f., «Archaeological Team: A Preliminary Report», *1977 Expedition-Colombia. Amazonas: A Report on an Anglo-Colombian Scientific Expedition*, págs. 21-23, London; Bray, Warwick, Colin Mc-Ewan & Leonor Herrera, 1977, *La arqueología de la región de Araracuara (Comisaría del Amazonas)*, Informe del British Expedition Project «Amazonas 77», al Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá; Uribe, María Victoria, 1981, «Reconocimiento arqueológico del valle medio del río Guamués (Putumayo)», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xxiii, págs. 253-276, Bogotá.

¹⁰⁹ Hildebrand, Elizabeth von, 1976, «Resultados preliminares del reconocimiento del sitio arqueológico de La Pedrera (Comisaría del Amazonas, Colombia)», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xx, págs. 145-176, Bogotá.

cultivo fue descrito para la región de Caño Cumaral, en los Llanos Orientales¹¹⁰.

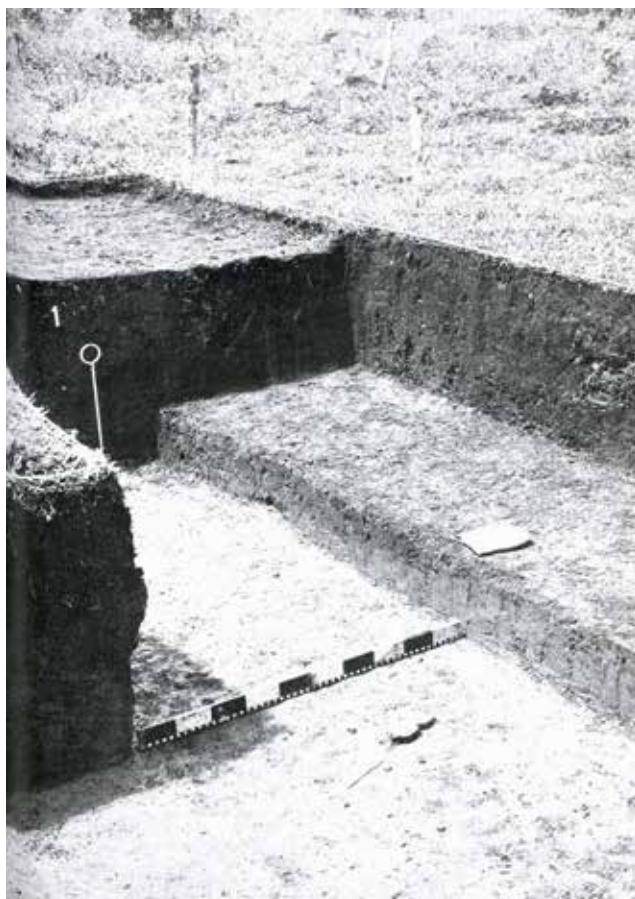


FIGURA 94. Vista parcial corte estratigráfico, sitio Primavera; San Agustín.

¹¹⁰ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1974, «Un sistema de agricultura prehistórica de los Llanos Orientales», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XVII, págs. 191-199, Bogotá.

■ CAPÍTULO VII

■ LA ETAPA DE LOS CACICAZGOS

BAJO EL NOMBRE DE CACICAZGOS o señoríos clasificamos una categoría de sociedades indígenas que se caracterizan por una combinación de rasgos, ante todo sociopolíticos y económicos. Como somera definición se puede citar la siguiente: cacicazgo es una unidad política autónoma que abarca varias aldeas o comunidades bajo el control permanente de un jefe supremo¹¹¹. Esta etapa de desarrollo

¹¹¹ Sobre el concepto de «cacicazgo», véase: Carneiro, Robert L., 1974, «A Reappraisal of the Role of Technology and Organization in the Origin of Civilization», *American Antiquity*, vol. 39, págs. 179-186; *ibidem*, 1981, «The Chiefdom: Precursor of the State» *The Transition to Statehood in the New World* (Grant D. Jones & Robert R. Kautz, editores), págs. 37-79, Cambridge University Press, Cambridge; Cohen, Ronald & Elman R. Service, 1978, *Origins of the State: The Anthropology of Political Evolution*, Institute for the Study of Human Issues, Philadelphia; Flannery, Kent V., 1972, «The Cultural Evolution of Civilization», *Annual Review of Ecology*

cultural con frecuencia forma una transición entre la sociedad tribal y la estatal; es pues un paso político fundamental. Los cacicazgos constituyen un fenómeno frecuente en la evolución de las culturas indígenas en Colombia, Venezuela, Centroamérica y otras partes, y muchos de ellos florecieron en el siglo de la conquista española, de manera que las descripciones de los cronistas ayudan grandemente a las interpretaciones de los vestigios arqueológicos.

Las regiones de Colombia donde se establecieron cacicazgos son, a grandes rasgos, las siguientes: el macizo colombiano de San Agustín y Tierradentro, el Quindío y la vecina Cordillera Central, el valle del Cauca y parte del

and Systematics, vol. 3, págs. 399-426; Pried, Morton H., 1967, *The Evolution of Political Society: An Essay in Political Anthropology*, Random House, New York; Isaac, Barry L., 1975, «*Resource Scarcity, Competition and Cooperation in Cultural Evolution*», *A Reader in Culture Change*, vol. 1 *Theories* (Ivan A. Brady & Barry L. Isaac, editores), págs. 125-143, Schenkman, Cambridge, Massachusetts; Peebles, Christopher & Susan M. Kus, «*Some Archaeological Correlates of Ranked Societies*», *American Antiquity*, vol. 42, n.º 3, págs. 421-448; Sanders, William & Barbara J. Price, 1968, *Mesoamérica: The Evolution of a Civilization*, Random House, New York; Service, Elman R., 1962, *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*, Random House, New York.

He adoptado sobre el concepto de cacicazgo la definición de Carneiro (1981, pág. 45). Barry L. Isaac (*supra*, 1975, pág. 139) hace la siguiente observación, que me parece interesante: «*In areas where wild resources were already tightly clustered, sociocultural evolution easily could have proceeded to the Chiefdom level in the absence of agriculture. We will probably discover more instances of this as... archaeology... becomes more sophisticated.*»

Magdalena, los valles de los ríos Calima, Sinú y San Jorge. También puede haber habido cacicazgos en el sur andino y en las montañas de la Cordillera Oriental, al norte del territorio muisca. Es muy posible que hayan existido otros cacicazgos, ya en la Etapa Formativa, pero que no tuvieron continuidad o acerca de los cuales carecemos de más datos.

Las características de los cacicazgos pueden variar en énfasis y en la forma de su combinación¹¹². Un rasgo dominante consiste en que la autoridad política va más allá de una aldea autónoma e incluye varias agrupaciones humanas que, generalmente, comparten una misma lengua y costumbres. La extensión geográfica también varía, pues puede ser una organización política que abarque algunas pocas aldeas, o tratarse de un valle, una hoyada hidrográfica o toda una región compuesta de varios medioambientes; de todos modos es una zona circunscrita social y geográficamente. La estructura es la de una sociedad cuyos miembros ocupan diferentes rangos —a diferencia de clases propiamente dichas—; estos rangos serían: el cacique y su parentela, un grupo de caciques menores, el común de las gentes, y una categoría de esclavos, inicialmente integrada por prisioneros de guerra; también había grupos de artesanos especializados, de comerciantes, y ocasionalmente se definen categorías de guerreros y chamanes. En sí, los cacicazgos eran profundamente desigualitarios¹¹³.

¹¹² Carneiro, Robert L., 1981, págs. 46-48.

¹¹³ Service, Elman R., 1971, pág. 140.

Otra característica de los cacicazgos consiste en que su base económica había alcanzado un nivel tan eficiente que permitía la acumulación de un excedente que podía almacenarse o utilizarse para la recompensa de servicios, en caso de guerra, o para el comercio. Este último se basaba en parte en la manufactura, distribución y adquisición de artículos de lujo, tales como joyas de oro y tumbaga, piedras semipreciosas, telas finas, plumas exóticas, cuentas de collar, conchas marinas, sal y coca, así como otros productos locales sin elaborar. Las frecuentes guerras entre cacicazgos vecinos que se disputaban tierras, esclavos y otros recursos económicos, fomentaban el sistema de prestigio y rango, adquirido o hereditario, que se expresaba en muchos aspectos de la cultura. Obviamente, el gran avance de la orfebrería y alfarería de algunos —no todos— cacicazgos se debía al creciente pedido que tenían estos artefactos de gran perfección tecnológica y estética, en una sociedad en que la riqueza personal tenía gran importancia. Los orfebres locales elaboraron el oro en muy diversas formas, sea como joyas o utensilios de prestigio y ritual; o sea como objetos de comercio e intercambio. Sobre el nivel de las sociedades tribales parece que el oro tenía poca importancia; servía de adorno personal y de distintivo de tal cual persona, pero en cantidades pequeñas y poco elaboradas. En los cacicazgos, en cambio, el oro alcanzó a tener el significado de un símbolo de estatus, privilegio de pocos y anhelado por todos que, en una sociedad de gran movilidad vertical, podían aspirar a rangos más elevados. Como es obvio, el sistema de rango se observa claramente en la

forma y el ajuar más o menos suntuoso de los entierros. Así, la elaborada tecnología de adornos, que se observa en muchos cacicazgos, es más bien el *efecto* de su organización política, y no su causa¹¹⁴.

Se debe mencionar como característica la frecuencia con que los cacicazgos se dedicaban a obras públicas arquitectónicas y de ingeniería. Estas no eran necesariamente hechas a base de piedra sino podía tratarse de grandes construcciones de tierra, de terraplenes, terrazas y sistemas de desagüe e irrigación. En la misma categoría de grandes obras caen los monumentales entierros y recintos ceremoniales tales como los de San Agustín, Tierradentro, el Quindío y el Sinú.

Las tan continuas guerras entre cacicazgos vecinos parecen haber tenido causas y consecuencias muy importantes para la evolución sociopolítica. La posesión de tierras propicias para el cultivo del maíz puede haber sido uno de los motivos, pues en muchos valles interandinos las condiciones climáticas cambian fundamentalmente con las diferencias de altura y así determinan la periodicidad y calidad de las cosechas¹¹⁵. Bajo la presión de la creciente población, consecuencia de un estilo de vida sedentario, aldeano, y atestiguada por la gran cantidad de

¹¹⁴ Carneiro, Robert L., 1974; 1981, pág. 56.

¹¹⁵ Reichel-Dolmatoff, G., 1961, «*The Agricultural Basis of the Sub-Andean Chiefdoms of Colombia*», *The Evolution of Horticultural Systems in Native South America: Causes and Consequences*, (Johannes Wilbert, editor), págs. 83-100, Caracas.

sitios arqueológicos, la población se expandió. El testimonio arqueológico aún no permite apreciar la dinámica de estos cacicazgos, grandes y minúsculos. No se conocen los procesos de fusión y fisión que indudablemente se operaron entre vecinos, sea por guerras, por la anexión pacífica, por alianzas y otros medios más.

Nos preguntamos a veces: ¿En qué se basaba el poder de los caciques? ¿Cómo pudieron organizar una mano de obra tan numerosa para construir sus proyectos públicos civiles y religiosos? ¿Estaba su poder en la posesión de un excedente de alimentos o de materias primas o se trataba de su riqueza de oro, su prestigio, su estatus a veces casi sagrado? ¿O, tal vez nuestra pregunta no hace sentido alguno porque quizás su concepto del poder era totalmente diferente al nuestro?

Los mecanismos que hicieron posible, en cada caso, el origen y la evolución de los cacicazgos, a partir de sociedades tribales, son difíciles de averiguar. Con seguridad, la disponibilidad de amplias tierras agrícolas era una condición importante para que se lograse un tal desarrollo. A ello se añadía generalmente alguna otra fuente de riqueza, tal como tierras auríferas, salinas, artesanos especializados, chamanes de gran fama, rasgos topográficos extraordinarios, tales como lagunas, volcanes, nevados. Pero estas son condiciones que pueden darse sin que la sociedad local lograse niveles de mayor complejidad cultural. Quedan abiertas estas y tantas otras preguntas.

Durante la Etapa de los Cacicazgos la institución del chamanismo tuvo un desarrollo muy notable. Observamos

su influencia pervasiva en los ritos y parafernalias de entierro, las cámaras funerarias y los sepulcros de grandes jefes. Existen representaciones de chamanes en cerámica y en esculturas líticas, en orfebrería y en el arte rupestre. Los muchos objetos relacionados con el uso de plantas alucinógenas, tales como *poporos*, tabletas para rapé, tubos para absorber, o pequeños morteros para pulverizar ciertas materias, indican que las actividades chamanísticas operaban, en parte, en una esfera visionaria, y la semejanza entre ciertos motivos decorativos y los fosfenos producidos por la ingestión de drogas comprueban la ubicuidad de un complejo de ideas que dominan muchos aspectos de la vida diaria. Se podría decir que, con los cacicazgos, se inicia la era de gran poder público de los chamanes.



FIGURA 95. Detalle de una estatua; Parque Arqueológico; San Agustín.



FIGURA 96. Estructura, Parque Arqueológico, San Agustín.

Aquí caben algunas aclaraciones importantes. Es errónea la opinión tan común de que los chamanes indígenas —de ayer y de hoy— son meros charlatanes que, con sus supercherías, embaucan a la gente. Esta es la imagen propagada por los primeros doctrineros de la Conquista y Colonia, cuya mentalidad medieval todavía estaba oscurecida por sus visiones de diablos y brujos europeos, imagen que, por desgracia, sigue viva en los países latinoamericanos. Según los conocimientos actuales acerca de los chamanes, estos son y seguramente fueron los intelectuales de

sus sociedades. Ellos son los observadores, los buscadores, los pensadores que tratan de dar un sentido a la existencia humana y de introducir un orden en el caos de la creación. Entre los chamanes hay especialistas, sea por inclinación o por educación; unos son curanderos y yerbateros, otros observan los astros, otros trazan genealogías y fijan eventos del pasado mítico-histórico en cantos y recitaciones. Hay especialistas en música religiosa, en baile y canto. Todos son mediadores entre la sociedad y el medioambiente. Los rituales del ciclo vital del individuo están a cargo de los chamanes, y así sus interpretaciones y presagios adquieren gran importancia para el desarrollo de la vida individual y comunal.

Un aspecto importante de estas prácticas y creencias consiste en el papel del chamán como ecólogo, como planificador ecológico. En la mayoría de las regiones donde se desarrollaron los cacicazgos colombianos, los solsticios y equinoccios dividen el ciclo anual en cuatro períodos de 90 días cada uno, trimestres que coinciden con las dos estaciones secas y lluviosas. Estas fechas constituyen, pues, las bases del calendario agrícola. La periodicidad y predictabilidad de estos eventos sigue siendo el foco de las preocupaciones de todo campesino. Por cierto, también es un hecho que a veces no se aprecia suficientemente que, aún sobre el nivel de cazadores, recolectores y horticultores rudimentarios, se pueden observar fenómenos cíclicos cuya predicción es una necesidad vital para la sociedad. Tales fenómenos recurrentes son, por ejemplo, las épocas de ovulación y de arribazón de peces; la periodicidad de

las migraciones de aves, moluscos marinos o animales de la selva; las temporadas de brama y de cría de los mamíferos; los ciclos de insectos comestibles, y otras más. Un buen conocimiento de estos ciclos es de gran importancia para la supervivencia y para que el chamán pueda programar las actividades del grupo. Así pues, sobre el nivel de sociedades intensamente agrícolas, como lo eran los cacicazgos, sociedades basadas en el cultivo del maíz y otros cultivos de alto rendimiento, un conocimiento adecuado de astronomía y meteorología es una necesidad apremiante, aún más vital que sobre un nivel de cazadores y pescadores.



FIGURA 97 Laja con cara incisa, Museo del Parque Arqueológico San Agustín.

La verdadera intensificación de la agricultura probablemente tuvo su origen en el hecho de que las sociedades que formaban los cacicazgos habían aprendido a reconocer y a utilizar las ventajas inherentes en ciertos medioambientes fisiográficos, donde la distribución de las lluvias, la insolación, temperatura, orientación de vertientes, condiciones edáficas y otros factores más, inducían al rápido crecimiento del maíz y permitían una gran variedad de otros cultivos. Es obvio, entonces, que en esta situación, un conocimiento de fenómenos astronómicos y meteorológicos era esencial.

En este medioambiente, en estas situaciones, la posición del chamán se vuelve poderosa, porque es entonces cuando su conocimiento especializado de principios ecológicos se vuelve crucial. Creo que el avance extraordinario que se observa durante la Etapa de los Cacicazgos, en la producción de alimentos, en el comercio, la tecnología y la creatividad artística, se debió ante todo a la influencia organizada de los chamanes en su papel de astrónomos, calendaristas y administradores de los recursos naturales, en suma, como especialistas de lo cíclico y previsible. Estoy inclinado a ver en este fenómeno la transición del chamanismo tribal a las creencias religiosas sacerdotales de los cacicazgos. Dentro del contexto de estas sociedades de rango, basadas en sistemas agrícolas eficaces, emerge un sacerdocio como un factor poderoso en la toma de decisiones. Para reforzar sus pronunciamientos, que principalmente se referían a la naturaleza y la ecología, su poder tenía que ser legitimizado por sanciones sobrenaturales.

No obstante el énfasis dado a la estabilidad y al crecimiento económico, la religión seguramente no era un fenómeno cultural secundario; la religión era esencial para la cohesión social de la comunidad, no sólo por razones psicológicas sino por la influencia tan eficaz de chamanes y sacerdotes, quienes, por medios religiosos, desempeñaron un papel dominante en el bienestar social, al controlar y orientar la explotación de los recursos naturales.

Después de haber expuesto estas consideraciones introductorias al estudio de los cacicazgos, debo ocuparme de las investigaciones arqueológicas que, en territorio colombiano, se han efectuado sobre esta etapa prehistórica.

Como primer ejemplo nos puede servir la región de San Agustín, en el llamado macizo colombiano¹¹⁶. En el

¹¹⁶ Entre las más importantes fuentes sobre arqueología de la región de San Agustín se pueden mencionar las siguientes: Bruhns, Karen Olsen, 1982, «*A View from the Bridge: Intermediate Area Sculpture in Thematic Perspective*», *Baessler-Archiv*, Neue Folge, Band xxx, págs. 147-180, Dietrich Reimer Verlag, Berlín; Cubillos, Julio César, 1980, *Arqueología de San Agustín: El Estrecho, El Parador y Mesita C*, Fondo de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Duque Gómez, Luis, 1964, *Exploraciones Arqueológicas en San Agustín*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá; Duque Gómez, Luis y Julio César Cubillos, 1979, *Arqueología de San Agustín; Alto de los Ídolos - Montículos y Tumbas*, Fondo de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; *ibidem*, 1981, *Arqueología de San Agustín: La Estación*, Fondo de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Hernández de Alba, Gregorio, 1978, *La Cultura Arqueológica de San Agustín*, Asociación Colombiana de

capítulo anterior me he referido ya a los múltiples aspectos geográficos tan favorables que encontramos en esta región que, seguramente, estuvo habitada ya desde antes de la Etapa Formativa. Obviamente sería erróneo hablar aquí de «una cultura de San Agustín»; se trata de muchas diferentes culturas, de muchas fases que se sucedieron en estas montañas, cada una con sus características propias y a lo largo de siglos y milenios.

Los orígenes de la vida sedentaria en San Agustín se deben buscar en las regiones selváticas, tanto de las cordilleras y llanuras aluviales de Colombia, como de la Alta Amazonía. En efecto, en el arte escultórico de San Agustín han sobrevivido ciertos rasgos de vestimenta, adornos y armas que indican un origen selvático tropical. Así mismo, muchos de los animales que se representan en las tallas de piedra, tales como jaguares, caimanes y serpientes grandes, pertenecen al ambiente de los grandes ríos tropicales y no a la zona templada de las cabeceras del río Magdalena.

El área arqueológica de San Agustín parece carecer de un centro urbano propiamente dicho, aunque hay pequeñas agrupaciones de viviendas nucleadas. Posiblemente

Cervecerías, Bogotá; Pérez de Barradas, José, 1947, *Arqueología Agustiniana*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá; Preuss, Konrad Theodor, 1931, *Arte Monumental Prehistórico: Excavaciones en el Alto Magdalena y San Agustín*, Imprenta Salesiana, 2 vol., Bogotá ; Reichel-Dolmatoff, G., 1972, *San Agustín. A Culture of Colombia*, Praeger Publishers, New York; *ibidem*, 1975, *Contribuciones al conocimiento de la estratigrafía cerámica de San Agustín, Colombia*, Banco Popular, Bogotá.

este hecho se debe a la conformación del terreno; no existen planadas o vegas adecuadas y parece que en todas las épocas prehistóricas la población vivía en pequeñas aldeas dispersas. Pero tampoco hay que pensar que todas las colinas de la actual zona arqueológica hayan sido ocupadas simultáneamente; más bien se puede suponer un lento flujo y reflujo de la población local, y mientras que unas elevaciones estaban pobladas otras permanecían deshabitadas durante algún tiempo.

Lo que, desde luego, ha llamado la atención, tanto de arqueólogos como del público en general, son las grandes estatuas de piedra, centenares de las cuales se hallan dispersas en lomas y valles. La forma y expresión de dichas estatuas han llevado a las más diversas interpretaciones, muchas de ellas carentes de toda credibilidad. Al mismo tiempo, la afanosa búsqueda de más y más estatuas ha marcado el tipo de investigación científica ya que, por el empeño en descubrir más monumentos grandiosos, se ha dejado de lado el estudio de contextos sociales, económicos, tecnológicos y artísticos de los antiguos pobladores. Poco sabemos de sus viviendas, sus cultivos, su cerámica, y aunque se han abierto centenares de tumbas, ni los esqueletos, ni los conjuntos de los ajuares han sido aún publicados.

Sería erróneo considerar a la luz de los conocimientos actuales que San Agustín es ante todo una necrópolis o un centro ceremonial. San Agustín es un gran foco cultural donde se encuentran vestigios de toda clase de actividades humanas, no sólo de tipo religioso. Hay aquí y allí restos de aldeas, caminos, planadas y terraplenes, rampas y zanjas;

abundan los inconfundibles signos que marcan los linderos de antiguos cultivos. Los desperdicios arrojados desde las casas forman capas de varios metros de profundidad de fragmentos cerámicos y líticos. En fin, a cada paso se observan los testimonios de una activa vida comunal en el pasado, que cubrió una extensión de unas 50.000 hectáreas.



FIGURA 98. Estatua, Meseta A, Parque Arqueológico; San Agustín.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 99. Cerámica funeraria; Tierradentro.



FIGURA 100. Cerámica trípode; Tierradentro.

Se cuenta con una secuencia cronológica parcial, basada en excavaciones estratigráficas efectuadas en basureros, y en ella definimos varios grandes períodos, todos representados por ciertos complejos cerámicos. El primer período (Horqueta) abarca los últimos siglos antes de Cristo, el segundo (Isnos) comprende los cuatro primeros siglos después de Cristo y el último (Sombrerillos) ocupa una posición tardía, protohistórica a histórica. El período más antiguo (Horqueta) contiene rasgos estilísticos en su cerámica que la relacionan con el Segundo Horizonte Inciso, es decir, el Formativo Tardío. El segundo período (Isnos) no parece estar emparentado directamente con el anterior; es ante todo un complejo pintado, con afinidades con la región del Quindío, como veremos más adelante. Hay indicios que sugieren que muchas obras de ingeniería —allanamientos, terraplenes, montículos— fueron construidas durante este período. A partir de 330 d. C., sigue un largo período de más de mil años durante el cual no se conocen detalles estratigráficos y sólo en 1410 d. C. encontramos nuevamente un conjunto estratigráfico (Sombrerillos) bien definido que, nuevamente, corresponde a una población muy distinta a las anteriores. La última fecha de radiocarbono, asociada con estos ocupantes, es de 1630 d. C. y demuestra que la región de San Agustín estaba aún habitada por indígenas cuando buena parte del territorio del país ya había sido descubierta¹¹⁷.

¹¹⁷ El principal especialista en arqueología agustiniana, Luis Duque Gómez, y algunos de sus colaboradores, han propuesto esquemas

El desarrollo cronológico del arte estatuario no se conoce, pero es evidente que se trata de un gradual desarrollo de técnicas y conceptualizaciones. Ya que estilísticamente las esculturas varían en muchos detalles, su clasificación se hace en extremo difícil y, más aún, su correlación con determinadas fases de desarrollo social y económico. Por cierto, cabe mencionar aquí que la cerámica de San Agustín, sea cual fuese su edad o procedencia, es más bien sencilla en su acabado y decoración, y que no ha sido posible aún relacionar sus características estilísticas con determinado grupo de estatuas.

Una clasificación muy tentativa de las estatuas podría tener en cuenta los estilos siguientes: estatuas en forma de columnas tocas y talla muy rudimentaria; estatuas aplanadas, de sección elíptica, y estatuas tridimensionales. Hay formas intermedias, así como pequeñas tallas en forma de clavija o taco; también hay cabezas aisladas. Los temas o personajes que se representan en estas esculturas son de una variedad asombrosa y desafían toda clasificación formal más detallada. Son seres humanos, animales y monstruos, casi todos distorsionados, desproporcionados y con rasgos bestiales. Es un arte cruel, brutal y que se basa en una imaginación cargada de violencia y terror. No sabemos a quienes representan estas esculturas: a caciques, chamanes, dioses o ancestros; de todos modos se trata de

cronológicos diferentes a los míos, ya que ellos se basan en otras premisas metodológicas.

proyecciones psicológicas muy angustiadas, posiblemente visiones producidas por el uso de drogas alucinógenas¹¹⁸.

Las manifestaciones culturales de la región de San Agustín indican que se trata de muy largas épocas de ocupación, de una población agrícola densa y de una mano de obra muy numerosa. Las construcciones de tierra son obras públicas que deben haberse efectuado bajo la dirección de la autoridad de individuos e instituciones que probablemente derivaban su poder no sólo de la posesión de bienes materiales sino también de tradiciones sagradas.



FIGURA 101. Cerámica pintada; Quindío.

¹¹⁸ Véase al respecto el capítulo vi de Reichel-Dolmatoff, G., 1972, *San Agustín: A Culture of Colombia*, Praeger Publishers, New York.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 102. Vasija con decoración champ-levé.



FIGURA 103. Vasija zoomorfa de doble vertedera; Quindío.

Desde hace varias décadas se ha prestado especial atención en el país a la región de San Agustín, cuya arqueología ante todo ha sido estudiada por Luis Duque Gómez. A él se deben muchísimas publicaciones así como la iniciativa y mantenimiento del Parque y del Museo Arqueológico de San Agustín. El énfasis en San Agustín es bien justificado ya que, como he dicho, se trata de un gran foco cultural de trascendencia americana.



FIGURA 104. Vasija con doble vertedera; Quindío.

A poca distancia de la región de San Agustín está Tierradentro, otra zona arqueológica en la cual se reconocen vestigios de antiguos cacicazgos¹¹⁹. El rasgo cultural más

¹¹⁹ Sobre la arqueología de Tierradentro, véanse entre otros: Chaves, Álvaro y Mauricio Puerta, 1980, *Entierros Primarios de Tierradentro*,

conocido hoy de Tierradentro consiste en grandes criptas o templos funerarios subterráneos que se encuentran en las cimas de algunas lomas de ese paisaje tan accidentado y montañoso. Estas cámaras son accesibles sólo por estrechas escaleras de caracol, talladas en la roca, que llevan a una gran bóveda. El techo está sostenido por gruesos pilares toscamente labrados, que dividen el espacio circular u ovalado en una serie de nichos o sectores donde yacen grandes urnas funerarias acompañadas de cerámicas que forman el ajuar. Lo más llamativo de estas criptas consiste en la decoración del techo y paredes, pues todo el interior está cubierto de motivos pintados en blanco, negro, rojo y amarillo. El motivo de base consiste en una red de líneas que forman campos romboidales y con ellos se combinan grandes caras humanas estilizadas, así como representaciones de reptiles¹²⁰.

En Tierradentro se encuentran también algunas estatuas esculpidas en piedra, pero son algo menos estilizadas

Fondo de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Chaves Mendoza, Álvaro & Mauricio Puerta Restrepo, 1978, *Tierradentro*, Mayr & Cabal, Ltda. Editores Diseñadores, IBM de Colombia, Bogotá; Long, Stanley Vernon & Juan A. Yangüez B., 1970-1971, «Excavaciones en Tierradentro», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xv, págs. 9-129, Bogotá; Nachtigall, Horst, 1955, *Tierradentro: Archäologie und Ethnographie einer kolumbianischen Landschaft*, Zürich; Pérez de Barradas, José, 1937, *Arqueología y antropología precolombinas de Tierradentro*, Bogotá.

¹²⁰ Muchos de los motivos pintados se relacionan probablemente con fosfenos.

que las de San Agustín y no tienen aquellas expresiones feroces. La cerámica de Tierradentro que más se destaca consiste de vasijas más bien burdas de color oscuro, decoradas con franjas modeladas, círculos impresos, serpientes en alto relieve y caras humanas de contorno triangular.

En lo que se refiere a las relaciones con San Agustín, se dispone sólo de pocos datos. Parece que algunas fases de San Agustín y Tierradentro estén relacionadas pero aún no se ha establecido una correlación claramente comprobada. Si tenemos en cuenta las diferentes formas de entierro, la gran elaboración de las cámaras pintadas y la existencia de obras públicas de ingeniería tales como terraplenes, rampas, zanjas de irrigación y otras, podemos concluir que Tierradentro fue otra región donde se desarrollaron uno o varios cacicazgos importantes. Por cierto, es interesante observar que se han encontrado sólo pocos objetos de orfebrería en estas dos regiones del macizo colombiano; en la mayoría de los casos parece tratarse estilísticamente de piezas introducidas desde afuera, aunque también hay indicios de orfebrería local.

El verdadero foco central donde se desarrollaron cacicazgos de muy larga trayectoria, aparentemente fue la región del Quindío, en la Cordillera Central¹²¹. Al hablar

¹²¹ Sobre la arqueología de la región del Quindío y zonas aledañas, véanse: Bruhns, Karen Olsen, 1976, «*Ancient Pottery of the Middle Cauca Valley*», *Cespedesia*, vol. v, n.º 17-18, págs. 101-196, Jardín Botánico del Valle, Cali; *ibidem*, 1971, «*Stylistic affinities between the Quimbaya gold style and a little-known ceramic style*

de arqueología colombiana se asocia generalmente esta región con los indios quimbayas del siglo XVI y con ciertos complejos cerámicos y de orfebrería. Pero estas identificaciones son erróneas y se prestan a confusiones, pues los indios quimbayas del siglo XVI eran sólo una pequeña tribu ubicada aproximadamente entre el río Chinchiná y el río Paila, mientras que los vestigios arqueológicos de la erróneamente llamada «cultura quimbaya» abarcan una

of the Middle Cauca Valley, Colombia», Ñawpa Pacha, vols. 7-8, págs. 65-90, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley; Duque Gómez, Luis, 1970, *Los Quimbayas: Reseña etno-histórica y arqueológica*, Imprenta Nacional, Bogotá; Gallagher, Jacki, 1983, *Companions of the Dead: Ceramic Tomb Sculpture from Ancient West Mexico*, Museum of Cultural History, University of California, Los Ángeles; Lathrap Donald W., John S. Isaacson y Colin McEwan, 1984, «*On the Trail of the Finest Metallurgy of the Ancient New World: How old is the Classic Quimbaya Style?*», *Field Museum of Natural History Bulletin*, vol. 55, n.º 10, págs. 11-19, Chicago; Llanos Vargas, Héctor, 1981, *Los cacicazgos de Popayán a la llegada de los Conquistadores*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Long, Stanley V., «Formas y distribución de tumbas de pozo con cámara lateral», *Razón y Fábula*, Revista de la Universidad de los Andes, vol. 1, págs. 73-87, Bogotá; Pérez de Barradas, José, 1966, *Orfebrería Prehispánica de Colombia: Estilos Quimbaya y Otros*, 2 vol. Talleres Jura, Madrid; Restrepo Tirado, Ernesto, 1929, *Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*, Imprenta de Eulogio de las Heras, Sevilla; Trimborn, Hermann, 1949, *Señorío y Barbarie en el Valle del Cauca*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid.

zona mucho más grande. Las vertientes alrededor de este grupo de grandes volcanes extintos son muy fértiles, superiores aun a las del macizo colombiano, y la extraordinaria abundancia de los yacimientos arqueológicos demuestra que se trata de una región cultural que, desde miles de años, ha sido poblada por diversos grupos indígenas. Obviamente no se trata de una población homogénea sino de desarrollos culturales en los cuales se combinaron períodos de migraciones y guerras, con períodos de estabilidad y continuidad. Además, cuando hablo aquí del Quindío como gran foco cultural, no me estoy refiriendo solamente al macizo volcánico y sus vertientes inmediatas sino incluyo las vertientes orientales hasta el río Magdalena, por lo menos entre Honda y El Guamo, así como también el valle del Cauca y las faldas adyacentes de la Cordillera Occidental.



FIGURA 105. Vasija zoomorfa; Quindío.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURAS 106-107. Figuras antropomorfas; Quindío.

Desde los mismos años de la Conquista, y sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo pasado, el Quindío y su riqueza arqueológica han sido el centro de actividades de los buscadores de tesoros, de los *guaqueros*. Estas gentes han hecho, y siguen haciendo, un daño inmensurable al patrimonio de la nación, al destruir la evidencia científica y artística de los lugares excavados con el solo afán de lucro. El Quindío y sus alrededores ofrecen pues un campo desolador donde resulta en lo sumo difícil encontrar un cementerio indígena intacto. Hay sin embargo muchísimos sitios de vivienda y basureros intactos, pues sólo excepcionalmente han sido explorados. Por cierto, entre los hacendados y profesionales, desde el siglo pasado, ha habido algunos que formaron colecciones particulares, no sólo de objetos de oro sino también de cerámicas y de artefactos líticos. Muchas de estas colecciones fueron vendidas o regaladas a museos extranjeros¹²², pero por fortuna aún

¹²² En 1892, con ocasión de la celebración del iv Centenario del descubrimiento de América, el Gobierno de Colombia regaló al de España un gran conjunto de objetos de orfebrería precolombina, el llamado «Tesoro de los Quimbayas», acompañado de una colección muy numerosa de piezas cerámicas procedentes ante todo de la región del Quindío. Parte de esta colección cerámica se encuentra en el Field Museum of Natural History, en Chicago, ciudad donde, en el mismo año, se celebró una Exposición Mundial en la cual fueron expuestas estas piezas colombianas. Véase: Restrepo Tirado, Ernesto & I. Arias, 1893, *Catálogo de los objetos que presenta el Gobierno de Colombia a la Exposición Histórica Americana en Madrid*, Madrid; Seler, Eduard, 1893, *Peruanische Alterthümer*, Berlín (Láminas XLIX-LXIV). El Tesoro de los

existen en Colombia algunos conjuntos valiosos, sea en museos oficiales o en manos particulares. Sin embargo, se presenta el problema de que las piezas que conforman estas colecciones generalmente carecen de toda documentación referente a las condiciones del hallazgo, a las asociaciones y demás detalles de importancia arqueológica. A veces no se conoce ni el municipio dentro de cuyo límite fue encontrado el objeto. Al examinar las colecciones «quimbaya» salta a la vista que se trata de etapas y fases cronológicas muy diversas. En efecto, se observa toda una gama tipológica que abarca tal vez 3.000 años, desde la Etapa Formativa Temprana hasta la época de la conquista española. También es un hecho que estas colecciones «quimbaya» fueron adquiridas con criterios selectivos, donde primó el valor estético o exótico del objeto; por tal motivo dentro de aquellos conjuntos no aparecen pues cerámicas sencillas o sin decoración, es decir, las de uso común y doméstico. Desafortunadamente este mismo criterio del coleccionista

Quimbayas se encuentra en el Museo de América, en Madrid. El Presidente Rufino Cuervo regaló al arqueólogo alemán Adolf Bastian, una numerosa colección procedente de la Cordillera Central, para el Museo de Berlín (véase Bastian, A., 1878, *Die Culturländer des Alten America*, 2 vol., Berlín, pág. 333).

Un gran coleccionista colombiano de aquella época, quien reunió muchas piezas de la Cordillera Central, sobre todo de Antioquia, fue Gonzalo Ramos Ruiz. La mayoría de su colección la vendió a museos europeos, a fines del siglo XIX, pero un lote muy importante fue vendido, hace unos veinte años, por Alfredo Ramos Urdaneta, al Museo del Oro, Banco de la República.

esteta también ha sido la regla para la adquisición en general de objetos de museo del país; por consiguiente, aquellas colecciones no son realmente representativas de las culturas arqueológicas en cuestión.

Fue sólo en épocas recientes cuando algunos arqueólogos han comenzado a hacer excavaciones estratigráficas y a clasificar sistemáticamente las colecciones existentes, pero no obstante estos esfuerzos, se está aún lejos de disponer de un marco de referencia temporal y espacial de las antiguas culturas del Quindío.

Veamos aquí un breve resumen de los pocos datos disponibles.



FIGURA 108. Figura antropomorfa; Quindío.



FIGURA 109. Pintadera en forma de barra; Quindío.

La arqueóloga norteamericana Karen Olsen Bruhns (1976) inicialmente agrupó la cerámica del Cauca Medio y regiones vecinas, en ocho categorías, basándose en criterios de decoración y tratamiento de la superficie. Posteriormente reagrupó estas categorías en cuatro grandes complejos o estilos cerámicos; cada uno representa un conjunto delimitado en tiempo y espacio, pero en su totalidad corresponden a aquel vago concepto de «cerámica quimbaya». Estos cuatro complejos fueron llamados Complejo Cauca Medio, Complejo Caldas, Complejo Carmelito Inciso y Complejo Tricolor; como se ve, dos complejos se denominan según zonas geográficas, mientras que los otros dos reciben su nombre de acuerdo con rasgos decorativos.

El Complejo Cauca Medio se extiende ante todo entre Buga y Medellín e incluye el subestilo llamado Yotoco (Bray & Moseley, 1969-1970). Las principales características de la cerámica del Cauca Medio son: recipientes de pasta dura y delgada, con decoración negativa negra sobre fondo rojo o blanco; también hay figurinas con esta decoración. Se mencionan varias clases de cerámicas tales como Negativa Tricolor, Negativa Punteada y Blanca Negativa sobre Naranja. En lo que se refiere a formas, estas incluyen copas de base cónica truncada, cazuelas semiesféricas y vasijas cónicas truncadas. Una forma parecida a un ánfora

clásica es frecuente en ambos complejos, Cauca Medio y Caldas. Otras formas son vasijas antropomorfas, vasijas con vertederas en forma de estribo, vasijas con doble vertedera, vasijas silbantes y un gran número de otras formas¹²³. Hay algunas representaciones de casas con techo de dos aguas y hay muchas variantes de vasijas antropomorfas o figuras que representan personajes ricamente pintados, a veces sentados en banquitos. Todas estas cerámicas proceden ante todo de entierros y poco se sabe de la cerámica de uso doméstico. Algunas fechas de radiocarbono colocan el Complejo Cauca Medio alrededor de 1100 d. C.¹²⁴.

El Complejo Caldas se encuentra en una región más restringida y se limita más bien al territorio del antiguo departamento de Caldas. Consiste de varios estilos estrechamente interrelacionados y que a grandes rasgos se caracterizan por la decoración negativa negra sobre baño rojo. Un subestilo, identificado en el Sur, se denomina Sonso (Bray & Moseley, 1971) o «Calima», según

¹²³ Encuentro desafortunada la costumbre de utilizar términos como *alcarraza* o *gazofilacio*, para describir las formas cerámicas precolombinas del Quindío. También designaciones como florero, compotera, chocolatera, pebetero, o colombianismos como *chorette*, *mate*, *múcura*, *moya*, *pora*, *rogache*, deberán evitarse en una descripción técnica. Es extraño en una publicación científica el uso del vernacular de guaqueiros para la descripción de entierros.

¹²⁴ Dos muestras de carbón tomadas de un entierro encontrado en el municipio de Córdoba (Quindío) dieron las fechas siguientes: 850 ± 80 antes de presente (1100 d. C.) y 550 ± 70 antes de presente (1400 d. C.) (véase Bruhns, 1976, pág. 103).

estos dos investigadores. También se destaca el estilo Aplicado Inciso que se limita al norte del departamento de Caldas y al sur de Antioquia. En este caso la decoración consiste en elementos modelados y aplicados, así como en incisiones superficiales; se representan caras o cuerpos humanos grotescamente distorsionados, que se adaptan a la superficie de vasijas cuya parte superior generalmente tiene la forma de un rombo. Estilísticamente el Complejo Caldas está derivado del Complejo Cauca Medio, y las fechas radiocarbónicas lo comprueban¹²⁵, pero hay mucha diversidad decorativa. Las figuras antropomorfas sólidas rectangulares, así como las huecas, pintadas, están asociadas a uno de los subestilos del Complejo Caldas.

Los dos restantes complejos que Bruhns aisló son el Complejo Marrón Inciso y el Complejo Tricolor, los cuales ocurren en el área restringida de Pereira (departamento de Risaralda) y Manizales (departamento de Caldas). El Complejo Marrón Inciso se observa ante todo en urnas funerarias de forma aproximadamente cilíndrica, adornadas con varias prominencias en la zona del hombro que, por su parte, están rodeadas por líneas incisas que forman arcos sobre estos abultamientos. A veces dichas urnas están adornadas con figuras humanas o, por lo menos, con caras modeladas y de contornos aproximadamente triangulares. Representan un fenotipo humano que se encuentra a

¹²⁵ Dos muestras de carbón de un entierro de La Tebaida (Caldas) dieron las fechas de 830 ± 90 antes de presente (1120 d. C.) y 900 ± 120 antes de presente (1050 d. C.) (Véase Bruhns, 1976, pág. 103).

veces en la cerámica y la orfebrería de la región del Quindío, pero que también aparece muy notablemente en el valle del río Sinú¹²⁶.

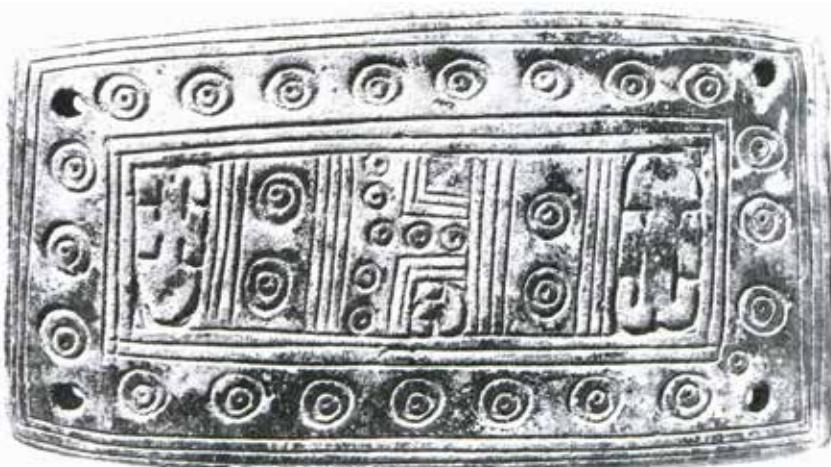


FIGURA 110. Placa de cerámica; Popayán.

El lector se habrá dado cuenta de que nos encontramos aquí delante de una gran variedad de tradiciones cerámicas que indican tanto una gran extensión de población, como largos períodos de desarrollo. Al comparar en detalle las

¹²⁶ La comparación estilística que Bruhns hizo entre una pieza del Tesoro de los Quimbayas y una urna funeraria del Complejo Carmelita Inciso, suscitó una hipótesis interesante acerca de la edad de estas dos categorías de artefactos y la actividad volcánica en las cordilleras ecuatorianas y colombianas. Al respecto véase Lathrap, Donald W., John S. Isaacson y Colin McEwan, *supra*. Nota 125, 1984.

numerosísimas colecciones que proceden de la región del Quindío, se observan piezas que indudablemente se relacionan con el Primer Horizonte Inciso (Monsú), con el Segundo Horizonte Inciso (Momil), con el Primer Horizonte Pintado (río Ranchería), con cerámicas de Tierra Alta (Sinú), Arrancaplumas (Tolima) y río de la Miel (Caldas). Dentro del total de material cerámico conocido de la región del Quindío, puede que existan piezas aisladas introducidas por comercio, pero no creo que esto sea la única explicación; en efecto, tengo la impresión de que ciertos complejos cerámicos tales como los del Formativo Temprano a Tardío, en una época se extendieron hasta el Quindío, por ejemplo, que la gente que produjo el complejo de Arrancaplumas efectivamente vivió en las faldas de la Cordillera Central y que, en épocas más recientes, haya habido un contacto estrecho entre las culturas del Magdalena Medio y las del Quindío y del Cauca Medio. Estos problemas se resolverán sólo en el futuro, cuando los investigadores dejen de embelesarse por el *objeto*, por tumbas y criptas, y se dediquen a la excavación estratigráfica de basureros, sitios habitacionales y restos de talleres cerámicos, líticos y metalúrgicos.

Cabe preguntarnos: ¿cuál es el contexto más amplio de esta profusión de cerámicas que se encuentran en la región del Quindío? Los datos arqueológicos basados en excavaciones controladas son pocos. Parece que la pauta de asentamientos era la de aldeas dispersas rodeadas de campos de cultivo, ante todo de maíz. Existen en la región minas de oro y de sal pero no hay datos acerca de grandes

obras de ingeniería tales como grandes montículos o terraplenes. Hay algunas pocas estatuas de piedra, pero más bien talladas en relieve.



FIGURA 111. Motivo decorativo de una pintadera plana; Quindío.

El rasgo cultural que más se conoce son los entierros. El principal tipo consiste en un pozo vertical con una o varias cámaras laterales en el fondo, pero también hay entierros en tumbas rectangulares revestidas de lajas, o en simples pozos más bien superficiales. Hay entierros primarios y secundarios, individuales y colectivos. Claramente, la sociedad —o sociedades— que construyó estas tumbas estaba basada en una organización por rangos, pues la calidad del ajuar varía muy notablemente y así nos da la medida de las diferencias de rango y prestigio. Los muertos de alto rango —caciques, chamanes, guerreros— fueron enterrados en grandes bóvedas muy elaboradas, probablemente junto con sus criados y mujeres. Los ajuares consisten a veces de centenares de cerámicas, tanto de vasijas como de figurinas, y además se encuentran collares hechos de piedras semipreciosas, volantes de huso, rodillos o sellos para decorar el cuerpo, hachas y cinceles, y muchos otros artefactos más. En buena parte la riqueza personal consistía en objetos de oro. No sólo se han encontrado joyas tales como narigueras, orejeras, pulseras, máscaras, collares, anillos, pectorales y diademas, sino también recipientes, cucharas, anzuelos, agujas y pinzas para depilar. Un rasgo cultural muy común fue el uso de la coca masticada; para lograr el efecto deseado se debía consumir adicionalmente una pequeña cantidad de cal viva que se guardaba en frascos¹²⁷ provistos de un pequeño orificio por el cual se

¹²⁷ En la literatura antropológica colombiana estos recipientes para cal se denominan generalmente con el término indígena *poporo*.

extraía la cal pulverizada, por medio de un palillo o estilo alargado. Ambos elementos —los frascos y los estilos— preciosamente hechos de oro, se han encontrado en los entierros y también existen representaciones humanas que muestran personas que llevan estos artefactos en sus manos. En algunos entierros se han encontrado armas tales como

Los llamados «alfileres» de oro que se encuentran en las regiones del Quindío y del río Calima, muy probablemente sirvieron para extraer una pequeña cantidad de cal, mojando con la lengua el extremo de la varita.

Algunas obras sobre orfebrería colombiana son las siguientes: Bray, Warwick, «*Gold Working in Ancient America*», *El Dorado: The Gold of Ancient Colombia* (Julie Jones, editor), págs. 33-40; *ibidem*, 1974, «*The Organization of the Metal Trade*», págs. 41-52, Center for InterAmerican Relations and the American Federation of Arts, New York; Plazas de Nieto, Clemencia, 1975, *Nueva Metodología para la Clasificación de Orfebrería Prehispánica*, Jorge Plazas Editor Ltds., Bogotá; Reichel-Dolmatoff, G., 1981, «*Things of Beauty Replete with Meaning — Metals and Crystals in Colombian Indian Cosmology*», *Gold and Emerald Treasures of Colombia* (Dorothy Halle Seligman, editor), págs. 17-33, Natural History Museum, Los Ángeles; Pérez de Barradas, José, 1954, *Orfebrería Prehispánica de Colombia, Estilo Calima*, 2 vol. Talleres Gráficos Jura, Madrid; *ibidem*, 1958, *Orfebrería Prehispánica de Colombia, Estilos Tolima y Muisca*, 2 vol.; *ibidem*, 1966, *Orfebrería Prehispánica de Colombia, Estilos Quimbaya y Otros*, 2 vol.; Root, William C., 1964, «*Pre-Columbian Metalwork of Colombia and its Neighbours*», *Essays in PreColumbian Art and Archaeology* (Samuel K. Lothrop, editor), págs. 242-257, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts; Restrepo, Vicente, 1952, *Estudio sobre las Minas de Oro y Plata de Colombia*, Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, Bogotá.

lanzas y macanas, manufacturadas de durísimas maderas; en otros había esqueletos humanos coronados de diademas y cuyos dedos estaban cubiertos con garras de jaguar hechas de oro. En el otro extremo de la escala social los entierros contienen apenas una o dos vasijas sencillas y, tal vez, una nariguera de oro de bajos quilates. Entre los dos extremos se observa toda la gama de rangos, expresada en la cantidad y calidad de sus ofrendas funerarias.

Para resumir se puede decir lo siguiente: en términos de alfarería y orfebrería la región del Quindío es tal vez la más avanzada en tecnología y, en lo que se refiere a la estética de sus productos, se pueden destacar algunas joyas de orfebrería o formas de cerámica como piezas de gran belleza. No cabe duda de que estos logros artísticos y tecnológicos sean resultado de una larga evolución cultural; tanto más es de deploar la falta de investigaciones sistemáticas en esta zona tan importante del país. En efecto, mientras que no se disponga de una columna estratigráfica para la región del Quindío, que nos muestre una aproximada secuencia de fases de desarrollo durante los dos o tres mil años precedentes a la Conquista, sería prematuro tratar de trazar relaciones culturales con otras regiones.

Otra zona, donde se encuentran vestigios de culturas arqueológicas que sugieren la forma de antiguos cacicazgos, está constituida por la hoyada del río Calima (departamento del Valle) y por las vertientes orientales de la Cordillera Occidental, a la espalda de las cabeceras de aquel río. Calima no fue el nombre de ninguna tribu, y al atribuir esta designación a un conjunto de vestigios arqueológicos

debemos tener en cuenta que nuevamente se trata de artefactos que pertenecen a diferentes fases culturales y cronológicas.

El primer arqueólogo que efectuara excavaciones en aquella parte de la Cordillera Occidental fue el sueco Henry Wassen, del Museo de Göteborg, quien, en 1935, investigó la vertiente entre las poblaciones de Yotoco y Restrepo, en el valle del Cauca¹²⁸. Wassen excavó nueve tumbas

¹²⁸ Las siguientes publicaciones sobre la arqueología de la región del río Calima constituyen fuentes básicas para la investigación: Bray, Warwick, 1962, «Investigaciones arqueológicas en el valle del Calima», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XI, págs. 319-328, Bogotá; Bray, Warwick & M. Edward Moseley, 1971, «An Archaeological Sequence from the Vicinity of Buga, Colombia», *Ñawpa Pacha*, n.º 7-8, págs. 85-103, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley: véase también la versión española en 1976, *Cespedesia*, vol. v, n.º 17-18, págs. 55-78, Jardín Botánico del Valle, Cali; Caldas, Ana María de, Álvaro Chaves Mendoza & Marina Villamizar, 1972, «Las tumbas del valle de El Dorado», *Antropología* 5, Universidad de los Andes, Bogotá; Dussan de Reichen, Alicia, 1969, «Contribuciones al estudio de la Cultura Calima de Colombia», *Revista del Museo Nacional*, tomo xv, págs. 61-67, Lima; Pérez de Barradas, José, 1954, *Orfebrería Prehispánica de Colombia, Estilo Calima*, 2 vol., Talleres Gráficos Jura, Madrid; Pineda G., Roberto, 1945, «Material arqueológico de la zona Calima», *Boletín de Arqueología*, vol. I, n.º 6, págs. 491-519, Bogotá; *Pro-Calima: Archäologisch-ethnologisches Project im westlichen Kolumbien / Südamerika*, n.º 1/1980, 2/1981, 3/1983, Solothurn y Basilea, Suiza; Plazas, Clemencia, «Gold objets from Primavera: Links between Calima, San Agustín and the Cauca Valley», *Pro-Calima*, 3/1983, págs. 40-41; Wassen, Henry, 1936,

de pozo con cámara lateral y encontró en ellas algunas cerámicas, volantes de huso, hachas de piedra y unos pequeños adornos personales de tumbaga. En aquellos años el nombre Calima aún no se aplicaba a los vestigios arqueológicos de la región, y fue sólo en la década de los cuarenta cuando los guaqueros hallaron entierros muy ricos en las cabeceras del río Calima, que este nombre comenzó a ser asociado con las cerámicas y joyas de oro encontradas allí.

Las investigaciones en mayor escala se iniciaron en 1962 cuando una misión inglesa, bajo Warwick Bray, practicó excavaciones dentro de un proyecto que sigue desarrollándose desde entonces¹²⁹. Warwick Bray y sus colaboradores lograron descubrir una compleja red de caminos prehistóricos cuyo trazado sugiere buenos conocimientos de ingeniería aborigen. Gran parte de las leves colinas del alto río Calima muestran las huellas inconfundibles de una densa población prehistórica que había transformado esta región en un paisaje cultural, marcado por gran número de zanjas superficiales de drenaje que cubrían los antiguos campos de cultivo. También encontraron gran número de plataformas donde estaban ubicadas las casas, las cuales ocasionalmente formaban núcleos que indicaban aldeas.

«An Archaeological Study in the Western Colombian Cordillera», *Etnologiska Studier*, n.º 2, págs. 30-67, Göteborg; véase también la versión española en 1976, *Cespedesia*, vol. v, n.º 17-18, págs. 9-38, Cali.

¹²⁹ El proyecto se llama actualmente PROCALIMA y se desarrolla por parte de una asociación trilateral de Inglaterra, Suiza y Colombia.

Un rasgo muy interesante consiste en extensas plataformas ovaladas, en cuyo centro sobresale un afloramiento de roca natural; probablemente se trata de lugares que tuvieron una función ritual.

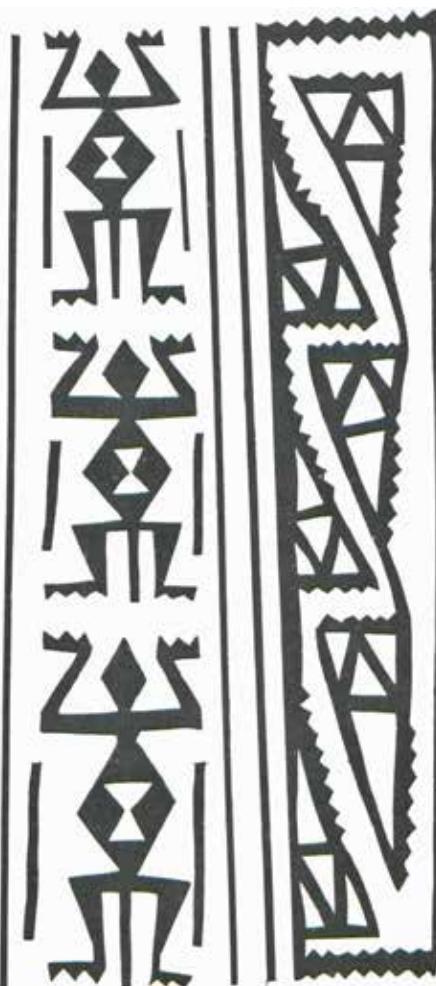


FIGURA 112. Motivo decorativo de una pintadera plana; Quindío.

La forma principal de los entierros consiste nuevamente de pozos verticales provistos de una cámara lateral. Las marcadas diferencias en la calidad y cantidad del ajuar indican, tal como en el caso del Quindío, una sociedad basada en un sistema de rangos. Los objetos de oro que se han encontrado en estos lugares funerarios constituyen joyas personales muy elaboradas con que se ataviaba a los difuntos. Las piezas más espectaculares son los grandes pectorales adornados con mascarones repujados. Hay diademas, brazaletes, narigueras, orejeras, pinzas y otros objetos, generalmente manufacturados de oro de muy buena ley. Un artefacto característico son los llamados «alfileres», instrumentos para extraer la cal de un recipiente; son varitas sólidas de oro en cuyo extremo superior hay una pequeña escultura antropo o zoomorfa elaborada con la técnica llamada de cera perdida.



FIGURA 113. Vasija en forma de un hombre cargando un canasto; río Calima.

El primer esbozo cronológico para la región fue presentado por Warwick Bray, quien obtuvo algunas fechas radiocarbónicas y de termoluminiscencia en sus excavaciones en el valle del Cauca, adyacente a la región del Calima. En la Hacienda Moralba y otros sitios vecinos definió el Periodo Yotoco, con una posición cronológica aproximadamente de 1000 d. C. a 1200 d. C.¹³⁰. Formas características consisten en vasijas decoradas con motivos curvilineares pintados en tres colores, así como vasijas globulares, de cuello cilíndrico y provistas de tres asas, dos en la parte alta del cuello y una en la parte basal. También existen vasijas silbantes en forma de sapo, con dos vertederas. Sigue el Periodo Sonso, a partir de 1200 d. C., hasta la conquista española. La forma cerámica más característica es la de copas decoradas con pintura negra sobre fondo rojo. A diferencia de la cerámica de Yotoco, la de Sonso muestra motivos de líneas rectas y de paneles negros rectangulares. A esta secuencia relativamente tardía, Bray antepone un periodo hipotético que designa como Calima Temprano (Ilama), fechado aproximadamente entre 300 a. C. y 1000 d. C.. A este primer periodo se atribuyen muchas cerámicas modeladas y decoradas con un fino hachurado zonificado de líneas rectas muy simétricamente trazadas. Una forma característica muestra una persona modelada en posición acurrucada y que lleva en su espalda un gran canasto cilíndrico, el cual se confunde con el mismo cuerpo

¹³⁰ Para detalles de las fechas radiocarbónicas véase *Pro-Calima*, 2/1981, pág. 2.

de la persona. Al mismo estilo pertenecen vasijas modeladas zoomorfas o de personas de pie.



FIGURA 114. Vasija en forma de hombre cargando un canasto; río Calima.

Aquí cabe una observación sobre el fenotipo con el cual se representan las caras humanas en el arte alfarero Calima Temprano. En los Periodos Yotoco y Sonso los

rasgos faciales consisten por lo general de ojos en forma de grano de café, con párpados pesados, y una nariz grande curva, de marcado filo; en términos generales este tipo es bastante parecido al de muchas representaciones cerámicas de la región del Quindío. En cambio, el fenotipo del Periodo Calima Temprano es muy diferente pues la nariz es corta y abultada, los labios son gruesos y dos profundas arrugas separan las mejillas de la boca¹³¹. Esto da la impresión de que el Periodo Calima Tardío representa personas de un tipo físico diferente. Sin embargo, el problema se complica al observar que algunos de los mascarones de oro que pertenecen a la orfebrería del Periodo Calima Tardío muestran un fenotipo similar al de ciertas vasijas antropomorfas de la región del Quindío. El significado de estas diferencias se sabrá sólo cuando se disponga de una secuencia cronológica de ambas regiones.

Las relaciones externas de la región del Calima son muy complejas. Indudablemente existió un estrecho contacto con las culturas del Quindío, atestiguado por muchos elementos que comparten, pero la naturaleza precisa de estos contactos es incierta ya que en ambas regiones se trata de largas secuencias de desarrollo que tal vez no siempre fueron sincrónicas. También hay indicios de relaciones entre el valle del Cauca, Calima y San Agustín¹³². Un problema especial consiste en la penetración de las culturas del

¹³¹ El mismo fenotipo aparece en cerámicas antropomorfas no fechadas, en la región de Zambrano, bajo río Magdalena.

¹³² Plazas, Clemencia, *Pro-Calima*, 3 / 1983, págs. 40-41.

río Calima hacia la costa Pacífica. En 1960 excavamos mi esposa y yo el sitio de Catanguero, sobre el bajo río Calima, cerca de su confluencia con el río San Juan¹³³. Fuera de relacionarse con las cerámicas del Periodo Mataje I, de la región de Tumaco (véase Capítulo V) se observan ciertos rasgos que sugieren un parentesco con el Periodo Calima Temprano propuesto por Bray, especialmente la decoración finamente incisa y zonificada. Una fecha basada en partículas de carbón vegetal es de 2200 ± 100 antes de presente, lo que sería 250 a. C. Hace poco ha sido sugerido que la difusión procedió del Quindío hacia el Calima y de allí hacia la costa Pacífica y Tumaco¹³⁴.



FIGURA 115. Vasija zoomorfa; río Calima.

¹³³ El bajo río San Juan constituye el límite norte de difusión de los complejos cerámicos de la región de Tumaco.

¹³⁴ Donald W. Lathrap, University of Illinois (comunicación personal).



FIGURA 116. Vasija de doble vertedera; río Calima.

Subiendo el río Cauca y explorando la zona andina del sur del país, se encuentran vestigios de pequeños cacicazgos en las faldas de las cordilleras. Cerca de Cali han sido identificados tres complejos cerámicos: Pichindé, río Bolo y quebrada Seca, todos ellos denominados según los pequeños ríos en cuyas riberas se excavaron algunos sitios habitacionales y de entierros¹³⁵. Las sepulturas consisten de pozos con cámaras laterales de planta circular o elíptica, generalmente ubicados en lo más alto de las colinas o filos. En Pichindé los pozos verticales estaban llenos de cantos rodados, lo cual no se observó en los otros complejos. Cada complejo cerámico muestra rasgos distintivos. Los ajuares de Pichindé consisten de vasijas burdas, a veces usadas como urnas que se encuentran asociadas con volantes

¹³⁵ Ford, James A., 1944, «*Excavations in the Vicinity of Cali*», *Yale University Publications in Anthropology*, n.º 31, New Haven.

de huso. La cerámica de río Bolo se destaca por su baño rojo y sus formas algo más variadas tales como copas de pie alto. Quebrada Seca es el complejo más elaborado, uno de los sepulcros contenía cinco entierros primarios acompañados por 260 vasijas, y algunas otras tumbas contenían así mismo gran número de cerámicas. La mayoría de las vasijas está cubierta de un baño rojo que cubre toda la superficie externa, excepto una franja alrededor del cuello. Una forma bastante común consiste en un recipiente de pedestal alto, adornado con incisiones irregulares, pequeños elementos aplicados y caras humanas modeladas. Los tres complejos de los alrededores de Cali no parecen tener relaciones con las culturas prehistóricas de Tierradentro, Calima y Quindío; probablemente se trata de desarrollos comparativamente recientes que datan de pocos siglos antes de la Conquista.

Cerca de Popayán, en la zona de la hacienda La Marquesa, se ha encontrado otra extensión de las tumbas con cámara lateral que, en estas partes, parecen identificarse con los cacicazgos. Allí se halló un entierro que contenía un conjunto extraordinario de ofrendas. Entre otras piezas, se destacan varias figuras antropomorfas de cerámica, las que muestran guerreros (?) que llevan escudos circulares y cascós con crestas; ellos están sentados sobre banquitos de cuatro patas. Nuevamente se observa en estas figuras la deformación artificial de las pantorrillas y se puede tal vez sugerir una relación entre estas figuras de guerreros o chamanes y las del gran complejo funerario del Magdalena Medio. Sobre la espalda de estas figuras se levantan

animales fantásticos, que también llevan crestas. Fuera de estos objetos de cerámica, la tumba contenía una gran figura de oro, representación de un personaje muy estilizado, adornado con un elaborado atavío. La parte inferior, al pie de la figura, consiste de una delgada placa semilunar. Así mismo, las pantorrillas están deformadas por ligaduras, y dos animales fantásticos, provistos de crestas dorsales, se muestran en perfil sobre los brazos de la figura. El objeto se encuentra en el Museo Británico en Londres, pero piezas muy similares, también procedentes de la región de Popayán, están en el Museo de Oro, en Bogotá¹³⁶.



FIGURA 117. Vasija antropomorfa; Yotoco.

¹³⁶ Véase Pérez de Barradas, José, 1965, *Orfebrería Prehispánica de Colombia; Estilos Quimbaya y Otros*, vol. II, Láminas 98-99, Madrid.



FIGURA 118. Plato pintado; Nariño.

El mismo tipo de tumbas con cámara lateral es frecuente en la parte sureña de los Andes colombianos, limítrofes con el Ecuador. Recientes investigaciones en el departamento de Nariño sugieren que las cerámicas de esta región del país forman una extensión de desarrollos ecuatorianos, en especial de la zona de Carchi. El antiguamente llamado «Complejo de Tuncahuan» se subdividió, en el Ecuador, en dos estilos principales: el Estilo Piatral, de decoración negativa tricolor y el Estilo Capulí, de decoración negativa bicolor¹³⁷. Esta misma clasificación ha sido adoptada por María Victoria Uribe, para el altiplano

¹³⁷ Francisco, Alice E., 1969, *An Archaeological Sequence from Carchi, Ecuador*, Disertación doctoral, University of California, Berkeley.

nariñense¹³⁸. Un tercer estilo, llamado Tuza, fue correlacionado con la población indígena de comienzos de la etapa histórica¹³⁹.



FIGURA 119. Vasija pintada; Nariño.

-
- ¹³⁸ Uribe, María Victoria, «Relaciones prehistóricas entre la Costa del Pacífico y el altiplano nariñense», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xx, págs. 11-24, Bogotá; *ibidem*, 1977-1978, «Asentamientos prehispánicos en el altiplano de Ipiales, Colombia», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xxI, págs. 57-196, Bogotá; véase también Cardale de Schrimpf, Marianne, «Textiles arqueológicos de Nariño», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. xxI, págs. 246-282; 1980, «Objetos prehispánicos de madera procedentes del altiplano nariñense, Colombia», *Boletín Museo del Oro*, año 3, págs. 1-15, Bogotá.
- ¹³⁹ Grijalva, Carlos E., 1947, *La expedición de Max Uhle a Cuasmal, o sea la protohistoria de Imbabura y Carchi*, Editorial Chimborazo, Quito.



FIGURA 120. Copia pintada; Nariño.

Antes de ocuparnos de otras áreas del país, caben algunas observaciones finales que resumen la descripción de los cacicazgos de la Cordillera Central y del adyacente valle del Cauca. Los rasgos que más distinguen estas sociedades son sus sistemas agrícolas tan extensos, sus grandes adelantos en metalurgia y alfarería, todo aquello dentro de un marco de sociedades de rango y de gran belicosidad. Los cronistas del siglo XVI, quienes bien conocieron a estos indígenas, nos hablan en detalle de sus guerras intertribales, de su canibalismo, sus sacrificios humanos, infanticidios y otras tantas costumbres que hacen parecer a estas gentes como aguerridas y en extremo crueles. En cambio, las cerámicas y joyas de oro que forman el legado arqueológico de estas sociedades muestran un gran refinamiento artístico, una gran sensibilidad de formas, texturas y colores, lo que mal concuerda con la imagen del guerrero caníbal. No cabe duda de que en los cacicazgos florecientes ya había maestros artesanos, alfareros, orfebres, tejedores y otros que

podían dedicarse de pleno al ejercicio de sus respectivos oficios. A veces se percibe la marca de talleres, la huella de un maestro, y ocasionalmente sus obras parecen representar individuos y no estereotipos. El Quindío y sus cacicazgos contienen una gran promesa para la arqueología colombiana y americana, no sólo para el científico sino también para el humanista y el historiador de arte.

Más hacia el norte del Quindío, en el departamento de Antioquia, aún no se han efectuado casi excavaciones sistemáticas, no obstante que se trata aquí de un área crucial¹⁴⁰. En la época de la Conquista las montañas y valles de esta región estaban densamente pobladas por indios que habían formado un gran número de cacicazgos bajo jefes locales. Tal como en el Quindío, los suelos fértilles y bien irrigados, junto con las ricas minas de oro, ofrecieron condiciones muy favorables para un desarrollo cultural avanzado, pero desafortunadamente la arqueología de esta parte del país ha sido descuidada y no se dispone de secuencias

¹⁴⁰ Sobre la arqueología del departamento de Antioquia existen algunos informes sobre excavaciones y reconocimientos, pero son escasas las descripciones cerámicas detalladas y aún no se han establecido secuencias cronológicas locales. Véanse las siguientes publicaciones: Arcila Vélez, Graciliano, 1953, «Arqueología de Mutatá», *Boletín del Instituto de Antropología*, vol. I, n.º 1, págs. 7-50, Universidad de Antioquia, Medellín; *ibidem*, «Estudio preliminar de la cultura rupestre en Antioquia: Támesis», *ibidem*, vol. II, n.º 5, págs. 5-22; *ibidem*, «Investigaciones antropológicas en el Carmen de Atrato, Departamento del Chocó», *ibidem*, vol. II, n.º 7, págs. 3-38, Medellín.

cronológicas, series estilísticas o excavaciones de viviendas. Muchos museos y colecciones particulares contienen objetos de cerámica, oro o piedra que sugieren relaciones del departamento de Antioquia con la región del Quindío, del Calima y aún del Sinú. La gran variedad estilística que se observa entre los artefactos precolombinos de Antioquia indica una gran profundidad cronológica que aún no se ha investigado. Un dato histórico llama la atención; el cronista español Juan Bautista Sardela, al hablar de las hazañas del conquistador Jorge Robledo, menciona que en sus exploraciones de las montañas de Antioquia las tropas españolas llegaron al «valle de Arbi», donde encontraron un gran complejo arquitectónico prehispánico de ruinas y caminos de piedras talladas, más grandes que las del Cuzco, según el decir del cronista. No se sabe hoy dónde queda el valle de Arbi; grandes zonas de Antioquia aún están cubiertas de selva y bien puede ser que un día se descubriera este lugar arqueológico.

Pasamos finalmente a la costa Caribe. En los anchos valles de los ríos Sinú y San Jorge se encuentran vestigios de culturas prehistóricas y protohistóricas que nuevamente muestran las características de los cacicazgos¹⁴¹. Por cierto,

¹⁴¹ Gordon, Bruce Leroy, 1957, *Human Geography and Ecology in the Sinú Country of Colombia*, University of California, Berkeley; Foster, Donald W. & Donald W. Lathrap, 1975, «Más evidencias sobre el desarrollo de la Cultura Selva Tropical en la costa norte de Colombia, durante el primer y segundo milenio a. C.», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XIX, págs. 104-137, Bogotá; Parson, James J., 1966, «Ancient Ridged Fields of the San Jorge River Floodplains,

las descripciones que hacen los cronistas del siglo XVI de los indios del Sinú indican claramente que se trataba de esta etapa de evolución sociopolítica.



FIGURA 121. «Túmulo del Diablo» rodeado por un camellón elíptico; Betancí.

Colombia», *Geographical Review*, vol. 56, págs. 317-343; Plazas, Clemencia & Ana María Falchetti, 1981, *Asentamientos prehispánicos en el bajo río San Jorge*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Plazas de Nieto, Clemencia, Ana María Falchetti de Sáenz & Juanita Sáenz, 1979, «Investigaciones arqueológicas en el río San Jorge», *Boletín Museo del Oro*, Año 2, págs. 1-18, Banco de la República, Bogotá; Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1953, «Investigaciones arqueológicas en el departamento del Magdalena, Colombia, 1946-1950. Parte III», *Divulgaciones Etnológicas*, vol. IV, n.º 4, págs. 1-98, Universidad del Atlántico, Barranquilla; *ibidem*, 1954, «Contribuciones a la arqueología del bajo Magdalena (Plato, Zambrano, Tenerife)», *ibidem*, vol. III, n.º 5, págs. 145-163, Barranquilla; *ibidem*, 1956, «Momil: Excavaciones en el Sinú», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. V, págs. 111-333, Bogotá; *ibidem*, 1958, «Reconocimiento arqueológico de la hoyada del río Sinú», *ibidem*, vol. VI, págs. 31-149, Bogotá.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 122. Montículo de vivienda; Maralú.



FIGURA 123. Excavación de entierro primario; Betancí.

Una zona arqueológica importante se encuentra en las orillas de la Laguna de Betancí¹⁴², donde se ven muchos túmulos funerarios y plataformas para viviendas. Estas elevaciones son posibles de localizar fácilmente en las sabanas y por esta razón la mayoría de ellas ya han sido excavadas por guaqueros. Uno de los túmulos principales de Betancí, que tuve la oportunidad de explorar personalmente, tiene una planta ovalada que mide unos 60 x 40 metros y alcanza una altura de 8 metros; el túmulo está rodeado por un camellón ancho, de más de un metro de alto. Los buscadores de tesoros habían perforado esta estructura en todas las direcciones pero, al juzgar por los fragmentos cerámicos dispersos, se puede reconocer un solo complejo cerámico asociado con túmulos, que se extiende sobre toda la región de Sinú y está relacionado en buena parte con la región del río San Jorge. Provisionalmente denominé este conjunto de cerámica y túmulos Complejo Betancí-Viloria; el último es el nombre de un caño del bajo río San Jorge, donde pude llevar a cabo algunas excavaciones¹⁴³. En efecto, la excavación de algunos pequeños montículos en la vecindad mostró que estos habían sido construidos encima de uno o varios entierros primarios acompañados de ajuares compuestos de cerámicas, objetos de oro y artefactos de concha. La cerámica del Complejo Betancí-Viloria es muy diferente de la que en este libro se ha

¹⁴² Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1958, *supra*, cf. 58ff.

¹⁴³ Reichel-Dolmatoff, G., manuscrito inédito.

descrito anteriormente para la llanura aluvial de la costa Caribe. Un tipo característico consiste de una copa pande sostenida por una alta base —hasta 70 centímetros— en forma de campana elongada. El recipiente propiamente dicho es relativamente pequeño y consiste de una copa o plato pequeño, de manera que la gran base campaniforme es muy desproporcionada. La pared externa de la base campaniforme está decorada con varias figuras femeninas modeladas de barro y puestas de espaldas contra la base. En realidad, estas figuras fueron modeladas por aparte, en tres dimensiones, y luego adheridas a la pared de la base. Figuras similares adornan a veces las paredes de grandes recipientes globulares de base plana y corto cuello. Estas figuras esculpidas de barro en una forma muy realista muestran mujeres sonrientes, vestidas con cortas faldas, mientras que sus torsos desnudos están decorados con intrincados motivos incisos o excisos, tal vez representando tatuaje o pintura corporal. Ocasionalmente se encuentran también figuras sueltas que no formaban parte de un recipiente.

Una clase de cerámica de color oscuro y superficie muy bien alisada está decorada con motivos profundamente excisos; se ven meandros, elementos romboidales, cruces y otros motivos. Las formas son las de copas de pedestal alto, de vasijas subglobulares con base anular y de varios tipos de vasijas con silueta compuesta; también hay recipientes en forma de zueco. Otro estilo característico consiste de ollas globulares de diferentes tamaños, decoradas con líneas rectas pintadas en negro y rojo, que

forman un hachurado sobre un fondo color crema. Copas abiertas, sostenidas por bases cónicas truncadas se decoran generalmente con líneas incisas; también hay amplias copas «majadoras» cuyo fondo llevan un motivo profundamente inciso y que probablemente sirvieron para triturar ciertos alimentos o condimentos. Una gran figura de un hombre sentado en un banquito y con una vara en la mano, procedente del alto río San Jorge, es muy similar estilísticamente a una figura femenina procedente de Ciénaga de Oro, en el Sinú Medio. Sea dicho aquí nuevamente que muchas caras humanas representadas en la cerámica y orfebrería del Sinú tienen una marcada semejanza con el fenotipo de ciertas piezas procedentes del Quindío y de Antioquia.



FIGURA 124. Pie de copa, con cuatro figuras; Betancí.



FIGURA 125. Cerámica negra; Betancí.

En el Sinú, fuera de las vasijas y figurinas cerámicas, se han encontrado volantes de huso hechos de barro cocido y decorados con motivos incisos; sellos para estampar motivos excisos, se han hallado tanto en entierros como en la basura de viviendas, y a veces tienen la forma de barras de sección rectangular. Los bellísimos objetos de orfebrería incluyen narigueras y orejeras, colgantes y cuentas de collar, remates para bastones, figurinas zoomorfas y gran variedad de otras formas tales como cubresexos en forma de un gran caracol como un embudo. Las narigueras frecuentemente tienen silueta de abanicos abiertos y están manufacturadas en la técnica orfebre de la falsa filigrana. En un entierro que excavé en un pequeño túmulo cerca de la Laguna de Betancí, encontré al lado del esqueleto desintegrado sólo dos objetos: una copa de cerámica gris, de pedestal tubular muy alto, carente de toda decoración, y

un cubresexo en forma de embudo, hecho de la concha de un gran gasterópodo¹⁴⁴.

Como es obvio de esta somera descripción, dicho complejo cultural no parece tener precedentes en la llanura aluvial costeña y debe ser esencialmente de origen sureño, es decir, de la Cordillera Central, aunque no se pueden negar ciertos elementos centroamericanos.

En el valle del río San Jorge la situación es algo diferente. Plazas y Falchetti (1981), quienes excavaron en el bajo San Jorge, lograron distinguir dos tradiciones cerámicas. La Tradición Modelada Pintada abarca la hoya del río San Jorge entre Monte Líbano y el Caño Rabón en el curso bajo del río. Dentro de esta se identificó el complejo cerámico San Jorge Crema Friable, que se encontró en Monte Líbano y el Caño Viloria, en el bajo San Jorge. Además hay el tipo cerámico San Jorge Arenoso que se halló sólo en el bajo San Jorge, en los sitios de El Japón, Montañita y Caños Viloria, Carate y Rabón¹⁴⁵. La Tradición Modelada Pintada se relaciona con el Complejo Betancí-Viloria, en tanto que los tipos cerámicos Betancí Modelada Incisa y Betancí Bicromada están emparentados con el complejo cerámico San Jorge Crema Friable que ha sido fechado en 1045 ± 45 antes de presente, es decir en 905 d. C.¹⁴⁶.

¹⁴⁴ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia; Cf. Nota 151, Lámina II.

¹⁴⁵ La clasificación cerámica en *Tradición, Complejo y Tipo* es de las autoras citadas.

¹⁴⁶ La referencia de laboratorio es GrN 9242 ML Anc. 1 (1) (Plazas & Falchetti, 1981, pág. 110).

La Tradición Incisa Alisada se halló en el bajo San Jorge, donde forma el complejo cerámico de Las Palmas, en los sitios de Las Palmas, Tiesto, Curva, Jegua y Carpeta, localizados a lo largo del Caño Matías. El complejo de Las Palmas consiste de cuatro tipos cerámicos que se distinguen ante todo por ciertas características decorativas. Plazas y Falchetti (1981, págs. 116-118) correlacionan su complejo de Las Palmas con diversos tipos cerámicos encontrados por nosotros (Reichel-Domatoff, 1954) en el bajo Magdalena. Algunas fechas de radiocarbono para el complejo de Las Palmas son: 1300 d. C., 1415 d. C. y 1640 d. C.¹⁴⁷. Estas correlaciones entre Sinú Medio/San Jorge/bajo Magdalena encuentran su plena confirmación en el bajo río Sinú y en las Montañas de María, donde nosotros encontramos aproximadamente la misma secuencia cronológica¹⁴⁸.

¹⁴⁷ Las referencias son: IAN 124 SB Pal 1 (2) 645 ± 170 antes de presente; GrN 9243 Pal 1 (10) 535 ± 50 antes de presente; BETA 2896 SB Pal 1 (Es. 4) 310 ± 50 antes de presente; véase Plazas y Falchetti, 1981, págs. 13-14, 117-118.

¹⁴⁸ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, manuscritos inéditos. Al tratar del problema de los orígenes de las culturas del río San Jorge, Plazas y Falchetti (1981, pág. 47, nota) mencionan la presencia en el San Jorge de un tipo de decoración cerámica designado como *dentado-estampado*, es decir de clara filiación con Momil, en el bajo Sinú. Personalmente yo he podido comprobar la existencia de esa decoración en yacimientos cerca a Ayapel. Las dos autoras citadas hablan de «...fragmentos de tipo dentado-estampado (drag & stab)...». Debo notar que el equivalente de dentado-estampado es *dentate stamping* y no *drag-and-stab (sic)*. Drag-and-stab se traduce



FIGURA 126. Pendiente, estilo Darién.

En lo que se refiere a la metalurgia de la hoyada del río San Jorge, es esencialmente de las mismas características que la del río Sinú. Algunas formas son más populares en el San Jorge, como por ejemplo, las narigueras en forma de abanico, las cuales llegan a encontrarse hasta en los alrededores de Mompós, en las riberas del Magdalena. Por cierto, aquí se plantea un problema estilístico/cronológico; la espectacular orfebrería de la región Sinú-San

«Inciso a trechos» y es un modo decorativo totalmente diferente al dentado-estampado.

Jorge parece que corresponda a los primeros ocho siglos de nuestra era, pero continúa hasta la Conquista, aunque aún no se ha establecido una serie tipológica.

El rasgo arqueológico más sobresaliente de la hoyo del río San Jorge consiste en un inmenso sistema de canales artificiales de drenaje que cubren una extensión de aproximadamente 200.000 hectáreas. Estos canales y sus camellones se construyeron perpendicularmente al eje de los principales caños de la extensa zona semiacuática, pero a veces forman una variedad de patrones locales, según la conformación del terreno y la dirección de las corrientes. De acuerdo con las investigaciones efectuadas por Plazas y Falchetti (1981), la construcción de este sistema corresponde a la población representada por la Tradición Modelada Pintada y data de aproximadamente los primeros siglos de la era cristiana.

Son dos las respuestas principales que se plantean entonces: ¿qué uso tenía este sistema de control hidráulico y qué nos dice una obra de semejante magnitud acerca de la organización socioeconómica de aquella época? Acerca de la primera pregunta caben las observaciones siguientes. La hoyo del San Jorge es una zona inundadiza donde periódicamente, en ciertos ciclos, las aguas de los ríos Magdalena, Cauca y Nechí suben de tal manera que llegan a cubrir centenares de miles de hectáreas. La gente debe entonces asentarse en elevaciones naturales o en montículos y plataformas artificialmente levantadas. Por otro lado, la agricultura es posible solamente en las partes elevadas, de modo que parece que hayan sido los camellones

entre los canales los que servían como tierras de cultivo. ¿Pero cuáles serían estos cultivos? Probablemente se trataba de yuca y no de maíz, pero aún queda por resolver este problema. Otra posibilidad que no se puede descartar del todo es que el sistema de canales y camellones se haya utilizado para la cría de peces, ranas comestibles o de ciertos moluscos. Lo verdaderamente extraño es que no haya vestigios de una población muy densa; hay dispersos asentamientos nucleados de unas 10 a 12 casas, pero no se han encontrado aún los basureros que atestiguan largos períodos de ocupación.



FIGURA 127. Pectoral, estilo Calima.



FIGURA 128. Narigueras y collar de falsa filigrana, estilo Sinú.

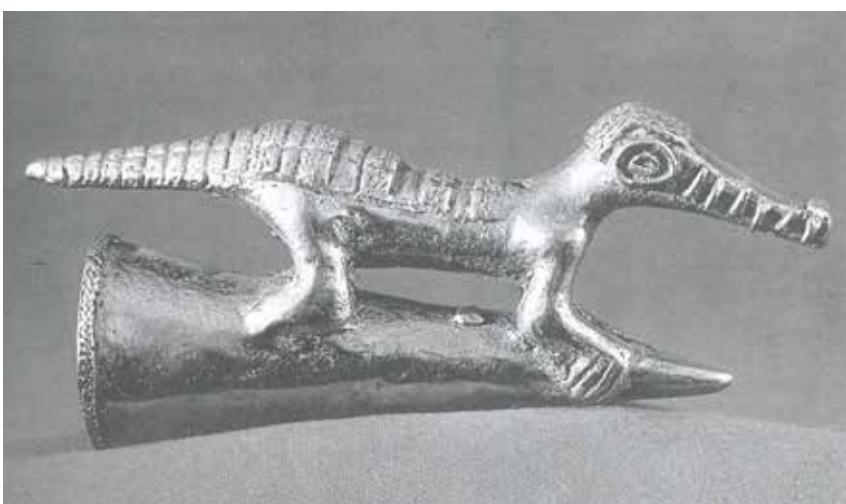


FIGURA 129. Remate de bastón; estilo Sinú.

La segunda pregunta por cierto es aún más compleja. ¿Cuál fue la fuerza organizadora que pudo crear esta obra gigantesca? ¿Fue un poder gubernamental centralizado o fue el consenso de una sociedad que decidió enfrentarse a una catástrofe natural? No hay aldeas grandes, no hay centros que indiquen una integración para la construcción y el mantenimiento del sistema. En el fondo, según todos los datos disponibles hasta ahora, parece que se trataba de una población rural cuyos restos materiales están muy superficialmente dispersados. Fue una sociedad de rangos bien definidos, al juzgar por la diferenciación en los entierros, pero es difícil vislumbrar en ella una estructura de poder capaz de llevar a cabo semejante hazaña de ingeniería¹⁴⁹.

Cuando al comienzo del siglo XVI los españoles entraron a las hoyas de los ríos Sinú y San Jorge encontraron la región dividida en tres cacicazgos: *Fincenú*, en el valle del Sinú, con su centro en los alrededores de la Laguna de Betancí; *Pancenú*, en la hoyada del río San Jorge, y *Cenúfana*, en la zona del bajo río Cauca y del río Nechí. La cultura de estos cacicazgos parece haber sido bastante homogénea y corresponde esencialmente al modelo descrito en otras regiones del país. Una diferencia, notable, sin embargo,

¹⁴⁹ Sobre este tema, véase entre otros, el resumen de William P. Mitchell, 1973, «*The Hydraulic Hypothesis: A reappraisal*», *Current Anthropology*, vol. 14, n.º 5, págs. 532-534. Véase también Batchelor, Bruce P., 1980, «Los Camellones de Cayambe en la Sierra de Ecuador», *América Indígena*, vol. XL, n.º 4, págs. 671-689, México, y otros artículos aparecidos en el mismo número de la revista citada.

consiste en la poca belicosidad de los indios y más bien se trata de una variante que podría llamarse cacicazgo *teocrático*, a diferencia de los cacicazgos *militaristas* del interior andino. El culto centrado en los templos e ídolos, y el carácter semidivino de los grandes jefes —a veces mujeres— son muy notorios en esta región.

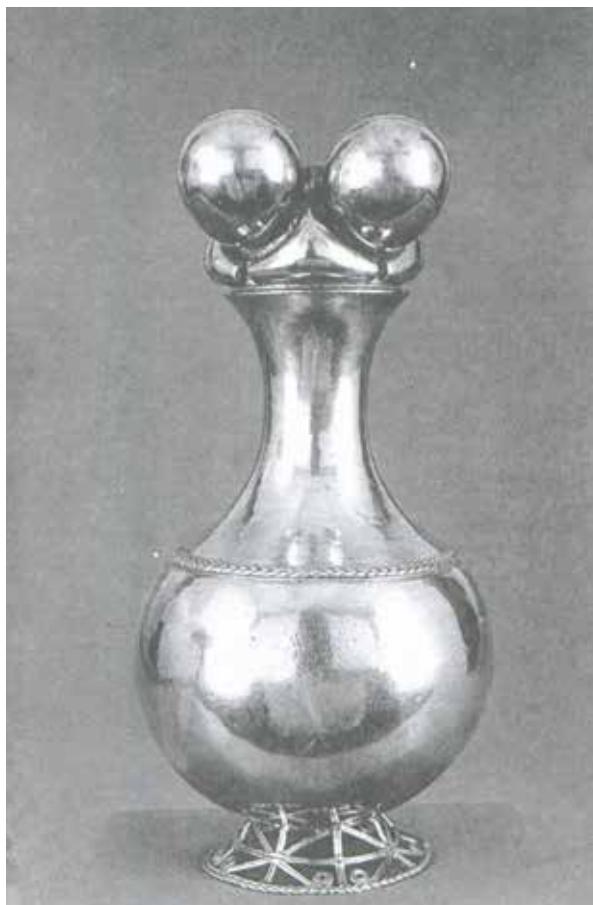


FIGURA 130. Recipiente estilo Quimbaya.

■ CAPÍTULO VIII

■ LA ETAPA DE LOS ESTADOS INCIPIENTES

EN ALGUNAS POCAS REGIONES de Colombia los desarrollos culturales superaron la etapa de los cacicazgos y lograron un nivel algo más complejo. Se trata de los *muiscas* de las tierras altas alrededor de Bogotá y de los *taironas* de la Sierra Nevada de Santa Marta. Rodeados por tribus o pequeños cacicazgos de un nivel cultural más bajo, por grupos hostiles que, según las descripciones de los cronistas, se parecían más a «bárbaros» intrusos que a vecinos subordinados, estas dos sociedades lograron una cohesión política notable. Sería tal vez impropio hablar aquí de toda una etapa de estados incipientes y menos aún de reinos o de civilizaciones; más bien se trata de ocasionales federaciones de aldeas, en las cuales un crecido número de aldeas de una misma etnia se reunían bajo el control de un individuo, un gran cacique que, ocasionalmente, incorporaba

en su persona las funciones de jefe militar, administrador político y sacerdote. En ambas regiones, en los altiplanos andinos y en las faldas de la Sierra Nevada, una densa población, fértiles suelos, una tecnología eficaz y un sistema religioso integrado marcan nuevos rumbos, un nuevo nivel de avance cultural que pasó más allá de la etapa de los cacicazgos.



FIGURA 131. Figura antropomorfa; territorio muisca.

Aunque los muiscas y los taironas tienen mucho en común, también varían en detalles significantes de contenido y énfasis cultural. Debido a diferencias en su

medioambiente físico, su equipo tecnológico, sus tradiciones locales y sus contactos con otras zonas culturales, ellos habían desarrollado orientaciones divergentes y es necesario entonces tratar de estas dos culturas por aparte.

Sobre los fríos altiplanos de los departamentos de Cundinamarca y Boyacá, distritos montañosos del sector central de la gran Cordillera Oriental, floreció en el siglo XVI una numerosa población de indios llamados los muiscas¹⁵⁰. Este pueblo, perteneciente a la familia lingüística chibcha, en buena parte ocupaba las cuencas de los antiguos lagos pleistocénicos, entre Bogotá y Tunja, región que entonces como hoy día estaba densamente poblada. Cuando, en 1537, las primeras tropas españolas llegaron al altiplano cundiboyacense, después de haber penetrado por selvas que aún en la actualidad presentan obstáculos formidables, los conquistadores encontraron a los muiscas organizados en dos federaciones no del todo coherentes. Mientras que un jefe denominado *Zipa* controlaba la parte meridional de las tierras altas centradas en Bacatá —o Bogotá—, otro jefe denominado *Zaque* tenía su dominio en el norte, en la región de Hunza —o Tunja—. Los cronistas españoles escribieron pasajes llenos de admiración sobre los muiscas; hablaron de sus «reyes» y nobles, sus riquezas de oro y esmeraldas, de sus plazas fortificadas

¹⁵⁰ Para la delimitación del territorio muisca, véase Falchetti, Ana María & Clemencia Plazas de Nieto, 1973, *El territorio de los Muisca en la llegada de los españoles* Cuadernos de Antropología, n.º 1, Universidad de los Andes, Bogotá.

con palizadas comparables a *alcázares*. En efecto, escribían de los muiscas como si hubieran descubierto una nación altamente civilizada, casi a la par con los estados mesoamericanos o centroandinos¹⁵¹.

Si evaluamos la cultura muisca sólo según la cantidad y calidad de sus vestigios materiales que se han hallado hasta hoy en los yacimientos arqueológicos, difícilmente les atribuiríamos un nivel tan avanzado como aquel que les asigna la literatura histórica-arqueológica, antigua y aún moderna. Tomando rasgo por rasgo: arquitectura, urbanismo, funebria, cerámica, metalurgia, etcétera, queda evidente que varios cacicazgos del valle del Cauca, de la Cordillera Central, o de la costa Caribe habían logrado un desarrollo similar y aun superior al muisca. Las fuentes históricas muestran que, en términos de cohesión política, organización social y eficiencia económica, los muiscas ciertamente habían evolucionado más allá del nivel de los grupos vecinos, pero los datos arqueológicos no confirman aquella imagen dada por los cronistas de una sociedad verdaderamente más avanzada que sus contemporáneos. Hay que admitir que los datos arqueológicos aún son escasos; también se debe tener en cuenta que muchos avances de

¹⁵¹ La mejor monografía sobre los muiscas es: Pérez de Barradas, José, 1950-1951, *Los Muiscas antes de la Conquista*, vol. 2, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Bernardino de Sahagún, Madrid. Otras fuentes importantes son: Broadbent, Sylvia M., 1964, *Los Chibchas. Organización Socio-Política*, Facultad de Sociología, Universidad Nacional, Bogotá; Restrepo, Vicente, 1895, *Los Chibchas antes de la conquista española*, Bogotá.

los muiscas tal vez se lograron en dimensiones en las cuales no podrían conservarse vestigios materiales para el registro arqueológico; pero no deja de ser extraña esta aparente falta de evidencia material de rasgos culturales avanzados¹⁵².

¹⁵² Sobre arqueología muisca véanse, entre otras, las siguientes publicaciones: Broadbent, Sylvia M., 1965, «Investigaciones arqueológicas en territorio Chibcha», *Antropología 1*, Ediciones de la Universidad de los Andes, Bogotá; *ibidem*, 1965, «Stone-Roofed Chambers in Chibcha Territory, Colombia», *Ñawpa Pacha*, vol. 3, págs. 93-110, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley; *ibidem*, 1970, «Investigaciones arqueológicas en territorio Chibcha-I: Hallazgos aislados y monumentos de piedra», *Antropología*, n.º 4, Ediciones de la Universidad de los Andes, Bogotá; *ibidem*, 1974, «Tradiciones cerámicas de las Altiplanicies de Cundinamarca y Boyacá», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XVI, págs. 223-248, Bogotá; Castillo, Neila (o Neyla Castillo Espida), 1984, *Arqueología de Tunja*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Falchetti, Ana María, 1975, *Arqueología de Sutamarchán, Boyacá*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá; Haury, Emil W. & Julio César Cubillos, 1953, «Investigaciones arqueológicas en la Sabana de Bogotá, Colombia (Cultura Chibcha)», *University of Arizona Bulletin*, vol. XXIV, n.º 2, Tucson; Restrepo, Vicente, 1895, *Atlas Arqueológico*, París; Silva Celis, Eliécer, 1945, «Investigaciones arqueológicas en Sogamoso», *Boletín de Arqueología*, vol. I, n.º 1, págs. 36-48; vol. I, n.º 2, págs. 93-112; vol. I, n.º 4, págs. 283-297; vol. I, n.º 6, págs. 467-490, Bogotá; *ibidem*, 1958, «Contribuciones a la arqueología y prehistoria del valle de Tenza», *Homenaje al Profesor Paul Rivet*, págs. 243-270, Academia Colombiana de Historia, Bogotá; Triana, Miguel, 1922, *La Civilización Chibcha*, Escuela Tipográfica Salesiana, Bogotá; Uricochea, Ezequiel, 1854,

Antes de proceder a discutir las bases prehistóricas de la sociedad muisca, debemos resumir a grandes rasgos los principales aspectos de su cultura, tal como la conocemos a través de las crónicas. Los muiscas cultivaban intensivamente sus tierras donde habían domesticado varias plantas propias de las alturas andinas; entre sus cultígenos estaban por lo menos dos clases locales de papa, además del maíz, ahuyama, quinoa, ulluco, oca, topinambur, cubios, coca, tabaco, etcétera. En muchas zonas del territorio muisca se pueden observar los vestigios de extensas terrazas de cultivo —generalmente sin murallas de contención—, eras, zanjas de desagüe, restos de camellones y otros indicios de una agricultura muy activa. Ya que algunas zonas del territorio muisca abarcaban también valles de clima templado, la población del altiplano podía contar con muchos productos de las vertientes subtropicales tales como maíz, yuca, arracacha, algodón y frutas arbóreas.

Los muiscas mantenían relaciones de comercio y trueque con tribus vecinas y aún muy alejadas. Los principales artículos que se exportaban eran sal¹⁵³, esmeraldas, coca y

Memoria sobre las Antigüedades Neo-Granadinas, Librería de F. Schneider i Cía., Berlín.

Acerca de la arqueología «premuisca», véanse las notas bibliográficas para el capítulo IV, así como las notas para el Formativo en los altiplanos andinos; cf. capítulo III.

¹⁵³ Cardale de Schrimpff, Marianne, 1981, *Las Salinas de Zipaquirá: Su Explotación Indígena*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

telas de algodón, que se cambiaban por oro, plumas, aves, yopo —un rapé narcótico—. En varios lugares del territorio muisca había mercados donde también se comerciaban periódicamente estos productos.

Aunque el Zipa y el Zaque eran nominalmente señores soberanos de sus respectivos territorios, había muchas rivalidades entre caciques locales, lo que llevó a frecuentes alianzas e irrupciones en las cuales un jefe local trataba de someter a los súbditos de otro. Sin embargo, tanto el Zipa como el Zaque tenían el poder de organizar ejércitos, imponer tributos y legislar sobre sus súbditos, rasgos que podrían interpretarse como característicos de un estado; sin embargo, había pequeños señoríos independientes cuyos jefes no obedecían la autoridad del Zipa o del Zaque. Por cierto, en las fuentes históricas se nota a veces cierta oposición entre los dominios del Zipa y del Zaque, lo que hace pensar en un dualismo subyacente.

La clase gobernante —por lo demás no se puede hablar de clases sociales propiamente dichas—, en la cual la sucesión era matrilineal, vivía en grandes y bien construidas casas, «palacios» al decir de los cronistas, y se transportaban en literas encapadas de oro. Tanto los gobernantes como los sacerdotes —*jeques*— tenían que pasar por largas épocas de entrenamiento antes de asumir sus respectivos cargos, formación que conllevó años de reclusión en un templo donde ayunaban, se absténian de relaciones sexuales y aprendían la historia sagrada y las prácticas esotéricas de su religión. Esta se centraba en un culto solar; grandes templos estaban dedicados al sol y a la luna; las

lagunas, cuevas y cumbres de colinas también tenían un carácter sagrado. En estos lugares se conservaban los ídolos de madera, algodón, piedra, oro, y allí se hacían ofrendas en forma de esmeraldas y de figurinas llamadas *tunjos*, al mismo tiempo se quemaba una resina —*moque*— y los sacerdotes consumían drogas alucinógenas. Parte del culto al sol consistía en sacrificios humanos, siendo las víctimas hombres cautivos en las ocasionales guerras con tribus vecinas. En algunas zonas fronterizas los muiscas mantenían tropas permanentes —*guechas*—. La guerra contra los panches del valle del Magdalena era prácticamente crónica; con ella los muiscas defendían las tierras subtropicales al tiempo que cautivaban víctimas para los sacrificios religiosos. Un sacrificio especial se hacía de niños que habían sido traídos de los llanos del Orinoco y que se entrenaban años dentro de un templo antes de ser sacrificados. Se extraían el corazón y las vísceras de la víctima, como alimentos para el sol, y la sangre se rociaba sobre los santuarios. En otro sacrificio ritual la víctima se amarraba en lo más alto de un poste y desde abajo se le disparaban flechas. También se practicaban sacrificios de niños para propiciar las lluvias, o para consagrar un templo. El principal héroe cultural, llamado *Bochica*, había enseñado a las gentes muchas normas morales así como artes y oficios, antes de ascender al cielo. Como es obvio de esta breve descripción, las costumbres de los muiscas contenían muchos elementos comparables con las sociedades mesoamericanas.



FIGURA 132. Figura antropomorfa; territorio muisca.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 133. Vasija antropomorfa; territorio muisca.



FIGURA 134. Cuello de vasija pintada; territorio muisca.

Examinaremos ahora la evidencia arqueológica. Aunque los muiscas de la época de la Conquista se dicen haber vivido en grandes «ciudades» y aldeas nucleadas, los arqueólogos han encontrado muy pocos vestigios de tales concentraciones de viviendas¹⁵⁴. Es posible que muchos yacimientos prehistóricos hayan sido destruidos en el curso de los últimos siglos, sea por la intensiva agricultura, por obras de ingeniería moderna o por el proceso de urbanización, pero queda difícil explicar la aparente escasez de aldeas prehistóricas. En algunas colinas y faldas se pueden observar sitios de habitación dispersos, circulares o semicirculares, marcados por algunas piedras puestas en anillo o por fragmentos cerámicos y piedras de moler, pero estos vestigios no son frecuentes y los lugares no dan la impresión de haber sido ocupados por largos períodos. Parece pues que los muiscas formaban esencialmente una población rural que vivía en pequeños caseríos dispersos sobre las faldas y planicies de su hábitat, sin formar grandes aldeas ni centros urbanos. En los pocos casos en que se han hallado agrupaciones de casas se trata de lugares rituales donde probablemente residían los principales sacerdotes y donde la gente de los alrededores se reunía para celebrar ceremonias colectivas, como por ejemplo el caso de Sogamoso.

¹⁵⁴ Sobre el asentamiento del antiguo Bogotá (Bacatá) véase, por ejemplo, Broadbent, Sylvia M., 1966, «*The Site of Chibcha Bogotá*», *Ñawpa Pacha*, n.º 4, págs. 1-13, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 135. Copa pintada; territorio muisca.



FIGURA 136. Copa con serpientes modeladas; territorio muisca.



FIGURA 137. Vajija en forma barril; territorio muisca.

Indicios de una intensa actividad agrícola se observan en muchas zonas¹⁵⁵, como por ejemplo en la loma de Suba, cerca de Bogotá; en Sopó; Suesca; Guasca; Chocontá, y, en lo general, a lo largo del eje Bogotá-Tunja-Sogamoso. Se trata de terrazas, zanjas, eras, camellones, que cubren extensiones más o menos grandes en las faldas de las colinas, generalmente a poca altura sobre el fondo del valle.

Cerca de Tunja y en algunos otros lugares del sector nororiental del territorio muisca, se conocen, desde el siglo pasado, algunos recintos consistentes de columnas de piedras toscamente labradas y colocadas en un círculo, óvalo o rectángulo. Huecos donde antiguamente había postes indican que estas columnas originalmente estaban combinadas con construcciones de madera, y a veces un gran hueco marca el punto donde se encontraba un poste central. La excavación —poco metódica— de estos recintos no produjo datos precisos de importancia; había algunos fragmentos cerámicos y piedras de moler, y al pie de una columna se encontraron los huesos de un niño, tal vez un sacrificio hecho al efectuarse la construcción. El llamado «Templo del Sol» en Sogamoso era una de estas construcciones y fue incendiado por los españoles; este lugar tan citado en las fuentes históricas tempranas no parece haber

¹⁵⁵ Broadbent, Sylvia M., 1964, «*Agricultural Terraces in Chibcha Territory*», *American Antiquity*, vol. 29, n.º 4, págs. 501-504; *ibidem*, 1968, «*A Prehistoric Field System in Chibcha Territory, Colombia*», *Ñawpa Pacha*, n.º 6, págs. 135-147, Institute of Andean Studies, University of California, Berkeley.

sido más que una casa ceremonial, tal vez la residencia de un jefe o sacerdote local¹⁵⁶.



FIGURA 138. Vasija con tapa; territorio muisca.



FIGURA 139. Vasija con decoración modelada; territorio muisca.

¹⁵⁶ Broadbent, Sylvia M., *supra*, 1970; Hernández de Alba, Gregorio, s. f., «El templo del sol de Goranchacha», *Revista de las Indias*, vol. II, págs. 10, 18, Bogotá; Silva Celis, Eliécer, 1945, *supra*, nota 161.



FIGURA 140. Vasija doble; territorio muisca.

En las cercanías de Villa de Leyva se encuentra el lugar llamado *Saquenzipa* —o El Infiernito—, donde existe un complejo arquitectónico de mayores dimensiones. El rasgo principal consiste en una hilera recta de una veintena de columnas cilíndricas de piedra orientadas en dirección este-oeste, es decir equinoccial. Este simple rasgo indica que se trata de un lugar de observación solar, de un calendario que marca los equinoccios y, junto con ellos, los comienzos de las dos estaciones de lluvia —21 de marzo y 21 de septiembre—. Tampoco es casualidad que el día del solsticio —24 de junio— el sol, visto desde la hilera de piedras, se levanta exactamente sobre la laguna de Iguaque, lugar sagrado donde, según la mitología de los muiscas, surgió la diosa *Bachué*, progenitora de los indios de estas comarcas¹⁵⁷. Hay

¹⁵⁷ Reichel-Dolmatoff, G., 1982, «*Astronomical Model of Social Behaviour Among Some Indians of Colombia*», *Analys of the New York Academy of Science*, vol. 385, págs. 165-181, New York.

luego un gran número de columnas o menhires sueltos en Saquenzipa y otros lugares, muchos de ellos mostrando una escotadura anular en un extremo más o menos puntiagudo¹⁵⁸. El sitio de Saquenzipa indudablemente era un observatorio astronómico donde las diversas columnas o sus alineaciones marcaban en el horizonte los puntos de salida o puesta de ciertos astros o constelaciones. Para las mentes medievales de los doctrineros constituía pues un lugar diabólico —El Infiernito— y la destrucción del sitio se inició ya en siglo XVI y ha continuado hasta hoy en día. Muchas columnas han sido sacadas del sitio, se han incorporado en la construcción de casas campesinas y aun de casas urbanas en Villa de Leyva. Hoy en día este importante complejo ritual y científico presenta un aspecto desolador, punto de vista su puesta en valor como uno de los testimonios más sobresalientes del pensamiento científico muisca. Se ha dicho que columnas similares se encuentran cerca de Tunja, Ramiriquí, Tibaná y otros lugares de Boyacá¹⁵⁹.

¹⁵⁸ Algunas personas creen ver falos en estas columnas, ergo un «culto fálico» en el valle de Villa de Leyva. No concuerdo con estas interpretaciones y me parece que las escotaduras tuvieron una función práctica en el transporte y la erección de las columnas.

¹⁵⁹ Silva Celis, Eliécer, 1978, «Monumento solar muisca en Villa de Leyva», *Pensamiento y Acción*, n.º 1, págs. 1-4, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja; *ibidem*, 1981, «Investigaciones arqueológicas en Villa de Leyva», *Boletín Museo del Oro*, Año 4, págs. 1-16, Banco de la República, Bogotá. Silva cita tres fechas de radiocarbono: IAN-128 230 a. C., IAN-119 540 a. C., IAN-148, 930 a. C.



FIGURA 141. Tallas antropomorfas de piedra blanda; La Belleza.

Es muy posible que ciertas tallas antropomorfas de piedra pertenezcan a un nivel cronológico anterior al de los muiscas, pero las mencionaremos aquí ya que no se tienen pruebas estratigráficas. En el lodo de las orillas de la Laguna de Fúquene, al norte de Bogotá, se han encontrado muchas figurinas cuando, en 1942 bajó el nivel de las aguas. Trozos de piedra blanda, de forma aproximadamente de un

Si aceptamos estas fechas, la edad de la construcción se remonta a la de la cerámica de tipo Formativo, lo que desde luego no es sorprendente si tenemos en cuenta la gran antigüedad de construcciones astronómicas en América.

Cabe añadir aquí que hay vagas informaciones sobre complejos arquitectónicos prehistóricos en las tierras altas del Sumapaz, macizo al sur de Bogotá. Se mencionan cimientos circulares y otros más.

ladrillo, habían sido tallados toscamente para representar efigies humanas muy estilizadas, en posición acurrucada¹⁶⁰. Aún más al norte, en las cuevas de La Belleza, en el departamento de Santander, se hallaron centenares de pequeñas tallas antropomorfas de la misma tipología; muestran figuras humanas muy geometrizadas, algunas sentadas en pequeños bancos de cuatro patas, otras acurrucadas o de pie¹⁶¹. En ambos casos, tanto en la Laguna de Fúquene como en las cuevas, parece tratarse de ofrendas.

Otra categoría de tallas se descubrió en 1964 cerca de Mongua, en el distrito de Sogamoso, a unos 3.000 metros sobre el nivel del mar. Allí se trata de seis grandes estatuas antropomorfas de forma más o menos cilíndrica y con los rasgos faciales y las extremidades talladas en relieve¹⁶². Tallas antropomorfas de madera se han extraído de algunas cuevas secas; un ejemplar procedente de Bojacá, sabana de Bogotá, y que está en el Museo Nacional desde el siglo pasado, ilustrado en el *Atlas Arqueológico* de Vicente

¹⁶⁰ Hernández de Alba, Gregorio, s. f. (1944?), «Hallazgo arqueológico de la Laguna de Fúquene», *Revista Cromos; ibidem*, 1944, «Descubrimientos arqueológicos en tierras de los Chibchas. Laguna de Fúquene», *Boletín del Museo Arqueológico de Colombia*, año II, n.º 1, págs. 23-30, Bogotá.

¹⁶¹ Recasens, José de, 1945, «Las esculturas de piedra blanda de La Belleza», *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol. II, n.º 1, págs. 117-152, Bogotá.

¹⁶² Silva Celis, Eliécer, 1966, «Las Estatuas de la Salina de Mongua», *Revista Educación*, vol. VI, n.º 3, págs. 1-16.

Restrepo (París, 1895), dio una fecha de radiocarbono de 1420 d. C.



FIGURA 142. Almirez de piedra; territorio muisca.



FIGURA 143. Piedra grabada; territorio muisca.

Hay varios tipos de entierros en territorio muisca^{163/164}. Existen cuevas funerarias donde se depositaron uno o varios cadáveres en posición de cuclillas, con las rodillas tocando la mandíbula inferior y los brazos recogidos sobre el pecho, frecuentemente los cadáveres habían sido destriados y secados en el humo de una hoguera. En ocasiones se han conservado las telas, fajas, gorros y mochilas con que los cadáveres estaban revestidos; otros elementos del ajuar consisten en cerámicas, volantes de huso, propulsores de madera provistos de sus ganchos de piedra, y herramientas de madera para operar los telares. Objetos de orfebrería parecen ser muy escasos en este tipo de entierro. A veces el cadáver se encontró sentado en un banquito tallado de madera. Una manta procedente de una cueva funeraria de la región de Los Santos (departamento de Santander), dio una fecha de 1195 d. C. En una cueva cerca de Sibaté, también en la sabana de Bogotá, se descubrió el cadáver momificado de un niño; llevaba una corona de plumas de loro y de su cuello colgaba una cuenta de collar del tipo *millefiori*, atestiguando esto la costumbre del entierro en

¹⁶³ Véase también Lunardi, Federico, 1935, *La Vida en las Tumbas*, Río de Janeiro (Figs. 114-115).

¹⁶⁴ El trabajo que mejor resume la incipiente cronología cerámica del territorio muisca es de Marianne Cardale de Schrimpf, 1981, «Ocupaciones humanas en el Altiplano Cundiboyacense: La etapa cerámica vista desde Zipaquirá», *Boletín del Museo del Oro*, Año 4, págs. 1-20, Banco de la República. Cardale (1976, pág. 422) cita equivocadamente la fecha de Falchetti (1975, pág. 164) como 1005 a. C. La fecha correcta de Falchetti es 1005 d. C.

cuevas hasta la época de la conquista española. Entierros en tumbas rectangulares alargadas revestidas de toscas lajas contienen esqueletos en posición supina acompañados por cerámicas, volantes de huso y objetos de oro, según la categoría social del muerto. Otro tipo de entierros consiste de sencillos pozos redondos en los cuales el cadáver fue colocado en posición flexionada. Sepulturas en forma de pozo con cámara lateral no parecen existir en territorio muisca, pero entierros secundarios en sencillas urnas globulares han aparecido en algunas ocasiones, por ejemplo en Soacha.

La cerámica muisca, aunque competente y tecnológicamente bien hecha, es mucho menos elaborada que la mayoría de las cerámicas de los cacicazgos tropicales. Como regla general los muiscas manufacturaban vasijas monocromas, ásperas, de superficie opaca, de color oscuro, rojo, gris o anaranjado. Las formas más comunes son las de simples ollas globulares o subglobulares de uso culinario, en ocasiones decoradas alrededor de la boca y muchas veces provistas de dos o cuatro pequeñas asas anulares. Cuencos y copas de pedestal también son bastante comunes, lo mismo que recipientes globulares con alto cuello cilíndrico. Vasijas dobles, vasijas en forma de zueco, vasijas en forma de barril se encuentran en muchas colecciones. Un elevado porcentaje de las cerámicas muiscas está sin decorar; cuando llevan alguna decoración se trata generalmente de pintura roja sobre un fondo anaranjado, blanco o cremal, y a veces se observa pintura bicromada en rojo y blanco sobre un fondo color naranja. Los motivos

decorativos, sean estos pintados o incisos, generalmente toman la forma de líneas paralelas, triángulos, espirales, círculos concéntricos, áreas punteadas o series de elementos en forma de T. A veces hay decoración modelada y aplicada a la superficie: pequeñas ranas, culebras o simplemente franjas onduladas, pequeñas protuberancias u otros detalles plásticos.

Figuras o vasijas antropomorfas atestiguan un estilo muy distintivo. La cara humana se representa como teniendo forma de un escudo; los ojos y los labios se indican con barras horizontales, y la nariz, modelada y prominente, tiene a veces una gran placa ornamental, de forma rectangular alargada. En algunas de estas figuras cerámicas, que tal vez podrían ser las mazas, la cabeza está cubierta con gorros de distintas formas, y algunas figuras tienen largos collares cruzados sobre el pecho, a manera de dos bandoleras. En ocasiones, ciertas figuras cerámicas, que tal vez podrían ser la representación de la diosa Bachué, tienen en su interior pequeñas figurinas de oro, como ofrenda o rito de fertilidad. En términos generales, el arte alfarero muisca es rígido y sintético, que contrasta con el de las culturas prehistóricas de las tierras bajas tropicales. El cuerpo humano se representa de forma desproporcionada, la cabeza es demasiado grande, mientras que las extremidades son filiformes y carecen de toda naturalidad de movimiento.

Los muiscas se destacan por un arte lapidado en pequeña escala pero de formas armónicas y profusamente decoradas. El material sin embargo no consiste en piedras

semipreciosas sino en pizarras u otras rocas relativamente blandas. Una categoría muy característica la constituyen los volantes de huso que se tallaron como discos, conos, cubos, cilindros o lentejas, todos decorados con motivos finamente incisos. También hay pequeñas tallas antropo o zoomorfas que representan aves, peces, reptiles o figuras humanas estilizadas. A veces las incisiones tienen un relleno o un pigmento mineral blanco, lo que hace resaltar los motivos sobre el fondo oscuro de la piedra. Otra categoría de objetos consiste de matrices para el trabajo de orfebrería; son tallas en relieve que representan ranas, aves, mascarillas o elementos geométricos, y ocasionalmente se trata de obras bien proporcionadas y cuidadosamente acabadas.



FIGURA 144. Pendiente de piedra; territorio muisca.



FIGURA 145. Tallas de piedra; territorio muisca.

No hay depósitos auríferos en territorio muisca y así los indios tuvieron que adquirir aquella materia prima de sus vecinos. Los artefactos de orfebrería muisca muestran la misma calidad tiesa y bidimensional que caracteriza a muchos de los objetos de barro o de piedra. Las típicas figurinas humanas de oro, tumbaga o cobre, o sea los *tunjos*, consisten de una delgada placa en forma triangular muy alargada, casi como una cuña puntiaguda, sobre la cual se

aplicaron una serie de rasgos físicos y de objetos en forma de hilos. También en calidad de ofrendas manufacturaron figuras zoomorfas y un gran número de pequeños objetos tales como coronas, insignias de mando, propulsores, utensilios caseros, todo en miniatura. En lo general, la metalurgia muisca tenía ante todo una función religiosa y no tanto la de joyas personales. Por cierto, tecnológica y estéticamente la metalurgia muisca estaba mucho menos desarrollada que la de la mayoría de los cacicazgos del trópico colombiano. Algunas fechas cronológicas son aquí de interés¹⁶⁵.

TABLA III: Fechas radiocarbónicas de metalurgia muisca.

Sitio	Objeto	Fecha	n.º
Guatavita	Colgante de tumbaga	645 d. C.	1-1953
Santo Domingo	Nariguera de tumbaga	960 d. C.	1-2362
Chisacá	Caracol de cobre	1110 d. C.	CrN-4004
?	Tunjo de cobre	1055 d. C.	?

¹⁶⁵ Falchetti de Sáenz, Ana María, 1979, «Colgantes “Darién”: Relaciones entre áreas orfebres del occidente colombiano y Centroamérica», *Boletín del Museo del Oro*, año 2, págs. 1-55, Banco de la República, Bogotá; Mielke, James & Austin Lang, 1969, «Smithsonian Institution Radiocarbon Measurements V», *Radio carbon*, vol. II, n.º 1, págs. 163-182, New Haven.

La fecha de C14, de algunos objetos de metalurgia muisca, pudo obtenerse gracias al carbón pulverizado, que constituye el núcleo sólido de estos artefactos.

Finalmente caben aquí algunas observaciones sobre el arte rupestre. En la región muisca existen pictografías cuya distribución coincide en detalle con el territorio que dichos indios ocupaban en la época de la Conquista¹⁶⁶. Estos vestigios se encuentran generalmente pintados sobre paredes más o menos verticales, bajo abrigos rocosos o en cavernas de poca profundidad. Las pinturas, ejecutadas casi siempre en color rojo y ocasionalmente en negro, muestran motivos lineares, hileras de puntos, rombos, rectángulos cuartelados, círculos con líneas radiales, zonas punteadas, y muchos otros elementos más. Las figuras biomorfas son excepcionales¹⁶⁷.

Al resumir lo aquí expuesto sobre los muiscas, se puede decir que los hallazgos arqueológicos efectuados hasta la fecha no comprueban una cultura notablemente avanzada. Conste sin embargo que, en vista de la misma naturaleza de los vestigios, sólo podemos reconstruir una imagen muy parcial del pasado prehistórico de esta sociedad andina. Muchos de los aspectos más avanzados de la

¹⁶⁶ Sobre el arte rupestre véanse, entre otros: Pérez de Barradas, José, 1941, *El Arte Rupestre en Colombia*, Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Bernardino de Sahagún, Madrid; Triana, Miguel, 1970, *El Jeroglífico Chibcha*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá.

¹⁶⁷ A poca distancia, al norte de Guasca, hay un pequeño valle donde, cerca de una fuente termal, se encuentra uno de los poquísimos petroglifos que se conocen del territorio muisca. Son signos profundamente grabados en la roca, que no parecen relacionarse con los motivos pictográficos.

cultura muisca simplemente no dejaron huellas fácilmente discernibles en las excavaciones arqueológicas; la cosmología, la astronomía, la organización social, el sistema jurídico y tributario, estas y tantas otras características que apenas vislumbramos a través de los relatos fragmentarios de los cronistas, son difíciles, aunque no imposibles de trazar arqueológicamente, y faltan aún décadas de investigaciones intensivas hasta que tengamos una noción más concreta de lo que realmente fueron la sociedad y la cultura de los antiguos muiscas.

En las faldas y altiplanos de la Cordilla Oriental, al norte de los muiscas, vivían algunas agrupaciones indígenas que compartían muchos rasgos culturales con los habitantes de la región cundiboyacense, pero que formaban pequeños cacicazgos independientes, todos con agricultura bastante desarrollada y con metalurgia, textiles y tallas líticas. Los *guanes*, *laches*, *chitarreros* y otros, se extendían sobre los actuales departamentos de Santander, pero no mucho sabemos de la arqueología de estas regiones¹⁶⁸. Los pocos complejos cerámicos que se conocen de esta extensa zona contienen varios tipos pintados, de motivos

¹⁶⁸ Morales G., Jorge & Gilberto Cadavid, 1984, *Investigaciones etnohistóricas y arqueológicas en el área Gunane*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá; Silva Celis, Eliécer, 1945, «Contribuciones al conocimiento de la civilización Lache», *Boletín de Arqueología*, vol. II, n.º 5, págs. 371-424, Bogotá; Sutherland, Donald R., 1971, *Preliminary Investigations into the Prehistory of Santander, Colombia*, Disertación doctoral, Tulane University, New Orleans.

geométricos, que muy probablemente se relacionan con el Segundo Horizonte Pintado del río Ranchería y, a través de este, con los complejos bicromados del occidente de Venezuela. De todos modos parece que haya habido un estrecho contacto prehistórico entre los pueblos de lengua chibcha —muisca, guanes, laches, tunebos, Sierra Nevada de Santa Marta—, a lo largo de la Cordillera Oriental, cuyos detalles cronológicos, tipológicos y socioculturales aún faltan por dilucidar.



FIGURA 146. Estatua de madera; territorio muisca.



FIGURA 147. Volantes de huso; territorio muisca.

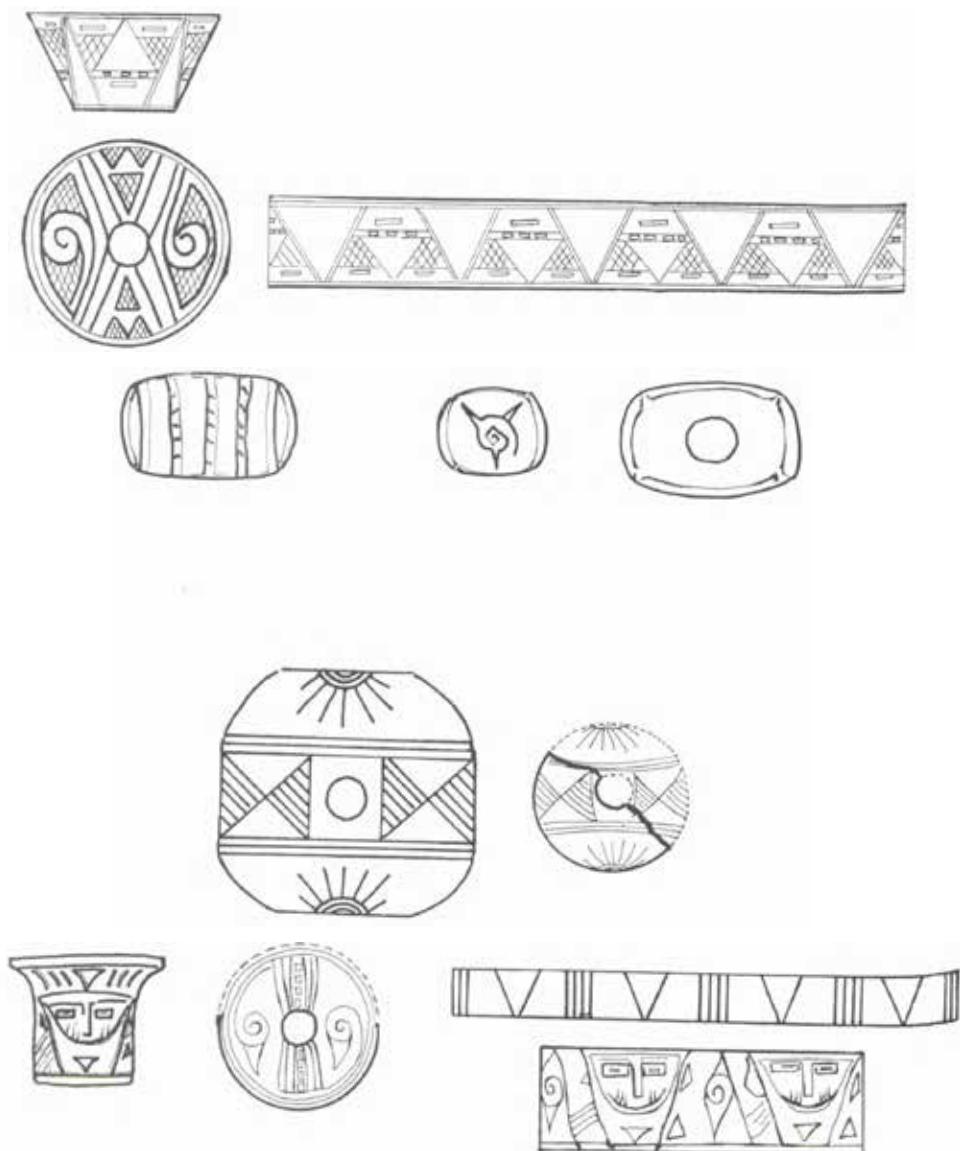


FIGURA 148. Motivos incisos de volantes de huso; Villa de Leyva.



FIGURA 149. Vista de un sitio de vivienda; Pueblito.

La cultura indígena más avanzada de Colombia se desarrolló en la Sierra Nevada de Santa Marta. Los *taironas*¹⁶⁹, que a comienzos del siglo XVI ocupaban las estribaciones de las montañas, sólo raras veces se establecieron a una altura por encima de los 2.000 metros sobre el nivel del mar. La densa población vivía, en parte, en aldeas nucleadas, algunas de las cuales eran verdaderas ciudades habitadas por miles de personas; hablando de

¹⁶⁹ El término «tairona» no es un nombre tribal sino, en el siglo XVI se refería a un pequeño grupo indígena de la vertiente norte de la Sierra Nevada. En el contexto del presente libro se designa como tairona la cultura arqueológica descrita por J. Alden Mason y G. Reichel-Dolmatoff, para el sitio de Pueblito y sus alrededores. Con el mismo término se designa la cultura histórica de los indios de la región de Santa Marta, descrita por los cronistas del siglo XVI.

Los principales cronistas que tratan de los taironas, son: Castellanos, Juan de, 1847, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid; Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de, 1851-1855, *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme de la mar océano*, 4 vol., Madrid; Simón, Fray Pedro, 1981-1982, *Noticias historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, 1 vol., Biblioteca Banco Popular, Bogotá.

Un resumen de los datos etnográficos de las crónicas se encuentra en: Reichel- Dolmatoff, G., 1951, *Datos Historico-culturales sobre las tribus de la antigua Gobernación de Santa Marta*, Banco de la República, Bogotá. La mejor obra sobre el proceso histórico de la conquista de los taironas es: Bischof, Henning, 1971, *Die Spanish-Indianische Auseinandersetzung in der nördlichen Sierra Nevada de Santa Marta (1501-1600)*, Bonner Amerikanistische Studien, Bonn.

ciertos valles, los cronistas mencionan centenares de pueblos y miles de casas.

Sobre la forma y disposición de los asentamientos taironas los cronistas contienen muchos datos de importancia¹⁷⁰. Las aldeas y ciudades estaban ubicadas en las faldas de la Sierra, a veces en las vegas de los cursos bajos de los ríos, pero también en ocasiones sobre cimas, en posiciones estratégicas de defensa. En la época de la conquista española las ciudades principales eran *Bonda*, *Pocigueica* y *Taironaca*, pero fuera de ellas había centenares de núcleos poblados, entre ellos varias ciudades de gran extensión. Al describir la arquitectura lítica los cronistas hablan de los cimientos de casas y templos, las calles y plazas «enlosadas» con lajas, las escaleras y además unas extensas redes de caminos empedrados. Las paredes de las casas no eran hechas de piedras sino tal vez de espartería y los techos estaban cubiertos con paja o con hojas de palma. También se mencionan construcciones ceremoniales edificadas en forma de grandes escalones a través de los cuales ascendían escaleras por las cuales la gente subía a plataformas elevadas.

La base económica de los taironas fue el cultivo del maíz y este, así como otros cultígenos y frutales, se sembraban en campos y terrazas irrigadas. En las tierras planas, cerca de la actual ciudad de Santa Marta, los españoles quedaron admirados con el perfecto sistema de irrigación que

¹⁷⁰ Llama la atención que la oposición que existía entre ciertas ciudades tairona se asemeja a la oposición entre ciertas poblaciones kogi, como por ejemplo, entre San Miguel y San Francisco.

hallaron en esta zona, hoy tan árida. El comercio era muy activo y los taironas aparentemente tenían relaciones de trueque con grupos indígenas hasta del interior del país.

Al comienzo del siglo algunas aldeas y ciudades se aliaron bajo el mando de caciques locales. Parece que en aquel entonces entre los taironas y sus vecinos inmediatos habían surgido luchas internas por el poder, en parte entre ciudades, en parte entre la autoridad de los caciques y la de un grupo influyente de sacerdotes, circunstancia que, desde luego, fue aprovechada por los españoles. Los taironas eran una sociedad muy aguerrida; los guerreros distinguidos llevaban insignias especiales y los cronistas decían que algunas ciudades estaban defendidas por varios miles de guerreros.

Las crónicas no dan mayores detalles sobre las prácticas religiosas de los taironas. Mencionan que todas las aldeas y ciudades tenían templos o casas ceremoniales donde «la gente adoraba al diablo» y hacían peregrinajes a los valles remotos de la Sierra, donde había lugares especialmente sagrados. También se describen brevemente varias formas de entierro: en «bóvedas», en urnas, y por disecación del cadáver.

En la conquista de los taironas y sus vecinos los españoles estuvieron empeñados casi todo el siglo XVI. La última gran rebelión ocurrió en 1599 y fue sometida en 1600, después de varios meses de batallas en que finalmente se venció toda resistencia y se destruyó la cohesión social de los indígenas. Las tropas españolas incendiaron y saquearon aldeas y ciudades, devastaron los cultivos y cautivaron

la mayoría de los caciques y sacerdotes, excepto aquellos que lograron huir a las fragosidades de la Sierra¹⁷¹.

Pasemos ahora a examinar la evidencia arqueológica para esta zona¹⁷². Vestigios arquitectónicos y obras de inge-

¹⁷¹ Sobre la geografía de la Sierra Nevada y sobre la etnografía de las tribus actuales, remanentes de las del siglo XVI, véanse, entre otros: Krogzemis, James R., 1967, *A Historical Geography of the Santa Marta Area, Colombia*, Disertación doctoral, University of California, Berkeley; Preuss, Konrad Theodor, 1926-1927, *Forschungsreise zu den Kágaba: Beobachtungen, Textaufnahmen und sprachliche Studien bei einem Indianerstamme in Kolumbien, Südamerika*, Viena; Reichel-Dolmatoff, G., 1950-1951, *Los Kogi: Una tribu indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*, vol. 2, Bogotá; *ibidem*, 1953, «Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 1, págs. 17-122, Bogotá; *ibidem*, 1975, «Templos Kogi: Introducción al simbolismo y a la astronomía del espacio sagrado», *ibidem*, vol. XIX, págs. 199-245, Bogotá; *ibidem*, 1982, «Cultural Change and Environmental Awareness: A Case study of the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia», *Mountain Research and Development*, vol. 2, n.º 3, págs. 289-298, Boulder; Wilhelm, H., 1954, «Die klimamorphologische und pflanzengeographische Entwicklung des Trockengebietes am Nordrand Südamerikas seit dem Pleistozän», *Die Erde*, 3-4, Berlín. Una excelente introducción al ambiente de la Sierra Nevada, son las fotografías del libro *La Sierra Nevada de Santa Marta*, de Juan Mayr (Bogotá, 1984).

¹⁷² Sobre arqueología de la Sierra Nevada, véanse entre otras fuentes: Ardila Calderón, Gerardo Ignacio, 1985, *Alto de Mira: Sierra Nevada de Santa Marta-Contribución al conocimiento de la arqueología del Alto Buritaca*, Informe al Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá. Bischof, Henning, 1969, «Contribuciones a la cronología de la Cultura Tairona (Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia)»,

Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses, Stuttgart-München, 1968, vol. I, págs. 259-269, Munich; *ibidem*, «La Cultura Tairona en el Área Intermedia», *ibidem*, págs. 271-280; Cadavid Camargo, Gilberto & Ana María Groot de Mahecha, 1982, «Buritaca 200: Arqueología y conservación de una población precolombina (Sierra Nevada de Santa Marta-Colombia)», *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, Band 4, págs. 255-287; Castaño, Carlos, 1984, «Buritaca-200: consideraciones en torno a los elementos arquitectónicos y urbanísticos», *Revista de Arqueología*, año V, n.º 39, págs. 31-43, Madrid; Dussan de Reichel, Alicia, 1967, «Una escultura lítica de tipología costarricense de la Sierra Nevada de Santa Marta», *Razón y Fábula*, Revista de la Universidad de los Andes, n.º 2, págs. 39-42, Bogotá; Groot de Mahecha, Ana María, 1980, «Buritaca-200: Una fecha de radiocarbono asociada con objetos de orfebrería tairona», *Boletín del Museo del Oro*, año 3, págs. 21-34, Banco de la República, Bogotá; Herrera de Turbay, Luisa Fernanda, 1980, «Buritaca-200: Estudio de polen arqueológico», *Boletín del Museo del Oro*, año 3, págs. 1-20, Banco de la República, Bogotá; Mason, J. Alden, 1931, 1936, 1939, «Archaeology of Santa Marta, Colombia: The Tairona Culture», *Anthropological Series*, vol. XX, n.º 1, 2, 3, Field Museum of Natural History, Chicago; Murdy, Carson N., 1976, «La economía y densidad de población en los asentamientos de la Cultura Tairona en la árida zona litoral de la Sierra Nevada de Santa Marta», *Primer Congreso Nacional de Historiadores y Antropólogos, Santa Marta, 1975*, págs. 122-143, Editorial Argemiro Salazar y Compañía, Medellín; Reichel-Dolmatoff, G., 1955, «Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta: Parte 3», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. III, págs. 141-170, Bogotá; Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1954, «Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta: Partes 1 y 2», *ibidem*, vol. II, págs. 145-206, Bogotá;

niería son muy numerosas, sobre todo en las vertientes septentrionales y occidentales. Hay restos de centenares de aldeas y muchas ciudades y hay numerosísimas terrazas de cultivo que, a veces, se encuentran hasta los 2.500 metros de altura. Los asentamientos varían de tamaño; pueden consistir de media docena de casas, hasta de varios centenares de ellas, que forman un núcleo urbano en el cual se observan espacios públicos, caminos, calles y arterias principales, desagües, y murallas de contención que a veces alcanzan varios metros de altura. La extensión de un tal asentamiento puede ser de 2 a 3 kilómetros cuadrados. Las

ibidem «La Mesa: Un complejo arqueológico de la Sierra Nevada de Santa Marta», *ibidem*, vol. VIII, págs. 160-213, Bogotá; Serge de la Ossa, Margarita, 1984, «Organización urbana en Ciudad Perdida», *Cuadernos de Arquitectura, Escala*, n.º 9 (páginas sin numerar), Bogotá; Valderrama Andrade, Bernardo & Guillermo Fonseca Truque, 1981, «Exploraciones en la vertiente norte de la Sierra Nevada de Santa Marta», *Boletín del Museo del Oro*, año 54, págs. 1-41, Banco de la República, Bogotá; Wynn, Jack Thomas, 1975, *Buritaca Ceramic Chronology: A Seriation from the Tairona Area, Colombia*. Disertación doctoral, University of Missouri.

Hablando de las investigaciones arqueológicas en la zona litoral entre Santa Marta y Cañaveral, al este (Murdy, 1976, pág. 126) escribe que sólo dos misiones arqueológicas han trabajado en esta zona: la primera en 1922-1923 de J. Alden Mason (1931, 1936, 1939) del Field Museum of Natural History, Chicago, y la segunda de él, Murdy, entre 1974 y 1975, en misión del Instituto de Desarrollo de los Recursos Naturales Renovables. Eso no es exacto, puesto que esta área fue explorada en detalle por Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, entre 1946 y 1950, en misión del Instituto Etnológico Nacional y de la Gobernación del departamento del Magdalena.

casas individualmente se adaptan al terreno frágoso donde forman agrupaciones o pequeños barrios interconectados por caminos, puentes y zanjas, muchas veces ocupando diferentes niveles. Parece que los taironas fueron la única sociedad indígena capaz de organizar una numerosa mano de obra para la construcción de centros urbanos, caminos y terrazas vecinas para cultos. Los camellones del río San Jorge no tienen centros urbanos y, desde un punto de vista laboral, presentan un fenómeno muy diferente.



FIGURA 150. Terrazas arqueológicas de cultivo, San Miguel.

Las casas ocupan pequeñas plataformas, las cuales, según las condiciones del terreno, son circulares, ovaladas o semilunares¹⁷³. Frecuentemente una casa ocupa una pequeña elevación rodeada por una muralla inclinada de contención, construida de piedras toscas y atravesada por una corta escalera que da acceso a la plataforma. Los cimientos de las casas consisten de uno o varios anillos concéntricos, de lajas verticales o simplemente de pedrejones puestos el uno al lado del otro. Los cimientos mejor construidos consisten de grandes lajas talladas en forma de cuña, es decir, adaptadas al círculo, que luego se colocaron horizontalmente para formar un gran anillo.

Casi todas las casas tienen dos puertas, ubicadas en lados opuestos y marcadas por lajas de mayor tamaño que, frecuentemente, están muy bien labradas; lajas de menor tamaño forman peldaños que llevan hacia el exterior de la vivienda. En algunos asentamientos, la pauta es de una sola puerta. A veces varias casas ocupan una sola plataforma o elevación, y en este caso puede ocurrir que dos o más escaleras atreviesen la muralla de contención. Ocasionalmente se observan elevaciones con bases triangulares o circulares, con sus lados cubiertos con lajas, pero que no parecen ser plataformas de vivienda.

¹⁷³ Me refiero aquí principalmente a los resultados obtenidos por J. Alden Mason, y por mí personalmente. Los resultados de las excavaciones en el sitio de Buritaca-200, a partir de 1976, están prácticamente inéditos y los pocos datos que se han publicado (cf. nota 184) aún no constituyen una visión coherente.



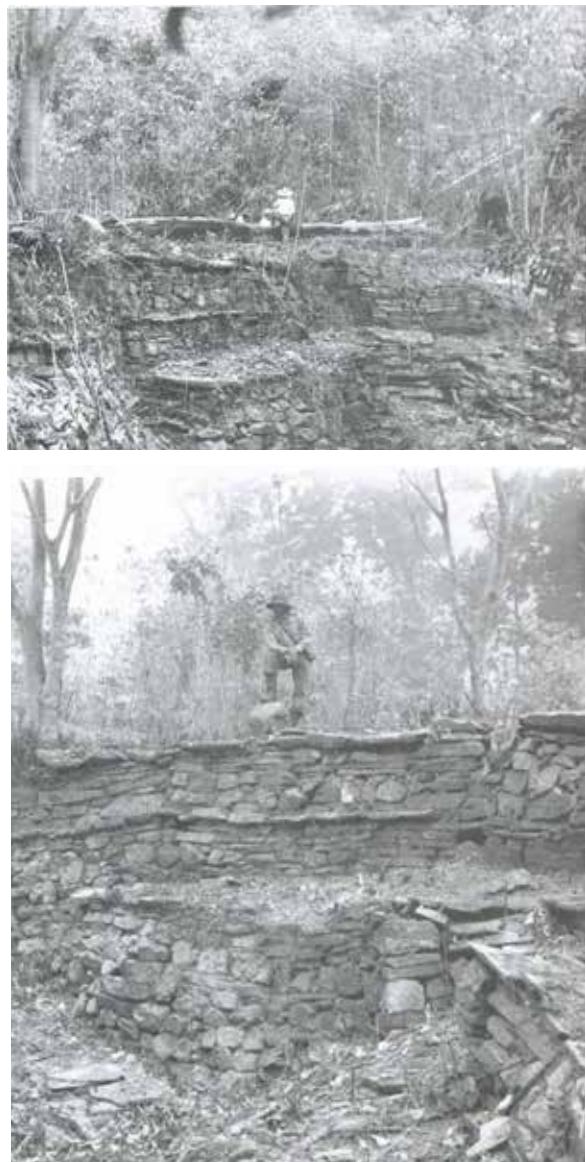
FIGURA 152. Escalera con stelas; Pueblito.

En la mayoría de los asentamientos de mayor tamaño las casas se agrupan alrededor de una o más construcciones ceremoniales. Estas consisten de cimientos circulares de lajas especialmente bien labradas y ajustadas; a veces

la construcción tiene cuatro puertas. En los alrededores inmediatos se observan calzadas, terraplenes, columnas toscas o grandes bancas de piedra, sostenidas por pequeños zócalos. Varias grandes construcciones de templos, que pude explorar en el alto río Córdoba, en la región de Lourdes, tienen una planta cuadrada, constituyendo el núcleo de la construcción una elevación natural cuyos lados han sido revestidos con paredes verticales. A veces, el frente es escalonado y tiene cornisas salientes, y varias escaleras conducen a la plataforma en la parte alta de la edificación.



FIGURA 151. Terrazas arqueológicas de cultivo; San Miguel.



FIGURAS 153-154. Construcción escalonada, atravesada por escaleras; río Córdoba.

Los ríos o riachuelos que cruzan el terreno de aldeas y ciudades corren a trechos entre paredes de piedras grandes, o sea de murallas de contención; a veces se ven puentes que consisten de una sola laja que descansa con sus extremos en las dos orillas de una pequeña quebrada; ocasionalmente se trata de construcciones más complejas en que se combinan lajas largas horizontales, con un relleno de piedras acuñadas. Estanques o albercas revestidas de lajas se observan en algunas zonas habitadas y también en la vecindad de las playas del mar; zanjas de drenaje revestidas y aun cubiertas de pequeñas lajas, se ven a veces en lugares que fueron densamente poblados.

Las excavaciones efectuadas en Pueblito, en un número elevado de sitios de habitación y de las zonas inmediatas, han producido un conjunto muy apreciable de datos acerca del modo de vida de los antiguos habitantes¹⁷⁴. Parece que cada casa fue ocupada por una sola familia, de aproximadamente 5 personas. El fogón, formado por tres o cuatro piedras, estaba ubicado más bien cerca de la puerta trasera, la puerta principal mirando hacia el valle o una plazuela. Cerca del fogón encontramos las ollas culinarias y, en un caso, se halló un recipiente con restos de pescado, sobre el fogón. Otros artefactos asociados eran pequeñas manos o almirezeces de piedra, para machacar o triturar ciertos alimentos, y restos de grandes tinajas para agua estaban cerca, contra la pared de la casa. El centro de la casa, que aparentemente no tenía un poste central, estaba generalmente

¹⁷⁴ Cf. nota 185.

libre de objetos caseros, pero a lo largo de la curvatura de la pared yacía una variedad de artefactos sueltos que habían pertenecido a los distintos miembros de la familia y que se habían dejado en el piso o caído de mochilas o canastos que colgaban de las vigas. En un rincón hallamos algunas hachas de piedra, un anzuelo de piedra, pesas para las redes, y un par de ocarinas ornitomorfas de barro o un objeto ritual de piedra pulida, mientras que en el lado opuesto de la casa había objetos que indicaban actividades femeninas; allí yacían los fragmentos de cerámicas utilitarias, el collar de un niño, y las múltiples herramientas líticas para raspar y moler, propias para la preparación de la comida.



FIGURA 155. Construcción escalonada, atravesada por escaleras; río Córdoba.

La etnografía de las tribus indígenas que aún sobreviven en la Sierra Nevada de Santa Marta nos proporciona muchos datos importantes para la interpretación de algunos hallazgos arqueológicos¹⁷⁵. Por ejemplo, en algunos sitios de habitación, al excavar debajo del piso o debajo de las lajas de las puertas, encontramos vasijas cuidadosamente enterradas. A veces estos recipientes estaban encerrados dentro de arquillas o cajitas formadas por seis pequeñas lajas, o estaban enterradas y cubierta la boca del recipiente con un pequeño disco de piedra. El descubrimiento de un tal escondrijo lleva a pensar en algún tesoro, pero los recipientes sólo contenían una manotada de guijarros o cuentas de collar, de piedras de distintos colores. El significado de estos escondrijos nos fue desconocido hasta que, más tarde, observamos su supervivencia entre los kogi. Ellos, cada vez que construyen una casa, entierran ritualmente alguna pequeña olla entre los cimientos. Para cada miembro de la familia depositan en esta ollita un guijarro o una cuenta de collar, que varía en tamaño, color y forma, de acuerdo con los atributos tradicionales de cada linaje. Al nacer un niño, la ollita se destapa y se le añade un nuevo guijarro; de esta manera todos los habitantes están identificados y quedan bajo la tutela de los espíritus guardianes de la vivienda.

Al reexcavar un templo de dimensiones grandes, que por lo demás había sido destruido por los guaqueros, encontramos la calavera de un jaguar, cerca de la entrada

¹⁷⁵ Véase la bibliografía etnológica citada en la nota 182.

principal, hallazgo que no sabíamos interpretar entonces. Entre los kogi, sin embargo, aprendimos luego que los principales templos estaban dedicados a una divinidad felina y que, en tiempos antiguos, varias calaveras de jaguares adornaban las puertas de esas construcciones.

Otros ejemplos serían los siguientes: en las excavaciones hallamos pequeñísimas piedras de moler, junto con cuentas de collar rotas, y con trocitos de otras piedras rojas. Entre los kogi estos objetos están aún en uso; ciertos guijarros o cuentas se muelen y pulverizan y el polvo simboliza «comida» para los espíritus o seres divinos. También se encuentran diminutos bancos de piedra, idénticos a los que usan los actuales sacerdotes y chamanes en sus ritos, imitando los bancos en que se sientan estas personas durante ciertas ocasiones. Otros objetos arqueológicos son placas delgadas, en forma de alas, hechas de piedra finamente pulida. Se pensó que se trataba de un adorno, llevado suspendido del cuello, pero resultó que algunos sacerdotes kogi aún poseen estos objetos y que se trata de instrumentos musicales; suspendidas en pares, de los codos de un bailarín, que tiene los brazos levemente levantados, estas placas sonajeras producen un tintineo melódico y aún se usan en la actualidad en ciertas ceremonias. Estos pocos ejemplos no sólo muestran la notable continuidad de la tradición cultural, sino también comprueban que las paralelas etnográficas pueden ofrecer muchas llaves para la interpretación de hallazgos arqueológicos.



FIGURA 156. Construcción escalonada, atravezada por escaleras; río Córdoba.

El arte alfarero de los taironas es muy complejo y elaborado. Las vasijas culinarias y muchos otros recipientes que se empleaban en la preparación de los alimentos consisten de piezas que, aunque están bien acabadas y de formas agradables, no se destacan especialmente. En cambio, muchas otras clases de cerámicas muestran un desarrollo extraordinario. Es muy característica una clase de cerámicas negras y pulidas. Sus formas incluyen platos y cazuelas tetrápodas, con soportes mamiformes, copas de base cónica truncada o base anular, y una gran variedad de recipientes de silueta compuesta. Algunas formas parecen haber servido exclusivamente a fines rituales, en entierros o escondrijos, como por ejemplo los «ofrendatarios» —*treasure jars*, según Mason—, que consisten de un cuerpo cilíndrico más o menos alto provisto de un reborde sublabial sobre el cual descansa la tapa convexa. Una tercera clase de cerámica es de color habano o amarillo y muestra formas de botellones, copas, vasijas dobles, y otras. La decoración consiste ante todo en el modelaje, en elementos aplicados, así como en incisiones y excisiones. Muchas vasijas de cerámica roja llevan en el cuello una cara humana formada por elementos modelados y luego aplicados. Hay vasijas zoomorfas que muestran felinos, marsupiales, murciélagos, culebras, tortugas, ranas y aves tales como paujiles y rapaces. Entre las cerámicas más elaboradas están los recipientes pequeños, a veces diminutos, tales como tetrápodas con motivos de reptiles, representaciones humanas con rasgos felinos, figuras de personajes ricamente ataviadas, representaciones eróticas y otras. Ciertos platos planos, provistos de

una manija en forma de falo, se encuentran ante todo en la región de Bonda.

Las ocarinas de barro cocido constituyen una categoría especial de artefactos, que varía desde simples piezas ornitomorfas hasta figuras muy elaboradas de personajes adornadas con grandes coronas o penachos de plumas, máscaras, narigueras y bastones de mando¹⁷⁶.

Los objetos líticos muestran la misma variedad y alta calidad tecnológica y estilística que la cerámica. Grandes piedras de moler, a veces profundamente ahuecadas por el prolongado uso, se encuentran en o cerca de las casas. Hachas de piedra, de forma más o menos trapezoidal, así como cinceles de distintos tamaños, están cuidadosamente pulidos y aún artefactos tales como las pesas para las redes de pesca o las manos para moler o triturar, están manufacturadas con esmero.

En los sitios de habitación, en sitios ceremoniales y en muchos escondrijos se han hallado miles de cuentas de collar muy finamente pulidas, de cornalina, ágata, cuarzo u otras piedras de colores y texturas llamativas. Hay cuentas tubulares o esféricas, botones, discos, pendientes en forma de Y, en forma de proyectil o en las más variadas formas de animales. En la región de Cerro Azul, en el alto río Sevilla, en una ciudad de gran extensión, excavé un sitio ceremonial cuya área central contenía un depósito de más de un metro de espesor,

¹⁷⁶ Muchas ocarinas taironas que se encuentran en museos o colecciones particulares, dentro y fuera del país, son falsificaciones que han inundado el mercado en las últimas dos décadas.

de cuentas de collar en todas las fases de manufactura, desde el trozo de materia prima hasta el artefacto perfectamente terminado. Había cuentas de gran tamaño, hasta de 20 centímetros de largo, lo que sugiere el uso simbólico de estos objetos; de todos modos se trataba de un sitio de ofrendas puesto que el estrato superior del depósito estaba sellado por una gruesa capa de barro cocido que servía de piso¹⁷⁷.

Otros artefactos rituales, muy finamente tallados de piedra, son las hachas monolíticas en que tanto la hoja como el cabo están esculpidos de una sola pieza, de unos 20 a 45 centímetros de largo. También hay objetos en forma de espátula alargada, tal vez insignias de mando o de rango, el extremo superior de las cuales muestra a veces una talla zoomorfa. Una categoría muy especial del arte lapidario son las tallas de nefrita translúcida, verdosa o grisosa, muy parecida al jade, que representan figuras humanas muy estilizadas, murciélagos en vuelo, o adornos en forma de barra o placa horizontal¹⁷⁸. Una gran máscara de piedra, representación

¹⁷⁷ Reichel-Dolmatoff, mss. inéditos. La cerámica asociada a esta construcción era de tipo negro opaco, con decoración aplicada, común en la vertiente occidental de la Sierra Nevada. Cuando se efectuó esta excavación (1948) aún no se había descubierto el método del C14. El total de cuentas y cerámicas asociadas fue depositado en el Museo Arqueológico de Santa Marta, excepto una colección tipológica que fue entregada al Museo Nacional.

¹⁷⁸ Obviamente se trata de objetos estrechamente relacionados con las tallas de jade de Costa Rica; véase, por ejemplo, Easby, Elizabeth Kennedy, 1981, «Jade», *Precolumbian Art of Costa Rica* (Elizabeth P. Benson, editor), págs. 135-151, Abrams Inc., New York. Otro

de una cara humana con lengua saliente, procede del alto río Córdoba¹⁷⁹. Una figura acurrucada y esquelética, de 24,5 centímetros de altura, fue encontrada en las riberas de la Quebrada Valencia (río Don Diego), al pie de la vertiente septentrional de la Sierra Nevada¹⁸⁰. También existen algunas tallas líticas grandes. Varias cabezas humanas de gran tamaño proceden de la región de Minca, cerca de Santa Marta¹⁸¹, y hay persistentes rumores sobre la existencia de grandes estatuas en zonas aún poco exploradas.

trabajo de interés es: Wagner, Erika & Carlos Schubert, 1971, «*Pre-Hispanic Workshops of Serpentine Artifacts, Venezuelan Andes, and Possible Raw Material Source*», *Science*, vol. 175, págs. 888-890.

¹⁷⁹ La máscara fue donación del señor Alfonso Munive, de Ciénaga, y se encuentra en el Museo Nacional. Se halló en un ofrendatario bajo, del tipo descrito para Neguanje, con un cuello y una tapa ajustada. Es de cerámica gris oscura, pesada. La decoración del ofrendatario es atípica en tanto que consiste de una banda de motivos geométricos incisos, con campos punteados-zonificados. Sea dicho que el hallazgo no estaba asociado con la arquitectura lítica del lugar.

¹⁸⁰ La figura acurrucada está descrita en: Dussan de Reichel, Alicia, 1967, «Una escultura lítica de tipología costarricense, de la Sierra Nevada de Santa Marta», *Razón y Fábula*, Revista de la Universidad de los Andes, n.º 2, págs. 39-42, Bogotá. Se trata de una figura de tipo *Sukia* costarricense, probablemente representando un chamán en actitud ritual. La pieza formaba parte de la colección del señor Rainer Schultze-Kraft, de Heidelberg, Alemania.

¹⁸¹ Las grandes caras humanas se encuentran en una colección particular en Minca; otras en el Colegio Celedón de Santa Marta, y varias en el Museo Arqueológico de la misma ciudad.

Véase también: Hildeberto María; *infra* (1954, Figs. 81-84).

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 157. Buritaca-200; río Buritaca.



FIGURA 158. Escalera de cantos rodados; Bonda.

Se han hallado algunas tallas de conchas marinas, de hueso de grandes mamíferos, así como tal cual talla de madera; una manopla o tensor de arco, decorado con motivos excisos de tipo tairona, se encontró en una urna, en la zona del río Don Diego¹⁸².

¹⁸² El cronista Pedro de Aguado escribe que los indios de Bonda tenían «... cierto artificio para tender la cuerda, que usaban traer en la



FIGURA 159. Vasijas de cerámica negra; sitio 39; Pueblito.

Hay muchos vestigios de arte rupestre en la Sierra Nevada, sobre todo en las faldas orientales y surorientales¹⁸³. En Donama, cerca de Santa Marta, se encuentra una gran roca cubierta de petroglifos, y en las cercanías

mano derecha». Tensores de arco de forma similar están aún en uso entre los indios chimilas del río Ariguán; véase Reichel-Dolmatoff, G., 1946, «Etnografía Chimila», *Boletín de Arqueología*, vol. 11, págs. 95-155, Bogotá, (cf. págs. 119-120; Figuras 9c, 9d, 9e; Láminas XII-XIII).

¹⁸³ Hilderberto María, Hermano, 1954, «Arte rupestre en la Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia)», *Antropología y Etnología*, n.º 10, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Bernardino de Sahagún, Madrid; Isaacs, Jorge, 1884, «Estudio sobre

de muchos asentamientos se han observado pretraglifos de menor tamaño.

La metalurgia tairona es altamente desarrollada y puede medirse con las mejores obras de la Cordillera Central. Se destacan las figurinas fundidas que representan felinos o murciélagos antropomorfizados, orejeras, nariqueras, bezotes, pectorales, cascabeles y un sinnúmero de pequeños adornos manufacturados de oro o de tumbaga, en la técnica de la *mise en couleur*¹⁸⁴. Se conocen varios ejemplares de figuras humanas que aparentemente llevan máscaras y un gran tocado de espirales y cabezas de aves o culebras muy estilizadas. Las figuras sostienen en sus manos una barra o vara horizontal que termina en ambos extremos en dos espirales enroscadas en direcciones opuestas¹⁸⁵.

las tribus indígenas del Estado del Magdalena, antes Provincia de Santa Marta», *Anales de la Instrucción Pública*, vol. VIII, Bogotá.

¹⁸⁴ Sobre la metalurgia tairona, véanse: Mason, J. Alden (1936); Pérez de Barradas, José, 1966, *Orfebrería Prehispánica de Colombia: Estilos Quimbaya y otros*, Texto, Madrid (cf. pág. 317). Véanse también la serie de artículos aparecidos en el Boletín del Museo del Oro, Banco de la República, Bogotá.

¹⁸⁵ Anoto la semejanza de esta barra o vara, con la sagrada vara sonajera de los indios del Vaupés (Reichel-Dolmatoff, G., 1975, *The Shaman and the Jaguar*, Temple University Press, Philadelphia; cf. Indice: Musical Instruments, pág. 277). Sea dicho aquí que figuras de oro o cobre que sostienen objetos bífidos, se encuentran también en la metalurgia de la Cordillera Central.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 160. Vasija antropomorfa negra; Sierra Nevada de Santa Marta.



FIGURA 161. Vasija de cerámica habana; Santa Marta.



FIGURA 162. Cerámica zoomorfa; Pueblito.



FIGURA 163. Ocarina antropomorfa; Santa Marta.

Hay pocos datos sobre las costumbres funerarias de los taironas. En algunas ciudades, como en Pueblito, se han encontrado grandes entierros primarios formados por lajas y cubiertos con una laja de grandes dimensiones, en el centro de algunas casas muy bien construidas, pero los guaqueros se habían adelantado y no fue posible conocer el ajuar de estas sepulturas. En otras aldeas o ciudades, como en Buritaca-200, se han encontrado entierros de pozo con cámara lateral, probablemente las «bóvedas» de los cronistas, pero se carece de datos más detallados. En varios sitios de la costa septentrional y también en el litoral al sur de Santa Marta se han hallado grandes urnas funerarias, a veces con objetos metálicos dentro o pequeñas tallas de concha o de hueso. Sobre este aspecto de la cultura tairona faltan datos porque las actividades de los guaqueros han sido devastadoras.



FIGURA 164. Fragmento de ocarina; Bonda.

Sobre las creencias religiosas tampoco hay datos detallados. La iconografía representada en cerámica, piedra y objetos metálicos, deja reconocer algunas figuras individualizadas que podrían identificarse con una divinidad solar o con chamanes ataviados. También hay series de figuras que parecen ser animales totémicos o espíritus protectores, como los que enumeré al hablar de la cerámica zoomorfa. Algunos datos históricos y arqueológicos parecen indicar la observación astronómica desde templos u otros puntos fijos. El complejo ritual de las hachas monolíticas, insignias en forma de espátula o tenedor, placas sonajeras y, no por último, la gran importancia ritual de las cuentas de collar, pueden explicarse en parte con la ayuda de los datos etnográficos sobre las tribus sobrevivientes de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Sobre la cronología de la zona tairona faltan datos precisos porque muchas de las excavaciones —Mason, Reichel-Dolmatoff— fueron efectuadas antes de que se conociera el método del carbono radiactivo. Por otro lado, hasta hoy en día no se han hallado en la Sierra Nevada grandes basureros, que se hubieran prestado para excavaciones estratigráficas. La siguiente tabla muestra algunas fechas para el sitio de Buritaca-200 y sus cercanías¹⁸⁶.

¹⁸⁶ No se menciona nada acerca de las asociaciones culturales tipológicas de estas fechas.

TABLA IV: fechas radiocarbónicas para Buritaca-200.

n.º	Fecha antes de presente	Fecha después de Cristo	Sitio	Tipo de yacimiento	Asociaciones
GrN-9247	565 ± 50	1385 d. C.	Buritaca-200	Tumba	Oro
IAN-86	590 ± 160	1360 d. C.	Buritaca-200	Vivienda	Cerámica
Beta-9372	860 ± 110	1090 d. C.	Buritaca-200		
Beta-3564	400 ± 90	1550 d. C.	La Estrella	Tumba	Oro
Beta-11555	550 ± 70	1400 d. C.	Alto de Mira	Basurero	Cerámica
Beta-11556	600 ± 60	1350 d. C.	Alto de Mira	Basurero	Cerámica

Obviamente se trata de un sitio prehistórico/histórico. En Pueblito encontramos personalmente varios trozos de hierro en asociación con objetos líticos, dentro de las casas¹⁸⁷. La evidencia para las fases anteriores se basa pues ante todo en apreciaciones comparativas, con materiales de otras zonas. El primer problema que se plantea es la esporádica existencia de cerámica pintada, en la zona de la Sierra Nevada. Alden Mason¹⁸⁸ encontró en la Bahía de Neguanje, poca distancia al oeste de Pueblito, varios entierros que contenían cerámicas con indudable parentesco tairona, pero algunas de ellas pintadas con motivos

¹⁸⁷ Reichel-Dolmatoff, G., 1955, «Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta; Parte 3: Sitios de contacto español», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. III, págs. 141-170, Bogotá.

¹⁸⁸ Mason, J. Alden, 1939 (cf. Fig. 23, Láminas CCXIV-CCXV).

y colores que se relacionan con la cerámica de El Horno, del río Ranchería, para la cual hay una fecha de radiocarbono de 585 d. C. Los hallazgos de Mason, en Neguanje, consisten además de cerámicas negras y otras, de tipo tairona, de placas sonajeras, objetos de nefrita, joyas de oro y gran cantidad de cuentas de collar. También es de notar en Neguanje la presencia de túmulos funerarios y de entierros primarios en cercados de lajas, así como la casi total ausencia de vestigios arquitectónicos. Las piezas cerámicas que más llaman la atención dentro de este conjunto son los ofrendatarios, con sus tapas ajustables, decorados con motivos pintados de tipo El Horno¹⁸⁹. Con base en los hallazgos de Mason, Bischof¹⁹⁰ estableció el Periodo Neguanje, en el nivel cronológico de El Horno.



FIGURA 165. Vasijas diminutas; Pueblito.

¹⁸⁹ Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia, 1951, «Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena, Colombia, 1946-1950: Parte I-Arqueología del río Ranchería; Parte II-Arqueología del río Cesar», *Boletín de Arqueología*, vol. III, n.º 1-6, págs. 1-234, Bogotá.

¹⁹⁰ Bischof, 1969; *supra*, nota 184.

En los años de 1936-1937, Gustaf Bolinder excavó en Pueblo Bello, en la vertiente meridional de la Sierra, donde encontró varias urnas funerarias grandes de entierros primados, que contenían cuentas de collar y pequeñas tallas de piedra, de tipología tairona. Con ocasión de esta investigación, Bolinder adquirió una cerámica de obvio parentesco con El Hornero, que un habitante de Pueblo Bello había encontrado al cavar en su jardín¹⁹¹. Otro hallazgo de cerámica pintada lo hice yo personalmente en la finca Shangri-La, entre Santa Marta y San Pedro Alejandrino, donde hallé gran cantidad de fragmentos pintados con motivos curvilineares y rectilíneos, en color rojo sobre un fondo blanco¹⁹². Por cierto, el periodo El Hornero contiene también una clase de cerámica negra, que bien puede haber sido ancestral a la cerámica negra tairona¹⁹³.

Un problema especial se refiere a las múltiples semejanzas entre la cultura tairona y algunos desarrollos culturales en Costa Rica. En el sitio de Guayabo de Turrialba, y en varios otros lugares de la vertiente atlántica de aquel país, existen complejos arquitectónicos que se asemejan mucho

¹⁹¹ Bolinder, Gustaf, 1942, «*Urn-burials in full-size mortuary urns in Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*», *Ethnos*, vol. 7, n.º 1, págs. 10-19, Etnografiska Museum, Stockholm. Comunicación personal de los doctores Gustaf Bolinder y Henry S. Wassen, del Museo de Göteborg.

¹⁹² La finca Shangri-La pertenecía en 1946 al Señor Jack Oberlin, de la United Fruit Company.

¹⁹³ Cf. *supra*, nota 205.

a sitios tairona, tales como Pueblito. En efecto, en Guayabo se encuentran cimientos circulares de lajas, caminos empedrados, plazas públicas, escaleras, murallas de contención, montículos, drenajes y otros rasgos, que tienen sus paralelas en el área tairona. Aun las unidades urbanísticas que se pueden distinguir en Pueblito y otros sitios tairona se asemejan a las de Guayabo de Turrialba. La posición cronológica de estos desarrollos arquitectónicos costarricenses cae dentro del periodo de aproximadamente 1000 d. C. a 1500 d. C., es decir, corresponde aproximadamente al desarrollo tairona¹⁹⁴. Otras semejanzas se pueden observar en la cerámica, la metallurgia, la talla de jade y de otros objetos del arte lapidario. En 1946 se encontró en la parte céntrica de la ciudad de Santa Marta, al excavar una alcantarilla, una vasija de cerámica gris lisa, en forma de un caimán enroscado, que lleva sobre su espalda un pequeño mamífero modelado, pieza de indudable filiación costarricense. Una vasija semejante, aunque mucho más tosca, está ilustrada en Mason (1939, Lámina CCXXIII, 2), pero carece de procedencia exacta. La estatuilla de piedra, del río Don Diego, también de tipología costarricense, ya se mencionó en las páginas anteriores.

¹⁹⁴ Aguilar, Carlos H., 1972, *Guayabo de Turrialba: Arqueología de un sitio indígena prehispánico*, Editorial Costa Rica, San José; Fonseca Zamora, Oscar, 1979, «Informe de la primera temporada de reexcavación de Guayabo de Turrialba», *Vínculos*, vol. 5 n.º 1-2, págs. 35-41, Museo Nacional de Costa Rica, San José; *ibidem*, 1981, «*Guayabo de Turrialba and its significance*», *Precolumbian Art of Costa Rica*, (Elizabeth P. Benson, editor), págs. 104-111, Abrams Inc., New York.



FIGURA 166. Ocarina antropomorfa; Bonda.



FIGURA 167. Fragmento con decoración excisa; Pueblito.



FIGURA 168. Fragmentos antropomorfos; Bonda.



FIGURA 169. Figura con máscara de reptil de Bonda y cabeza de ave de Pueblito.

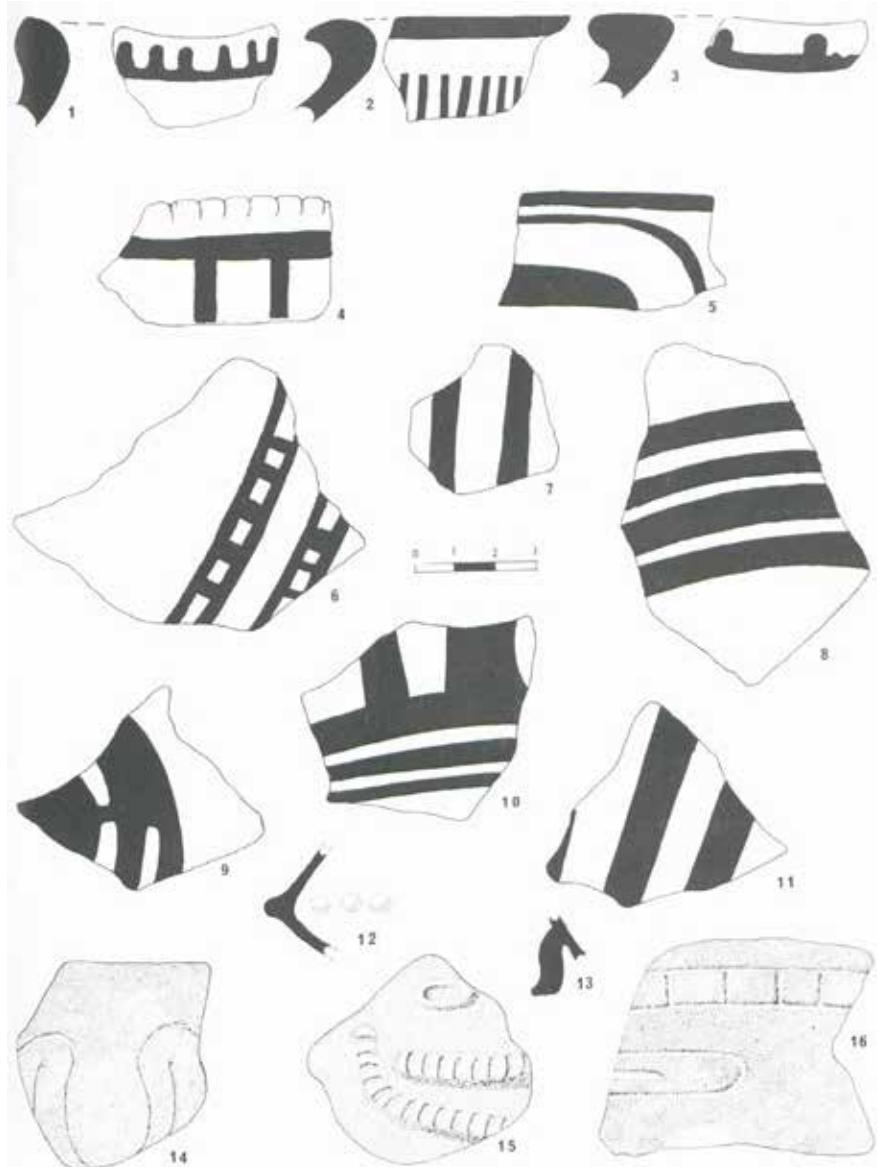


FIGURA 170. Fragmentos cerámicos; Mamatoco.

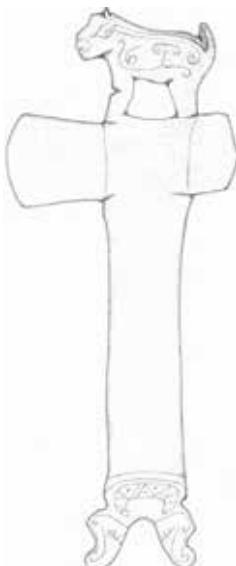


FIGURA 171. Hacha monolítica; Sierra Nevada de Santa Marta.

En algunas publicaciones anteriores he formulado la hipótesis de que la cultura tairona fuese de origen costarricense, con un notable componente mesoamericano, que además se hace presente también en otras regiones de Colombia, como por ejemplo en Tumaco, el Quindío y en la región muisca¹⁹⁵. Al reconsiderar estas premisas a la luz de nuevos hallazgos en Colombia, Venezuela, Ecuador y Centroamérica, así como a consecuencia de conversaciones

¹⁹⁵ Reichel-Dolmatoff, G., 1965, *Colombia: Ancient Peoples and Places*, Thames & Hudson, London; *ibidem*, «Colombia Indígena: Periodo Prehispánico», Manual de Historia de Colombia (J. G. Cobo Borda & Santiago Mutis Durán, editores), vol. I, págs. 31-115.

con colegas¹⁹⁶, se ven reafirmados los nexos culturales entre el norte de Colombia y Centroamérica, pero se replantea el problema de orígenes, de focos culturales, así como el de las direcciones en que se difundieron los rasgos específicos comparables. En consecuencia, con estos nuevos enfoques, en lugar de proponer que la cultura de la Sierra Nevada tuviera un origen costarricense o que las culturas de Costa Rica tuvieran un origen colombiano, me inclino a sugerir que Costa Rica, Panamá y la costa Caribe de Colombia constituyan *una sola área cultural* coherente, en la cual estos tres componentes formaban núcleos fundamentales, entre los cuales existían estrechos contactos a través de influencias mutuas.

Que las tradiciones cerámicas de la Etapa Formativa Temprana de Colombia hayan penetrado a Centroamérica y Mesoamérica ya en épocas muy tempranas, queda fuera de duda, pero de lo que tratamos aquí es de desarrollos posteriores, de tipo cacicazgo. En el capítulo sobre la Etapa Formativa (véase capítulo IV) mencioné las relaciones entre Momil y algunas culturas del centro y oriente de Costa Rica, a saber Las Pavas y El Bosque. Es sobre esta base común como sugiero se haya desarrollado una tradición

¹⁹⁶ Bogotá, 1978-1979. Mi cambio de enfoque, en la interpretación de estas relaciones, se debe ante todo a mis conversaciones con el Profesor Donald W. Lathrap, de la Universidad de Urbana-Illinois. Lathrap, en efecto, sugiere que la Cultura Tairona se basa esencialmente en desarrollos locales —Momil, río Ranchería y otros— y opina que la arquitectura tairona se relaciona con complejos arquitectónicos como Pajatén, en el Perú.

que, desde Momil y a través del Segundo Horizonte Pintado, llevó al florecimiento de la cultura tairona, de Coclé y de aquellas culturas costarricenses, con las cuales existe un parentesco cercano. Vale la pena subrayar que fue en una región de habla chibcha donde se logró este desarrollo.



FIGURA 172. Mascarilla de piedra; río Don Diego.



FIGURA 173. Máscara de piedra; río Córdoba.



FIGURA 174 Pendiente alado de piedra en forma de murciélagos; Pueblito.

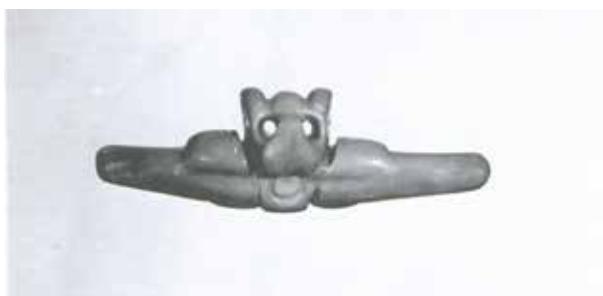


FIGURA 175. Pendiente en forma de murciélagos;
Sierra Nevada de Santa Marta.



FIGURA 176. Figura de nefrita; Sierra Nevada de Santa Marta.



FIGURA 177. Figura de piedra; Sierra Nevada de Santa Marta.



FIGURA 178. Cuentas de piedra de collar; Sierra Nevada de Santa Marta.

Pero volvamos otra vez al proceso histórico de la conquista de los taironas.

Al comienzo del año de 1600, cuando se había librado la última batalla, el gobernador don Juan Guiral Velón condenó a los jefes indígenas a muerte o exilio. El jefe tairona *Cuchacique*, quien había sido el caudillo de la rebelión de 1599, fue condenado «... a que sea arrastrado a la cola de dos potros cerreros, y hecho quatro quartos, y puestos por los caminos, y la cabeza puesta en una jaula donde nadie la quite so pena de muerte...».



FIGURA 179. Hacha monolítica; Dibulla.

Aquí sigue una interminable lista de caciques y principales que así mismo se condenaron a muerte. Termina la sentencia así: «Yten condeno a los suso dhos y a cada

uno de ellos que les sean derribadas y quemadas sus casas en que bibian quando cometieron el delito y ninguna persona de cualquier estado y condision que sea ossado de las bolver a rredificar ni poblar sin lisencia de su mags, so pena de muerte natural en que les doy por condenados lo contrario hzdo¹⁹⁷».

Sería demasiado trágico querer ver en estos acontecimientos el final de la cultura tairona tal como la conocemos a través de sus espléndidos vestigios arqueológicos; por fortuna, los indígenas que lograron sobrevivir en la Sierra Nevada de Santa Marta, sobre todo los kogi, han sabido mantener viva la tradición de sus antepasados y constituyen, hoy en día, una de las sociedades indígenas intelectualmente más avanzadas de América. Desconocidos para la mayoría de los colombianos, aún despreciados y perseguidos, estos descendientes de la cultura aborigen más elevada de Colombia¹⁹⁸.

¹⁹⁷ Reichel-Dolmatoff, G., 1951, *Datos histórico-culturales...*, Bogotá (cf. pág. 37); Restrepo Tirado, Ernesto, 1937, «Cómo se sacrificaba a los indios», *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. xxiv, págs. 739-743, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

¹⁹⁸ Los principales elementos mesoamericanos que se observan entre los kogi son los siguientes: énfasis en «amanecer», en el mito de creación; múltiple creación del universo y de la humanidad; concepto de varios mundos superpuestos, de difícil acceso; asociación de puntos cardinales con distintos colores, fuerzas vitales y destructoras, y seres monstruosos; concepto de un Más Allá especial para mujeres que mueren en el parto o para personas que mueren ahogadas; dualismo —benévolos/malévolos— de las deidades;



FIGURA 180. Placa antropomorfa; Girocasaca.



FIGURA 181. Hacha de cobre; Costa de Salamanca.

monopolimorfismo y quadruplicidad de las deidades; divinidad solar de carácter femenino; bailarines enmascarados que representan la deidad; carácter ritual del número nueve; enfermedad causada por el pecado; simbolismo de la «escoba» y del acto de «barrer» en el perdón del pecado; confesión; adivinación por contracción súbita muscular y por juntar rápidamente las uñas de los dedos índice; largo periodo de entrenamiento para sacerdotes; sacerdocio altamente organizado; perro como guía hacia el Más Allá; observación minuciosa de solsticios y equinoccios.



FIGURA 182. Figura con paleta; Bonda.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 183. Figura tallada en esteatita; El Edén.



FIGURA 184. Pendiente estilo tairona; Sierra Nevada de Santa Marta.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF



FIGURA 185. Pendiente estilo tairona; Sierra Nevada de Santa Marta.



FIGURA 186. Pendiente estilo tairona; Sierra Nevada de Santa Marta.

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

TABLA V. Cronología aproximada de algunas regiones geográficas.

Costa Pacífica	San Agustín	Valle del Cauca	Costa Caribe	Sierra Nevada	Baja Guajira	Cordillera Oriental
1500	Sombrerillos			Pueblito		Muisca hist.
1400						1500
1300	Minguimalo					1400
1200	Cupica	Sachamate	Crespo	Buritaca 200	Cocos	1300
1100		Sonso	Betancí		Portacelli	1200
1000		Yotoco			Sutamarchán	1100
900						1000
800	Murillo					900
700						800
600					Horno	700
500				Neguanje		600
400						500
300		Isnos				400
200	Mataje/ Inguapí					300
100						200
0						100
100						0
200		Horqueta		Momil/ Estorbo		100
300						200
400					Loma	300
500	Mataje/ Inguapí					400
600						500
700						600
800						700
900						800
1000				Malambo		900
						1000

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF

Costa Pacífica	San Agustín	Valle del Cauca	Costa Caribe	Sierra Nevada	Baja Guajira	Cordillera Oriental
1100						1100
1200						1200
1300						1300
1400						1400
1500						1500
1600						1600
1700						1700
1800						1800
1900						1900
2000						2000
2100						2100
2200						2200
2300						2300
2400						2400
2500						2500
2600						2600
2700						2700
2800						2800
2900						2900
3000						3000
3100			Puerto Hormiga			3100
3200						3200
3300						3300
3400						3400
3500			Monsú. Periodo Turbana			3500

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

TABLA VI. Correlación cronológica aproximada con otras áreas de América

	Andes Centrales	Colombia	Mesoamérica
1500	Imperio Incaico Chimú Tihuanaco Mochica Nazca Recuay	Muisca Tairona Crespo Yotoco Betancí Murillo Mataje/Inguapí San Agustín Momil Mataje Barlovento/ Malambo	Imperio Azteca Maya Posclásico Maya Clásico Maya Formativo Olmeca Primera cerámica Monsú Precerámico
1000			
500			
d. C.			
a. C.			
500		Loma	
1000			
1500			
2000		Canapote	
2500			
3000		Puerto Hormiga Monsú: Período Turbana	
3500		Primera cerámica	

■ DESCRIPCIÓN DE FIGURAS Y LÁMINAS

DESCRIPCIÓN DE FIGURAS EN BLANCO Y NEGRO

CAPÍTULO II	EL PAÍS
Figura 1	Mapa de Colombia, principales rasgos topográficos.

CAPÍTULO III	LA ETAPA PALEOINDIA
Figura 2	Mapa de Colombia con localización de sitios líticos, de tipología paleoindia o arcaica. Cortesía de G. Ardila y G. Correal. 1. Nemocón; 2. Tibitó; 3. El Habra; 4. Chía; 5. Sueva; 6. Gachalá; 7. Zipacón; 8. Tequendama; 9. El Hotel (Neiva); 10. Pachigó - La Argentina; 11. Cosinas; 12. El Espejo-Media Luna.; 13. San Cayetano; Villa Mary; 14. Llanacues (Bolívar); 15. Puerto Nare; 16. Ciénaga del Trapo; 17. Río Alicante, La Susana; 18. Boca del río Carare; 19. Tipintá La Dorada; 20. Ciénaga de Chucurí, San Silvestre; 21. Frasquillo; 22. Utría; 23. Chorí-Juruvidá; 24. Catrú; 25. Bahía Gloria; 26. Caucada; 27. San Nicolás; 28. Mahates; 29. Pomares.
Figura 3	Punta de proyectil; Restrepo, alto río Calima; largo: 9,1 cm. Museo del Oro, Bogotá.
Figura 4	Punta de proyectil; Caño Negro, Ciénaga de Trapo, Puerto Berrio, Magdalena Medio; largo: 5,5 cm. Colección Diego Villegas, Medellín.

CAPÍTULO III	LA ETAPA PALEOINDIA
Figura 5	Punta de proyectil; Caño Negro, Ciénaga de Trapo, Puerto Berrio, colección Diego Villegas, Medellín.
Figura 6	Punta de proyectil; quebrada Niquía, cerca de Medellín; Museo de la Universidad de Antioquia, n.º 2642.
Figura 7	Punta de proyectil; quebrada Niquía, cerca de Medellín; Museo de la Universidad de Antioquia, n.º 2641; largo: 11,3 cm.
Figura 8	Punta de proyectil; Hacienda Bolívar, río Manzanares, Santa Marta; colección Betty Owen.
Figura 9	<i>Ibidem</i> , vista del otro lado.
Figura 10	Punta de proyectil; jardín del Colegio Santa Francisca, tercer puente de la autopista norte, Bogotá; colección Álvaro Soto Holguín; largo: 5 cm.
Figura 11	Vista de los entierros paleoindios, en el sitio Tequendama; excavación Gonzalo Correal y Thomas van der Hammen.
Figura 12	Raspador bifacial; Ráquira, Boyacá; recolectado por el autor. Colección del Museo de Ciencias, Universidad Nacional, Bogotá.
Figura 13	Artefactos líticos del río Catrú, Chocó; recolectados por el autor. Museo de Ciencias, Universidad Nacional, Bogotá.
Figura 14	Artefactos líticos del río Catrú, Chocó; recolectados por el autor. Museo de Ciencias, Universidad Nacional, Bogotá.
Figura 15	Artefactos líticos del río Juruvidá, Chocó; recolectados por el autor. Museo de Ciencias, Universidad Nacional, Bogotá.
Figura 16	Artefactos líticos de Cabo Corrientes, Chocó; recolectados por el autor. Museo de Ciencias, Universidad Nacional, Bogotá.
Figura 17	Artefactos líticos de la Hacienda Pomares, Canal del Dique, Municipio de Arjona, Bolívar; recolectados por el autor. Museo de Ciencias, Universidad Nacional, Bogotá.
Figura 18	Artefactos líticos de la boca del río Carare, Magdalena Medio; recolectados por el autor. Museo de Ciencias, Universidad Nacional, Bogotá.

CAPÍTULO IV	LA ETAPA FORMATIVA
Figura 19	Mapa de la costa Caribe de Colombia.
Figura 20	Mapa de la costa Caribe, con la localización de los principales sitios de la Etapa Formativa.
Figura 21	Monsú; fragmentos cerámicos del Periodo Turbana, tipo Turbana Excisa. 1, E-11, 2, A-13; 3, A-13; 4, A-13; 5, G-7; 6, A-15; 7, E-12; 8, B-9; 9, G-7; 10, A-13.
Figura 22	Monsú; fragmentos cerámicos del Periodo Pangola, tipo Pangola Incisa Angular. 1, C-12; 2, G-7; 3, C-1 1; 4, C-12; 5, B-9; 6, B-10; 7, E-10; 8, B-9; 9, A-13; 10, C-10; 11, A-13; 12, A-13.
Figura 23	Puerto Hormiga; representación de una cara antropomorfa, en el borde de una vasija.
Figura 24	Puerto Hormiga; fragmentos cerámicos con desgrasante vegetal.
Figura 25	Puerto Hormiga; placa arenisca para triturar.
Figura 26	Puerto Hormiga; yunque de piedra, para romper semillas duras.
Figura 27	Puerto Hormiga; adorno zoomorfo en el borde de una vasija.
Figura 28	Puerto Hormiga; fragmentos cerámicos.
Figura 29	Barlovento; estratificación del conchero.
Figura 30	Barlovento; fragmentos cerámicos.
Figura 31	Momil; vista parcial del Corte II.
Figura 32	Momil; vista parcial del Corte II.
Figura 33	Momil; microlitos; tamaños: 1 = 17 mm; 2 = 16 mm; 3 = 23 mm; 4 = 15 mm; 5 = 21 mm; 6 = 18 mm
Figura 34	Ciénaga de Oro, medio río Sinú; cabeza de figurina antropomorfa, de tipo formativo.
Figura 35	Ciénaga de Oro, medio río Sinú; ocarina zoomorfa de tipo formativo.
Figura 36	Tierra Alta, alto río Sinú; vasija con decoración modelada-aplicada, con dos orificios para absorber un líquido por la nariz.
Figura 37	Tierra Alta, alto río Sinú; fragmentos cerámicos superficiales.
Figura 38	Malambo, bajo río Magdalena; mascarilla de cerámica.

CAPÍTULO IV	LA ETAPA FORMATIVA
Figura 39	Vasija zoomorfa de tipo Malambo; bajo río Córdoba, Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 40	Santa Marta; figurina antropomorfa de tipo formativo, hallada al construir el alcantarillado del centro de la ciudad. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 41	Bonda, cerca de Santa Marta; fragmento de figura antropomorfa, de tipo formativo. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 42	Orillas del bajo río Magdalena.
Figura 43	Zambrano, bajo río Magdalena; figurina antropomorfa de tipo Momil I.
Figura 44	Zambrano, bajo río Magdalena; fragmentos cerámicos del Segundo Horizonte Inciso.
Figura 45	Puerto Antioquia, bajo río Cauca; vasija de doble vertedera, de tipo formativo tardío. Museo de la Universidad de Antioquia, Medellín.
Figura 46	El Guamo, río Luisa, Tolima-, vasija de doble vertedera, de tipo formativo, adquirida localmente por el autor. Museo Nacional, Bogotá.
Figura 47	Arrancaplumas, Tolima; vasija trípode de tipo formativo tardío. Colección Arturo Cerón, Honda.
Figura 48	Arrancaplumas, Tolima; dos vasijas de tipo formativo tardío. Colección Arturo Cerón, Honda.

CAPÍTULO V	LOS DESARROLLOS REGIONALES: LAS COSTAS
Figura 49	Cabeza, río Mira, costa Pacífica. Museo Nacional.
Figura 50	Cabecilla río Mira, costa Pacífica.
Figura 51	Figura antropomorfa, río Mira, costa Pacífica.
Figura 52	Mascarilla de un anciano, región de Tumaco, costa Pacífica.
Figura 53	Figurina antropomorfa decapitada, región de Tumaco, costa Pacífica. Museo Nacional, Bogotá.
Figura 54	Figurina femenina, región de Tumaco, costa Pacífica.
Figura 55	Cupica, costa Pacífica; vasija excisa-modelada. Museo Nacional, Bogotá.

CAPÍTULO V	LOS DESARROLLOS REGIONALES: LAS COSTAS
Figura 56	Cupica, costa Pacífica; vasija del ajuar funerario. Museo Nacional, Bogotá.
Figura 57	Cupica, costa Pacífica; vasija del ajuar funerario. Museo Nacional, Bogotá.
Figura 58	Portacelli, río Ranchería, Baja Guajira; perfil oriental del Corte I.
Figura 59	Río Ranchería, Baja Guajira, vasija funeraria.
Figura 60	Río Ranchería, Baja Guajira; vasija funeraria del Periodo Portacelli.
Figura 61	Río Ranchería, Baja Guajira; vasija de estilo atípico —¿Periodo El Horno?—.
Figura 62	Río Ranchería, Baja Guajira; vasija del Periodo El Horno, con rasgos tairona; hallazgo superficial, Barrancas.
Figura 63	Río Ranchería, Baja Guajira, figurina antropomorfa adquirida localmente. Museo Arqueológico Casa Marqués de San Jorge, Bogotá, n.º 6319.
Figura 64	Zambrano, bajo río Magdalena; excavación del túmulo Pacífico.
Figura 65	Zambrano, bajo río Magdalena; cabeza antropomorfa. Colección Käthe Oeding, Hacienda Campo Alegre, Zambrano.
Figura 66	Saloa, bajo río Magdalena; rodillos hallados superficialmente. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 67	Crespo, aeropuerto de Cartagena; vasija. Museo de la Universidad del Atlántico, Barranquilla.
Figura 68	Crespo, aeropuerto de Cartagena; fragmento antropomorfo. Museo de la Universidad del Atlántico, Barranquilla.
Figura 69	Ciénaga de Luruaco, Atlántico; fragmentos cerámicos con pintura negra sobre pintura roja.
Figura 70	Sabaneta, entre Momil y Coveñas; figurina antropomorfa maciza. Colección particular local; estilo El Estorbo.
Figura 71	Corozal, Sucre; Hacienda Zacatecas; urna funeraria con restos humanos.

CAPÍTULO V	LOS DESARROLLOS REGIONALES: LAS COSTAS
Figura 72	Objetos de concha, procedentes de varios sitios de la costa Caribe. 1, Figura ornitomorfa; Betancí, río Sinú, sitio Mon-7. Museo de la Universidad del Atlántico, Barranquilla. 2, Figura ornitomorfa; Momil, bajo río Sinú, Corte II, complejo Betancí intruso; largo; 5 cm. 3, Figura antropomorfa; Momil, bajo río Sinú, Corte II, complejo Betancí intruso. Museo de la Universidad del Atlántico, Barranquilla. 4, Figura de un reptil (?); región de Piojo, Atlántico. Museo del Colegio Biffi, Barranquilla; largo: 13 cm. 5, Figura de rana; Momil, bajo río Sinú, Corte II, complejo Betancí intruso; largo; 4,5 cm. Museo de la Universidad del Atlántico, Barranquilla. 6, Figura en forma de V; Momil, bajo río Sinú, Corte II, complejo Betancí intruso. Museo de la Universidad del Atlántico, Barranquilla. 7, Figura en forma de rana estilizada (?); Momil, bajo río Sinú, Corte II, complejo Betancí intruso; largo: 5,5. cm. 8, Cabeza de caimán; río Ranchería, región de Oreganal; largo: 8 cm. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.

CAPÍTULO VI	LOS DESARROLLOS REGIONALES: EL INTERIOR
Figura 73	El Guamo, Tolima; vasija en forma de casa (cf. Figura 90). Museo Nacional, Bogotá.
Figura 74	Tamalameque, bajo río Magdalena, Sabana de San Luis; vista de una tumba aún no excavada.
Figura 75	Tamalameque, bajo río Magdalena, Sabana de San Luis; corte transversal de una tumba de cámara lateral.
Figura 76	Tamalameque, bajo río Magdalena; urna funeraria. Colección Doctor Carlos García, Tamalameque.
Figura 77	Hacienda Mosquito, bajo río Magdalena; urna funeraria, Museo del Oro, Bogotá.
Figura 78	Río de la Miel; dos tapas de urnas funerarias, con representaciones de aves; colección Arturo Cerón, Honda.
Figura 79	Río de la Miel, Magdalena Medio, tapa de urna funeraria.
Figura 80	Río de la Miel, Magdalena Medio, tapa de urna funeraria. Colección Arturo Cerón, Honda.
Figura 81	Río de la Miel, Magdalena Medio; tapa de urna funeraria.

CAPÍTULO VI	LOS DESARROLLOS REGIONALES: EL INTERIOR
Figura 82	Río de la Miel, Magdalena Medio; urna funeraria.
Figura 83	Mesuno, cerca de Honda, Magdalena Medio; figura de un hombre fumando (?). Museo Nacional.
Figura 84	Girardot (?), alto Magdalena; urna funeraria policromada —negro / blanco / rojo—. Museo de Cartagena.
Figura 85	Ricaurte, cerca de Girardot, alto Magdalena; vasija antropomorfa.
Figura 86	Ricaurte, cerca de Girardot, alto Magdalena, fragmento de una urna funeraria antropomorfa.
Figura 87	Ricaurte, cerca de Girardot, alto Magdalena; vasija zoomorfa policromada —rojo y negro sobre blanco—.
Figura 88	El Espinal, Tolima; urna funeraria antropomorfa. Museo de los Hermanos Cristianos de La Salle, Bogotá.
Figura 89	El Espinal, Tolima; vasija. Museo de los Hermanos Cristianos de La Salle, Bogotá.
Figura 90	El Guamo, Tolima; Hacienda San José; corte transversal de un entierro primario, acompañado de una vasija en forma de casa. Excavación del autor.
Figura 91	Río Caquetá; cerámica zoomorfa. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 0882, Bogotá.
Figura 92	Río Caquetá; adorno modelado y pintado de cerámica. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 0925. Bogotá.
Figura 93	Río Meta; copa antropomorfa. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 2290, Bogotá.

CAPÍTULO VII	LA ETAPA DE LOS CACICAZGOS
Figura 94	San Agustín, Parque Arqueológico; vista parcial de un corte estratigráfico en el sitio Primavera.
Figura 95	San Agustín, Parque Arqueológico; detalle de una estatua.
Figura 96	San Agustín, Parque Arqueológico; estatua.
Figura 97	San Agustín, Parque Arqueológico; laja con cara humana incisa. Museo del Parque Arqueológico.
Figura 98	San Agustín, Parque Arqueológico, Meseta A; estatua.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF

CAPÍTULO VII	LA ETAPA DE LOS CACICAZGOS
Figura 99	Tierradentro; cerámica funeraria. Museo Nacional.
Figura 100	Tierradentro; cerámica trípode. Museo Nacional.
Figura 101	Quindío; cerámica pintada. Museo Nacional.
Figura 102	Quindío; vasija cuadrangular, con decoración de champlevé. Museo Nacional.
Figura 103	Quindío; vasija zoomorfa, de doble vertedera. Museo Nacional.
Figura 104	Quindío; vasija con doble vertedera. Museo Nacional.
Figura 105	Quindío; vasija zoomorfa. Museo Nacional.
Figura 106	Quindío; figura antropomorfa. Museo Nacional.
Figura 107	Quindío; figura antropomorfa. Museo Nacional.
Figura 108	Quindío; figura antropomorfa. Museo Nacional.
Figura 109	Quindío; pintadera en forma de barra. Museo Nacional.
Figura 110	Popayán, Cauca; placa de cerámica, de uso desconocido.
Figura 111	Quindío; motivo decorativo de una pintadera plana.
Figura 112	Quindío; motivo decorativo de una pintadera plana.
Figura 113	Río Calima; vasija en forma de un hombre cargando un canasto. Museo del Oro. Bogotá.
Figura 114	Río Calima, región de El Darién; vasija en forma de un hombre cargando un canasto.
Figura 115	Río Calima; vasija zoomorfa. Museo Nacional.
Figura 116	Río Calima; vasija de doble vertedera. Museo Nacional.
Figura 117	Yotoco, Valle; vasija antropomorfa; Rectoría de la Universidad de los Andes, Bogotá.
Figura 118	Nariño; plato pintado. Museo Nacional.
Figura 119	Nariño; vasija pintada. Museo Nacional.
Figura 120	Nariño, copa pintada. Museo Nacional.
Figura 121	Betancí, río Sinú; vista del «Túmulo del Diablo», rodeado por un camellón elíptico.
Figura 122	Maralú, río San Jorge, montículo de vivienda.
Figura 123	Betancí, río Sinú; excavación de un entierro primario.

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

CAPÍTULO VII	LA ETAPA DE LOS CACICAZGOS
Figura 124	Betancí, río Sinú; pie campaniforme de una copa, con cuatro figuras. Colección Carlos Dereix, Montería.
Figura 125	Betancí, río Sinú, Túmulo C; cerámica negra.
Figura 126	Pendiente estilo Darién. Museo del Oro, Bogotá.
Figura 127	Pectoral, estilo Calima. Museo del Oro, Bogotá.
Figura 128	Narigueras y collar de falsa filigrana, estilo Sinú. Museo del Oro, Bogotá.
Figura 129	Remate de bastón, estilo Sinú. Museo del Oro, Bogotá.
Figura 130	Recipiente «poporo», estilo Quimbaya. Museo del Oro. Bogotá.

CAPÍTULO VIII	LA ETAPA DE LOS ESTADOS INCIPIENTES
Figura 131	Figura antropomorfa; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 132	Figura antropomorfa; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 133	Vasija antropomorfa; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 134	Detalle del cuello de una vasija pintada; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 135	Copa con decoración pintada; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 136	Copa con serpientes modeladas; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 137	Vasija en forma de barril; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 138	Vasija antropomorfa; territorio muisca. Museo Arqueológico de Pasca, Cundinamarca.
Figura 139	Vasija con decoración modelada; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 140	Vasija doble; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 141	Dos tallas antropomorfas, de piedra blanda; cuevas de La Belleza, Santander. Museo Nacional.
Figura 142	Almirez de piedra; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 143	Piedra negra grabada; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 144	Pendiente tallado en piedra; territorio muisca. Museo Nacional.

CAPÍTULO VIII	LA ETAPA DE LOS ESTADOS INCIPIENTES
Figura 145	Dos pequeñas tallas en piedra; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 146	Estatua de madera hallada en una cueva cerca de Bojacá, Sabana de Bogotá. Museo Nacional.
Figura 147	Volantes de huso tallado en piedra; territorio muisca. Museo Nacional.
Figura 148	Motivos incisos de volantes de huso, hechos en piedra; región de Villa de Leyva, Boyacá.
Figura 149	Vista desde lo alto de un sitio de vivienda; Pueblito, Sierra Nevada de Santa Marta.
Figura 150	Terrazas arqueológicas de cultivo; territorio kogi, cerca de San Miguel, Sierra Nevada de Santa Marta
Figura 151	Terrazas arqueológicas de cultivo; territorio kogi, cerca de San Miguel, Sierra Nevada de Santa Marta.
Figura 152	Escalera con dos estelas; Pueblito, Sierra Nevada de Santa Marta.
Figura 153	Alto río Córdoba, región de Lourdes; Sierra Nevada de Santa Marta. Construcción escalonada y atravesada por escaleras.
Figura 154	Alto río Córdoba, región de Lourdes; Sierra Nevada de Santa Marta. Construcción escalonada y atravesada por escaleras.
Figura 155	Alto río Córdoba, región de Lourdes, Sierra Nevada de Santa Marta. Detalle arquitectónico.
Figura 156	Alto río Córdoba, región de Lourdes; Sierra Nevada de Santa Marta. Detalles arquitectónicos.
Figura 157	Buritaca-200, alto río Buritaca; Sierra Nevada de Santa Marta, aspecto de la parte central, antes de la restauración.
Figura 158	Escalera formada por grandes cantos rodados; región de Bonda, Sierra Nevada de Santa Marta.
Figura 159	Excavación de un grupo de vasijas de cerámica negra; Pueblito, Sitio 39; Sierra Nevada de Santa Marta.
Figura 160	Vasija antropomorfa negra; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Nacional.
Figura 161	Vasija antropomorfa de cerámica habana, hallada al excavar el alcantarillado del centro de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.

CAPÍTULO VIII	LA ETAPA DE LOS ESTADOS INCIPIENTES
Figura 162	Cerámica zoomorfa, Pueblito; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 163	Fragmento de ocarina antropomorfa, región de Santa Marta.
Figura 164	Fragmento de ocarina, región de Bonda; Sierra Nevada de Santa Marta.
Figura 165	Vasijas diminutas. Pueblito; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 166	Ocarina antropomorfa con máscara, región de Bonda; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 167	Fragmento cerámico con decoración excisa. Pueblito, Sitio P-Cueva 1-1690. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 168	Fragmentos antropomorfos; región de Bonda; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 169	Figura humana con máscara de reptil, región de Bonda; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 170	Fragmentos cerámicos; 1-11 pintura roja sobre fondo habano; 14 y 16 decoración incisa; 15 decoración modelada incisa. Finca Sangri-La, cerca de Mamatoco.
Figura 171	Hacha monolítica con representaciones zoomorfas: jaguar y reptil bicefalo; Sierra Nevada de Santa Marta; Museo del Oro, Bogotá; largo: 25 cm.
Figura 172	Mascarilla de piedra, río Don Diego; Sierra Nevada de Santa Marta; alto: 15 cm.
Figura 173	Máscara de piedra negra, alto río Córdoba, región de El Chicharrón; Sierra Nevada de Santa Marta. Se halló dentro de un ofrendatario de tipo Neguanje. Museo Nacional.
Figura 174	Pendiente alado de piedra, en forma de un murciélagos; las alas terminan en cabezas. Pueblito, Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Nacional.
Figura 175	Pendiente alado, en forma de murciélagos, tallado de nefrita; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.

CAPÍTULO VIII	LA ETAPA DE LOS ESTADOS INCIPIENTES
Figura 176	Figura humana de nefrita; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 177	Figura humana de piedra; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 178	Cuentas de collar; Sierra Nevada de Santa Marta. Colección Jack Oberlin, Santa Marta.
Figura 179	Hacha monolítica, región de Dibulla. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta, n.º Di-92/14.
Figura 180	Figura enmascarada, con paleta ovalada; cobre dorado; Bonda; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 181	Hacha de cobre, región de Tasajera, Costa de Salamanca; largo: 9,5 cm. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 182	Placa antropomorfa de cobre dorado, región de Girocasaca; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Figura 183	Figura humana sentada en un banquito y con gran lengua saliente, tallada de estearita; región de El Edén, Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Nacional.
Figura 184	Figura con barra bifida; Sierra Nevada de Santa Marta. Colección Dumbarton Oaks, Washington, n.º B-393. CG; alto: 6,2 cm, ancho: 4,75 cm.
Figura 185	Figura enmascarada, con barra bifida; Sierra Nevada de Santa Marta. Colección Dumbarton Oaks, Washington, n.º B-427. CG; alto: 15,2 cm, ancho: 14,1 cm.
Figura 186	Figura enmascarada, con barra bifida; Sierra Nevada de Santa Marta. Los Angeles County Museum, n.º 2100. P. 5.67-1. Oro

DESCRIPCIÓN DE LAS LÁMINAS EN COLOR

Lámina 1	Punta de proyectil; Caño Negro, Ciénaga de Trapo, Puerto Berrio, Magdalena Medio; colección Diego Villegas, Medellín; largo: 13,9 cm.
Lámina 2	Sitio Chía II, cerca de Bogotá; abrigo bajo roca; excavación Gerardo I. Ardila
Lámina 3	Sitio Chía II, cerca de Bogotá; vista de la excavación de Gerardo I. Ardila
Lámina 4	Paisaje de las inmediaciones del sitio de Puerto Hormiga, Canal del Dique.
Lámina 5	Puerto Hormiga; fragmentos cerámicos. Museo Nacional
Lámina 6	Puerto Hormiga; fragmentos cerámicos. Museo Nacional.
Lámina 7	Montículo de la quebrada La Rucia, río Mataje, costa Pacífica; vista de la estratificación en el fondo del corte.
Lámina 8	Minguimalo, río San Juan, costa Pacífica; cerámica decorada con burbujas. Museo Nacional, Bogotá.
Lámina 9	Excavación en Cupica.
Lámina 10	Vasija de Cupica; Chocó.
Lámina 11	Cupica, costa Pacífica; vasija del ajuar funerario.
Lámina 12	Río Caquetá; figura antropomorfa. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 0835. Bogotá.
Lámina 13	Río Caquetá; adorno zoomorfo de cerámica. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 2290, Bogotá.
Lámina 14	San Agustín, Municipio de Isnos; vista del cerro de La Horqueta.
Lámina 15	San Agustín, Municipio de Isnos; Alto de los Ídolos.

Lámina 16	San Agustín, Parque Arqueológico; sitio detrás de la escuela del Parque.
Lámina 17	San Agustín, Parque Arqueológico, Meseta B, vista parcial de un corte estratigráfico.
Lámina 18	San Agustín, Parque Arqueológico; Meseta B; gran cara triangular.
Figura 19	San Agustín, Parque Arqueológico; Meseta A; estatua en templete.
Lámina 20	San Agustín, Alto de Lavapatas, cabeza zoomorfa.
Lámina 21	San Agustín, Alto de Lavapatas. Laja con representación antropomorfa.
Lámina 22	San Agustín, Alto de los Ídolos, figura humana.
Lámina 23	San Agustín, Alto de los Ídolos, Sarcófago monolítico.
Lámina 24	Quindío; recipiente cuadrangular, puesto sobre un banquito, probablemente para rápé. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 3586, Bogotá.
Lámina 25	Quindío; copa con decoración estampada anular. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 12173, Bogotá.
Lámina 26	Quindío; vasija pintada. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 12917, Bogotá.
Lámina 27	Quindío; interior de una vasija pintada. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 3165, Bogotá.
Lámina 28	Quindío —¿Antioquia?—, urna funeraria de cerámica marrón incisa. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 3623, Bogotá.

ARQUEOLOGÍA DE COLOMBIA

Lámina 29	Ciénaga de Oro, río Sinú; vasija antropomorfa. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 2291, Bogotá.
Lámina 30	Betancí; vasija con decoración pintada. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 2624, Bogotá.
Lámina 31	Río Sinú (?); copa con decoración incisa. Museo Arqueológico Casa Marqués de San Jorge, n.º 4012, Bogotá.
Lámina 32	Inzá, Tierradentro; máscara felina de tipo agustíniano. Museo del Oro, Bogotá.
Lámina 33	Pendiente del estilo Tolima, Museo del Oro, Bogotá.
Lámina 34	Remate de bastón, estilo Sinú. Museo del Oro, Bogotá.
Lámina 35	Pendiente del estilo Popayán, Hacienda La Marquesa, Museo del Oro, Bogotá.
Lámina 36	Máscara estilo Calima, Museo del Oro, Bogotá.
Lámina 37	Copa pintada; territorio muisca. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, n.º 19919, Bogotá.
Lámina 38	Vasija semiesférica de tipo «pre-muisca». Museo Arqueológico casa del Marqués de San Jorge, n.º 2855, Bogotá.
Lámina 39	Laguna de Guatavita, Cundinamarca.
Lámina 40	Figura antropomorfa —tunjo—, territorio muisca, Museo del Oro, Bogotá.
Lámina 41	Figura humana tallada de nefrita; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Etnológico del Magdalena, Santa Marta.
Lámina 42	Cerámica negra; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo Arqueológico, Casa del Marqués de San Jorge.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF

Lámina 43	Figura enmascarada, con barra bífida, de cobre dorado; Sierra Nevada de Santa Marta. Museo del Oro, Bogotá.
Lámina 44	Sierra Nevada de Santa Marta.



LÁMINA 1



LÁMINA 2



LÁMINA 3



LÁMINA 4



LÁMINA 5



LÁMINA 6



LÁMINA 7



LÁMINA 8



LÁMINA 9



LÁMINA 10



LÁMINA 11



LÁMINA 12



LÁMINA 13



LÁMINA 14



LÁMINA 15



LÁMINA 16



LÁMINA 17



LÁMINA 18

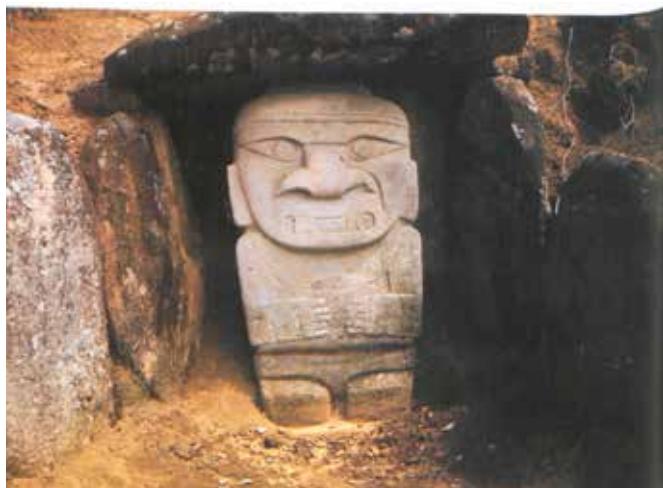


LÁMINA 19

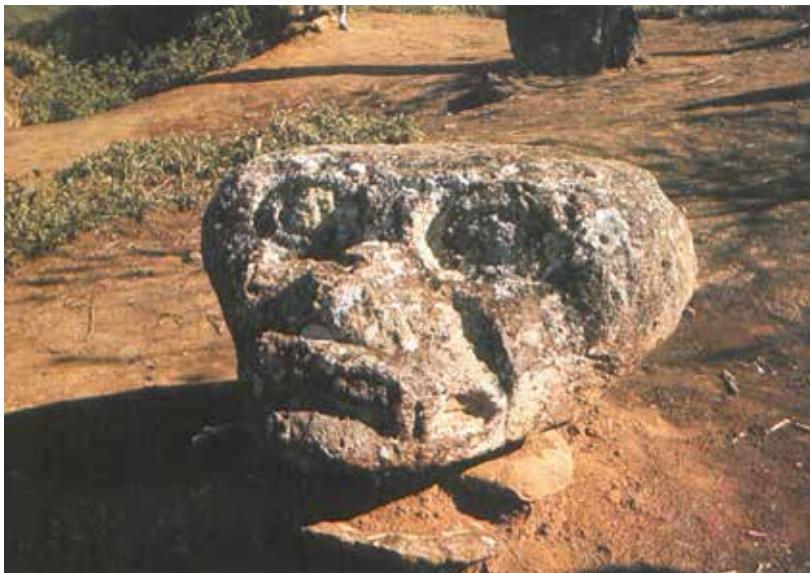


LÁMINA 20



LÁMINA 21



LÁMINA 22



LÁMINA 23



LÁMINA 24



LÁMINA 25



LÁMINA 26



LÁMINA 27

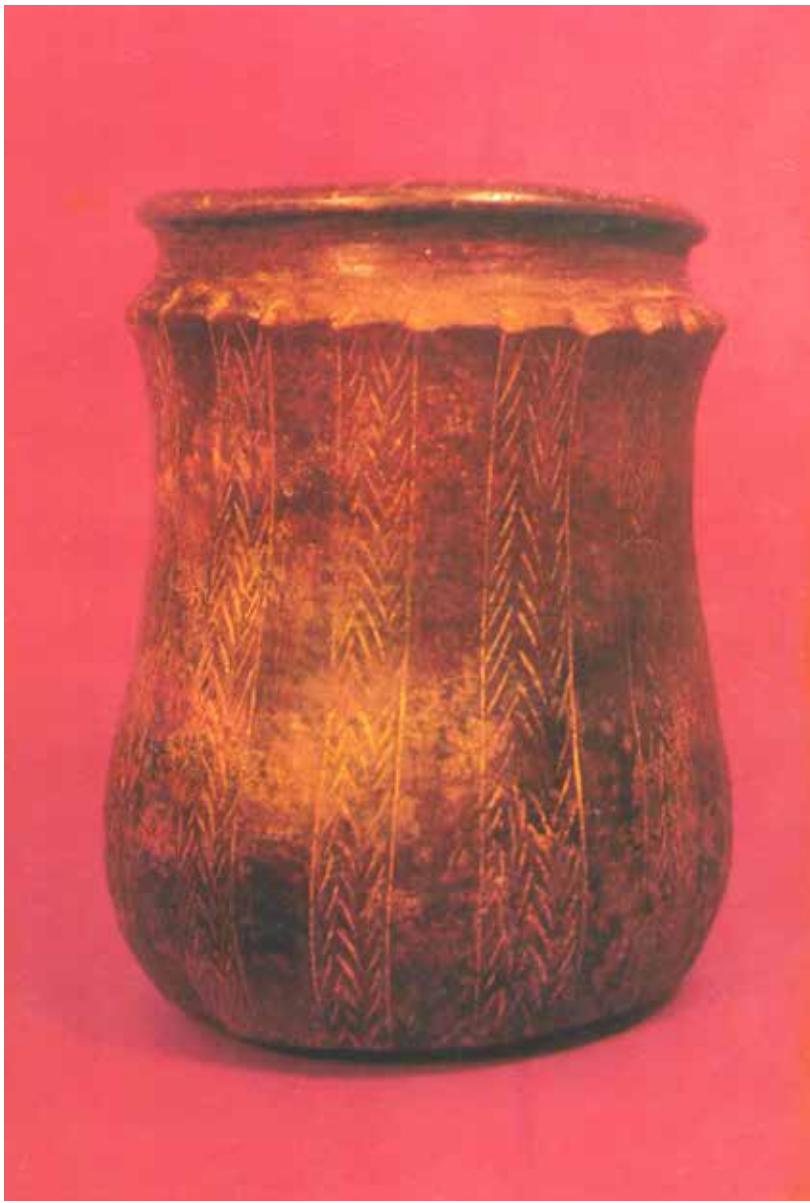


LÁMINA 28



LÁMINA 29

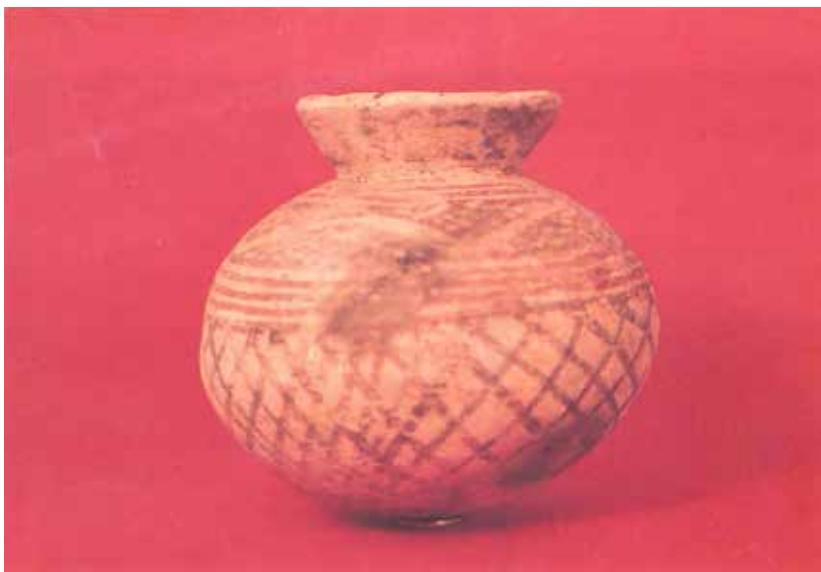


LÁMINA 30

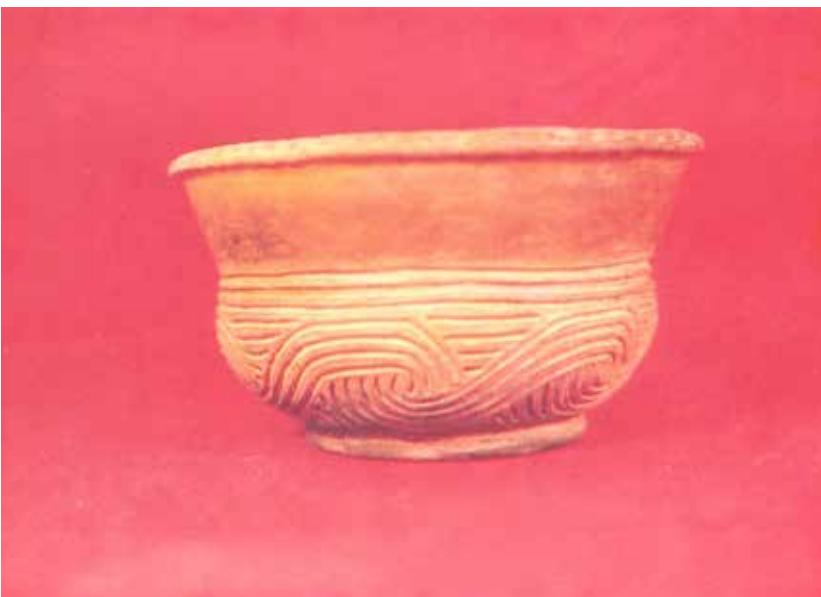


LÁMINA 31



LÁMINA 32



LÁMINA 33

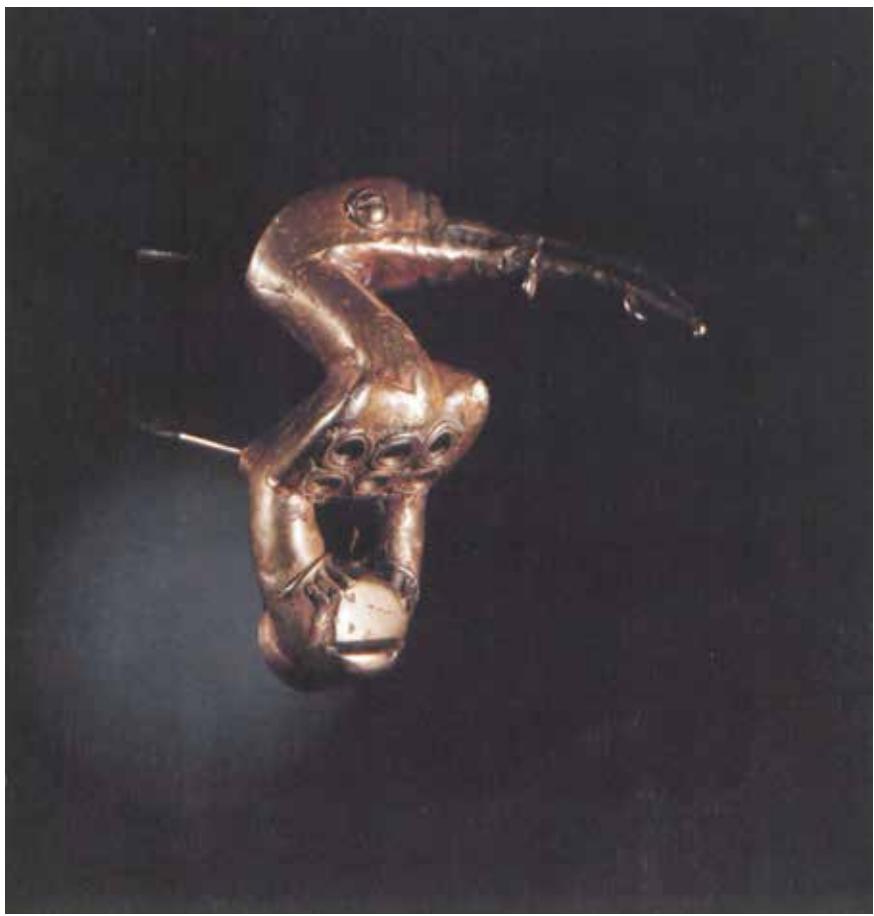


LÁMINA 34

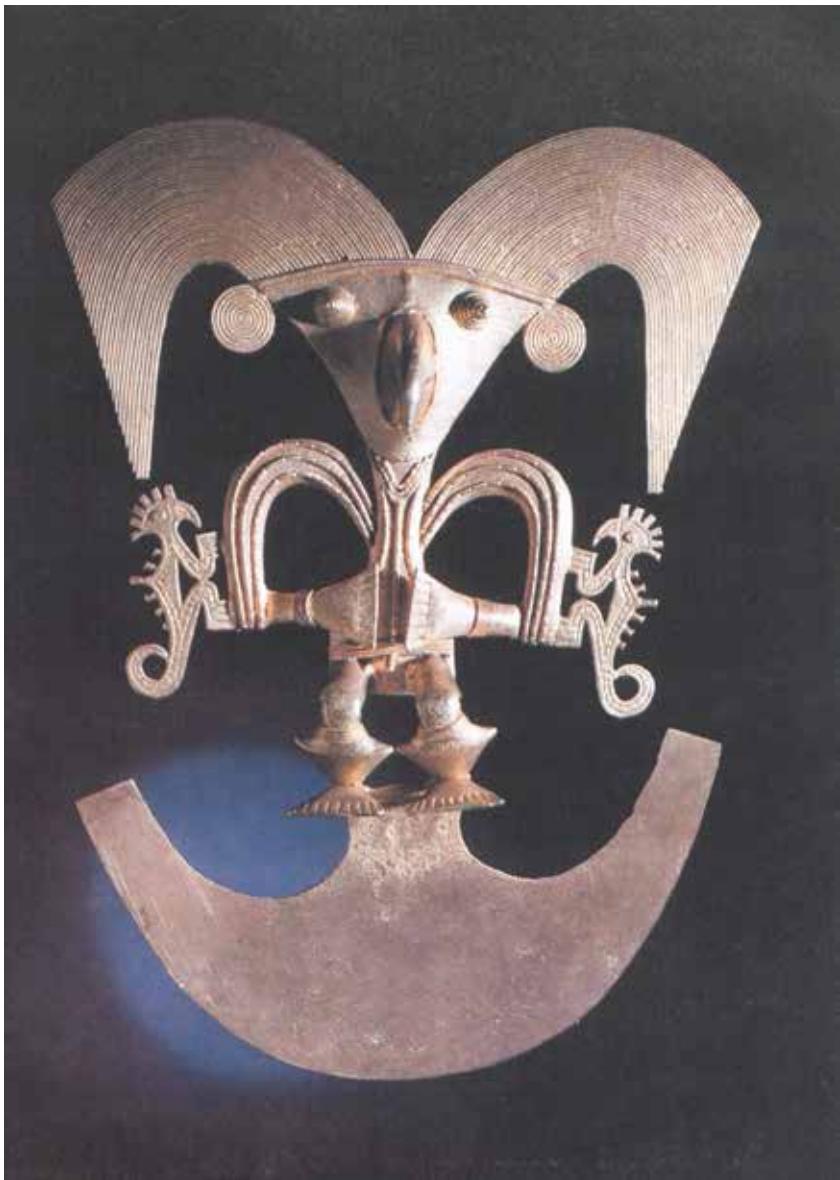


LÁMINA 35

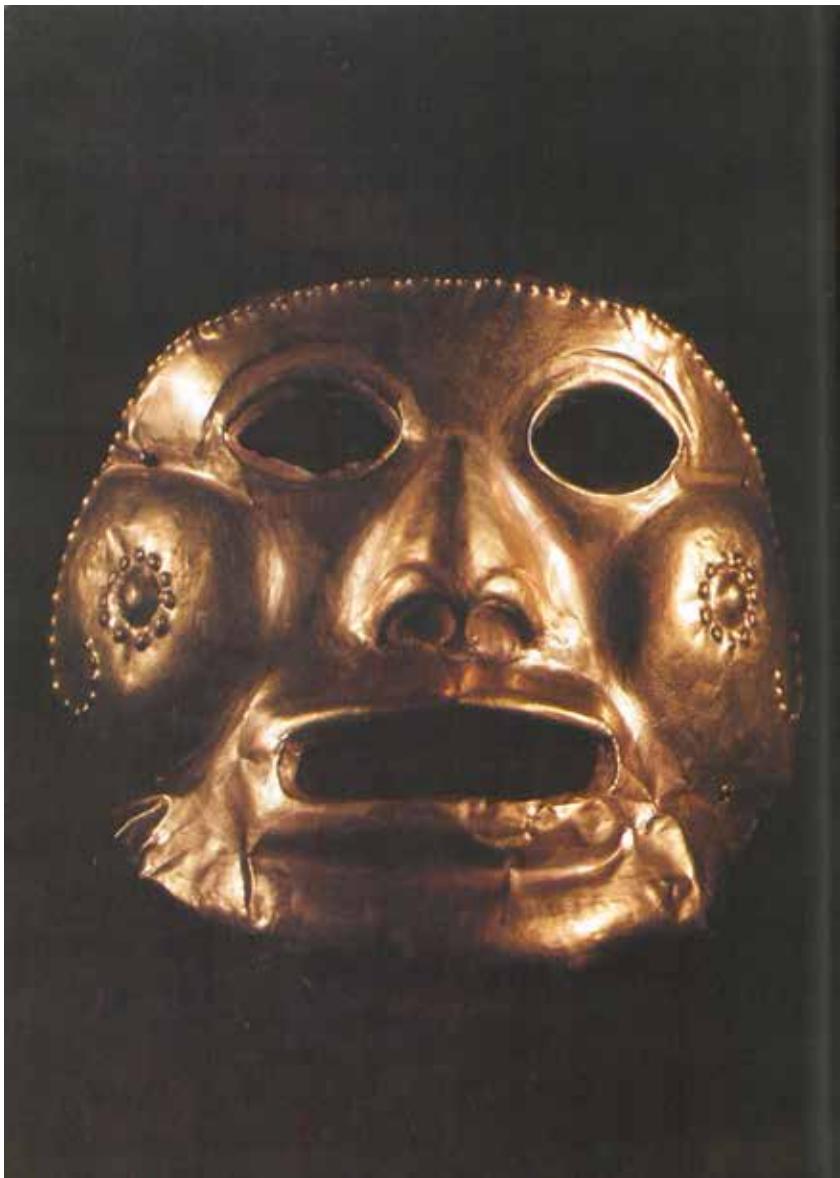


LÁMINA 36

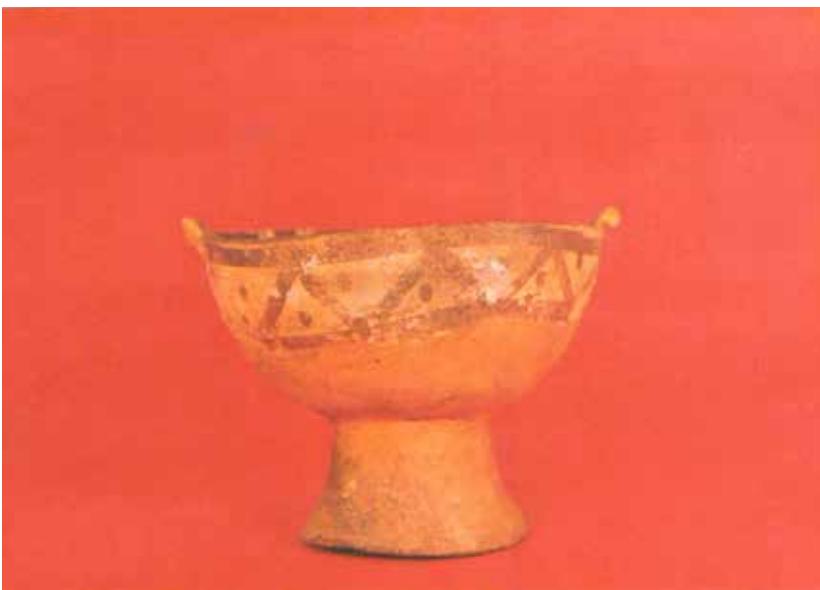


LÁMINA 37



LÁMINA 38



LÁMINA 39



LÁMINA 40



LÁMINA 41



LÁMINA 42



LÁMINA 43

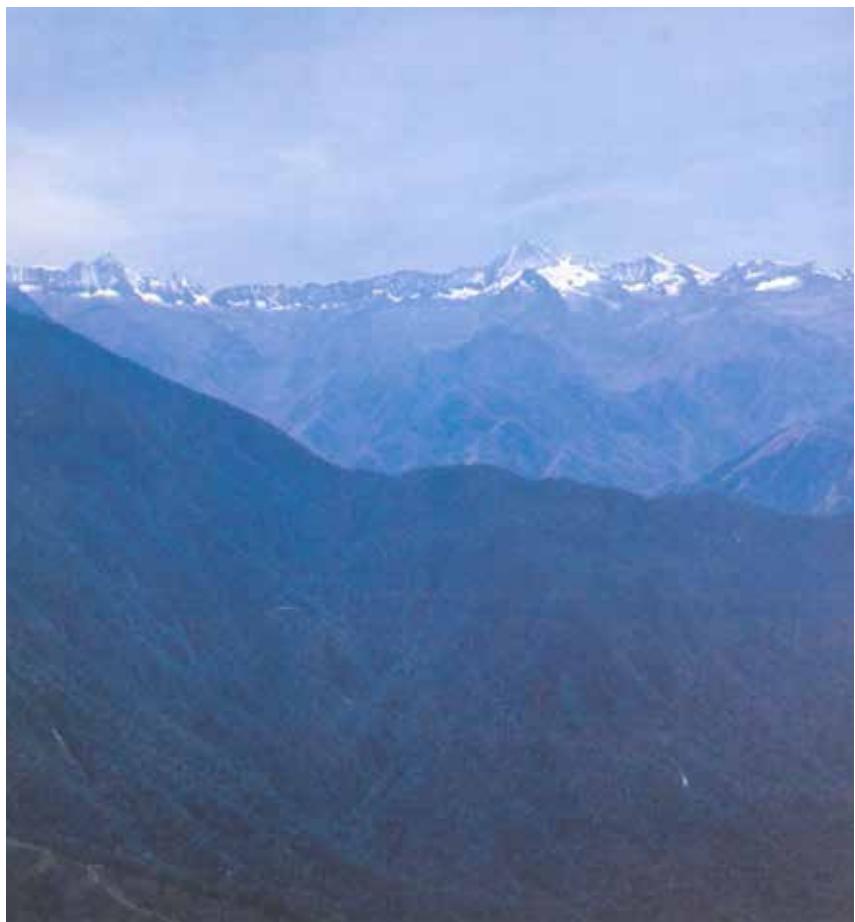


LÁMINA 44

■ **CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS
EN BLANCO Y NEGRO**

Adames, Amparo: 63, 91, 92, 93; Dumbarton Oaks: 62, 87, 184, 185; Eljaiek, Abdu: 3, 27, 34, 35, 38, 41, 46, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 73, 82, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 110, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 139, 140, 141, 142, 144, 145, 146, 147, 160, 163, 164, 166, 169, 173, 174, 183; Melo, Guillermo: 4, 5; Museo del Oro: 113; Museo Nacional: 109; Los Ángeles County Museum: 186; Reichel-Dolmatoff, G.: 8, 9, 11, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 36, 37, 39, 40, 42, 45, 47, 48, 56, 57, 58, 64, 65, 66, 67, 70, 71, 74, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 88, 89, 94, 95, 96, 97, 98, 114, 121, 122, 123, 124, 125, 136, 138, 143, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 161, 162, 165, 167, 168, 175, 176, 177, 178, 179, 181, 182, 180; Unesco: 126, 127, 128, 129, 130; Urbina, Fernando: 59, 60, 61, 62.

■ **CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS
EN COLOR**

Adames, Amparo: 12, 13, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 37, 38; Ardila, Gerardo: 2, 3; Reichel-Dolmatoff, G: 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 41, 43; Melo, Guillermo: 1; Mayt, Juan: 32, 33, 34, 35, 36, 40, 44.

Los mapas fueron dibujados por César Marulanda; la mayoría de los objetos líticos fueron dibujados por Uriel y Julio Ariza. Los demás dibujos son del autor.

El autor expresa su gratitud a las personas e instituciones arriba mencionadas por haber contribuido tan generosamente a la documentación visual de esta obra.

■ BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA

- Bennett, Wendell C., 1944, *Archaeological Regions of Colombia: A Ceramic Survey*, Yale University Publications in Anthropology, n.º 30, New Haven.
- Duque Gómez, Luis, 1955, *Colombia: Monumentos históricos y arqueológicos*, 2. vol. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Publicación n.º 179, México.
- — —, 1965, *Prehistoria: Historia Extensa de Colombia*, vol. I, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.
- — —, 1967, *Tribus Indígenas y Sitios Arqueológicos*, Historia Extensa de Colombia, Prehistoria, tomo II, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.
- Lumbreras, Luis G., 1981, *Arqueología de la América Andina*, Editorial Milla Batres, Lima.
- Nachtigall, Horst, 1961, Alt-Kolumbien: Vorgeschichtliche Indianerkulturen, Berlín.
- Reichel-Dolmatoff, G., 1965, *Colombia: Ancient Peoples and Places*, Thames & Hudson, London.
- — —, 1978, «Colombia Indígena: Periodo Prehispánico», *Manual de Historia de Colombia* (Juan Gustavo Cobo y Santiago Mutis, editores), vol. I, págs. 31-114, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
- Willey, Gordon R., 1966-1971, *An Introduction to American Archaeology*, 2 vol. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.



Biblioteca
Básica de
Cultura
Colombiana

Este libro no se terminó de imprimir en 2016. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



TODOS POR UN
NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN